

*ENTRE LA de
NIEBLA*



Úrsula Llanos

Una intrigante novela de misterio en el marco de la isla de Mallorca, en la que una joven lucha por desentrañar el enigma sepultado en los recuerdos olvidados de su infancia.

OceanofPDF.com



Úrsula Llanos

Entre la niebla

ePub r1.0

Titivillus 07.09.2021

OceanofPDF.com

Título original: *Entre la niebla*
Úrsula Llanos, 2013

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



OceanofPDF.com

A mi hija Esther.

OceanofPDF.com

El autobús se detuvo al llegar a la plaza y aún resonaba en el aire el chirrido de sus frenos, cuando aquella muchacha había saltado a la acera. El conductor la siguió con la mirada, mientras distraídamente encendía un cigarrillo.

Una bonita chica, se dijo. Y además de bonita, tenía un aspecto tan frágil, tan irreal...

Quizás fuese su aire etéreo lo que le había llamado la atención cuando había tomado ella el autobús en la carretera, a unos treinta kilómetros de Palma. O quizás fuese la circunstancia de que en aquella cruda mañana invernal vistiese solamente unos pantalones vaqueros y un jersey de color blanco. Pero no, se dijo. Se había fijado en ella porque le recordaba a alguien. El hombre frunció el ceño, buceando en su memoria. Desde luego no se parecía a ninguna otra muchacha que él hubiera conocido, de eso estaba seguro. De improvisto cayó en la cuenta y chasqueó los dedos satisfecho de su descubrimiento. Estaba claro. Le recordaba a aquella hoja del almanaque, que tanto le impresionara de niño, en la que una gacela huía angustiada, perseguida por un grupo de cazadores que inexorablemente iban apretando su cerco en torno de esta. Sí, el angustiado semblante de esa chica tenía la misma expresión. ¿Qué podría sucederle?

Intrigado la vio entrar a toda prisa en la cafetería de la esquina y salir nuevamente a la calle poco después, mirando recelosamente en todas direcciones. El conductor también trató de atisbar inconscientemente al grupo de cazadores sin hallarlo y luego se rio de sí mismo por imaginar tales tonterías.

Eres un idiota, se dijo. La chica estará buscando, sin duda, a su novio, y estará preocupada al no dar con él. Y a fin de cuentas no era asunto suyo. Su obligación consistía en conducir el autobús sin preocuparse por los problemas de sus pasajeros. Aún se lo repetía cuando descendiendo del vehículo se le acercó. Ella se había detenido en la acera con aire

desorientado y levantó hacia él unos ojos inmensos, de color aguamarina. Brillaban en su rostro menudo con tal intensidad que desdibujaba el resto de sus facciones.

—¿Le ocurre algo, señorita?, —le preguntó amablemente.

Ella asintió con la cabeza y le mostró un papelito donde estaba anotada una dirección.

—No conozco bien Palma, —le dijo a media voz—. Necesito encontrar esta calle.

Su tono era tan acongojado y su gesto tan desolador que estuvo a punto de ofrecerse a acompañarla, pero recordó a tiempo cuales eran sus deberes y se limitó a indicarle el camino que debería seguir. Por suerte estaba muy cerca y no podría perderse, pero, pese a ello, la siguió con los ojos hasta que, siempre corriendo, desapareció al doblar una esquina.

OceanofPDF.com

Capítulo 1

Sí, ese era el portal, se dijo con un suspiro de alivio. Comprobó nuevamente la dirección en el papelito que llevaba en la mano y luego echó a correr escaleras arriba, oyendo vagamente al portero, que trataba de advertirle que podía tomar el ascensor. Jadeante alcanzó el tercer piso y en cuanto se aseguró por la placa de la puerta que correspondía esta a la consulta médica de la que le habían hablado, llamó al timbre. Le abrió una enfermera de mediana edad que la miró inexpresivamente.

—¿El doctor Olea?, —le preguntó la muchacha con voz insegura.

La enfermera hizo un gesto afirmativo y se hizo a un lado para dejarla pasar, encaminándose luego hacia una mesa, tras la que tomó asiento para consultar el ordenador.

—Su nombre, por favor.

Ella se lo dijo y la otra repasó en la pantalla la lista de pacientes con aire profesional, levantando la vista después hacia su rostro.

—¿Tiene usted cita?

—No, pero yo... yo necesito ver al doctor.

—Lo siento, señorita. Le daré hora para la semana que viene.

—¿Pero no puede recibirme? —Su voz tenía un matiz histérico—. Necesito verle ahora mismo.

Sin que su semblante se alterase, la enfermera contempló con indiferencia la alterada expresión de la muchacha, que en pie frente a ella cruzaba y descruzaba nerviosamente las manos. Rondaría los veinte años y en su atractivo rostro destacaban sus grandes ojos azules que la miraban con aire desvalido. Sin saber por qué le recordó a un gato callejero que se hubiera perdido en una ciudad desconocida. Pese a ello le contestó con voz firme:

—El doctor está muy ocupado. Es preciso pedir cita para su consulta con anticipación.

La chica titubeó. No era propio de su carácter insistir cuando recibía una negativa, pero pese a ello se oyó decir a sí misma en tono más alto del necesario:

—Es muy urgente. No puedo esperar.

De espaldas a la puerta del despacho del médico, no vio salir a este del mismo ni cómo la miraba con el ceño fruncido desde el umbral, por lo que se sobresaltó al oír su voz.

—Hágala pasar, Julita.

—Pero doctor...

—Creo que podré atenderla. —Y dirigiéndose a la muchacha le indicó —: Pase usted, por favor.

Le siguió ella al interior de un despacho bien amueblado, caldeado por el sol invernal que se filtraba por el amplio ventanal. Permitía ver a través de los cristales las ramas desnudas de los árboles de la calle, extrañamente silenciosa a aquellas horas de la mañana. El psiquiatra, un hombre de mediana edad, de corta estatura y de aspecto paternal, se acomodó en su sillón al otro lado de su mesa, señalándole una de las dos butacas que se encontraban enfrente.

—Bien, señorita, usted me dirá.

La muchacha tragó saliva antes de hablar. A la luz del sol que penetraba a raudales por el ventanal, tras la mesa del médico, sus inquietudes parecían perder consistencia, como si se hubieran ido desvaneciendo en aquel escenario tan luminoso para transformarse en conjeturas absurdas, imaginadas por una fantasía delirante. ¿Qué pensaría él de lo que había ido a consultarle? ¿Se reiría de sus temores? ¿Irritado le señalaría la puerta o creería que la angustiosa sensación que experimentaba se fundamentaba en un peligro real? Sus ojos castaños, tras los gruesos lentes, la animaban a confiarle las sospechas que la abrumaban desde que llegara a la isla y que habían alcanzado su cenit esa mañana, por lo que hizo un esfuerzo por inclinarse sobre la mesa y articular trabajosamente:

—He venido a verle, doctor, porque necesito ayuda. No sé a quién acudir y... Hace días que llegué a Mallorca a pasar las Navidades con mis

parientes y... —Tomó aire antes de concluir la frase—. Yo... creo que quieren volverme loca.

El médico no parpadeó siquiera. Continuó mirándola comprensivamente como si estuviera acostumbrado a que acudiesen a su consulta con manifestaciones semejantes y luego hizo un gesto de asentimiento.

—Vamos, cuénteme qué es lo que le pasa.

Cruzando y descruzando nerviosamente los dedos, ella musitó:

—Es que... la verdad es que no sé por dónde empezar.

—Empiece por donde quiera.

La muchacha tragó saliva de nuevo.

—Verá, doctor. Todo ha comenzado al regresar yo a Palma hace unos días. Ya de niña viví aquí una larga temporada en la finca de mi abuelo, pero eso no tiene importancia. Todo ha comenzado ahora, a mi vuelta. —Se interrumpió y juntó las manos, retorciéndoselas angustiada—. No entiendo las cosas que me están sucediendo, porque... porque todo parece indicar... —Se interrumpió para observarle con sus claros ojos azules—. Dígame, ¿cree usted en los fantasmas?

—¿En los fantasmas?, —repitió el médico en tono interrogante.

Al afirmar ella vigorosamente con la cabeza, su larga melena, oscura y brillante, se agitó a su compás.

—Sí, ya sé que no cree en ellos y... y en realidad yo tampoco creía que pudiesen interferir en la existencia de los vivos. Por eso pienso que me están tendiendo una trampa. ¿Me entiende?

Impasible en apariencia, el psiquiatra esbozó un gesto de asentimiento, sin pestañear siquiera ante las confusas manifestaciones de la muchacha.

—Desde luego. Cuénteme esas cosas extrañas que le están ocurriendo.

Retrepándose en la butaca, ella le estudió, como si estuviese especulando sobre su capacidad de comprensión.

—¿No se reirá usted?

—Por supuesto que no.

—Es que nadie me cree por lo que le sucedió a mi padre, pero yo no tengo nada que ver con ello. ¿No le parece?

Olea hizo un gesto evasivo, sin que su expresión se alterase y la muchacha continuó incoherentemente:

—Estaba enfermo de los nervios y por eso todos creen que estoy loca, pero yo no he hecho ninguna de las cosas absurdas que él me atribuye. Necesito que me conteste a una pregunta, —musitó apoyando las manos sobre la mesa y clavando sus ojos en él, como si esperara una respuesta negativa—. ¿Es posible realizar actos que después uno no recuerda?

El psiquiatra esbozó un ademán vago y luego le contestó con voz clara:

—En determinados casos, sí. ¿Es eso lo que le sucede a usted?

—Es lo que él dice, pero no lo considero posible y por eso he venido a verle. Solo usted, que es psiquiatra, puede ayudarme, porque ya no sé si es que estoy mal de la cabeza o si es que él lo ha urdido todo con el propósito de hacérmelo creer.

Sin perder su aire impasible, él la contempló en silencio durante unos segundos.

—Y usted está segura de no haber intervenido en esos... en esos sucesos, —afirmó, más que preguntó, estudiando detenidamente la expresión de su agraciado semblante. Parecía sumamente intranquila y dirigía constantes miradas a su espalda, como si temiera que irrumpiese en el despacho alguien que la hubiera estado persiguiendo.

—Claro que estoy segura, aunque... no sé. A veces he creído revivir despierta las pesadillas que me asaltan constantemente. Desde mi regreso a Mallorca sueño lo mismo noche tras noches... siempre con esa muñeca...

—¿Qué años tiene usted?, le preguntó Olea inexpresivamente.

—Veintiuno.

—¿Y se trata de una muñeca determinada?

—Sí, de una horrible de trapo.

—¿Y qué es lo que sueña?

La muchacha se estremeció visiblemente y se cubrió el rostro con las manos.

—Es algo espantoso, doctor. Me despierto siempre aterrada.

—Vamos, vamos, —le dijo tranquilizadamente el médico—. Cálmese y cuéntemelo.

—Verá, no siempre sucede de la misma manera, pero la muñeca aparece siempre. La llevo en brazos y alguien me la quita y la tira al agua. Entonces corro intentando salvarla, pero se hunde, se hunde sin que pueda impedirlo.

Luego me doy cuenta de que un muchacho surge de las sombras y me mira. Me mira de una forma que no puedo soportar y entonces me duele aquí. — Se señaló el pecho con la mano—. Es un dolor muy fuerte, que siempre me despierta.

Nuevamente se tapó el rostro con las manos y empezó a llorar convulsivamente sin que Olea efectuase el menor movimiento. De improviso se tranquilizó y retirando sus manos de la cara le preguntó en tono normal:

—Le parece una tontería, ¿verdad? Soñar con una muñeca no tiene nada de aterrizante. Muchas veces me lo he repetido de día, pero por la noche... por la noche es distinto. Y no es que tenga miedo a la oscuridad, no es eso. Es a ese sueño a lo que tengo miedo, aunque no sé por qué.

—Quizás jugara con esa muñeca en su infancia y la asocia con algo desagradable, —sugirió él.

—No, doctor, —le rebatió exaltándose—. No he jugado de niña a las muñecas, aunque mis parientes digan lo contrario. Pero el caso es que, el otro día, mi primo me enseñó una fotografía en la que yo llevaba esa muñeca en brazos y... y ahora acabo de recordar que, efectivamente, llegué con una muñeca como la de mis sueños a Montsalvatge. Pero de eso hace muchos años.

—No importa el tiempo que haya transcurrido. Cuénteme lo que le sucedió entonces, —replicó él acodándose en la mesa.

—Pero es que no quiero molestarle. Me he colado en su consulta sin haber pedido previamente una cita y...

Parecía avergonzada, por lo que Olea se apresuró a tranquilizarla.

—Ya le he dicho que no tiene que preocuparse por esa circunstancia. Vamos, cuéntemelo.

La muchacha apoyó la cabeza en el respaldo de la butaca y comenzó a hablar con voz monótona, mientras Olea, sin interrumpirla, tomaba notas en un cuadernito.

* * *

Fue una tarde de octubre. El automóvil, conducido por el chófer que me recogiera en el aeropuerto, había abandonado la carretera y ascendía ligero

por el serpenteante camino, que, dando vueltas y revueltas, bordeaba la cima del acantilado. Yo no había visto nunca el mar, había vivido siempre en Segovia, y me pareció un gigante enfurecido, que luchase contra la costa, arremetiendo contra los riscos para recuperar su libertad. Me dije entonces que apenas si guardaba alguna semejanza con el manchón azulado que vislumbrara desde el avión. Aquel era azul como el de los mapas que pintaba en el colegio, estático y anodino, pero este no. Ni siquiera era azul, sino verde oscuro, y no se agitaba rítmicamente en olas regulares. Se debatía contra sí mismo, se deshacía contra los escollos, cubriéndolos de espuma, como si su ingente extensión se sintiese oprimida en un recipiente demasiado pequeño.

El camino doblaba bruscamente hacia la derecha, dejando el mar a nuestra espalda y el vehículo enfiló una larga avenida, orillada de olmos gigantescos. Nunca los había visto tan altos ni de un color tan variado. El otoño comenzaba ya a despojarlos de sus hojas, que cubrían el suelo como una alfombra dorada, pero las que aún permanecían en los árboles mostraban una gama infinita de ocre y de rojos, que, contra el cielo plomizo, producían una sensación de irrealidad. Era como contemplar un cuadro demasiado bello para ser copia fidedigna del paisaje, plasmado por un pintor inmoderadamente colorista.

Pero era un paisaje triste, me dije, tras unos instantes de observación. Adecuado para admirarlo desde la ventana de un hogar feliz, no desde la de un coche, que me llevaba a una casa desconocida, en la que no sabía cómo sería recibida. Podía divisarla ya al final de la avenida de olmos y entremezclada con ellos. Era gris como el cielo. Una bouganvillia morada trepaba por sus muros de piedra, para ir a apoyarse sobre el tejado de pizarra, como si estuviera cansada del esfuerzo. Tan cansada como me sentía yo, pues al descender del automóvil noté que las piernas me pesaban como un pesado lastre. También la angustia vaga que había experimentado durante el viaje dejó de serlo para trocarse en una ansiedad real que me oprimía las costillas y me atenazaba la garganta. El chófer me decía algo que no entendí y me tomó de la mano para atravesar la terraza. Se extendía todo a lo largo de la fachada y estaba bordeada de geranios en flor. Pero no los llegué a distinguir ni tampoco retuve en mi retina el menor detalle del

vestíbulo que crucé en su compañía, ni del saloncito en el que me introdujo poco después. Era como si caminase a tientas por un lugar en sombras y el único foco iluminara el semblante de la mujer que se había levantado, emergiendo de la oscuridad al entrar yo. Se dirigía a mi encuentro y su voz sonaba amable. ¿Pero qué era lo que me decía? El martilleo incesante de mi propio corazón no me permitía oír sus palabras. Noté, sí, que me abrazaba y que me conducía a un sofá que había surgido de improviso de las tinieblas, para sentarnos juntas.

—Soy tu tía Elvira, hermana de tu padre y creo que ya era hora de que nos conociéramos.

Me lo decía alegremente y asentí con la cabeza, que mantenía baja, contemplando fijamente la tapicería del sofá. Era de seda amarilla y brillaba haciendo aguas. Las seguí con los dedos, mientras ella seguía hablando y hablando, sin atreverme a levantar la vista hasta su rostro. Y eso que tía Elvira no era como la había imaginado. Su melena castaña enmarcaba un semblante apacible y afectuoso, en el que ninguna de sus facciones destacaba de forma especial. Debía de estar preguntándome algo, por lo que hice un esfuerzo por dominar mi timidez y buscar las palabras que se me habían perdido en algún rincón de la garganta.

—¿Cómo dices?

Me costó trabajo pronunciarlas y mi tía se echó a reír ante mi azoramiento. Pero no se reía de mí. Poseía yo una sensibilidad casi enfermiza y captaba certeramente la impresión que producía en los demás. Se reía para quitar violencia a la situación e infundirme confianza.

—Te preguntaba si estás cansada del viaje, aunque supongo que a tu edad es una bobada el imaginarlo siquiera. Los niños disfrutáis de una vitalidad sorprendente. Y por cierto, ¿cuántos años tienes?

—Ocho.

Mi tía encendía un cigarrillo y al oírme interrumpió la operación para mirarme con mal disimulada sorpresa. Fue solo un instante e inmediatamente añadió:

—Claro, qué tonta soy. No sé por qué pensaba que eras más pequeña. Es que tengo una memoria fatal.

Se reía de nuevo, pero no me engañó. Estaba harta de constatar cómo se extrañaba la gente al enterarse de mi edad, porque mi estatura era muy reducida. Me sentí analizada por ella y enrojecí hasta la raíz del pelo, mientras reanudaba la maniobra de seguir con los dedos los brillos de la tapicería. Paca me decía en Segovia que era la más preciosa del mundo, pero yo sabía que no era cierto. Pese a que mantenía la vista baja, advertí como mi tía recorría mi menuda figurilla, desde mis lacias melenas oscuras, hasta la punta de mis zapatos, y me pareció oír el suspiro de conmiseración que no exhaló. Levantó en cambio suavemente mi barbilla.

—Estoy muy contenta de tenerte aquí, nena. Y ahora espérame un momento, que voy a buscar a tu abuelo para que venga a conocerte.

Se dirigió rápidamente hacia la puerta con movimientos ágiles y armoniosos. De espaldas su figura era la de una jovencita de mediana estatura. ¿Cuántos años podría tener? Sabía que era mayor que mi padre y, por lo tanto, debería andar cerca de los cuarenta, pero no los representaba. Sus pasos se perdieron en el vestíbulo y deduje por el sonido de los mismos que ascendía por una escalera de madera. Apenas si se percibían ya en la planta superior y aguardé inmóvil, mientras dirigía una distraída mirada en torno. Al entrar, el saloncito me había parecido borroso, pero a medida que iba tranquilizándome, sus perfiles cobraban nueva consistencia, como si una mano invisible los fuera dibujando. El sofá, con dos sillones a juego, daba la espalda a un ventanal, que enmarcaba un cielo cargado de nubarrones. Se veía a través del visillo transparente, que se agitaba al compás de las ráfagas de aire que penetraban por las rendijas. Aventaba también los leños que chisporroteaban en la chimenea, esparciendo un olor a monte que aspiré con deleite. Siempre me habían gustado las chimeneas, pero en mi casa de Segovia no las había. Esta era bonita de verdad. De ladrillo rojo y rematada por una repisa de mármol verde, ponía una nota hogareña en aquella habitación demasiado lujosa. Sobre la repisa pendía una marina con un marco dorado. Estaba bien, pero el mar del cuadro no era como el que había visto desde el coche. No era grandioso e imponente. Era un mar azul, sin fuerza, sin la impetuosidad del verdadero.

Lo contemplaba absorta, cuando el sonido de unos pasos a mi espalda me impulsó a volverme hacia la puerta. Un muchacho de unos catorce años

y una niña más pequeña me observaban con curiosidad desde el umbral. Ambos vestían unos sucísimos pantalones vaqueros y unos jerséis tan polvorientos, que resultaba difícil adivinar cual hubiera podido ser su color de origen. El chico, moreno y zanquilargo, me estudiaba con la cabeza ladeada y un gesto dubitativo y cuando se cansó de su silencioso examen me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Su aire me pareció tan insolente, que retrocedí cohibida apretando contra mi pecho a la muñeca que llevaba en brazos. Sí, era una muñeca de trapo, como la de mis sueños.

—Eurídice, —musité con un hilo de voz.

Volvió a mirarme de arriba abajo, extrañado de que tan altisonante nombre pudiera corresponderme a mí.

—¿De modo que eres tú? Sabíamos que llegarías hoy, pero te habíamos imaginado diferente. ¿Por qué estás tan asustada?

Abrí la boca para decir algo, pero no conseguí acertar con la respuesta y me abracé aún más a mi muñeca. La otra niña, rubia y con un semblante pecoso y agraciado, se me acercó con ademán protector.

—Yo me llamo Marta y soy tu prima. Estábamos deseando que vinieras, pero creíamos que eras mayor.

Intenté sonreír amistosamente, sin lograr otra cosa que esbozar una mueca tímida.

—Ya tengo ocho años. Los cumplí en marzo.

—¿Ocho?, —se escandalizó el chico, con carencia absoluta de tacto—. Pues nadie lo diría. Has crecido bien poco.

Lo despectivo de su tono me conmovió e inicié un puchero, al tiempo que Marta le propinaba un codazo por lo bajo. Luego se volvió hacia mí.

—No hagas caso de Raúl, —me aconsejó—. Además de bruto es un metepatas. Yo también tengo ocho años y lo vamos a pasar en grande las dos, aquí, en Montsalvatge. Es una finca preciosa con montones de escondites, pero lo mejor de todo es el torreón. Subo allí arriba a pintar los días de lluvia, porque voy a ser pintora cuando sea mayor. ¿Qué quieres ser tú?

Me lo preguntaba con la misma naturalidad que si me conociera de toda la vida, por lo que hice un esfuerzo para ponerme a tono y aparentar desenvoltura.

—Aún no lo sé. Pero sí, cuando sea mayor quiero ser una mamá.

—¿Una mamá?, —se burló Raúl dejando escapar una risotada—. Eso no es ninguna profesión.

Con una mirada aviesa, Marta le apartó de un empujón.

—¿Por qué no te callas de una vez? Tiene razón el abuelo cuando dice que te pareces a un antepasado nuestro que era memo. —Se volvió ahora hacia mí para explicármelo—. Por lo visto, es idéntico a un pariente que se murió hace mil años y que está retratado en la biblioteca. El abuelo lo repite siempre que se enfada con Raúl.

Esperaba que el chico se ofendiese ante una semejanza tan poco halagadora, pero comprobé sorprendida que parecía ufanarse de ello.

—Sí que me parezco, pero no era memo como te ha dicho Marta. Era un pirata sanguinario, que no tenía nada que ver con nuestra familia, y su retrato está colgado en la biblioteca porque sí. Marta lo confunde todo, —me aclaró desdeñosamente—. Si pasas una temporada con nosotros te darás cuenta de que no suelde dar una en el clavo. Y por cierto, ¿has venido para mucho tiempo?

Fijé los ojos en la punta de mis dedos.

—Aún no lo sé. —Fui a añadir algo, pero noté que la voz se me quebraba y musité muy bajo—: Papá se ha casado.

Marta me contempló unos instantes en silencio, como si hubiera captado toda la angustia que latía en mis palabras. Mi aspecto debió resultarle tan patético que no consiguió acertar con la frase oportuna. Quizás porque no era fácil, Raúl acudió lleno de buena voluntad a meter la pata una vez más.

—Ya nos lo dijo el abuelo. Les puso a los dos de vuelta y media y se lamentó de la mala suerte que tienes. Has hecho muy bien en venirte con nosotros, porque tu madrastra será una petarda y te tendrá ojeriza. ¿A qué te tiene ojeriza?

—¿Pero te quieres callar, imbécil?, —le increpó Marta hecha un basilisco—. ¿No ves que es pequeña y que vas a conseguir hacerla llorar?

—No, si no lloro, —susurré, ahogando un sollozo—. No sé si Luisa me tiene ojeriza, porque solo la he visto dos veces y parecía joven y guapa. Papá me ha mandado aquí, porque esta mañana salían de viaje de novios y no me podían llevar, pero en cuanto regresen me recogerán otra vez.

—Ya, —masculló Raúl, con un gesto despreciativo, dedicado a los recién casados—. Bueno, no te preocupes, —añadió compasivamente—. Con nosotros estarás bien y se te pasará el tiempo volando. ¿Sabes jugar a los indios?

Denegué con la cabeza, agitando mis lacias melenas, sujetas con un gran lazo en el lado derecho de mi cabeza.

—No importa, ya aprenderás. Nuestro campamento está en un pinar, detrás de la casa y allí hemos dejado a nuestros enemigos bien atados, pero debemos regresar inmediatamente a ejecutarles, porque no son de fiar.

Escudriñó mi expresión con curiosidad, porque, espantada, había abierto desmesuradamente los ojos.

—Yo... yo no quiero jugar a eso.

—Pero si es muy divertido, —me aseguró Marta, tomándome del brazo y arrastrándome hacia el vestíbulo—. A Raúl y a mí nos ha tocado hoy ser rostros pálidos, pero mañana... ¿Qué es lo que te pasa?, —se extrañó, al notar que me desasía de su mano y me aferraba al brazo de un sillón, con la evidente intención de no moverme del saloncito.

—No me pasa nada, —le dije mohína. Y como me sentía en ridículo, busqué precipitadamente una justificación a mi actitud—. No puedo marcharme. Esa señora me ha dicho que bajaría enseguida.

—¿Te refieres a la madre de Raúl? No le importará que te hayas venido a jugar. Anda, vamos.

Entre los dos me hicieron atravesar el enorme vestíbulo, que se hallaba en penumbra y en el que apenas si distinguí otra cosa que la escalera de madera que comenzaba al fondo y por la que, sin duda, había ascendido tía Elvira poco antes, pero percibí su olor inconfundible. Olía a casa grande y confortable, a brisa marina y a geranios, en una mezcla confusa, de la que fui desentrañando sus componentes.

—¿Qué es lo que olfateas?, —se impacientó Raúl, empujándome por detrás.

No me atreví a confesarle que clasificar los olores era uno de mis entretenimientos predilectos, porque seguramente se hubiera reído de mí.

—Nada, no olfateo nada, —repuse a media voz.

—Pues entonces, date prisa. Parece que vayas pisando huevos. ¿Eres siempre tan calmosa?

No repliqué, pero me dije que, por el contrario, él personificaba la imagen de la inquietud. Su semblante moreno y anguloso gesticulaba de continuo y su cuerpo, sumamente delgado, parecía albergar un manojo de nervios en perpetuo movimiento.

Acabábamos de salir a la terraza y el viento, saturado de humedad, zarandeó mis cabellos, esparciéndolos en todas direcciones. Se oía cercano el ruido del mar, pero no se veía desde allí. Un bosquecillo de pinos se interponía entre la casa y el lugar de donde provenía su sonido y precisamente en esa dirección corrían los otros dos, después de saltar limpiamente el poyete que remataba la terraza y caer sobre unos arriates de bien cuidados geranios. Se volvieron hacia mí para indicarme que les siguiera, pero no me atreví a saltar el poyete. Me preguntaba qué opinaría tía Elvira de la conducta de mis primos, mientras retrocedía hasta el portón de entrada, frente al cual se encontraba una escalera de tres peldaños por la que se ascendía a la terraza, y los bajaba para echar a correr luego tras ellos. Mi padre, desde luego, me habría reñido y Paca habría refunfuñado durante horas, calificándome de “arrapieza desmañada”, que era su epíteto más desdeñoso. Mis primos, en cambio, se habían detenido a esperarme con el aire de resignación del que desprecia tales remilgos, por lo que al alcanzarles me sentí obligada a explicarme.

—Es que he tenido que retroceder para bajar por la escalera. Por eso he tardado un poco.

—Pues por eso nosotros saltamos el poyete, —replicó Raúl remedando mi tono.

—Pero es que las plantas...

—Son solo plantas, —me interrumpió con aspereza.

—¿Y a tu madre no le importa que se las estropeeís?, —me sorprendí.

—Tiene muchas, —repuso él evasivamente—. El abuelo sí grita cuando nos ve, pero no nos ve nunca, porque siempre está encerrado en la

biblioteca y, en cualquier caso, como grita siempre, pues lo mismo da.

—¿Y por qué grita tanto?, —me interesé, siguiéndoles a toda la velocidad que me permitían mis piernas, mucho más cortas que las de ellos.

—Porque sí, —contestó Raúl, sin aminorar la marcha—, porque es un cascarrabias y siempre está enfadado. Por suerte, mi madre no se le parece en nada. ¿Se le parece tu padre?

Atravesábamos ahora una pinada de árboles arracimados y los otros dos saltaban sobre los zarzales que les obstaculizaban el paso, pero como yo temía sus espinas y me veía obligada a sortearlos, me iba quedando rezagada, pese a mis esfuerzos.

—¿No me has oído?, —me gritó Raúl, que me llevaba varios metros de delantera.

—Sí, pero no sé si se le parece, porque aún no he visto al abuelo, —repliqué, algo preocupada por no haberme quedado en el saloncito a esperarle—. Mi padre no suele enfadarse. Paca dice que está siempre en las nubes.

—¿Y quién es Paca?

—Es la criada. Entró en casa antes de que naciera yo y es la que se enfada cuando hace falta.

—Ya, —murmuró Raúl sin escucharme.

Nos aproximábamos a una especie de cobertizo, cuya puerta se balanceaba al compás del viento y su atención se hallaba concentrada en ese lugar. Traspuso el umbral con Marta pegada a sus talones y les seguí al interior de la cabaña, donde dos chicos, atados de pies y manos, se revolcaban entre un montón de aperos de labranza intentando inútilmente librarse de sus ligaduras. Un cintajo mugriento, con plumas de gallina ensartadas, coronaba sus cabezas y junto a ellos distinguí algo que se asemejaba bastante a unos escudos de cartón pintarrajeados. Permanecí indecisa, mientras Raúl y Marta saltaban a mi alrededor, profiriendo gritos victoriosos, sin saber cuál debería ser mi papel en el juego. Si me hubieran dado a elegir, habría optado por el de india camuflada de rostro pálido que conseguía introducirse en el campamento enemigo y liberaba a los prisioneros, pero como no me habían dado a escoger, avancé unos pasos vacilante hacia el que parecía mayor de los dos, un chicarrón algo más alto

que Raúl, de enmarañado cabello castaño. Me observaba sin disimulo desde que entrara en la choza y al cruzarse nuestras miradas me guiñó un ojo.

—¡Hola! Somos pieles rojas, ¿sabes?, —me explicó aprovechando que Marta y Raúl se habían alejado de nosotros para revolver unos sacos—. Esos sanguinarios rostros pálidos nos han atrapado cuando regresábamos a nuestra guarida. Ahora seguramente nos ejecutarán.

Al ver mi expresión de pavor, frunció el ceño sorprendido.

—Es de mentira, chiquilla. ¿Es que nos sabes jugar a los indios?

No me atreví a confesarle que era la primera vez que me veía en tales lides e hice un gesto afirmativo.

—Sí, claro que sé.

Como Raúl y Marta seguían revolviendo los sacos sin prestarnos atención. El indio aprovechó la ocasión para sugerirme:

—¿Por qué no nos desatas sin que se den cuenta? Mira, acaban de salir de la cabaña y no te verán.

—Pero es que me parece que soy de su bando, —objeté indecisa, después de comprobar que efectivamente los dos estaban al otro lado de la puerta, de espaldas a nosotros.

—¿Y qué? Si te pasas al nuestro, te nombraremos jefa india y serás tú la que des las órdenes.

Aunque no tenía el menor deseo de ascender a jefa, me sentía angustiada ante la idea de que les pudiesen ejecutar, por lo que asentí confusa.

—Bueno, pero que ellos no se enteren, porque...

Aunque no le expliqué el motivo, el chico sonrió como si fuese obvio y cuando al fin consiguió ponerse en pie, libre de sus ligaduras, me miró con algo de guasa.

—Más vale que escapes detrás de nosotros, porque a los traidores se les liquida sin juicio previo.

—Pero yo no soy una traidora, —me defendí cohibida—. Tú has dicho que podía pasarme a vuestro bando.

—Pero eso es una traición y bien gorda, —sentenció el otro chico, que era algo más bajo y se asemejaba extraordinariamente a tía Elvira—. Cuando Raúl se dé cuenta de que nos has liberado, se pondrá como una

furia y seguramente te soltará un guantazo. Y por cierto, ahí vuelve con Marta.

Di un respingo al oír sus últimas palabras, al tiempo que los dos indios me empujaban tras la puerta de la choza, y me agazapé temblorosa junto a ellos. No acababa de entender aquel juego, pero sobre todo no me gustaba nada el cariz que estaba tomando. Lo mejor sería que regresase a la casa y que les dejase seguir haciendo el bestia sin mí.

—Oye tú, —musité, tocando la espalda del que parecía ser el jefe.

—¡Chist!, —me susurró este sin volverse—. Ya están aquí. En cuanto entren les atacaremos. Vosotros dos arremetéis contra Marta, que de Raúl me encargo yo.

—Pero...

No tuve tiempo de formular mi objeción, porque en ese instante mis primos entraron en la cabaña y los dos pieles rojas saltaron sobre ellos, derribándoles al suelo. Durante unos segundos apenas distinguí otra cosa que un revoltillo de brazos y piernas agitándose en el aire. Marta consiguió encaramarse a horcajadas sobre su adversario y arengaba a Raúl, que, bajo el chico guasón, se encontraba en una situación precaria. De pronto mi primo me divisó acurrucada en un rincón y me llamó a gritos.

—¡Ven a ayudarnos, corre!

A caballo sobre su contrincante, que estaba tendido de espaldas en el suelo, Marta volvió también la cabeza hacia mí.

—Sacúdele a Miguel un tortazo para que suelte a Raúl. ¿Pero qué te pasa?

Absolutamente perpleja, mi prima se olvidó del piel roja al que mantenía reducido bajo su cuerpo y se quedó mirándome con la boca abierta. Por fortuna su enemigo reaccionó de idéntica manera, al seguir la dirección de su mirada y verme convertida en un mar de lágrimas.

—¿Pero qué te sucede? ¿Es que te hemos hecho daño? También los otros dos cesaron en sus forcejeos al verme hipar incontinentemente y, de rodillas sobre el mugriento pavimento, intercambiaron una mirada de desconcierto.

—Seguramente le habremos soltado una patada. —Opinó Raúl dirigiéndose al jefe indio, como si se hallaran solos en la cabaña y yo no

estuviera presente.

Su interlocutor se encogió dubitativamente de hombros.

—Puede ser, pero yo diría que ni siquiera la hemos rozado.

—Pues por algo llorará, me parece a mí, —insistió Raúl, rascándose el cogote.

—A lo mejor llora, porque es una llorona.

Marta abandonó a su adversario para venir a sentarse junto a mí y pasar un brazo sobre mis hombros.

—Nos seas tonta y no gimotees más. ¿Qué es lo que te ha pasado? ¡Con lo que nos estábamos divirtiendo!

Sin responder dejé escapar un nuevo hipido. Los sollozos no me lo permitían, pero, aunque me lo hubieran permitido no habría sabido explicarme. Lloraba porque... porque sí, sin ninguna razón específica que fuese capaz de analizar. Porque no me estaba divirtiendo en absoluto, porque me había convertido de improviso en una traidora sin imaginarlo siquiera, porque Raúl me iba a soltar una torta en cuanto se enterara, porque me sentía ajena a aquel absurdo juego y por un sinfín de motivos más. Quizás Marta intuyera alguno de ellos, porque no insistió. Se limitó a abrazarme como si fuera una niña pequeña y les indicó con un gesto a los demás que se abstuvieran de importunarme.

—Es mi prima, ¿sabes?, —le comunicó al jefe indio, que se nos había aproximado con curiosidad—. Ha llegado esta tarde a Montsalvatge y se va a quedar con nosotros una temporada.

El chico, que era algo más alto que Raúl y de complexión más fuerte, poseía unos guasones ojos castaños y una pelambrera del mismo color que se empeñaba en resbalarle sobre la frente, por más esfuerzos que hacía para retirársela. Me observó unos instantes en silencio y, cuando se percató de que mis sollozos amainaban, decidió presentarse.

—Me llamo Miguel, ¿y tú?

—Eurídice.

—¿Eu, qué?

Como estaba más que acostumbrada a que la gente se extrañase al oír mi nombre, se lo deletreé pacientemente.

—Eu-rí-di-ce. Creo que así se llamaba una ninfa griega.

—¿Y una ninfa que es?, —se interesó el otro piel roja, aproximándose también.

Marta le dedicó un visaje desdeñoso.

—Eres un ignorante, Juan. Las ninfas eran las diosas de los bosques, de los arroyos... El otro día nos lo explicó Don Ambrosio, pero como tú nunca te enteras de nada. —Luego se volvió hacia mí para aclararme su identidad—. Juan es primo tuyo también, porque es hermano de Raúl. Tiene doce años y está siempre en las nubes. Nunca se da cuenta de lo que ocurre a su alrededor.

Al enterarse del significado de mi nombre, Raúl le había echado un brazo a Miguel sobre los hombros y señalándome le comentó, como si yo fuese sorda y no pudiese oírles.

—Pues tiene bien poco aspecto de ninfa, ¿no crees? Más bien recuerda... recuerda... —Lo meditó mientras me recorría con los ojos, desde mi lacio cabello oscuro, que, sujeto con un gran lazo, pendía sobre mis hombros, hasta mi vestido de lanilla de cuadritos blancos y morados, que casi me llegaba a los tobillos—. Ya sé, —exclamó súbitamente inspirado—, recuerda a un gato asustado. Tiene los mismos ojos que los gatos. Casi no le caben en la cara. ¿A que tengo razón, Miguel?

El otro asintió muy serio, mientras luchaba nuevamente por apartarse de la frente su enmarañado cabello y me sometía a un atento escrutinio.

—La verdad es que ese nombre tan horroroso no te cuadra en absoluto, —continuó Raúl haciendo gala de su falta de diplomacia—. ¿Quién fue el gracioso que te lo puso?

Marta se puso en pie de un salto y le propinó un sopapo.

—¿Por qué no cierras el pico de una vez? A mí me parece un nombre precioso y desde luego mucho más bonito que el tuyo, que no es de ninfa, ni de nada.

Sin enfadarse, él se echó a reír.

—¿Y qué haría yo con un nombre de ninfa? Me quedaría divino.

—Déjala en paz, —replicó la otra con aspereza—. Se lo pusieron sus padres porque les dio la gana. ¿A que sí?, —me preguntó.

Denegué tímidamente con la cabeza.

—No, fue solo cosa de papá, que es profesor de historia. Mamá murió antes de que yo naciese.

Una nueva risotada de Raúl me obligó a enrojecer hasta la raíz del pelo.

—¿Cómo iba a morirse tu madre antes de que tú nacieras? Hasta un tonto sabe que eso no puede ser.

—Pues sí, —afirmé avergonzadísima—. Se murió cuando yo nací de una cosa que no sé cómo se llama.

—Sería de parto, —apuntó Juan, deseoso de entrar en la conversación y de demostrar que entendía de ese tema.

—¿Y no sabes lo que es un parto?, —se extrañó Marta—. Aquí estamos hartos de presenciarlos, porque la gata de los guardeses tiene gatitos muy a menudo.

Me encogí de hombros evasivamente. ¿Cómo explicarle que mi vida en Segovia no tenía ningún punto de contacto con la que ellos llevaban en Montsalvatge? Ni siquiera había oído antes esa palabra y estaba segura de que ninguna de las niñas de mi clase conocía su significado. Tampoco jugaba con ellas a los indios, sino a la gallina ciega y procurando no manchar nuestros uniformes. Aquellos chicos, en cambio, no parecían en absoluto preocupados por el muestrario de manchurriones de todos los colores que ostentaban en sus ropas e incluso se atrevían a destrozar los arriates de geranios que circundaban la terraza. En mi casa solo había un tiesto, que Paca cuidaba como a las niñas de sus ojos, y hubiese puesto el grito en el cielo si lo hubiera rozado con la punta de mis dedos. Tímidamente levanté la vista, deseando cambiar de conversación y vi que Raúl se había apartado con Miguel junto a la puerta del cobertizo, donde discutían algo muy acalorados. Algunas de sus palabras llegaron a mis oídos y me rebullí inquieta, sospechando lo que se avecinaba. Instintivamente me apretujé contra Marta al verles aproximarse. Raúl tenía el ceño fruncido y su voz no sonaba amistosa precisamente, cuando me pregunto:

—Oye, Eurídice, tú estabas en la cabaña cuando Miguel y Juan han conseguido librarse de sus ligaduras. ¿No les habrás ayudado, verdad?

Tragué saliva varias veces, mirando a Miguel en demanda de ayuda.

—Ellos solos no han podido soltarse, —insistió acusadoramente mi primo—. ¿Has sido tú?

Después de interrogarse con los ojos, los dos pieles rojas lo negaron a la vez.

—Claro que no, —empezó Juan.

—¿Pero piensas que tu prima iba a poder deshacer tus nudos?, —continuó Miguel, riéndose a carcajadas—. Es demasiado pequeña. Juan y yo hemos cortado las cuerdas con... —Al fallarle la inspiración buscó a su alrededor el imaginario instrumento—. Con esa azada, —concluyó señalándole una enorme que en unión de varias más estaba tirada en un rincón.

Raúl se inclinó a recoger las sogas del suelo y las inspeccionó cuidadosamente. Cuando levantó de nuevo la vista y me miró, me encogí atemorizada, pero Marta salió en el acto en mi defensa.

—Ya te he dicho que la dejes en paz. Si tienes algo que decir, me lo dices a mí y si no, te callas.

Aguardé en silencio con las rodillas flojas y absurdamente temblonas. Raúl le sacaba a Marta más de la cabeza y si se liaban a tortas no resultaba difícil predecir quien sería el vencedor. Sin embargo le sentí vacilar, como si no se atreviera a entenderse con ella.

—Quítate de en medio, Marta, que esto no es asunto tuyo. Solo quiero que me conteste.

—Pues a mí no me da la gana, —se engalló la chiquilla puesta en jarras—. Eurídice no es una traidora. Solo a un majadero como tú se le podría ocurrir una estupidez semejante y como las dos estamos hartas de aguantaros, nos vamos a ir ahora mismo a donde nos salga de las narices. Que os divirtáis.

Me apresuré a alcanzar la puerta del cobertizo como un conejo asustado. Marta, en cambio, se volvió hacia ellos antes de salir para envolverles en una mirada de desprecio y luego se encaminó despacio hacia el exterior con aire fanfarrón.

—No le hagas caso, —me susurró, tomándome protectoramente de la mano, al echar a andar en dirección a la casa—. Raúl es un animal, pero se achanta si le contestas en el mismo tono.

El viento helado nos azotó el rostro, despeinando mis cabellos y los aparté de mis ojos para escudriñar con curiosidad el semblante de la otra. Poseía una naricilla respingona, cubierta de pecas, que en ese momento fruncía con gesto desafiante, y en sus pupilas azules podía leerse una enorme seguridad en sí misma.

—¿Es tu hermano?, —le pregunté, mirándola con secreta admiración.

—No, es mi primo, pero para el caso es como si Juan y él fuesen mis hermanos, porque he vivido siempre aquí con ellos. Mis padres murieron cuando yo era un bebé y el abuelo me trajo con él a Montsalvatge.

La contemplé ahora compasivamente.

—Estarás muy triste.

—¿Yo?, ¿por qué?, —replicó con indiferencia. Parecía no sentirlo en absoluto, por lo que no me atreví a insistir.

—¿Y Miguel quién es?

—Un amigo de Raúl que viene a jugar todos los días. Vive en la Escollera, que es una finca que no está mal, aunque es mucho más pequeña que la nuestra, —me aclaró con fatuidad—. La caleta que habrás visto al venir, la separa de Montsalvatge y, como las dos fincas colindan, Raúl y él pasan la vida juntos. Además, sus padres son muy amigos del abuelo y de tía Elvira y creo que cuando eran niños también jugaban juntos, como hacemos ahora nosotros. Patricia es muy guapa, —añadió dubitativamente.

—¿Es la madre de Miguel?

—Sí. El abuelo la quiere mucho porque... bueno, porque sí.

—¿Por qué la quiere mucho?, —le pregunté con curiosidad.

—Ya te he dicho que porque sí, —me contestó con aspereza—. La conoce desde que ella nació y es natural. Su familia ha vivido en la Escollera durante generaciones, aunque en otra casa que ya no existe. La actual la construyeron hace poco y es bonita, pero no resulta nada emocionante.

—¿Por qué no?

—Pues porque a las casas modernas les falta algo, el misterio. Los Olavide están muy satisfechos, porque está enclavada sobre el promontorio y medio volada sobre el mar. ¿Tú crees que eso es como para sentirse satisfecho?

Estuve a punto de asentir precipitadamente, pero la seguridad de Marta me intimidaba y prudentemente le contesté con otra pregunta.

—¿Tú crees que no?

La vi encogerse de hombros con indiferencia.

—Desde luego, el panorama que se domina desde allí es más bonito que el nuestro, pero Miguel prefiere venir a Montsalvatge, que es donde se puede jugar a los indios como Dios manda. Y por cierto, ¿les has soltado tú?

Examinaba atentamente mi expresión, aunque parecía saber de antemano que la respuesta era afirmativa. Su interés se dirigía más bien hacia los motivos que me habían impulsado.

—¿Te han dado pena, verdad?, —insistió, observándome sin pestañear—. Pues otra vez no seas tan boba. Si no te espabilas, te harán pasar muy malos ratos, porque son bastante brutos. Pero no te preocupes, —añadió al ver mi gesto—, estás conmigo.

Me lo dijo con extraordinaria petulancia, pero en los días que siguieron pude valorar como trascendental la protección que Marta me dispensaba. Mi exceso de sensibilidad me hacía sufrir ante cualquier broma y a los chicos les divertía hacerme rabiar por ser tan asustadiza. Tía Elvira solía sermonearles cuando les sorprendía metiéndose conmigo, pero sus reprimendas carecían de la energía necesaria para intimidarles. Se diría que a ella le suponía un esfuerzo ímprobo el enfadarse, porque, cuando se veía obligada a reñirles, tenía que aspirar oxígeno previamente y al terminar se dejaba caer desmadejada en el asiento más próximo, repitiendo que con tales disgustos no viviría muchos años. Y lo más curioso era que tía Elvira parecía poseer una vitalidad inextinguible. Cuando no salía a visitar a sus numerosos amigos de las villas cercanas, acudían estos a Montsalvatge y recibirles exigía una serie de preparativos que le ocupaban un gran número de horas y que realizaba sin acusar el menor cansancio. Solamente los chicos parecían agotarla. Les trataba con una especie de cansina, afectuosa y distraída condescendencia, como si no poseyese suficientes energías para prestarles una atención mayor. No dejaba de admirarme la circunstancia de que en innumerables ocasiones en las que se los tropezaba cometiendo alguna trastada, continuase de largo sin advertirlo. Incluso una tarde en la

que cruzaba el vestíbulo, mientras Miguel y Raúl se deslizaban por el pasamanos de la escalera, siguió su camino y desapareció en el saloncito sin darse por enterada, pese a que el dichoso pasamanos era sagrado y nos estaba prohibido tocarlo siguiera. Quien lo había prohibido, por supuesto, había sido el abuelo, que acostumbraba a rezongar algo así como que la balaustrada de madera era una obra de arte y se enfadaba terriblemente cuando cualquier de los chicos se olvidaba de sus advertencias.

A diferencia de su hija, el abuelo no necesitaba acumular oxígeno para regañarles, pues más bien parecía que las broncas constituyesen su elemento. Incluso cuando no tenía motivos para irritarse, refunfuñaba por lo bajo, especulando sobre posibles desmanes futuros. Solamente se humanizaba conmigo en ocasiones, pero a mí me inspiraba un miedo cerval, hasta el extremo de que echaba a correr en dirección contraria en cuando oía cercano el sonido de sus pasos. Por eso, una tarde en la que Juan vino a buscarme para decirme que él quería verme en la biblioteca, me quedé helada y me aferré inmediatamente al brazo de mi prima. Las dos nos entreteníamos recogiendo piñas junto al faro, una vieja torre semiderruida, enclavada en lo alto del ribazo, sobre la caleta, que tal vez cumpliera esa misión en tiempos muy pretéritos, pero que en la actualidad no constituía más que un ruinoso vestigio del pasado. Tan solo los muros seguían en pie, cercando un recinto invadido por la maleza, aunque conservaba los restos de lo que en su día fuera una escalera de piedra. Aún se podía subir por ella hasta lo alto de los paredones y los chicos organizaban allí unas batallas formidables, apedreándose con piñas verdes. Habíamos conseguido recoger un buen montón para la refriega que tenían proyectada, cuando Juan llegó de la casa con tal aviso.

—¿Por qué no me acompañas?, —le pedí asustada a Marta—. He debido hacer algo mal, aunque en este momento no se me ocurre que haya podido ser. Ven conmigo.

Accedió de mala gana. A ella el abuelo no la impresionaba lo más mínimo, pero no le apetecía regresar a casa en este instante y posponer su participación en la lucha.

—Dile a todo que sí, —me aconsejó cuando nos pusimos en camino hacia la casa, cuyo pizarroso tejado se avistaba entre los árboles—. De esta

forma acabará enseguida su sermón y podremos volver al faro, ¿entiendes?

—Sí, pero...

—No hay pero que valga. El abuelo en el fondo es un buenazo. Lo que le ocurre es que está amargado por la mala suerte que ha tenido con sus hijos. Mi padre, que era el mayor, se murió. Después se murió el marido de tía Elvira, dejándola viuda y el pequeño, que es tu padre... bueno a ese no sé que es lo que le pasa, pero debe de pasarle algo, porque antes de que tú vinieras refunfuñaba mucho sobre él.

Subíamos en ese momento los escalones de la terraza y me detuve para preguntarle a la otra en un tono más agudo del mío habitual:

—¿Qué es lo que decía de mi padre?

Se encogió evasivamente de hombros.

—No lo sé. Algo así como que era un maniático, pero no me hagas mucho caso. Ya sabes que al abuelo le gusta protestar y que yo suelo confundirlo todo, así que, a lo mejor ni siquiera hablaba de tu padre.

Meditabunda ascendí los peldaños y atravesando la terraza entré tras ella en el vestíbulo, que estaba en penumbra como siempre. Ante la puerta cerrada de la biblioteca nos demoramos unos segundos para intercambiar una mirada, con la que Marta pretendió infundirme ánimos. Me precedió después al interior de esa estancia, que era de amplias dimensiones y aspecto confortable. Tres de sus paños estaban cubiertas con librerías, abarrotadas de volúmenes y en el frontero a la puerta la chimenea encendida chisporroteaba alegremente, caldeando el ambiente. El abuelo estaba sentado en su sillón, frente al fuego, contemplando fijamente el crepitar de los leños y no se movió al oírnos entrar.

—Pasa, Eurídice, —me dijo en tono bajo, muy distinto del suyo usual—. Pasa y siéntate aquí.

Sin volverse me indicaba una butaca a su lado y avancé tímidamente, sin soltar la mano de mi prima. Vi que el abuelo fruncía el ceño al percatarse de su presencia y que después la invitaba con un gesto a que saliera de la habitación. Pero no parecía enfadado. Su ademán denotaba cansancio y también su voz sonaba cansada.

—Déjanos solos, niña. Tengo que hablar con Eurídice.

Marta obedeció en silencio, cerrando la puerta tras ella, mientras yo me dejaba caer en el borde la butaca y permanecía inmóvil, aguardando con la garganta seca. Tuve tiempo de tragar saliva varias veces, antes de que el abuelo fijase sus ojos en mí.

—He recibido carta de tu padre, —empezó, señalándome las cuartillas que estaban esparcidas sobre la mesita que tenía delante—. Me dice que se acuerda mucho de ti y que espera poder venir pronto a recogerte.

Tragué saliva una vez más. Advertía los esfuerzos del abuelo por buscar las palabras apropiadas y me dije que sin duda había algo más, pero no me atreví a preguntarle. Carraspeó, dirigiéndome una mirada de soslayo antes de continuar.

—Verás, tu padre tiene ahora mucho trabajo y ha pensado que, de momento, estarás mejor aquí con nosotros, pero que en Navidad, si le es posible...

Siguió hablando, pero ya no le oía. Algo muy confuso se removía en mi interior. Algo que no me era desconocido y que dolía. Era una sensación de angustia tan inconmensurable que solo llorando conseguiría amortiguarla. Quizás si lo consiguiese... Pero por extraño que pudiera parecer las lágrimas no acudían a mis ojos, que contemplaban sin ver el chisporroteo del fuego. Se me habían secado dentro y ni siquiera llevaba en brazos a mi muñeca para acunarla y olvidarme de mi soledad. Pero subiría a mi cuarto a buscarla y allí le cantarí una canción. Sí, con mi muñeca en brazos todo me parecería distinto. ¿Cómo no lo había pensado antes?

El abuelo me daba ahora unas afectuosas palmaditas en la espalda intentando quitarle importancia al asunto.

—Para la Navidad falta muy poco, nena, y me alegro de que tu estancia entre nosotros se prolongue. ¡Y no hablemos de Marta! Se va a poner loca de contento cuando se entere. Yo de ti iría inmediatamente a darle la noticia.

Asentí algo vacilante. Intuía que al abuelo le dolía mi presencia tanto como a mí el contenido de la carta, por lo que fingí una animación que no sentía.

—Voy a decírselo ahora mismo, —musité poniéndome en pie y echando a andar lentamente hacia la puerta.

Me sabía seguida por su mirada y procuré caminar erguida, sosteniendo alta la cabeza, pero me pesaban las piernas. Toda mi menuda figurilla se había trocado de improviso en un lastre insoportable y el esfuerzo que tuve que realizar para salvar los pocos metros que me separaban de la puerta me dejó tan exhausta, que al cerrarla a mi espalda tuve que apoyarme en la hoja de madera para recuperar las energías que me faltaban. Marta me esperaba en el vestíbulo, sentada en el primer peldaño de la escalera, y al verme salir corrió a mi encuentro.

—¿Qué te ha dicho? Me ha parecido que estaba raro.

Ni siquiera daba la impresión de estar enfadado.

—Tengo que subir a por mi muñeca. —Murmuré con vaguedad—. Cuando nos fuimos a coger piñas la dejamos acostada en mi cama y debe de estar aburriéndose sola. La otra escudriñaba sorprendida mi pálido semblante. —Sí, bueno, ahora vamos. ¿Pero qué es lo que te ha dicho?

Parpadeé varias veces y fruncí el ceño, porque me costaba trabajo recordarlo.

—Me ha dicho que... que papá y Luisa no me necesitan por ahora y que, como se acaban de casar, prefieren estar solos. Marta enarcó las cejas, mordiéndose los labios, gesto que en ella denotaba perplejidad. Como yo seguía subiendo la escalera me retuvo por un brazo.

—El abuelo no ha podido decirte eso. Lo habrás interpretado mal.

Esbocé una media sonrisa, que más bien se asemejaba a un puchero.

—Claro que no me ha dicho eso, pero lo he interpretado bien. Ha tratado de endulzármelo, pero no sabe disimular. A la legua se le notaba lo que opinaba de los dos y el disgusto que tenía. De todas formas ya me lo advirtió Paca el día que me acompañó al aeropuerto.

—¿Te lo advirtió?, —se extrañó Marta, abriendo desmesuradamente sus ojos azules—. No puedo creerlo.

—Pues sí. Me abrazó llorando y me dijo que a lo mejor no íbamos a vernos más, —susurré dubitativamente—. Yo pensé que ella creía que iba a morir pronto. Siempre se estaba quejando de que le dolía aquí y allá y de que la matábamos a disgustos. Bueno, el que más la mataba era papá por casarse con Luisa. Pero, por lo visto, lo interpreté mal y a lo que se refería era a que yo no iba a regresar a Segovia nunca más.

—Eso es una estupidez, —masculó desdeñosamente mi prima—. Todos los padres quieren a sus hijos. Acuérdate del boticario del pueblo. Está mochales con su Pedrito, aunque ya tiene dieciséis años y aún se le cae la baba de lo tonto que es. A ti no se te cae la baba, así que con mayor razón, —terminó incoherentemente.

Me encogí de hombros sin ganas de discutir.

—Puede que tengas razón y que vengan a recogerme en Navidad, pero ya no tengo ganas de nada y lo único que me apetece es acostarme a dormir.

—¿Acostarte?, —se escandalizó ella, para quien el irse a la cama constituía el mayor de los suplicios—. ¡Ni hablar! Hace un sol espléndido y nos quedan muchas piñas por recoger. Ahora mismo vamos a volver al faro y te olvidarás de todas esas tonterías.

Intenté negarme, pero la otra, además de voluntariosa, era tozuda y logró convencerme e incluso animarme. Su vitalidad resultaba contagiosa y a su lado hasta las preocupaciones mayores perdían consistencia. Poseía una habilidad especial para minimizar lo que le parecía desagradable y enfocarlo desde una perspectiva que estuviese de acuerdo con sus apetencias. La lógica no tenía cabida en sus razonamientos, pero llegaba a unas conclusiones altamente satisfactorias de las que no se apeaba jamás. Como yo era diametralmente opuesta, necesitaba engañarme a mí misma para secundarla. Sin embargo, en ella esa forma de proceder era sincera. No tergiversaba los hechos, simplemente los veía desde distinto prisma y siempre favorables. Quizás por eso disfrutaba de tan buen concepto de sí misma y de un optimismo rayano en lo ilusorio. Yo la contradecía al principio, obligándola a recapacitar, pero más tarde la imité inconscientemente, porque era una actitud cómoda y tranquilizadora. Era como vivir los propios sueños, como aislarse de la realidad, buscando la seguridad que me faltaba. Llegué así a convencerme de que mi padre me echaba de menos y de que Luisa era la culpable de que aún estuviésemos separados. Y como de eso, me convencí de otras muchas cosas y empecé a sentirme a gusto en Montsalvatge.

Hubiera sido difícil sustraerse al atractivo especial de aquel lugar único. De sus largas avenidas bordeadas de follaje de cambiante colorido según la estación y el momento. De la casona, tan distinta a la de Segovia, pese a ser

ambas grandes y sombrías. De la magia de sus noches de verano en las que se oía cantar a las cigarras en la quietud de la naturaleza dormida. Pero sobre todo, del mar, que rugía incansable, impregnando el aire de su olor a yodo. No había rincón en Montsalvatge donde no se percibiera su presencia. Incluso por las noches, cuando el mundo parecía dormir aletargado, permanecía en vela arremetiendo contra la costa una y otra vez para expandir luego sus rugidos con el viento.

También a Marta le obsesionaba el mar. Pude comprobarlo el primer día en que subí con ella al torreón y me enseñó los lienzos que pintaba. Ese día había estallado una tormenta y la lluvia se abatía contra los cristales de las ventanas de la sala de estudio, donde Don Ambrosio, el profesor que acudía a diario desde el pueblo, nos daba clase. Le explicaba pacientemente a Juan la raíz cuadrada en el encerado, cuando Marta se inclinó hacia mi oído para susurrarme:

—En cuanto Don Ambrosio termine con ese rollo y se marche, te voy a enseñar una cosa que te va a gustar.

Le dediqué un guiño, dándome por enterada, y continué mirando a la pizarra, aunque aquella explicación no me fuese dirigida. Dábamos clase todos juntos en una destartalada estancia de la segunda planta y Don Ambrosio se las veía y se las deseaba para lograr que los chicos le atendieran y para compaginar las enseñanzas que debía impartirnos según nuestras respectivas edades. Cuando al fin llegó el momento en que el profesor se despidió de nosotros hasta el día siguiente, salí al pasillo en pos de mi prima, que cuchicheó impaciente a mi oído:

—Date prisa, que no se enteren los chicos.

Me precedió a lo largo del interminable corredor, que, dividido por el rellano de la escalera, atravesaba toda la planta superior. Finalizaba en una vieja escalera de madera, por la que comenzamos a subir apresuradamente.

—No nos han visto, —me comunicó satisfechísima, después de dirigir una recelosa mirada a su espalda.

—¿Pero dónde vamos?, —me preocupé, pues al ascender el primer tramo nos habíamos quedado sumidas en la oscuridad.

—Al desván. Es grandísimo y está lleno de trastos. Tía Elvira lo guarda todo, porque dice que nunca se sabe si puede volver a necesitar esos

chismes. ¿Para qué crees que tía Elvira puede volver a necesitar una armadura oxidada que hay allá arriba? La llevó un antepasado nuestro en la guerra de Cuba.

—¿En la guerra de Cuba?, —me sorprendí—. No puede ser. Don Ambrosio les estuvo explicando a los chicos el otro día que esa era una guerra reciente y que los hombres ya no llevaban armadura.

—Pues la llevaría en otra guerra o puede que ni siquiera haya pertenecido a ningún antepasado nuestro, —farfulló ella con su característica incoherencia—. En el desván comienza la escalera del torreón. ¿Pero qué te pasa?

Me había cogido la mano para hacerme subir más deprisa y debió notar como temblaba ente la suya, porque se volvió para mirarme con curiosidad.

—¿Acaso tienes miedo?

—Claro que no, —mentí con un hilo de voz—. Es que esto está muy oscuro.

—Sí, pero no importa. Aquí nunca sube nadie, solo yo, cuando los chicos no me ven. Quiero enseñarte lo que he pintado. Lo hago bastante bien, ¿sabes? Al menos es lo que dicen todos.

—Y si lo haces bien, ¿por qué no quieres que vean lo que pintas?

—Porque no me dejan en paz. Necesito tranquilidad. Hace mucho tiempo que quiero pintar una tormenta y la de hoy es de campeonato. Pintaré la lluvia y también el viento.

—¿Se puede pintar el viento?, —me interesé.

—Aún no lo he conseguido. Tía Elvira dice que cuando sea mayor seré una pintora genial. También lo dice Don Ambrosio, ¿pero qué sabrá él?

—Es un profesor.

—Pero es un pelma.

—Que sea un pelma no tiene nada que ver, —razoné, creo que no sin lógica.

—Bueno, pues a mí no me importa lo que opine, —concluyó, dando por zanjada la discusión—. Mira, ya llegamos.

—Yo sigo sin ver nada, —protesté.

—Es que las ventanas del desván están cerradas.

Espera, encenderé la luz.

Cuando la única bombilla que colgaba del techo se iluminó, parpadeamos deslumbradas. Nos encontrábamos en una nave enorme que ocupaba la totalidad de la tercera planta del edificio y que estaba repleta de los objetos más heterogéneos. Baúles apoyados contra la pared, muebles cubiertos con fundas llenas de polvo, cerros de periódicos atados en paquetes. Incluso un piano de cola, rezumante de humedad y de telarañas, que medio ocultaba la armadura de la que me había hablado antes. Me hubiera detenido a curiosear, pero Marta me cogió del brazo y me condujo hacia el fondo del desván, donde se veía una puerta.

—Ven, por aquí se sube al torreón.

—No habrá nadie allí arriba, —me inquieté.

—Claro que no, no seas gallina. Ya te he dicho que al torreón solamente subo yo. Verás que ruido tan estupendo hace esta puerta. Rechina una barbaridad.

Su estridente chirrido me estremeció.

—Yo... yo prefiero volver abajo, —gemí.

Sin escucharme, ella había comenzado a subir ágilmente por la escalera de caracol. Un fuerte olor a rancio me hirió el olfato cuando la seguí, temiendo quedarme sola. La oscuridad era casi completa y teníamos que subir los altos peldaños tanteándolos con los pies. Afortunadamente no tardamos en vislumbrar algo de claridad y al rematar el último tramo desembocamos en un recinto circular. Estaba vacío si se exceptuaban sus útiles de pintura y el montón de lienzos apilados contra sus paredes, que Marta me fue mostrando con orgullo.

—¿Qué te parecen?

Los contemplé en silencio, demasiado admirada para poder expresarlo con palabras. En todos ellos el mar era el protagonista y era el de verdad, el que rugía contra el acantilado y se encrespaba furioso arrojando nubes de espuma sobre los escollos.

—Son preciosos, —musité al fin.

—Sí que lo son y hoy pintaré el viento, ya lo verás, —afirmó con fatuidad.

Montó el caballete, que estaba tirado en un rincón y tomando la paleta comenzó a dar pinceladas con los ojos guiñados y expresión absorta. El

vendaval zarandeaba los cristales de las cuatro ventanas por la que penetraba una luz grisácea y la lluvia se abatía sobre ellos, enturbiándolos. Me aproximé a otear el paisaje que se dominaba desde aquellas alturas y apenas si conseguí distinguir el pinar que se interponía entre la casa y el acantilado, agitándose descompasadamente con un rumor sordo. Más allá, el faro, con la caleta a sus pies, ambos medio borrosos bajo la cortina de agua que parecía desplomarse sobre ellos desdibujando sus contornos. Y a lo lejos, el mar embravecido, de un color tan plomizo como el del cielo. ¿Qué podría reproducir Marta de tan difuso panorama?

Retrocedí, situándome a su espalda para averiguarlo. La blancura del lienzo iba cubriéndose de formas imprecisa de un gris traslúcido. Acababa de reconocer el esbozo del acantilado, cuando, sobresaltada, di un respingo.

—¿Qué ha sido eso?

Marta se encogió de hombros.

—Nada. La puerta del desván que se ha cerrado de golpe.

Pero yo me aproximé inquieta a la escalera.

—Alguien sube Marta. Oigo pasos.

—Serán esos pelmas que nos habrán descubierto, —gruñó resignadamente, mientras daba unas nuevas pinceladas.

—Son unos ruidos muy raros, —balbuceé angustiada—. Parece como si arrastrasen cadenas.

Apartó la mirada del lienzo para clavarla burlonamente en mi rostro.

—A lo mejor crees que son fantasmas, pero en Montsalvatge ya no los hay. Antes sí, cuando vivían aquí nuestros antepasados, pero ya se han muerto todos, —terminó incongruentemente.

—¿Nuestros antepasados?

—No, los fantasmas.

—¿Cómo iban a morirse los fantasmas?, —objeté.

—Bueno, puede que no se hayan muerto, pero ya no están aquí. Se habrán marchado a otra casa que tenga antepasados. Aquí solo queda el abuelo y no es lo bastante viejo para serlo, —farfulló distraídamente.

Pero yo ya no la escuchaba. Aquellos extraños sonidos se oían cada vez más cerca. Sí, ya doblaban el último recodo de la escalera y...

Proferí un grito al ver aparecer en el umbral una forma blanca, arrastrando efectivamente una larga cadena y reculé hasta la pared opuesta, creyendo que me desmayaría de terror. Marta en cambio respingó, más enfurecida que asustada, y propinó a la fantasmal aparición un puntapié que debió alcanzarle en el estómago. Un alarido bastante humano fue exhalado por el espectro, antes de que tratara de echarse mano a la parte dolorida, pero mi prima se abalanzó sobre él sin darle tiempo a hacerlo, derribándolo, con lo que arrastró en su caída a un segundo fantasma que acababa de asomar. El tercero logró llegar hasta mí, agitando en el aire su polvorienta sábana. Emitía unos lamentos erizantes, pero al ver que me dejaba caer al suelo e histérica llamaba a Marta en mi ayuda, interrumpió sus quejidos y se despojó dificultosamente de su disfraz.

—No te pongas así, si soy yo... —le oí decir, segundos antes de que asomara la cabeza por un desgarrón de la sábana y reconociera en él a Miguel—. ¿Es que te has asustado de verdad? Os hemos visto subir hace un rato a escondidas y hemos decidido gastaros una broma.

Yo seguía llamando a Marta entre hipidos y sollozos, pero ella corría escaleras abajo, persiguiendo a las frustradas apariciones de ultratumba y no me oía.

—¡Sí que la hemos hecho buena!, —masculló consternado el chico—. No llores más. ¡Si soy yo!

Rebuscaba torpemente en sus bolsillos, de los que extrajo una multitud de objetos heterogéneos, pero no el deseado pañuelo. Al fin lo encontró, arrugadísimo y de un sospechoso color inexistente entre los del arco iris. Me lo tendía de rodillas a mi lado, con una expresión entre desorientada y divertida, y de improviso sentí que mi espanto dejaba paso a un furor sordo contra él. De un salto me puse en pie y, antes de haberlo pensado, le derribé de un empujón y eché a correr hacia la escalera. Como una exhalación descendí los peldaños a riesgo de romperme la crisma, dando vueltas y más vueltas, oyendo cada vez más próxima la risa de él, que se había lanzado en mi persecución. Alcancé el desván con algo de delantera, pero Marta ya no estaba allí, aunque los vestigios de la pelea que había mantenido con los espectros resultaban bien palpables. Una nube de polvo flotando en el ambiente difuminaba los muebles volcados y las ropas de los baúles, que

aparecían esparcidas por el suelo. Tropecé con la armadura y aterricé después sobre un baúl chirriante que se me clavó en las costillas. Iba a echar a correr de nuevo, cuando Miguel me alcanzó y ambos rodamos por el suelo.

No recordaba yo haberme pegado con nadie anteriormente y hasta me creía incapaz de hacerlo, pero arremetí como una furia contra él, que, medio ahogado por la risa, fingía defenderse de mis bofetadas.

—¡Imbécil!, ¡idiota!, ¡animal!, ¡burro, más que burro! —le vociferé indignadísima, cuando logré sentarme a horcajadas sobre él, que se había caído tumbado boca arriba—. Como no dejes de reírte te voy a dar una torta de la que te vas a acordar.

Sin moverse, abrió desmesuradamente los ojos con gesto de simulado espanto.

—¿De verdad?

—Y tan de verdad.

Me miraba con la cabeza ladeada y tal expresión de guasa que mi irritación llegó al límite.

—¿Es que no te lo crees?

—Claro que sí. Solo estaba esperando a que me la sacudieses. ¿Va a ser tan fenomenal como dices?

De improviso se incorporó con un brusco movimiento e, invirtiendo las posturas, me sujetó contra el suelo con una mano, mientras yo pataleaba en el aire.

—Pídeme perdón, —me dijo sin parar de reír.

—No quiero. ¡Suéltame animal!

—En cuanto me pidas perdón.

—Pues no pienso pedirte. ¡Marta!, —chillé, viéndola aparecer irreconocible de polvo y de telarañas. Se había desembarazado ya de los otros dos y, victoriosa, volvía en mi búsqueda. De una sola ojeada se hizo cargo de mi precaria situación y se abalanzó contra Miguel.

—Déjala en paz, estúpido. ¿No ves que es pequeña y que está asustada? ¿A que conmigo no te atreves?

El chico se limitaba a parar mis golpes entre carcajada y carcajada.

—Contigo no es ni la mitad de divertido. Y déjame tranquilo, porque Eurídice ha prometido atizarme una torta colosal y no le das oportunidad.

Los dos desviaron sus ojos hacia mí y Miguel frunció el ceño al advertir que estaba a punto de echarme a llorar nuevamente.

—No empieces a lloriquear, que así no tiene gracia, —protestó entre dientes.

Apartó a la otra de un empujón y luego se me aproximó para arrodillarse cómicamente ante mí, declamando melodramáticamente:

—Suplico humildemente tu perdón, princesa. Hincado de hinojos a tus plantas sufriré esa extraordinaria torta sin una sola queja.

Recelosa retrocedí un par de pasos, notando como Marta se reía también y me sentí tan en ridículo que tartamudeé de indignación.

—Le... levántate de ahí. Pareces un payaso... un payaso de circo y te vas a ir a reír de... de otra que te lo aguante.

Rebozado en polvo de los pies a la cabeza, seguía mirándome con su mejor cara de pascuas y sin variar de postura se llevó teatralmente una mano al corazón.

—¿No seré merecedor de tal honor? ¿Qué tendré que hacer para obtener esa gracia?

—Más vale que te decidas, Eurídice, —me aconsejó mi prima desternillada de risa—. Miguel es un cabezota y no parará hasta que le atices un buen sopapo. Si a él le hace ilusión...

Por toda contestación di un resoplido y a continuación eché a correr hacia la puerta del desván. Como una tromba descendí la escalera y no paré hasta que alcancé mi cuarto y me encerré dentro. Allí me desahugué llorando, abrazada a mi muñeca que me entendía siempre y que escuchó en silencio mi entrecortada narración. Juntas rumiamos venganzas contra Miguel y contra el mundo entero... exceptuando a Marta. Aún me dolía su risa, pero la necesitaba demasiado para guardarle rencor...

* * *

Eurídice se interrumpió y durante unos segundos permaneció en silencio con el ceño fruncido, como si estuviera rememorando aquellos sucesos tan

lejanos. Cuando levantó la vista de nuevo y miró al médico esbozó una sonrisa tímida.

—Es curioso, antes le he dicho que no había jugado nunca con muñecas y... lo había olvidado. Todo lo que le he contado me ha ido viniendo a la memoria sobre la marcha. ¿No le parece extraño?

Olea hizo un gesto indefinible.

—Es bastante frecuente. Pero dígame, ¿recuerda alguna ocasión en la que llevando en brazos a esa muñeca la ocurriera algo especialmente desagradable? Quizás bajara con ella a esa caleta de la que me ha hablado y alguno de sus primos o ese muchacho, Miguel, se la tiró al agua.

La muchacha denegó lentamente con la cabeza.

—No, no recuerdo nada parecido.

—¿Está segura?

—No, aunque ahora que lo pienso... Miguel se refirió a un incidente parecido el otro día. Yo no me acordaba, pero... sí. Sucedió el primer día en el que me acerqué con mis parientes a la Escollera a visitar a sus padres...

* * *

—Daos prisa, niñas, —nos decía tía Elvira, acabando de abrocharme el vestido—. Llegaremos tarde y ya sabéis que vuestro abuelo es muy puntual. ¿Qué daría yo por tener más de dos manos?

Invariablemente formulaba ese curioso deseo cuando se ponía nerviosa como lo estaba en ese momento. Una mueca de inquietud distendía su apacible semblante y algo muy parecido al temblor agitaba su menuda figura, enfundada en un traje azul marino, recibido la víspera de una lujosa tienda de Palma.

Mientras me dejaba vestir en silencio, me dije que su aspecto difería extraordinariamente del que presentaba a la hora del desayuno, con una bata vieja y el cabello en desorden. Incluso no quedaba ni rastro en ese momento de los cercos azulados que sombreaban sus ojos castaños, de pestañas cortas y claras. Habían desaparecido como por encanto y hasta esas mismas pestañas parecían ser más largas y más oscuras. Era ese un fenómeno que se repetía a diario, pero que no dejaba de sorprenderme por lo que solía quedarme contemplándola absorta, preguntándome como lograría tal

metamorfosis. A mí me daba la impresión de que poseía dos caras y dos figuras, una para estar en casa y otra para visitar a las amistades y con esta última apenas si podía tomársela por madre de Raúl y de Juan. Pero lo conseguía a costa de muchísimas molestias. Con aquella falda tan estrecha que llevaba, tenía que caminar dando saltitos y resultaba milagroso que no perdiera el equilibrio sobre los tacones, altos y finísimos.

—¿En qué piensas, Eurídice?, —se impacientó, advirtiéndome mi mudo examen—. Te has quedado alelada, mirándome y aún no te has puesto los zapatos. Si no fuerais unas inconscientes os habríais tomado tiempo para arreglarlos. Me gustaría saber por qué estáis siempre en las nubes. Os he repetido hasta la saciedad que esta tarde nos han invitado los Olavide a merendar. ¿Es que se os ha olvidado?

Me encogí de hombros. Por supuesto que no se nos había olvidado, pero no suponía yo que para acercarnos a la finca vecina tuviéramos que bañarnos previamente y ponernos después nuestra mejor ropa. Para colmo, tía Elvira se había empeñado en peinarnos a las dos “como Dios manda” y solo en desenredarnos el pelo había invertido un cuarto de hora. Desde luego Marta parecía otra, con un vestido azul bien planchado y la melena sujeta con un lazo del mismo color. Mi tía la contempló con aire aprobatorio y se volvió luego hacia mí para someterme al mismo examen. Vi que vacilaba imperceptiblemente al fijar sus ojos en mi vestido de lanilla de cuadritos blancos y morados. Después frunció el ceño, claramente descontenta.

—¿No tienes otro vestido más...? Quiero decir, uno que te esté más a tu medida.

Enrojecí al tiempo que meneaba negativamente la cabeza.

—No. Paca me los compraba grandes, porque decía que así me servirían durante dos o tres años.

La desaprobación de mi tía pareció crecer de punto.

—Bueno... sí, pero es que ese que llevas puesto casi te llega a los tobillos. ¿Tu padre no se ocupaba de esto?

La sola idea de que mi padre pudiera interesarse por algo que tuviera relación conmigo me resultó tan inimaginable que me quedó boquiabierto.

—¿Papá?, no. Él apenas está en casa y además dice que no entiende de trapos.

—Es natural que no entienda, —consideró ella entre dientes—. Aunque no es preciso entender para advertir que ese vestido no es de tu talla. Si acaso anduvieseis cortos de dinero, comprendería el afán de ahorro de Paca, pero no son esas mis noticias.

Había desarrugado el caño para sonreírme y me rebullí inquieta, intuyendo que estaba procurando disimular la compasión que le inspiraba.

—Papá repite continuamente que es preciso ahorrar, —balbuceé como disculpándole—. Creo que le hace falta el dinero para editar un libro muy gordo que está escribiendo.

—¿Aún no lo ha terminado? Sé que empezó uno hace varios años.

—No sé si es el mismo, pero siempre está escribiendo. Bueno, ahora ya no lo hace él mismo, porque le duelen las manos. Ahora va a casa de Luisa y se lo dicta.

Me di cuenta de que había hablado en presente de algo que pertenecía al pasado. En esos momentos vivirían los dos juntos en mi casa y él ya no necesitaría desplazarse a la de Luisa. Intenté imaginarlo sin conseguir otra cosa que un molesto escozor en los ojos. Todo lo que se refería a Segovia me parecía lejano y como borroso, pero inevitablemente me hacía sentirme como un perro callejero sin dueño. Era una sensación muy amarga que debí dejar traslucir, porque mi tía me dio unas palmaditas en la espalda para quitarle importancia al asunto.

—No te preocupes, nena, que estás muy bien. Voy a buscar a los chicos y os esperaré abajo. No tardéis.

Se marchó todo lo precipitadamente que se lo permitían su falda y sus tacones, dejándome aturdida y con una ganas inmensas de llorar. Por mi gusto me habría tumbado en mi cama a dejar transcurrir el tiempo, sin hacer otra cosa que acunar a mi muñeca. ¡Mi muñeca! La recordé de pronto y me encaminé hacia el lecho para tomarla en brazos. Para poder cogerla tuve que gatear sobre la cama, demasiado grande para mí, que, al igual que el resto de los muebles de la habitación, semejaba haber sido destinada a un gigante. Esa era al menos la impresión que me producían, pues no alcanzaba a verme en el espejo que pendía sobre la cómoda ni a colgar mis

vestidos en el armario de roble, donde hubieran podido esconderse media docena de chiquillos de mi tamaño. La alcoba de Marta era similar y se comunicaba con la mía a través del cuarto de baño, pero ella no tenía esos problemas, porque me sacaba más de la cabeza y le bastaba con ponerse de puntillas para lograr esos objetivos. Por esa razón la llamaba todas las noches en cuanto nos acostábamos. Por esa razón y porque tenía miedo. A oscuras los muebles gigantes se agrandaban todavía más y necesitaba su compañía para poder conciliar el sueño. Tía Elvira no se enteraba de que acabábamos durmiendo en la misma cama, ya que cuando recorría el pasillo, camino de su habitación, nunca entraba a echar un vistazo. Me había preguntado en los primeros días si no sería mejor decirle a nuestra tía que preferíamos compartir el cuarto, pero Marta me disuadió.

—¡Ni hablar! A mí me gusta tener una habitación para mí sola.

—Pero si terminamos siempre durmiendo en la misma. Unas veces en la tuya y otras en la mía, —objeté confusa.

—¿Y eso qué tiene que ver? Así estamos más anchas, —replicó ella incongruentemente.

Esa manera de razonar la caracterizaba y como no se avenía a escucharme, yo no me molestaba en discutir sus apreciaciones. También esa tarde se empeñó en bajarme de la cama y en que dejara en paz a mi muñeca, porque en la Escollera no la iba a necesitar para nada, pero ese era uno de los pocos puntos en los que yo no cedía.

—Quiero sacarla de paseo, porque se aburre aquí sola. —No seas tonta. Vamos a visitar a los padres de Miguel y en su casa jugamos a cosas más divertidas. Al abuelo y a tía Elvira les encanta ir de visitas. ¿A tu padre también le gusta?

Todavía a gatas sobre la colcha y con la muñeca en brazos, meneé negativamente la cabeza.

—No, a mi padre solo le gusta trabajar.

—Pero los domingos... ¿Qué hacíais los domingos?

Esboqué un gesto vago.

—Pues nada. A veces... sí, casi siempre me sentaba en una mecedora pequeñita a acunar a la muñeca.

—¿Tú sola?

—Sí, de cuando en cuando entraba Paca en mi cuarto, pero ella no quería jugar.

Desde los pies del lecho, Marta me observaba atentamente como si no terminara de creérselo.

—Pero cuando Paca saliese con su novio, tendría que estar tu padre en casa contigo.

—Sí, pero se metía en su despacho a escribir un libro gordísimo que no acababa nunca. Paca decía que demasiado bueno era, porque, aunque se había quedado viudo, no se iba de picos pardos.

—¿Y eso de los picos pardos, qué es?, —trató de averiguar, desorientada.

—No lo sé. Debe de ser un sitio donde van los viudos que no son buenos.

Se quedó pensativa y cuando volvió a dirigirse a mí me sonrió afectuosamente.

—Bueno, vámonos de una vez, que se nos está haciendo tarde y tráete tu muñeca si te hace ilusión.

Mi prima poseía sin duda el don de adivinar lo que yo sentía, porque me echó un brazo sobre los hombros en cuanto salimos al pasillo, como si quisiera manifestarme que podía contar con ella y que, por consiguiente, no debía preocuparme por la escasa o nula atención que me había prestado mi padre mientras vivía con él. Pese a que su ademán me reconfortó un tanto, no disipó por completo el desasosiego que me había producido la mirada de conmiseración de tía Elvira y aún me arañaba por dentro cuando nos apelonamos las dos, con Juan y con Raúl, en el asiento posterior del automóvil. Conducía tía Elvira y junto a ella el abuelo iba refunfuñando como siempre sobre las mil diabluras que los chicos cometerían previsiblemente en la finca vecina. Sonaba como un rumor de fondo, que no escuchaba nadie, y que impedía que los demás pudieran oír lo que Marta me cuchicheaba por lo bajo, durante el corto trayecto que recorrimos en el coche.

La casa de los Olavide era una construcción modernísima, enclavada en lo alto del promontorio, que encajonaba la caleta por el lado opuesto al del faro. Hubiéramos podido ir andando por el sendero que unía ambas fincas,

bordeando la cima del ribazo que circundaba la playa, y mis primos y yo no hubiéramos tardado más de cinco minutos en realizar ese trayecto, pero el atuendo de tía Elvira y sus finísimos tacones decidieron a esta a sacar el viejo cacharro del abuelo del garaje y a enfilear el camino que, desde la parte posterior de nuestra casa, discurría entre pinos y zarzales hasta la de nuestros vecinos.

Me agarré a Marta con la mano que me dejaba libre la muñeca en cuanto penetramos en el vestíbulo, amplio e iluminado por la luz del atardecer, que penetraba por los ventanales que daban sobre la caleta, aunque el matrimonio que había salido a nuestro encuentro nos recibió con grandes muestras de satisfacción, y Miguel, a espaldas de ambos, nos dedicó toda suerte de cómicos visajes. Nada más pasar a una salita contigua, que parecía estar suspendida sobre el mar, Patricia Olavide, una señora afable y de porte distinguido, se interesó por mí.

—¿Es esta tu sobrina?, —le preguntó a tía Elvira. Me miraba emocionada, aunque con cierta extrañeza, sobre todo cuando se fijó en mi vestido. Creí ver en su semblante una expresión de lástima, pero casi inmediatamente me sonrió, llamando la atención de su marido sobre mí.

—Mira Pedro, es la hija de Víctor. Está en Montsalvatge pasando una temporada. ¿Cómo te llamas, monina? —Se había inclinado cariñosamente hacia mí, por lo que, apocada, tragué saliva.

—Eurídice, —balbuceé, encendida hasta las orejas.

—¿Cómo?

—Eurídice, —repitió Miguel acercándose a su madre.

—Era el nombre de una ninfa.

—¡Ah, sí! Víctor ha sido siempre muy original. He conocido mucho a tu padre. ¿Sabes?, —me dijo sonriéndome—. De niños jugábamos juntos, como ahora hacéis vosotros. ¿Cómo está tu padre?

No recuerdo qué le contesté. Sentía una vaga desazón que no podía analizar. Quizás fuese por la mirada que había dirigido a mi vestido y... sí, la extrañeza que había manifestado al oír mi nombre. Aquel nombre ridículo que todo el mundo me hacía repetir después de preguntármelo.

Experimenté unos incontenibles deseos de marcharme de allí, de regresar a Montsalvatge a acunar a mi muñeca en la soledad de mi cuarto.

Por suerte la llevaba en brazos y también tenía a Marta. Esta siguió el hilo de mis pensamientos y me dio un codazo cuando nos sentamos juntas en el sofá, susurrándome por lo bajo:

—No seas tonta.

Las personas mayores se habían aproximado al inmenso ventanal, dándonos la espalda, y comentaban algo sin fijarse en nosotras, por lo que pude inclinarme hacia el oído de mi prima para susurrarle:

—Es que me ha mirado... me ha mirado... como si yo fuese una facha.

—Qué bobada. Estás muy bien y le ha gustado mucho conocerte. Luego te contaré el motivo.

—Cuéntamelo ahora.

—¡Chist, calla! Después, cuando no nos oigan.

Tomamos la merienda muy formalitas y, en cuanto nos dieron permiso para ir a jugar y salimos al porche, me volví intrigada hacia mi prima.

—Anda, cuéntame eso.

—No, si no tiene importancia. Se lo oí comentar al abuelo. Estaba en la biblioteca con tía Elvira y yo pasaba por el vestíbulo. Hablaban de Patricia y de tu padre.

—¿Y qué decían?

—Pues... por lo visto fueron novios o algo parecido cuando eran jóvenes. Por eso Patricia se ha emocionado al verte. ¿No te has dado cuenta?

—No. Ha estado cariñosa conmigo, pero por dentro estaba pensando que yo era una birria.

—Eso son imaginaciones tuyas. Siempre crees que la gente quiere hacerte daño y no es así.

—No, no es eso lo que pienso. Es que por dentro se ríen de mí, —insistí con voz temblona—. Todos se ríen cuando les digo como me llamo.

—No se ríen. Lo que sucede es que tu nombre es un poco altisonante y no saben que perteneció a una ninfa. Anda, deja de decir tonterías y vamos a ver lo que hacen los chicos.

Les encontramos en la terraza, atiborrándose de pasteles que habían escamoteado sin que las personas mayores se diesen cuenta y, con aire de conspiradores, se volvieron hacia nosotras en cuanto nos vieron aparecer.

—Vamos a bajar a la caleta a coger cangrejos. ¿Os venís?, —nos preguntó Miguel, que, limpio y peinado, tenía un aspecto muy distinto del suyo habitual.

—Claro que sí, —repuso Marta por las dos, pero tendremos que llevar cuidado de no mojarnos ni mancharnos de arena, porque tía Elvira se enfadará si estropeamos la ropa nueva.

—Llevaremos cuidado, —afirmó petulantemente Raúl—. Nos quitaremos los zapatos y los calcetines cuando lleguemos a la playa y nos los volveremos a poner antes de subir de nuevo. No se darán cuenta de que nos hemos ido de parranda.

Echó a correr a continuación hacia el sendero que bordeaba la cima del ribazo hasta el lugar en que una escalera de piedra descendía hasta la caleta. Se encontraba precisamente en el punto en que ambas fincas colindaban y a menudo discutían mis primos con Miguel sobre a cual de las dos propiedades pertenecía. Marta me ayudó a descender siguiendo a los chicos que bajaban delante de nosotras. El mar estaba tranquilo y lamía calmosamente la dorada arena de la playa, donde ellos se descalzaron para, saltando de roca en roca, alcanzar unos escollos que se adentraban unos metros en el agua. También Marta y yo nos quitamos los zapatos y los calcetines y les imitamos después, aunque yo no me decidí a introducirme tanto en el agua y me senté sobre una roca que emergía lo suficiente como para que no pudiera salpicarme a mirar lo que hacían. De rodillas sobre los riscos, los cuatro hurgaban entre sus resquicios con un palo, pero fue mi prima la primera en atrapar un enorme cangrejo que me enseñó inmediatamente.

—Mira qué grande es. Lo he cogido yo solita. Ahora lo echaremos en la cesta que ha traído Miguel y tú cuidarás de que no se escape.

Al oírla dirigirse a mí, Juan levantó la cabeza y enarcó las cejas, sorprendido al verme sentada en mi solitaria peña, con la muñeca a cuestas.

—¿Qué haces ahí? Ven, que hay una madriguera fabulosa. ¿Pero por qué no vienes?, —insistió al advertir que continuaba inmóvil como si no le hubiera oído.

—Porque tiene que cuidar de la cesta, —repuso Marta con aspereza, después de haber depositado en ella su cangrejo—. Déjala en paz.

También Miguel y Raúl volvieron sus miradas hacia mí y este último esbozó una mueca sardónica.

—¿No será que te dan miedo los cangrejos?, —apuntó.

Negué vigorosamente con la cabeza sin moverme, apretando a la muñeca contra mi pecho.

—Si los coges bien no te pueden morder, —insistió él—. Te enseñaré como tienes que hacerlo.

Me puse en pie sobre la roca, que estaba un par de metros de las de ellos y reculé al verle acercarse, saltando de piedra en piedra, con uno descomunal en la mano.

—Pero no te asustes, —me recomendó, riéndose a carcajadas, antes de detenerse en un peñasco próximo y de volverse hacia los demás—. Miradla, —se burló—. Está aterrorizadita.

—¿Y qué si o está?, —se enfureció Marta, que ya había regresado junto a Juan y a Miguel y parecía dudar en retroceder sobre sus pasos para formar un frente común conmigo—. Meteos en lo que os importe. Ya os he dicho que la dejéis en paz.

También Miguel me observaba con algo de guasa desde el banco de escollos, aunque inmediatamente apoyó a mi prima.

—Sí, déjala en paz, Raúl. El otro día, en el desván, le prometí no molestarla más. ¿No ves que es una criaja?

—No soy una criaja, —protesté rabiosa.

—Sí que lo eres, —afirmó con sorna Raúl, que con dos saltos más había alcanzado el peñasco en el que me encontraba y balanceaba el crustáceo antes mis ojos—. Solo quiero enseñarte como tienes que agarrarlo. No te vayas.

—Pues no quiero aprender, —le grité, dando media vuelta para retroceder hacia la playa. La roca más cercana me pareció que se encontraba a kilómetros de distancia, pero salté hacia ella, perseguida por Raúl, que me sujetó a tiempo cuando de improviso perdí el equilibrio. Tuve que agarrarme a su jersey para no caerme al agua y al hacerlo solté a la muñeca que fue a parar al mar.

—¡Mi muñeca! —chillé sosteniéndome a duras penas sobre la roca—. ¡Quiero mi muñeca!

Las olas la arrastraron más allá de los escollos, sin que los tres que se apelotonaban sobre ellos pudieran impedirlo, por lo que me eché a llorar desconsoladamente.

—No llores. Ya te compraremos otra en el pueblo, —me dijo Raúl, que también había dejado caer al agua su cangrejo para sujetarme a mí.

—No quiero otra, quiero esa, —hipé—. Las demás no me gustan. —Y arremetiendo contra él, le vociferé—: Tú has tenido la culpa, estúpido. Si me hubieras dejado en paz...

Viendo que las olas se la llevaban cada vez más lejos y que ya empezaba a hundirse, hice ademán de tirarme al agua, forcejando con Raúl, que no me lo permitió.

—¿Dónde vas, loca? Estamos en invierno y cogerás una pulmonía.

—No me importa, —sollocé—. Necesito mi muñeca. ¿Qué voy a hacer sin ella cuando mi padre vuelva a recogerme?

Mi voz denotaba tanta angustia que ninguno de los chicos se rio. Los de los escollos consultaron con la mirada a Raúl, que me retenía sujetándome por la cintura, pero fue Miguel el primero en decidirse y empezó a quitarse los pantalones.

—¿Qué vas a hacer?, —se inquietó Juan, que era el más sensato, aferrando su brazo—. No irás a exponerte a un catarro por una tontería así.

Impaciente, el otro se desasíó de su mano.

—¿Y por qué no? Otras veces lo hemos hecho por cosas mucho más tontas todavía. ¿No ves el disgustazo que tiene? Es pequeñaja y boba, pero después de todo...

Se zambulló en calzoncillos sin acabar la frase. No tuvo más que nadar un corto trecho para alcanzarla y regresó unos segundos más tarde hasta nuestro islote con ella en la mano, tiritando y chorreando agua por su empapado cabello.

—Toma tu muñeca, ¡tonta, más que tonta!, y deja de gimotear de una vez, si es que puedes. ¡Eres una palizas y una llorona!

Me lo dijo entre cariñoso y enfadado y después volvió al banco de escollos a buscar su ropa, dando diente con diente, para dirigirse más tarde hacia la playa, donde, ocultándose tras unos riscos, se quitó pudorosamente la prenda empapada, vistiéndose a continuación.

Ni me preocupé por él. Contemplaba desolada el lamentable pingajo en el que había quedado convertido mi juguete preferido y se lo enseñé a Marta que había terminado por reunirse con Raúl y conmigo sobre nuestro peñasco.

—Valiente birria de muñeca, —masculló él adelantándose a mi prima y observándola despectivamente—. Yo de ti la tiraría a la basura.

Sin hacerle caso, me volví hacia ella.

—Se va a constipar, ¿no crees?, —musité acongojada—. Deberíamos volver a casa para abrirla.

Había levantado hacia Marta mis ojos llenos de lágrimas y por su gesto advertí que estaba irritada conmigo.

—Sí, anda, vamos. —Entre dientes y como para sí, refunfuñó—: Es boba de los pies a la cabeza. Yo tampoco sé por qué la aguanto.

* * *

—Pensará que es una tontería lo que le he contado. —Manifestó Eurídice, clavando en el médico sus claras e inmensas pupilas—. Verdaderamente no tiene nada de aterrador tal y como me lo recordó Miguel el otro día, porque yo lo había olvidado. Además, conseguí recuperar mi muñeca gracias a él.

—Sí, pero dígame, ¿cuál de esos tres muchachos es el que en sus sueños la mira de esa forma tan horrible? ¿Es ese muchacho, Miguel, el que la mira de esa manera que usted califica de espantosa, al devolvérsela?

Ella frunció el ceño, intentando hacer memoria.

—No lo sé. Realmente no veo una cara con claridad. Solamente unos ojos que me miran entre la niebla.

Se estremeció al pronunciar la última palabra, lo que al médico no le pasó desapercibido.

—¿Qué le ocurre? ¿Acaso le asusta la niebla? Una expresión de espanto apareció en el agraciado semblante de Eurídice.

—Sí, no la puedo soportar. Es superior a mis fuerzas.

Me aterroriza sin saber por qué.

—¿Y eso desde cuando le sucede?

—No lo sé. También Miguel me lo preguntó el otro día y no pude contestarle. Según me dijo él, cuando era niña no me producía el menor temor e incluso bajábamos a la playa a jugar a los fantasmas en los días en que la había.

—¿Y tampoco recuerda eso?

—Sí, pero no tiene nada que ver con lo que le estoy contando. Recuerdo que había una niebla muy espesa cuando conocí a Totó, pero ya le he dicho que es una tontería y no quisiera hacerle perder el tiempo.

—No se preocupe por mi tiempo. Me decía que había niebla cuando conoció a Totó. ¿Quién era?, ¿otro muchacho?

—No. Era una niña horrorosa, pelirroja y llena de pecas. Era verano entonces y aprovechando la niebla bajamos a la caleta a jugar.

* * *

—¡Eurídice!, ¡Eurídice!, ¿dónde estás? —oí lejana la voz de Marta, llamándome. Venía corriendo a mi encuentro por la avenida de los olmos con sus rubias coletas medio deshechas y cuando me alcanzó se detuvo jadeante frente a mí—. ¿Qué estás haciendo aquí sola? Ha llegado Totó y está con los chicos en el faro esperándonos para iniciar una batalla.

Sentada bajo el manzano que crecía junto a la tapia de la finca, dejé de acunar mi muñeca al levantar los ojos hacia ella.

—¿Y quién es Totó?, —le pregunté sin el menor interés.

—Es una prima de Miguel, que viene todos los veranos con sus padres a pasar las vacaciones a la Escollera. Pero levántate de una vez.

Me había cogido por un brazo y, una vez que consiguió ponerme en pie, intentó hacerme caminar por la avenida en dirección a la casa. Me dejé conducir, protestando de cuando en cuando.

—¿Por qué tanta prisa? Vas a despertar a la muñeca y me ha costado mucho dormirla.

—No seas pesada, —protestó ella—. La batalla va a ser fenomenal. Raúl y yo hemos acumulado un montón de piñas dentro del faro y los enemigos están ya a punto de atacarnos. ¿No puedes andar más deprisa?

Me obligó a hacerlo, aunque bien a disgusto mío. No me ilusionaba en absoluto la perspectiva de participar en la refriega que se avecinaba y

hubiera preferido continuar bajo el manzano, cantándole a la muñeca una canción, pero no quise contrariarla y eché a correr por la avenida, orillada de olmos altísimos que entretejían sus ramas cubiertas de follaje sobre nuestras cabezas. El día estaba nublado, pero hacía un calor pegajoso y el monótono cántico de las cigarras se entremezclaba con el piar de los pájaros en derredor nuestro. Antes de llegar a la terraza del edificio cambiamos de rumbo y campo a través nos encaminamos hacia la pinada, que atravesamos corriendo. En cuanto dejamos a nuestra espalda los últimos pinos, divisamos el faro, envuelto entre la bruma y, frente a la puerta de la semiderruida torre, a los chicos discutiendo muy acalorados. Al vernos llegar, Miguel corrió a nuestro encuentro. Llevaba únicamente una camisa de cuadros sobre el bañador y su cabello castaño, peinado con raya al lado, le caía descuidadamente sobre la frente.

—Ya era hora de que aparecieseis. ¿Dónde se había metido Eurídice?

—Por ahí, —repuso evasivamente Marta, que no quiso decirle que estaba jugando con mi muñeca para que no se riera de mí.

Sin embargo debió de adivinarlo, porque me miró fugazmente con una chispita de diversión en los ojos, antes de señalarnos la vieja torre.

—Id a ocupar vuestros puestos en la fortaleza, que vamos a atacaros ahora mismo. Raúl ya se ha atrincherado dentro.

En ese momento, una chiquilla pelirroja, de piernas y brazos larguísimos y de estatura similar a la de mi prima, salió del interior del faro y se nos aproximó, mirándome con curiosidad. Vestía un pantalón corto de color azul y una camiseta blanca que acentuaba lo desgarrado de su figura.

—¿Es esta tu prima?, —le preguntó a Marta señalándome con un dedo.

—Sí, esta es Eurídice.

La otra volvió a examinarme de arriba abajo, por lo que me alegré de llevar unos pantalones vaqueros, que se le habían quedado pequeños a mi prima, y una blusa azul, que también le había pertenecido. Pese a ello, dijo despectivamente:

—Es muy pequeña. Yo no juego con criajas de su edad.

—Tiene ocho años y medio, —chilló Marta bastante enfada—. Y si no quieres jugar con ella, yo tampoco quiero jugar contigo. Nosotras nos largamos.

Me echó un brazo sobre los hombros y me aferré a mi muñeca sin decir palabra, pero Juan nos retuvo cuando hicimos intención de marcharnos.

—¿A dónde vais?

—Totó no quiere jugar con Eurídice, —le aclaró Marta.

—¿Y por qué no quieres jugar con ella?, —le preguntó Juan a la aludida con aire conciliador.

—Porque es una pequeñaja. Seguro que se pone a llorar en cuanto la rochemos con una piña.

—¿Llorar Eurídice?, —se engalló Marta—. Eres idiota del todo. Tiene la misma edad que tú y que yo y no llora nunca. ¿Qué te has creído? —Por lo bajo me propinó un codazo al ver que esbozaba un puchero—. Calla boba, —me susurró al oído—, que la estúpida de Totó se va a dar cuenta.

Miguel también había advertido los esfuerzos que estaba haciendo yo para no estallar en sollozos y después de dedicarme un guiño de complicidad, me ocultó detrás de él, de forma que Totó no pudiese verme la cara.

—¿Por qué no dejamos la batalla para otro día? —sugirió él displicentemente—. Podríamos aprovechar la niebla para jugar al escondite en la playa.

Totó hizo un gesto de fastidio, pero al cabo de unos segundos su pecoso semblante se iluminó.

—El escondite es muy aburrido, pero podemos jugar a los fantasmas en la caleta. ¡Me pido fantasma!, —vociferó con voz estentórea. De improviso me recordó y trató de ver mi expresión, apartando a su primo, pero este la empujó sin moverse del sitio.

—Solo quiero hablar con ella, —protestó—. ¿Por qué te pones como un pasmarote en medio de las dos?

—¿Yo?, —dijo el muchacho con expresión de inocencia.

—Sí, tú. Llevas un rato plantado delante de ella y no me dejas que le pregunte una cosa.

—¿Qué es lo que quieres saber?, —inquirió él, sin dejar de parapetarme.

—Quiero saber si le dará miedo jugar a los fantasmas. ¿Tiene siempre esa cara de susto?

—Más o menos, —bromeó Miguel—. Sobre todo, cuando ve criajas tan llenas de pecas como tú.

Totó arremetió contra su primo, pero este le sujetó los brazos a la espalda, obligándola a darse media vuelta.

—Estate quieta de una vez y no hagas más el indio, —le recomendó riéndose, mientras esquivaba ágilmente sus puntapiés. Como siempre, intervino Juan, separándoles.

—Dejad de pelearos y avisad a Raúl de que hemos cambiado de planes. Lleva atrincherado en la fortaleza más de media hora.

Poco después descendíamos a la caleta por la escalera de piedra, desde donde no distinguíamos a nuestros pies otra cosa que la grisácea bruma que envolvía la playa. Totó bajaba la primera, saltando los peldaños de dos en dos, seguida de Raúl y de Miguel. Marta me ayudaba a mí para que no resbalase por los escalones y Juan cerraba la marcha, silbando por lo bajo una canción. En cuanto pisamos la arena, Marta se inclinó disimuladamente a mi oído.

—Pase lo que pase, no llores. No vamos a darle a esa tonta el gustazo de que se ría de ti.

Asentí vigorosamente con la cabeza y con la muñeca en brazos seguí a mi prima, que había ido a ocultarse tras unos riscos, agazapándome a su lado. Percibí cercano el sonido del mar, rugiente y monótono, pero no pude distinguir la azulada superficie del agua, porque la niebla no me permitía ver a más de un metro de distancia.

—¿Dónde están?, —le pregunté inquieta a mi prima.

—¿Quiénes?

—Los fantasmas.

—No lo sé, —repuso ella sin dejar de vigilar por si se nos acercaba alguno—. Habrán ido a su guarida, que es la cueva del promontorio de la Escollera. Si nos cogen prisioneras nos llevarán a esa cueva, así que, en cuanto veas aparecer a Juan, a Miguel o a Totó, echa a correr hacia la escalera, que es nuestra casa.

—¿Y por qué no vamos ya a la escalera?, —le propuse, nerviosa—. Allí no podrán cogernos prisioneras.

Perpleja, Marta giró la cabeza hacia mí.

—Porque entonces, ¿en qué consistiría el juego? Si los fantasmas no tuvieran oportunidad de apresarnos sería muy aburrido.

Yo no lo veía así, pero no me atreví a protestar para que no me llamase cobardica y seguí acurrucada tras el risco, tratando de localizar la procedencia de unos pasos que venían en dirección al lugar en que estábamos escondidas. De pronto distinguí entre la niebla una figura grisácea, que fue perfilándose con mayor nitidez conforme se acercaba, hasta que pude reconocer a Totó que, con los brazos en cruz, emitía lúgubres gemidos.

De un salto, Marta se puso en pie y echó a correr, perseguida de cerca por la chiquilla pelirroja, hasta que desaparecieron entre la bruma. Desorientada, me incorporé también, intentando atisbar dónde podría encontrarse la escalera, pero antes de que hubiera conseguido localizarla, noté que unos brazos me sujetaban por detrás, por lo que di un grito.

—Chist, calla, —me recomendó Juan, riéndose por lo bajo—. Te he cogido prisionera y voy a llevarte a nuestra guarida de ultratumba.

—No quiero, —pataleé, cuando cargó auestas conmigo—. No me gustan las guaridas de ultratumba.

Sin hacerme caso, Juan corría conmigo en brazos hacia el promontorio sobre el que estaba enclavada la casa de Miguel. Trepó por las rocas y no me dejó en el suelo hasta que llegamos a la cueva, en cuyo interior me soltó, obstruyendo luego la embocadura con su cuerpo para impedir que me escapara.

—Déjame salir, —vociferé asustada, porque la gruta era húmeda y oscura—. Quiero irme con Marta. ¿Dónde está Marta?

—Corriendo delante de Totó.

—Pues no quiero jugar a esto. Quiero marcharme de aquí, —hipé.

En ese momento llegaron Miguel y su prima, por lo que me limpié las lágrimas con el revés de la mano para que la muy estúpida no pudiera darse cuenta de que estaba llorando.

—¿Has trincado a esta?, —le preguntó Totó a Juan, señalándome despectivamente para darle a entender que capturarme a mí no era motivo de orgullo para nadie—. Marta se nos ha escapado, —añadió—. Debe de haberse ido a esconder a las rocas del fondeadero. Tampoco he conseguido

encontrar a Raúl. Id vosotros dos a buscarles, que yo me quedaré a vigilar a la prisionera y pensaré mientras tanto qué vamos a hacer con ella.

Respingué al oírla proferir otro de sus lúgubres gemidos y mis ojos se cruzaron con los guasones de Miguel, antes de volverme de espaldas a ella, para que no pudiese ver mi expresión de espanto.

—No. Perseguid vosotros a Raúl, que yo me quedaré a vigilarla, —se ofreció su primo.

Como guardián le prefería mil veces, por lo que di un suspiro de alivio y con el rabillo del ojo observé cómo se alejaba con Juan aquella horrible chiquilla. En cuanto desapareció entre la niebla, comencé a patalear de nuevo.

—Déjame salir de aquí. Quiero marcharme. Me prometiste no volver a hacerme rabiar.

Miguel se había sentado a la entrada de la cueva, obstruyéndola con sus piernas y al oírme se rascó dubitativamente el cogote.

—No te estoy haciendo rabiar. Solo estoy impidiendo que te escapes.

Le aticé un par de puntapiés y al ver que no se movía empecé a lloriquear otra vez.

—Déjame salir, so imbécil.

—Ni hablar, —replicó tranquilo.

Le miré a través de mis lagrimones, mientras reflexionaba intensamente. Al fin se me ocurrió una idea.

—Pues rabiaré. Rabiaré muchísimo y te haré faltar a tu promesa. ¿Y sabes lo que les pasa a los que faltan a sus promesas?

—No, —reconoció divertido.

—Pues que se hunden en el infierno. Hacen glup glup y ya no vuelven a salir por mucho que lo intenten.

Se echó a reír a carcajadas.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Una monja de mi colegio, —mentí—. Bueno, no me lo dijo exactamente así, pero yo lo sé.

—Entonces, ¿si no te dejo escapar me hundiré en el infierno?, —me preguntó con guasa.

—Sí y te volverás feísimo. Te saldrán unos cuernos enormes en la frente y los dientes se te pondrán amarillos.

Él fingió preocuparse.

—¡No me digas!, ¿has dicho amarillos?

—Sí, —afirmé con énfasis—. Amarillos del todo. Déjame salir antes de que vuelva esa retrasada que tienes por prima. Está empeñada en verme llorar, porque dice que soy una pequeñaja, —añadí rencorosamente.

—¡Ah!, ¿y no lo eres?

—Claro que no, —le aseguré ofendida. Lo que ocurre es que he crecido poco. En Segovia, Paca me hacía comer espinacas para que creciera más deprisa.

—Pues no parece que te hayan dado mucho resultado, —comentó entre dientes.

—¿Qué has dicho?

—Nada, no he dicho nada.

—Me había parecido, —manifesté recelosa—. Paca decía que algunas veces tardaban en hacer efecto. Ya verás como cuando sea mayor seré tan alta como el abuelo. Más aún, tan alta como el faro.

—Lo dudo, —opinó con sorna.

Iba a replicarle airadamente, pero cambié de opinión y le pregunté con curiosidad:

—¿Cuántos años tienes, Miguel?

—Catorce, ¿por qué?

Le examiné especulativamente antes de contestarle.

—Porque tú sí has crecido mucho. Le sacas un palmo a Raúl. ¿Cómo lo has conseguido?

Se encogió de hombros, conteniéndose para no echarse a reír.

—¡Psss!, no hago nada especial. Pero mira, ahí vuelve Totó corriendo, —me advirtió, señalando la grisácea neblina del exterior.

—¿Viene sola?, —me sobresalté.

—Sí, no ha conseguido capturar a nadie, así que seguramente regresará para decidir lo que vamos a hacer contigo. —Había clavado sus ojos castaños en mí y sonrió al ver mi expresión de susto—. No tengas miedo, si es un juego...

—Me da lo mismo que sea un juego. Ya te he dicho que si no me dejas salir, faltarás a tu palabra.

—Y haré glup glup en el infierno, ¿no es eso?

—Sí, —afirmé gravemente—. Verás.

Abrí la boca disponiéndome a chillar, pero Miguel me contuvo con un ademán.

—No, espera. No puedo arriesgarme a hundirme en el infierno por tu causa.

Aparentaba seriedad al decirlo, aunque sus ojos brillaban maliciosos. Como no lo advertí, murmuré muy satisfecha.

—Ya sabía yo que acabarías por entrar en razón. ¿Me dejas salir entonces?

Sin levantarse, encogió las piernas y noté como me seguía con la vista cuando traspuse la embocadura de la gruta y me escondí tras unos peñascos próximos para no tropezarme con Totó, que venía jadeante.

—¿Dónde está Eurídice?, —oí como le preguntaba sin aliento a Miguel—. ¿No le habrás permitido largarse, verdad?

A continuación, les vi aparecer en mi campo de visión y fueron a detenerse a unos pasos de las rocas tras las que me ocultaba.

—No, claro que no.

—Pues entonces, ¿dónde está?

Él se encogió de hombros, mientras dirigía en torno una mirada vaga.

—Se esfumó, eso es todo.

—¿Qué se esfumó?, —chilló la chiquilla, mirándole boquiabierta.

—Sí, es tan pequeñaja que ha debido salir por alguna rendija de la cueva sin que la haya visto.

Como si no pudiera darle otra explicación, volvió a encogerse cómicamente de hombros y luego se alejó del lugar donde se encontraba su prima mascullando algo entre dientes.

* * *

Eurídice pasó cansadamente una mano por su frente.

—Entonces yo no tenía miedo a la niebla. La primera vez que lo sentí fue cuando ya había regresado a Segovia con mis padres. Volví con ellos

después de permanecer cuatro años en Montsalvatge. Luisa me decía que era una tontería mía y que debía tratar de vencer ese absurdo terror, pero no puedo evitarlo. En los días brumosos solo me siento segura bajo techado. Luisa es mi madrastra, ¿sabe? No resultó ser malísima como me pronosticó Raúl, sino todo lo contrario. Nos entendimos enseguida.

El psiquiatra hizo un gesto de asentimiento y luego le preguntó.

—¿Por qué se marchó de casa de su abuelo? ¿Fueron sus padres a recogerla?

El semblante de la muchacha expresó perplejidad. Frunció el ceño como si no lograra hacer memoria y terminó por menear negativamente la cabeza.

—No lo sé, es algo que no recuerdo en absoluto. El otro día se lo pregunté a Raúl y me pareció... sí, que se alteraba bastante, pero no me contestó. Tampoco Juan me ha dado una respuesta sobre ese particular. ¿No le parece extraño que me acuerde perfectamente de la última Navidad que pasé en esta isla y la empalme con mi llegada a Segovia sin solución de continuidad? Es algo así como si me hubiera acostado a dormir en Montsalvatge y me hubiera despertado en casa de mis padres.

Olea la miró pensativamente sin efectuar el menor comentario. Luego inquirió:

—¿Y durante el tiempo en que permaneció en Segovia no echó de menos a sus parientes de Mallorca? Supongo que escribiría a esa primita suya, a Marta.

Eurídice hizo un gesto negativo.

—No, durante esos años no le escribí. En realidad no había vuelto a saber de ellos hasta que Luisa decidió volverse a casar. Mi padre murió hace unos años y ella empezó a salir con un médico, con el que se ha casado hace unos días. Por eso pensó que me convendría pasar una temporada con mis parientes mallorquines y escribió a mi tía para consultárselo. Son los únicos parientes que tengo.

Aunque el semblante de él permaneció completamente inexpresivo, la chica, algo confusa, se sintió obligada a explicarse.

—Pensará que es raro que con lo que yo quería a Marta no tratase de mantener con ella algún tipo de relación, ¿verdad? Eso mismo me he preguntado yo al regresar, pero no sé por qué no lo hice. Ya le he dicho que

me encuentro totalmente desorientada. Hay cosas que no recuerdo y otras completamente absurdas que han sucedido a mi regreso, porque eso es lo más extraño de todo. He sido siempre una persona razonable. Apocada y tímida, pero razonable. Nunca anteriormente había cometido ningún tipo de excentricidades, pero desde el mismo día de mi regreso empezaron a suceder en la casa cosas sin sentido... Él me las atribuye a mí, pero no he podido ser yo... Creo que quiere conseguir que me vuelva loca...

—Bien, cuénteme esas cosas tan extrañas, —la animó Olea—. Estoy seguro de que no lo serán tanto.

Eurídice se dejó caer nuevamente en la butaca como si estuviera agotada.

—¿Quiere que empiece por el principio?

—Por supuesto.

—Verá...

OceanofPDF.com

Capítulo 2

El autobús se detuvo cerca de la desviación que llevaba a la finca y descendí ágilmente tirando de mi maleta.

Soplaba un viento helado, que me alborotó el cabello y lo expandió en mil direcciones en cuanto salté al suelo. Casi un vendaval, que estuvo a punto de arrancarme de la mano la maleta y que me zarandéo despiadadamente durante unos segundos. Aún luchaba contra sus embates, cuando oí como el autobús arrancaba de nuevo y se perdía de mi vista, carretera adelante, por lo que experimenté cierto alivio. El espectáculo que debía de ofrecer yo a los viajeros que atisbaban el paisaje por las ventanillas debía resultar bastante ridículo. Inmóvil sobre el asfalto, cegada por mi melena, con mi maleta a cuestas y desorientada por completo. Y no porque ignorase la dirección en la que debía encaminarme. Es que ese aire de desorientación me caracterizaba, hasta el extremo de que la gente solía acercárseme en la calle, ofreciéndose a ayudarme a encontrar el lugar al que en cada ocasión me dirigía.

Bien analizado, debería resultarme cómico, porque no recordaba haberme perdido ni una sola vez en toda mi vida, pero no me lo parecía, sino al contrario. El espejo me había hecho comprender el motivo por el que la gente se equivocaba conmigo a ese respecto. Por más que Luisa me aseguraba que eran manías mías, mi aspecto respondía al de una huérfana de ojos asustados, que anduviera desamparada por la vida. Alguien dijo que la cara era el espejo del alma y en mi caso tenía razón. Como tenía alma de huérfana, también tenía cara de huérfana. Probablemente todos los pasajeros del autobús y hasta el mismo conductor lo habrían comentado durante el trayecto y me habrían observado con miserativamente desde las ventanillas, antes de continuar su ruta.

Afortunadamente no podían distinguirme ya. Dejando a mi izquierda la carretera, ascendía ahora por el empinado sendero que dando vueltas y revueltas bordeaba la cima del acantilado. Cortado a pico sobre la rugiente inmensidad verdosa del mar, aguantaba impertérrito sus embestidas y me detuve en lo alto de la cuesta a contemplar las oleadas de espuma que levantaba contra los riscos.

A contemplarlas y a tragar saliva, como si me preparase para pronunciar un discurso dentro de unos instantes. Seguramente no tendría que articular ninguna frase especial al llegar a la casa. Bastaría con saludar a mis parientes con la mayor naturalidad que lograra aparentar y continuar luego la conversación que ellos iniciaran. Había ensayado varias mentalmente en el avión que me trajera de la península y había continuado barajándolas en el autobús, pero conforme se acercaba ese momento, notaba la garganta más seca y las palmas de las manos más húmedas. Porque no solo era yo calladita, como decía Luisa, para colmo era terriblemente tímida y si al menos... ¿Pero qué podría reencontrar en Montsalvatge a mi regreso, después de una ausencia de nueve años?

Quizás la casona permaneciese idéntica y probablemente tía Elvira no hubiese cambiado demasiado, porque carecía de una personalidad definida. Al menos para mí había representado en la infancia el papel de un comparsa. Para mí, la protagonista de esos años había sido Marta, hasta el extremo de que identificaba Montsalvatge con ella, como si ambos constituyesen una sola cosa.

Nostálgicamente evoqué su naricilla pecosa, sus ojos azules y sus rubias coletas, siempre despeinadas. Su aire de seguridad, tan opuesto al mío, me había inducido a admirarla desde el instante en que la conocí. Marta decidía por las dos y me protegía como si yo fuese una primita mucho más pequeña, aunque las dos tuviésemos la misma edad. Sin ella difícilmente hubiera podido soportar las bromas de Raúl ni el terror que me inspiraba el abuelo. Para mí, Marta había sido una especie de ídolo, que desdibujaba las imágenes de los demás, relegándolos a un segundo plano.

Inmóvil en lo alto del sendero, rememoré las innumerables ocasiones en que las dos habíamos acudido a ese mismo lugar. A ella le gustaba contemplar el mar desde esa altura y se reía de mí, porque me producía

pánico el abismo que se abría a nuestros pies. Marta, por el contrario, se jactaba de no sentirlo, avanzando hasta el mismo borde del acantilado, sin hacer caso de mis advertencias.

Inconscientemente la imité ahora, aunque asiéndome prudentemente a una roca, que se asentaba junto al sendero como un muro de contención. El mar se extendía hasta el infinito, fundiéndose en una imperceptible línea con lo plumizo del cielo. Dejé en el suelo la maleta para apartar la melena de mi rostro y la mantuve así, con ambas manos, luchando con el viento, empeñado en a cegarme con ella, mientras aspiraba el aroma a yodo y a sal. Era una fragancia única y permanecí inmóvil ante la inmensidad azulada que se extendía ante mí para posponer en lo posible el mal rato que me aguardaba.

Un guijarro fue a desprenderse bajo mis pies y cayó rebotando sobre los riscos. Distraídamente lo seguí con la mirada. Saltaba de roca en roca y al ver como se estrellaba al fin contra los escollos, algo se me removió dentro al verlo desaparecer bajo la espuma de las olas. Sentí como si un fogonazo extraño atravesara mi cerebro, como si un recuerdo vago luchara por abrirse paso en mi memoria. Sobresaltada me tambaleé, al tiempo que me aferraba a la roca que me servía de parapeto, porque no vi a mi alrededor más que niebla. Una niebla espesa en la que me sentí envuelta de improviso, cuando el guijarro cayó al agua. ¿Qué me estaba sucediendo?

Permanecí inmóvil, asida al peñasco, pero poco a poco fui volviendo a la realidad. ¿Qué espejismo había creído entrever? No había niebla en derredor mío. Lo comprobé nuevamente, atisbando la solitaria campiña en todas direcciones. El sendero se alargaba zigzagueando, como una cinta blanca y solitaria sobre el acantilado y las siluetas de los árboles se destacaban nítidas sobre el cielo plumizo, agitando sus ramas al compás del viento. Atardecía ya y en cada una de las sombras que la incierta luz del crepúsculo proyectaba, creí percibir una amenaza.

¿Pero qué podía temer? Estaba en Montsalvatge y Marta me aguardaba en la casa. Mi prima me había escrito la semana anterior, invitándome a regresar y a permanecer una larga temporada en la finca, donde, según me decía, nada había cambiado durante mi ausencia. Su carta era larga y

añorante, rebosante de recuerdos de nuestra niñez, en la que en cada renglón me repetía lo mucho que deseaba que nos reuniéramos de nuevo.

Mientras volvía a cargar con la maleta y dejaba a mi espalda el sendero para dirigirme hacia la cancela de entrada a la finca, sonreí al evocar alguna de sus expresiones tan suyas, y me pregunté qué aspecto tendría ahora y si nos reconoceríamos mutuamente. Lógicamente, ella ya no llevaría el cabello recogido en dos trenzas y quizás tampoco poseyese ya aquella naricilla respingona que confería a su semblante un aire de travesura. Sabía por su carta que ahora era pintora y la imaginé en lo alto del torreón, con sus ojos azules entrecerrados, plasmando en el lienzo la inmensidad que se dominaba desde allí. Rememoré nuevamente algunos párrafos de su carta. Me decía que había conseguido pintar el viento, pero que aún no le había enseñado a nadie el cuadro, porque quería que fuese yo la primera en verlo. ¿Lo habría logrado al fin?

Algo distrajo mis pensamientos. Al trasponer la cancela de hierro, que daba paso a la avenida de altísimos olmos que conducía directamente a la casa, advertí vagamente que no parecía la misma de antaño. Entonces se hallaba cerrada habitualmente para impedir el paso a los intrusos. Se balanceaba ahora, mecida por las ráfagas de aire, rechinando sobre sus goznes, como si no hubieran sido estos engrasados durante lustros.

Me detuve un instante a observarla con el ceño fruncido. ¿No me había dicho Marta en su carta que todo continuaba lo mismo en Montsalvatge? Acababa de entrar en la finca y percibía por doquier idéntico aire de abandono. Y no se trataba solo del estado de la cancela. Junto a esta y adosada a la tapia, la casita del guarda aparecía como dismantelada y casi en ruinas.

Observé también que la maleza había invadido el paseo que iba recorriendo, que conducía en línea recta a la terraza de la casona. Lo recordaba como una larguísima avenida, orillada de olmos gigantescos. Me pareció menos larga y... sí, distinta. De los cuidados arriates de geranios que se extendían a ambos lados de las hileras de árboles no quedaba ni rastro. Hierbajos amarillentos crecían en el lugar que habían ocupado, entremezclados con hojas secas. Un aluvión de hojas secas parecía haberse abatido sobre Montsalvatge en mi ausencia, pues no solo cubrían el paseo,

sino también la terraza a la que me estaba aproximando y todo lo que alcanzaba a divisar. El viento las levantaba en remolinos, pero únicamente para cambiarlas de sitio, después de jugar un rato con ellas. ¿Cómo permitiría tía Elvira que su antiguo jardín presentara ahora un aspecto tan abandonado?

Dirigí también una aprensiva mirada a la fachada de la casa que ya tenía frente a mí. ¿Qué le había ocurrido? No es que fuera distinta a la que recordaba. Su mole rectangular se elevaba idéntica entre los olmos y la misma bouganvillia morada trepaba hasta el tejado de pizarra, aferrándose igualmente al torreón de su costado. Era su estado de conservación lo que me sorprendía. Parte del alero del tejado había desaparecido y las goteras impregnaban la fachada. Con las persianas bajadas que el viento zarandaba, parecía estar tan deshabitada como la casita del guarda que dejara atrás poco antes.

Pero no podía estar deshabitada. Yo sabía que en su interior se encontraba Marta esperándome. Y tía Elvira, y Juan y Raúl.

Con las piernas temblonas, me aproximé al portón de entrada y me sobresalté tontamente al oír el timbre que yo misma acababa de pulsar. ¿Esperaba acaso que no funcionara? En realidad no sé qué es lo que esperaba. Deseaba ansiosamente reencontrarme con Marta, pero no estaba segura de cómo sería recibida por el resto de mis parientes y prefería no correr el riesgo de tener que comprobar que me acogían con la resignación con la que se acostumbra a acoger a las huérfanas, que no tienen donde ir.

Desgraciadamente no podía elegir. Imaginé la sorpresa de Luisa, si yo reapareciese intempestivamente en Segovia, ahora que acababa de casarse, y la no menor de su marido.

Seguramente se mirarían los dos con la boca abierta y carraspearían, antes de volverse hacia mí para decirme:

—Pero hijita, ¿tú aquí?

Después enmudecerían consternados, diciéndose que yo era un lastre del que resultaba difícil desprenderse.

El ruido de la puerta al abrirse cortó el hilo de mis elucubraciones. Una muchachita, con un mandil bastante sucio, me contemplaba inexpresivamente desde el umbral. Su gesto se modificó instantáneamente

en cuanto me observó con más detenimiento y, quizás porque me catalogó, como todo el mundo, como una hospiciana desvalida, esbozó una sonrisa bobalicona.

—¿Qué desea?, —me preguntó amablemente.

Tragué saliva, pero pese a ello tartamudeé.

—¿Doña Elvira está en casa? Me está esperando.

Casi me extrañó verla asentir. Si me hubiera respondido que allí no vivía nadie con ese nombre, no me habría impresionado demasiado. Hasta me habría parecido natural. Pero no, cortésmente me indicó que entrara y me precedió luego a través del inmenso vestíbulo, para detenerse ante la puerta cerrada de la izquierda.

Recordaba con todo detalle el saloncito de tía Elvira y que fue allí donde me introdujeron a mi llegada, nueve años antes, y por un segundo me sentí retroceder en el tiempo, porque experimentaba un embarazo muy similar. Como aturdida, me detuve en el umbral, después de abrir la puerta, con la vaga sensación de encontrarme en una habitación abarrotada de desconocidos, pero en realidad la ocupaban solamente tres personas, que se pusieron en pie a la vez al verme aparecer. Un hombre alto y moreno, que vestía un pantalón gris y un holgado jersey del mismo color, fue el primero en acudir a mi encuentro, dejando escapar una exclamación de sorpresa.

—¡Eurídice!, ¿pero eres tú? Lo que has crecido, chiquilla. Si estás hecha una mujer.

Tragué saliva una vez más, preguntándome quien podría ser él. Poseía un semblante atezado y anguloso, en el que destacaban sus ojos oscuros bajo unas espesas cejas. Su nariz era algo aguileña y la dura línea de sus labios confería a su semblante una acusada expresión de gravedad. ¿Quién podría ser?

Le vi esbozar una media sonrisa.

—¿Pero es que no me reconoces? Soy Raúl.

¿Raúl? ¿Cómo era posible? Recordaba a un adolescente zanquilargo, de piel renegrida y ademanes inquietos y el hombre que tenía delante no parecía guardar con él el menor punto de contacto. Sin duda debí traslucir lo que estaba pensando, porque terminó por echarse a reír, al tiempo que

pasaba un brazo sobre los hombros de otro muchacho, algo más bajo que acababa de aproximársenos.

—¿Qué te parece, Juan? Por lo visto, he cambiado tanto que Eurídice no me reconoce.

—También ella ha cambiado un rato largo, —murmuró su hermano, observándome con cierta perplejidad.

—¿Tú crees?, —musité confusa.

—Y tanto. Cuando te marchaste eras un comino que no levantabas dos palmos del suelo y tenías una cara que recordaba muchísimo a la de un gato asustado. En cambio ahora...

No me aclaró cómo me veía ahora, pero di por supuesto que me encontraba aspecto de huérfana, como todo el mundo. Él, por el contrario, no había variado en absoluto. Se había hecho mayor, pero eso era todo. Conservaba los mismos apacibles ojos castaños, de pestañas cortas y claras, calco exacto de los de tía Elvira, la misma nariz breve y el mismo cabello ensortijado. Incluso seguía aparentando menor edad de que realmente tenía.

—Tú... tú estás igual, —me admiré, como si me sorprendiera la escasa huella que había dejado en él el paso de los años.

A continuación nos quedamos cortados, quizás buscando el eslabón entre lo que fuimos y lo que éramos para no sentirnos tan extraños.

La situación embarazosa duró solo un segundo. Raúl se apartó para cederle el paso a la señora que tenía a su espalda y en la que no había reparado todavía. La reconocí en el acto, pero... qué cambiada estaba. Su melena corta, con las puntas vueltas hacia adentro, se había tornado gris y pendía lacia sobre sus hombros. Profundas arrugas surcaban su frente, circundando también sus ojos y su boca. Parecía haberse consumido al perder su silueta juvenil, pues vestía unos pantalones y un jersey que le estaban demasiado holgados y no permitían adivinar forma alguna.

Noté un escozor molesto en los ojos al estrechar su menuda figurilla y sentirla tan frágil, tan envejecida... No recordaba que antaño fuese especialmente cariñosa, pero ahora me abrazaba como si lo hubiera estado deseando día a día durante aquellos largos nueve años, mientras lloraba silenciosamente.

—Has vuelto, hijita. Al fin has vuelto.

—Bueno, no empecéis a gimotear como dos tontas, —bromeó Juan, separándonos y gesticulando cómicamente—. Las mujeres sois completamente absurdas y todo lo celebráis llorando. Efectivamente Eurídice ha vuelto y como ha vuelto, pues... pues no es para ponerse así.

Afectuosamente pellizcó la mejilla de su madre y la condujo hacia la butaca que ocupaba anteriormente junto a la chimenea. Al ver que continuaba sollozando, la amenazó con el dedo.

—A callar. Vas a conseguir hacer creer a Eurídice que te has convertido en una plañidera, como las de la antigua Grecia. Tengo entendido que se les pagaba para que llorasen en los entierros y que se echaban ceniza en la cabeza y se desgarraban las vestiduras. Para mí que esas plañideras eran bastante guarras, además de un tanto porno.

—Pero Juan, —le interrumpió tía Elvira escandalizada, dando un respingo en el sillón y dejando instantáneamente de llorar—. ¿Cómo te atreves...?

Había desviado la mirada hacia mí para comprobar si estaba tan escandalizada como ella y le sonreí. Con sus payasadas Juan le había restado sensiblería al momento y había logrado hacernos sentir más cómodos. Silenciosamente le seguí, acomodándome a su lado en el sofá y Raúl se sentó también con nosotros, dejándome en medio de los dos.

—¿Por qué no nos has avisado de que llegarías esta tarde? —me preguntó Raúl—. Habríamos ido a recogerte al aeropuerto.

Me encogí evasivamente de hombros. No estaba segura de que ninguno de ellos se alegrase de mi intempestivo regreso a la isla ni tampoco de que estuviesen dispuestos a ir a recibirme a Palma, que distaba treinta kilómetros. Solo Marta se habría apresurado a recorrerlos para esperar mi llegada y no sabía si en la actualidad estaba en posesión del carnet de conducir ni si disponía de coche.

—Cuéntanos cómo te ha ido en estos años, —me dijo Juan, interrumpiendo mis elucubraciones—. No te has dignado escribirnos una sola carta desde que te fuiste. ¿Aprendiste por fin la raíz cuadrada?

Me eché a reír, rememorando la paciencia con la que Don Ambrosio nos la explicaba, cuando dábamos clase todos juntos en la planta superior.

—Pues no. Terminé el bachillerato sin aprenderla y la verdad es que no la he necesitado para nada. Yo creo que no debe servir para mucho.

Él se echó a reír, como si acabara de decir una tontería mayúscula.

—¿Qué no? Yo resuelvo por lo menos setenta todos los días. Estudié arquitectura, ¿sabes?, y tengo en Palma un estudio colosal, que comparto con otros dos compañeros.

—Un cuchitril, —le corrigió irónicamente Raúl—. Un cuchitril abarrotado de planos, donde los pocos clientes que tiene les explican sus encargos en cuclillas, porque no encuentran donde sentarse.

Sin ofenderse, Juan envolvió a su hermano en una mirada de suficiencia.

—¿Qué entenderás tú? El bombo y la furufalla les cuadran a las consultas de los médicos, que así se dan más pote y pueden arruinar a sus pacientes con sus facturas astronómicas sin que estos protesten. Los arquitectos no somos sacaperras. Somos artistas.

—Ya, —replicó Raúl—. Y os inspiráis mejor en una leonera astrosa, en la que los papelotes se os caen en la cabeza en cuanto estornudáis.

—Es que no estornudamos, —le aseguró dignamente Juan—. Los tres estamos sanísimos, por mucha rabia que te dé. —Y volviéndose hacia mí, me aclaró—: Es que Raúl es médico y nos tiene a todos fritos con sus potingues y sus bacterias. Arriba, junto a su dormitorio, tiene un cuarto lleno.

—¿De bacterias?, —bromeé.

—No, de potingues.

—Ya, —musité. Y como no se me ocurrió nada más que añadir, insistí dirigiéndome a Raúl—: ¿Así que eres médico?

—Raja tripas, para ser más exactos, —precisó Juan, adelantándosele—. Abre en canal a todo el que se deja. Pero, bueno, no hago más que hablar y no te dejo meter baza. Cuéntanos algo de ti. Apenas hemos tenido noticias tuyas en estos años. Tu padre nos escribió un par de veces, pero tú, ni una palabra.

Hice un gesto vago.

—Ya sabéis que murió y que continué viviendo con Luisa. No acertasteis en vuestras predicciones sobre ella. Es una excelente persona y

nos llevamos muy bien. Ayer se casó y se marchó de viaje con su marido.

Juan asintió, poniendo comprensivamente su mano sobre la mía. Luego intentó desviar la conversación hacia otros derroteros.

—¿A qué te dedicas? ¿Estudiaste alguna carrera?

—Decoración, pero aún no he comenzado a ejercer. Quizás cuando regrese a Segovia...

—No te marcharás de nuevo, —me dijo tía Elvira—. Antaño no pude impedir que volvieras con tu padre, pero ahora es distinto. Esta es tu casa.

Raúl corroboró en el acto su ofrecimiento.

—Te quedarás con nosotros y todo será igual que entonces, si exceptuamos los adelantos con los que ahora contamos. ¿Te has fijado en que tenemos teléfono en la casa? Lo instalamos para imitar a los Olavide. Y por cierto, también Miguel ha vuelto y también él ha encontrado colocación en Palma, aunque sigue viviendo en la Escollera. Es químico, ¿sabes? Parece que todos hayamos sentido la atracción que ejerce Mallorca, porque hemos ido regresando a la isla, uno tras otro. ¿Te acuerdas de aquel día en que te empeñaste en comer manzanas y él te subió al árbol para que las cogieras?

Luego no te podías bajar.

Juan se echó a reír con ganas.

—¿Y de aquella tarde en la que te dejamos olvidada en el faro? Menuda perra cogiste.

Reí también con ellos evocando aquellos tiempos, pero de improviso recordé a Marta y miré en derredor. Aunque no había avisado del día exacto en que llegaría a Montsalvatge, sin saber por qué, había imaginado que estaría ella esperándome en la puerta.

—¿Y Marta?, —les pregunté. ¿Dónde está Marta?

Un silencio pesado fue la única contestación. Los dos hermanos intercambiaron una mirada extraña. La expresión de Raúl era dura, ausente. Algo había cambiado de repente en la habitación y sentí como si el ambiente se hubiera enrarecido. Me volví entonces hacia mi tía que, acurrucada en la butaca, había comenzado a llorar silenciosamente.

—¿Qué le ha sucedido a Marta?, —insistí en tono más agudo del mío habitual. Hace unos días recibí una carta suya, animándome a venir. Me

decía que ahora era pintora y que todo continuaba lo mismo en Montsalvatge. ¿Dónde está Marta?

Desorientada, examiné sus semblantes apagados. Estaba deseando verla de nuevo. ¿Por qué no me decían nada? Raúl se contemplaba fijamente la punta de sus zapatos para evitar cruzar su mirada con la mía. Encendió luego un cigarrillo con manos torpes y advertí que le temblaban ostensiblemente.

—Tú... ¿Tú has recibido carta de Marta?, —me preguntó roncamente.

—Sí, hace cosa de una semana. Llegó dos o tres días después que la de tu madre. ¿Pero por qué me miráis así? ¿Qué es lo que le ha sucedido a ella?

Los sollozos de tía Elvira me impulsaron a volver la cabeza en su dirección. Lloraba cansadamente, con una amargura infinita.

—Pero Eurídice, ¿es que no lo recuerdas? Marta murió hace muchos años.

OceanofPDF.com

Capítulo 3

Un escalofrío me estremeció, mientras intentaba comprender el significado de las palabras que tía Elvira acababa de pronunciar. Aturdida me había puesto en pie y fui fijando alternativamente la mirada en los semblantes de Juan y de Raúl esperando que desmintiesen lo que su madre terminaba de decir. Di unos pasos vacilante y me apoyé para sostenerme en la repisa de la chimenea.

—Pero eso no es posible, —articulé con voz apenas audible—. No es posible.

Juan se me acercó por detrás, colocando una mano sobre mi hombro y al notar su contacto me volví hacia él.

—¿Cuándo ocurrió?

—Hace años. Fue todo muy rápido. No se pudo hacer nada.

Le envolví en una mirada de desconcierto.

—Pero entonces... no puede ser. Marta me ha escrito. Me contaba con todo detalle en su carta como habían transcurrido para ella estos últimos años... Incluso me describía un cuadro que había pintado en el torreón... No es posible.

Un nuevo silencio, más pesado si cabe que el anterior, pareció ceñirse en torno nuestro. Únicamente podía percibirse el crepitar de los leños en la chimenea. Raúl me miraba fijamente sin pestañear. Algo semejante a un relámpago de alarma había brillado durante una décima de segundo en sus ojos oscuros, pero desapareció tan rápidamente que llegué a preguntarme si no lo habría imaginado. Me contemplaba ahora sin que su moreno semblante denotase emoción alguna. Su expresión era inescrutable y su voz sin inflexiones, cuando me dijo:

—Es evidente que Marta no ha podido escribirte. ¿Tienes esa carta aquí?

—No. La dejé en casa. No podía imaginar... —balbuceé con un ademán vago.

—Ha debido ser una broma, —apuntó Juan, haciendo un esfuerzo para que su voz sonara normal—. Una broma de pésimo gusto. ¿Te fijaste en el matasellos?

—Sí, era de aquí y la letra era la suya. Yo... yo no me lo puedo explicar...

—Debe de haber gente con un sentido del humor bastante extraño, —musitó Juan como para sí. Luego me rodeó afectuosamente los hombros con su brazo—. Trata de olvidarlo, Eurídice. Mañana lo verás todo diferente. Cenaremos pronto para que puedas acostarte enseguida.

Me sacudió ligeramente al advertir que no le estaba escuchando. Abstraída miraba con fijeza la ventana, atenta al rumor del mar que se percibía rítmico y acompasado. Salí con dificultad de mi ensimismamiento.

—No quiero cenar. Si no os importa, yo... quisiera subir a mi cuarto.

Tía Elvira se había levantado de la butaca y me tomó cariñosamente del brazo. Sin decir palabra me hizo atravesar el amplio vestíbulo, que olía a flores mustias, y juntas comenzamos a subir la escalera, mientras Juan nos adelantaba cargando con mi maleta y desaparecía luego de nuestra vista en el piso superior.

—Te hemos preparado la misma habitación que ocupabas de niña, pero si prefieres otra...

—No, no. Esa estará bien.

Era extraño no sentir nada ahora. Nada, salvo una debilidad que aflojaba mis miembros y un inmenso vacío. Sí, lo peor era aquel espantoso vacío que hacía temblar mis rodillas. Tía Elvira me miraba con la preocupación reflejada en su marchito semblante, pero no hizo ningún comentario al respecto. Solo murmuró.

—No hemos hecho ningún cambio en ese dormitorio y aún conserva en las paredes el papel de flores que tanto te gustaba.

Me detuve en el rellano de la escalera a contemplar el cuadro que colgaba de la pared.

—El abuelo, —musité, señalándolo—. También murió.

—Sí, hace seis años.

—Creí que todo estaría igual, pero...

Mi tía dio un hondo suspiro.

—No, Montsalvatge ya no es el mismo. Ni siquiera nuestra situación económica es la de entonces. Desde que murió tu abuelo, con los dos chicos estudiando en Madrid, tuve que ocuparme personalmente de la administración de la finca y todo ha ido de mal en peor. Espero que eso al menos pueda solucionarse ahora que los dos trabajan, aunque están empezando y con lo que ganan apenas si cubren sus propios gastos. Habrás observado que ya no tenemos más ayuda en la casa que Juanita. Viene unas horas todos los días. He tenido que cerrar la mayor parte de las habitaciones de la planta superior, porque no podía con tanto trabajo.

—Lo comprendo porque este edificio es enorme. Pero no te preocupes. Me gustan las faenas domésticas y te ayudaré el tiempo que permanezca con vosotros.

Noté que vacilaba imperceptiblemente, antes de hacerme una pregunta.

—Dime, Eurídice, ¿en qué situación has quedado tú? Espero que no pases apuros económicos ahora que tu madrastra se ha vuelto a casar.

Me encogí de hombros.

—Es verdaderamente curioso. Sabes que papá era absolutamente incapaz de ocuparse de nada, que no fuera su trabajo. Nunca pensé que nadásemos en la opulencia, sino más bien al contrario. Cuando murió fue cuando me enteré de que me dejaba una fortuna bastante considerable.

—¿No es gracioso? Ni siquiera Luisa lo sospechaba.

Tía Elvira hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, mi hermano fue siempre un poco... un poco especial. Ya ves, para mí también ha sido una sorpresa. La última vez que le vi, fue cuando vino a recogerte hace nueve años y en sus cartas nunca aludió a ese asunto. Si yo lo hubiera sabido entonces... no sé, quizás hubiera sido todo distinto.

—¿A qué te refieres?

—No, a nada. No tiene importancia.

Habíamos llegado a la planta superior y caminábamos ahora a lo largo del espacioso corredor alfombrado. Aunque la moqueta estaba desgastada y

las paredes ostentaban algunos desconchones, me dije que, pese a ello, el aspecto del interior de la casa seguía siendo magnífico. Recordé como me impresionaba de niña la amplitud de sus estancias y el ambiente de esplendor que se respiraba dentro de sus muros. Aún quedaba algo de aquel ambiente, aunque con el paso de los años se hubiera convertido en un vestigio añorante de lo que fue. De su pasado fastuoso y de las risas de los chiquillos que lo habían habitado. Solo un silencio hondo podía percibirse ahora que se había extinguido hasta el eco de esas risas, ahora que ya no estaba Marta.

Tía Elvira me condujo hacia una pesada puerta de roble, que se abría en la pared de la izquierda del pasillo y me hizo entrar en mi antiguo dormitorio, idéntico a como lo recordaba, aunque me pareció de menores dimensiones.

—¿Quieres que te ayudemos a deshacer la maleta?, —me preguntó Juan, que salía de la habitación en ese momento.

—No, no te molestes. Ya lo haré yo.

Desde el umbral, tía Elvira se volvió hacia mí. Parecía estar mortalmente cansada.

—Al lado de la cama tienes el timbre, ya sabes. Si necesitas algo, no tienes más que llamarme. Mi cuarto sigue siendo el mismo, entre el de Juan y el de Raúl. No te importe despertarme si no puedes dormir.

—Gracias, tía. No te preocupes.

Se marcharon los dos dejándome sola y permanecí unos segundos en el centro de la estancia, reconociendo todos y cada unos de sus muebles, de sus rincones. La maciza cómoda de caoba continuaba ocupando el testero frente a la cama y sobre ella pendía el espejo deslustrado en el que antaño no alcanzaba a verme reflejada. Algo menos grande me pareció el descomunal armario, en el que de niña colgara mis vestidos encaramándome a una silla. Aquellos vestidos que tanta consternación le produjeron a tía Elvira a mi llegada a Montsalvatge, porque me llegaban hasta los tobillos.

También la colcha rosa de la cama era la misma. Aún conservaba la mancha oscura cerca de la almohada, producida por los potingues que los chicos se empeñaron en mezclar aquella mañana, tan lejana ya, que llovía

tanto. Aparecieron sigilosamente con unos frascos en la mano en mi dormitorio, donde Marta y yo leíamos un cuento. Raúl llevaba una botella de vinagre y una tabla de madera y Miguel algo envuelto en un papel de periódico. Juan les seguía y con aire de conspiradores cerraron la puerta de la habitación con pestillo y se dirigieron a nosotras.

—En este cuarto ya han limpiado, así que no se les ocurrirá venir a ver qué hacemos. —Manifestó mi primo muy satisfecho.

—¿Qué es lo que traéis?, —les preguntó Marta, interesándose inmediatamente.

—Vamos a hacer un explosivo, —nos informó Miguel con una expresión que no habría mejorado un sesudo científico—. Al cuarto de juego no podemos ir, porque están deshollinándolo a conciencia dos mocetonas del pueblo a las que ha llamado tu tía, que incomprensiblemente ve porquería por todas partes y en la sala de estudio sigue don Ambrosio, explicándole a Juan no sé qué historieta.

No me pareció extraño que tía Elvira pretendiera limpiar a fondo el cuarto de juego ni que hubiera contratado a dos chicas para ese cometido, porque solíamos reunirnos en esa habitación a la caída de la tarde, cuando empezaba a refrescar, y acumulábamos toda clase de inmundicias entre sus paredes. Incluso durante un tiempo albergó a un sapo que capturó Raúl y a una familia de lagartijas aportada por Miguel. Afortunadamente, tanto el uno como las otras vivieron poco tiempo, porque a mí me ponían los pelos de punta.

—¿Y vais a hacer el explosivo en este dormitorio?, —me preocupé.

—Sí, un explosivo fabuloso que ha inventado Miguel. Hemos cogido la botella de vinagre en la cocina y las pastillas que usa el abuelo para aclararse la voz. Miguel dice que mezclando los dos potingues, explotarán.

—¿Las pastillas de clorato del abuelo?, —se enfadó Marta—. Se pondrá como un energúmeno cuando se dé cuenta.

—No, porque tiene otra caja en su cuarto, —la tranquilizó Raúl. Luego se volvió hacia su amigo—. ¿Qué hacemos con las pastillas, Miguel?

—Tenemos que machacarlas con una piedra y cuando las hayamos convertido en polvillo, lo mezclaremos con el vinagre.

Como en mi habitación no encontraron para esa finalidad ninguna piedra, utilizaron para ello el rabo de la escobilla del inodoro del cuarto de baño y después echaron la mezcla en un vaso de plástico que traía Miguel.

—Ahora veréis, —nos anunció grandilocuentemente este, aficionadísimo a realizar experimentos de esa naturaleza. Colocaron el vaso sobre la tabla de madera que había traído Raúl, depositándola encima de mi cama, y le prendieron fuego, ante la curiosidad de Marta y la preocupación mía. En esa ocasión acerté yo. Al acercarle una cerilla al líquido que contenía el vaso, de improviso este pareció entrar en ebullición y una pavorosa humareda se expandió por el cuarto. Precipitadamente se apartaron los chicos de mi cama y parte de la pócima que habían mezclado dentro del vaso cayó sobre la colcha, en la que dejó un círculo más oscuro que no logramos hacer desaparecer después, pese a que la lavamos con jabón.

Sonreí al recordarlo. Qué lejanas me parecían ahora aquellas diabluras que Raúl y Miguel inventaban entonces, secundados por Juan y por Marta, y sin que ninguno de ellos se molestara en hacerme el menor caso cuando me oponía a lo que consideraba peligrosos desatinos.

Me desnudé rápidamente y me metí en la cama.

Ensimismada en mis pensamientos no me había percatado de que las cortinas del balcón estaban descorridas y de que por los cristales penetraba algo de luz. Me levanté a cerrar las contraventanas y de improviso sentí el incontenible deseo de asomarme a contemplar el mar. Echándome la bata sobre los hombros, salí al balcón. El viento helado me dio de lleno en la cara, desparramando mi melena en todas direcciones. Aspiré la brisa marina, que llegaba hasta mí cargada de yodo y de sal, acodada en la balaustrada de piedra. La noche era oscura y apenas podía distinguir el bosquecillo que ocultaba el faro de mi vista. Únicamente oía cómo el viento zarandeaba las ramas de los árboles, trayéndome el aroma de los pinos y, más allá, el bronco rugido del mar, invisible desde el lugar en el que me encontraba.

No llegué a saber qué había percibido primero, si la presencia de alguien muy cercano a mí, o el leve sonido unas pisadas en la habitación contigua, el dormitorio que había pertenecido a Marta. Permanecí allí,

encogida sobre mí misma, sin atreverme a efectuar el menor movimiento. Quizás fueran mis primos que subían a acostarse, o quizás fuera solo imaginación de mis sentidos. Pero no, las pisadas habían vuelto a repetirse, rítmicas, acompasadas. Con un esfuerzo conseguí avanzar a lo largo del balcón, para alcanzar la puerta de cristales de la habitación vecina. Tenía cerradas las contraventanas y no pude echar una ojeada al interior de la estancia. Entonces entré de nuevo en mi dormitorio y atravesándolo, salí al pasillo. Estaba desierto y silencioso. La casa entera dormía, pero había oído algo, estaba segura. Caminé de puntillas hacia la puerta del cuarto de Marta y apliqué el oído contra la hoja de madera. Nada pude percibir a través de la misma y con el corazón golpeteándome desacompañadamente dentro del pecho, así el pomo dorado, haciéndolo girar. La entreabrí unos centímetros y aguardé, con las piernas temblorosas. Solo capté un silencio absoluto.

Entonces terminé de abrir la puerta y encendí la luz, parpadeando deslumbrada.

Recordaba hasta los menores detalles de aquel amplio dormitorio azul. Azul era el papel de las paredes, la colcha de la cama y la tapicería de los butacones. Olía a húmedo y a cerrado, como si aquel dormitorio no hubiese sido ventilado en meses, o quizás en años. Avancé unos pasos sobre la mullida alfombra que cubría el pavimento de madera, y rocé con los dedos la colcha de la cama. Después me dirigí al armario de roble para curiosear en su interior. Allí había colgado Marta desordenadamente su ropa, pero ahora estaba vacío. Por el olor pude deducir que en el cuarto no había entrado nadie en mucho tiempo, pero había oído con toda claridad el sonido de unos pasos en el interior de la habitación, cuando estaba acodada en el balcón. ¿Sería quizás...?

¡Qué tonterías estaba pensando! Sabía que los fantasmas no existían. De improviso sentí un frío intenso y un imperioso deseo de salir de allí. Mis dientes comenzaron a castañetear, mientras cerraba nuevamente el armario y apagaba la luz. Al salir al pasillo vi una sombra alta y negra que me cerraba el paso y ahogué un grito.

—Calla, no grites, —le oí decir a Raúl.

—Me has... me has asustado, —balbuceé, sintiendo un inmenso alivio. Me dio la impresión de que me estudiaba atentamente en la oscuridad.

—Te he oído y he venido a verte por si necesitabas algo. ¿No puedes dormir?

Caminaba conmigo hacia mi dormitorio y al entrar en este y encender la luz, advertí que llevaba puesto un batín sobre el pijama.

—Me ha parecido que había alguien en el cuarto de Marta. Por eso... por eso he ido a comprobarlo, —le expliqué torpemente.

Enarcó con extrañeza sus oscuras cejas.

—¿En el cuarto de Marta? No, no lo ocupa nadie en estos momentos. Hace años, cuando Juan y yo estudiábamos en Madrid, en ocasiones venían con nosotros algunos amigos a pasar las vacaciones, pero desde entonces ese dormitorio y el tuyo no se han utilizado. ¿Quieres verlo?

—No, ya lo he visto. Solo que me ha parecido...

Volvió a observarme con excesiva fijeza.

—¿Te encuentras bien, Eurídice?

Enrojecí tontamente al sentirme analizada por sus fríos ojos negros. Probablemente sus pacientes experimentasen la misma sensación cuando acudieran a su consulta a quejarse de dolor de estómago, pero yo no era su paciente y no había razón alguna para que estudiase mi expresión con tanto detenimiento. Solo era su prima, aunque en ese momento él me pareció un extraño.

—Perfecta... perfectamente, gracias, —tartamudeé.

—Te he traído un tranquilizante que te ayudará a descansar. Lo necesitas, —me dijo, tendiéndome un frasco que contenía una única pastilla—. Trágate la con un poco de agua.

—No, no. Nunca tomo medicinas. No me gustan.

Me miraba sin dejar traslucir lo que estaba pensando, pero capté cierta inquietud en sus pupilas.

—A nadie le gustan, pero a veces son necesarias. Anda, no seas niña y tómatela.

Para no seguir discutiendo, cogí el frasco y reculando dentro de mi dormitorio, hice intención de cerrar la puerta.

—Buenas noches, —musité.

—Sí necesitas, algo, llámame, —le oí decir—. Hasta mañana.

Cuidadosamente terminé de cerrar la puerta, echándole el pestillo, y me metí en la cama, acurrucándome bajo las mantas. Aún notaba la sensación de frío intenso que experimentara en el cuarto de Marta y la misma impresión extraña que me había impulsado a abandonarlo corriendo. Por las rendijas de las cerradas contraventanas penetraba algo de claridad que, reflejándose en el espejo deslustrado, agitaba las sombras. Seguía siendo tan miedosa como cuando era niña, pero a mi edad resultaba ridículo y apreté firmemente los párpados para no ver cómo danzaban por la habitación y poder conciliar el sueño.

El sol brillaba alegremente cuando me desperté a la mañana siguiente y abrí las maderas del balcón. Al consultar mi reloj de pulsera me sorprendió que fuese tan tarde, porque me encontraba más cansada que al acostarme. Lo achaqué a la espantosa pesadilla que solo me había permitido dormir a ratos, en la que yo corría, tratando de recuperar una muñeca que alguien me había quitado. Qué absurdo, pensé. Qué ilógicos podían llegar a ser los sueños y que bajo sus efectos pudieran experimentarse sensaciones producidas por acontecimientos que solo existían en la imaginación. No recordaba yo haber jugado de niña con la muñeca que aparecía en mi sueño, ni la circunstancia de que alguien me la arrebatase podía justificar la angustia que aún me atenazaba.

Afortunadamente, fue desvaneciéndose conforme me arreglaba en el cuarto de baño y ya se había disipado por completo cuando, vestida, con un pantalón gris y un jersey azul celeste, salí al pasillo para bajar a desayunar. Para alcanzar el rellano de la escalera tenía que pasar forzosamente por delante del cuarto que había ocupado Marta y algo en mi interior me impulsó a detenerme delante de la puerta.

Eres una tonta, me dije. Anoche creíste oír pisadas ahí dentro, pero fue solo producto de tu fantasía.

Me lo repetí varias veces y seguía repitiéndomelo cuando así el pomo y haciéndolo girar, abrí la puerta. Me quedé en el umbral como alelada. Recordaba con toda claridad que por la noche la habitación estaba en orden, con el aspecto de no haber sido utilizada en mucho tiempo. Ahora, la colcha de la cama estaba en el suelo, hecha un guiñapo, y a la pálida luz del sol que penetraba por el balcón entreabierto, pude ver las arrugadas sábanas de

lecho y el hueco que había dejado un cuerpo que había estado acostado sobre ellas. Alguien había dormido allí.

Me tapé la boca con la mano para no gritar, aferrándome desesperadamente al quicio de la puerta.

No sé cuánto tiempo permanecí paralizada, pero cuando conseguí recuperar el uso de las piernas eché a correr escaleras abajo, tropezando con la muchacha de sonrisa bobalicona que a mi llegada me abriera la puerta de la casa. Aunque debió extrañarle mi actitud y mi expresión despavorida, no me entretuve en darle explicaciones y atravesé el vestíbulo como una exhalación, precipitándome en el cuarto de estar, en el que se encontraba únicamente Raúl, untando tranquilamente una tostada con mantequilla. Levantó distraídamente la vista al oírme entrar y al ver mi demudado semblante se puso en pie de un salto.

—¿Qué te sucede?, vamos, di, —trató de averiguar, zarandeándome bruscamente por los hombros.

—Arriba... arriba, en el dormitorio azul, —balbuceé entrecortadamente—. Ella ha dormido allí.

—¿De qué estás hablando?, —me preguntó, enarcando las cejas sin dejar de zarandearme.

—De Marta. Ha dormido en su cama esta noche. Yo lo he visto.

Me apartó unos centímetros, mirándome con incredulidad.

—¿Qué tú has visto a Marta?

—A ella no, pero su cama está deshecha... Yo... he creído que me iba a dar algo.

—Tranquilízate y deja de decir tonterías, —me recomendó en tono duro, soltándome—. Ya te dijo anoche que nadie ocupa ese dormitorio en estos momentos.

—Ya lo sé, pero ella ha dormido en esa cama esta noche. Sube y lo comprobarás.

Me dejé caer en una butaca frente al fuego con las piernas absurdamente temblonas y sin volverme le oí salir de la habitación. Sentía un frío intenso como si un vendaval helado se hubiese abatido sobre mí y me arrebujé sobre mí misma, contemplando fijamente el crepitar de la lumbre. Los leños chisporroteaban, desprendiendo llamas azules que danzaban unos instantes

para acabar convirtiéndose en un humo grisáceo que olía a monte, a campo. Las observaba sin verlas, percibiendo su calor sin llegar a sentirlo. Solo cuando oí los pasos precipitados de Raúl que regresaba, conseguí salir de mi estupor para girar la cabeza hacia él. Su rostro expresaba preocupación.

—¿Tú has...?

—Lo he visto esta mañana, —musité ahogando un sollozo—. Hace un instante, cuando bajaba a desayunar.

Permaneció indeciso con la mirada perdida en la pinada que se divisaba por la ventana. Luego reaccionó de improviso y, aproximando una butaca, se sentó a mi lado.

—Escúchame un momento y no empieces a gimotear, —rezongó impaciente—. ¿Has oído hablar de la sugestión?

Con extrañeza, clavé en él mis ojos cuajados de lágrimas.

—Claro que sí. ¿Pero a qué viene eso ahora? No pretenderás decir...

Me interrumpí al verle hacer un gesto de asentimiento.

—Sí, pero no te preocupes. A todos nos ha sucedido alguna vez. No tiene importancia.

Me desasí de la mano que había colocado sobre la mía.

—¿Quieres decir que lo he imaginado?

—No, no es eso. Efectivamente ha dormido alguien en ese cuarto, pero ese alguien has sido tú. Te acostaste anoche pensando en Marta y como de niña solías ir a buscarla cuando tenías miedo y te metías en su cama...

Moví negativamente la cabeza.

—No, me he despertado en la mía y estoy segura de no haber salido de mi cuarto durante la noche.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me acordaría.

—Los sonámbulos no recuerdan nada al día siguiente.

Me quedé boquiabierta. Sonreía despreocupadamente, pero su sonrisa era forzada y... sí, había algo más en su expresión que no supe interpretar, pero que me inquietó.

—No soy sonámbula, —musité con un hilo de voz—. Luisa me decía siempre que yo dormía como un leño y de un tirón. Además, si los

sonámbulos no recuerdan nada al día siguiente, ¿cómo sabes que no has sido tú el que ha dormido en la cama de Marta?, —objeté confusa.

Noté que su rostro se oscurecía.

—Porque si en los nueve años que has vivido en Segovia no ha sucedido en esta casa nada parecido y ocurre el mismo día de tu llegada, parece lógico suponer... —Se interrumpió sin llegar a terminar la frase para buscar un pañuelo en sus bolsillos—. Bueno, dejémoslo. Toma esto y suénate. Se te está poniendo la nariz como un tomate.

Obedecí con la vaga sensación de revivir una situación que me era harto conocida. Antaño, los pañuelos de Raúl solían estar tan sucios como su persona y en escasas ocasiones los utilicé, pero su ademán al entregármelo denotaba el mismo embarazo que manifestaba entonces ante una llantina. Por un instante me olvidé de lo que tanto me había impresionado minutos antes y levanté con curiosidad los ojos hacia él. ¿Qué quedaba en el hombre que tenía a mi lado del muchacho que había sido? Rara vez dominaba en aquellos tiempos sus impulsos. Actuaba primero y pensaba después, al contrario que Miguel que en todas las circunstancias razonaba por los dos. En Raúl había entonces mil personalidades distintas. Sin solución de continuidad pasaba de la más absoluta euforia a la más sombría depresión y tan pronto era abnegado y generoso como cruel y despectivo. ¿Qué quedaba de todo aquello?

Debió notar mi mudo examen, porque se rebulló incómodo, antes de indicarme la mesa camilla donde había estado desayunando, para que me sentara junto a él frente a la cafetera y las tazas de porcelana. Mientras le veía untar otra tostada, me dije que sus ademanes ya no eran desmañados. Claro que, ¿cómo iba a tener un cirujano las manos torpes? Nunca hubiera imaginado que pudiera elegir él esa profesión.

—¿Por qué estudiaste medicina, Raúl?, —le pregunté.

—¿Y por qué no? Me gusta.

—Pero entonces quería ser explorador.

—También tú querías ser una mamá, —me recordó. Aún eres demasiado joven, pero supongo que en Segovia habrás dejado un montón de corazones rotos—, terminó riéndose.

Me molestó que se riera, sobre todo porque no estaba segura de cuál era el motivo de su hilaridad. ¿Pensaría que, con lo poca cosa que era, yo no era fácil que alguien se fijara en mí?

—Claro que no, —repliqué tímidamente—. Y no empieces tú también como Luisa.

—¿Es que Luisa quería que encontraras novio? —me preguntó interesado—. Después de todo, es natural.

Supuse que consideraba natural que ella quisiera colocarme para librarse de mí y me dolió.

—Quería que conociese gente de mi edad. Pero cambiemos de tema, —le dije brusca.

—Me parece natural que pretendiera que te divirtieras. ¿Es que no te relacionabas con nadie? —Sus ojos oscuros reflejaban ironía, pero al notar que me enfadaba recobró la seriedad.

—Por supuesto que sí y ya te he dicho que cambies el tema.

—De acuerdo. ¿Pero por qué no desayunas de una vez? Cuando termines, si quieres te llevaré a cualquier sitio que te apetezca, ¿dónde quieres ir?

—No tengo ganas de tomar nada. Con el susto de esta mañana se me ha quitado el apetito.

—Anda, no seas pesada, —me dijo sin mirarme—. Anoche tampoco quisiste cenar y vas a conseguir quedarte en los huesos. Ya estás suficientemente delgada. Das la impresión de que un golpe de viento te podría quebrar.

—Pero...

—Tómate al menos el café con leche y un par de tostadas. De otro modo no te llevaré de paseo.

Me lo decía con el tono indulgente con el que se suele hablar a los niños y de pronto caí en la cuenta de que era raro que a esas horas estuviese todavía en la casa.

—¿No trabajas hoy?

—No, tengo el día libre y estoy dispuesto a llevarte a donde quieras, si dejas de mirarme con esa cara de odio reconcentrado. No es preciso que te pongas el traje de los domingos, como hacíamos de chicos. ¿Te acuerdas? A

ti te embutían en un horroroso vestido morado que te llegaba hasta los tobillos y te hacía parecer más renacuaja aún de lo que eras y a mí me obligaba mi madre a ponerme la ropa nueva, que pinchaba por todos lados.

—Y por cierto, ¿dónde está tu madre?, —le pregunté recordándola al oírsela nombrar.

—Creo que en la Escollera. Patricia Olavide se quedó viuda y se entretienen mucho juntas. Juan se ha marchado a Palma a trabajar, así que estoy a tus órdenes. ¿Dónde quieres que te lleve?

No tuve que meditar la respuesta.

—Me gustaría... me gustaría visitar la tumba de Marta.

Se sobresaltó al oírme. Noté que intentaba disimularlo, pero no me engañó.

—¿Quieres ir al cementerio del pueblo?

—Sí, quiero ver el lugar donde reposa. Todavía no he conseguido hacerme a la idea, ¿lo entiendes, verdad?

—Naturalmente, —repuso con una voz sin matices—. A todos nos duele su pérdida tanto como a ti. Por eso te agradecería que no le dijese a mi madre lo... lo del dormitorio azul. Juanita lo ha arreglado ya y... prefiero que no lo sepa.

Media hora más tarde enfilábamos en su coche el camino que arrancaba de la parte posterior de la casa. Sobre el vehículo los árboles entrelazaban sus ramas cubiertas de hojas doradas, a través de las cuales se filtraban intermitentemente los rayos del sol y por la ventanilla contemplé admirada su infinita gama de ocre y de rojos. Solo en Mallorca prodigaba la naturaleza aquel colorido tan intenso y variado bajo un cielo luminoso, azulado a ráfagas, que se confundía con el del mar.

—¿Por qué vamos por aquí?, —le pregunté de pronto—. El camino que bordea el acantilado es mucho más corto.

—No tenemos prisa, —replicó inexpresivamente.

—Pero el otro es mucho más bonito, —insistí—. Desde lo alto se ve el pequeño fondeadero donde solíamos ir a pescar. Y por cierto, ¿conserváis aún aquella barca?

—No. Sus restos deben de estar todavía en la playa. Se pudrió allí al cabo de mucho tiempo de no ser utilizada. Juan y yo solo veníamos

últimamente en vacaciones. ¿No te acuerdas?

—Claro que sí, —repuse, evocando aquellos tiempos—. Marta y yo contábamos los días que faltaban para que regresarais. Me parece estar viendo el día en que te marchaste a Madrid a estudiar. Tu madre lloraba por los rincones y el abuelo daba unas voces terribles para disimular el disgusto que sentía. Después, Marta y yo nos quedamos aquí solas. Dábamos clase con don Ambrosio y al pobre le hacíamos rabiar muchísimo. Sobre todo Marta. Yo era más formalita.

Callé entristecida al recordarla y al darse cuenta trató de cambiar de conversación.

—Cuéntame lo que has hecho en todos estos años en los que no hemos sabido de ti. ¿Cómo resultó ser tu madrastra?

—Ya te dije anoche que nos entendimos enseguida y que no acertasteis en ninguno de vuestros pronósticos. Es profesora de historia, como lo era mi padre, y se llevaban muy bien. Los dos pasaban la vida encerrados en el despacho, escribiendo unos libroles interminables. Luego, cuando mi padre murió, la pobre sufrió una grave depresión. —Me interrumpí para dar forma a mis impresiones y buscar el modo de expresarlas. Después añadí—: Es curioso, Luisa es una persona fuerte. Pertenece a ese tipo de personas decididas que siempre saben cómo resolver los problemas.

—¿Quieres decir que es dominante?

—Bueno... sí, pero también es cariñosa. Conmigo se ha portado bien. Procuraba hacerme compañía cuando sus obligaciones se lo permitían.

Raúl me dirigió una mirada de soslayo.

—Una especie de asidero para ti, ¿no?

—¿Por qué dices eso?, —me extrañé.

—Porque tu carácter es muy infantil y siempre has necesitado apoyarte en alguien.

—¿Infantil?, —me amosqué—. No he sido nunca infantil. Creo que, por el contrario, si de algo pego, es de ser demasiado razonable.

—Una cosa no excluye la otra.

Le observé atentamente, temiendo que se estuviera burlando de mí, pero su semblante estaba serio sin el menor asomo de ironía.

—No sé por qué lo dices, —objeté pensativa—. Ya ves, cuando falleció mi padre me mantuve serena y fui yo quien intentó animar a Luisa. En cambio ella tuvo que consultar a un psiquiatra, al mismo que visitaba mi padre, el que hoy es su marido.

Noté que vacilaba, antes de hacerme la pregunta.

—¿Mejoró tu padre de sus problemas?

—No. Pienso que lo de visitar al psiquiatra era una manía suya. Cuando yo era muy pequeña empezaron a dolerle las muñecas hasta el extremo de que no podía valerse de las manos. Como los médicos no descubrieron la causa, le dijeron que era mental, pero estoy segura de que se equivocaron. A nadie le duelen las manos por cuestiones psíquicas. ¿O tú crees que sí?

—Sé de muchos casos en que así ha ocurrido, —repuso evasivamente.

—Bueno, —reconocí de mala gana—. El psiquiatra decía que mi padre padecía una neurosis de conversión. ¿Sabes lo que es?

Sin apartar los ojos de la carretera, hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, soy especialista en aparato digestivo, pero lo estudié en la carrera.

—Explícame en qué consiste.

Se encogió de hombros.

—Es una alteración nerviosa que se da en personas que tienen una excesiva capacidad de reacción, en ciertas esferas del sistema vegetativo, ante los estímulos afectivos... Esas excitaciones afectivas se descargan en lo corporal. ¿Te aburro?, —me preguntó, mirándome de soslayo.

—En absoluto, continúa.

—Cuando esas excitaciones afectiva son reprimidas violentamente por una persona, de forma que no llega a tener consciencia de ellas, provocan los correspondientes síntomas, o sea, inervación anormal, cambios funcionales y molestias en los órganos corporales. Además, cuando una neurosis ha producido síntomas somáticos, el paciente suelo confundirlos y los considera como trastornos fisiológicos. En muchas ocasiones se agravan estos si el paciente les presta demasiada atención, porque eso acostumbra a afectar a nuevos órganos.

Acogí su explicación con escepticismo.

—Entonces tú opinas que la enfermedad de mi padre era un trastorno psicosomático. ¿No es eso?

—Efectivamente.

—Yo no. Creo que el psiquiatra no acertó con él. En cambio Luisa mejoró bastante cuando empezó a acudir a su consulta, aunque a mí me parecía absurdo lo que le prescribía y la importancia que le daba a las tonterías que soñaba. Todas las mañanas, nada más despertarse, escribía Luisa en un cuadernito lo que había soñado la noche anterior y se lo llevaba para que lo interpretase. Al final del tratamiento debió soñar algo tan emocionante, que el buen señor le pidió que se casara con él.

Raúl se echó a reír.

—Después de la experiencia de Luisa no opinarás, ya que, las sesiones de psicoanálisis no sirven para nada, ¿verdad?

—No, desde luego, Al menos se ha demostrado que sirven para encontrar otro marido, —bromeé—. Pero creo que sería el último sistema que utilizaría.

—¿Estás buscando marido?, —me preguntó, mirándome de refilón.

—Claro que no, —repuse amoscada—. Quiero decir que no se me ocurriría ir contando las estupideces que sueño por las noches.

—¿Y por qué no? ¿Tan horrorosos son tus sueños?

—No, casi siempre son bobadas, que la mayor parte de las veces no recuerdo después. Pero el de esta noche...

—Continúa, —me animó, intrigado.

Estudié recelosamente su perfil.

—No quiero. Seguramente lo tergiversarás para reírte de mí. Después de todo, eres médico.

—Pero no psiquiatra. Cuéntame lo que has soñado que no pienso reírme.

—¿De verdad?

—Prometido.

—¿No te inventarás símbolos extraños ni pensarás que tengo la libido revuelta, como el psiquiatra de Luisa?

Meneó negativamente la cabeza.

—Palabra que no.

—Bueno, te lo contaré, pero es una simpleza. He soñado con una muñeca. Era una muñeca de trapo y la llevaba en brazos. Debía de estar en

Montsalvatge, porque había olas a mi alrededor que se la llevaban lejos. Yo quería alcanzarla, pero no podía y entonces lloraba. Al final aparecía un chico que me miraba de una forma horrible, como si me odiase. Esa mirada me ha asustado tanto, que me he despertado. ¿Qué?, ¿te ha gustado?

Volví la cabeza hacia él y me sorprendió su expresión. Esperaba encontrarle sonriente, pero su semblante tenía un rictus duro, ausente.

—¿Por qué pones esa cara? ¿Acaso tiene algún significado siniestro?, —bromeé.

—Nada de eso, —dijo con voz algo ronca—. Es muy natural que sueñes con muñecas, porque te gustaban mucho.

—¿A mí?, —me extrañé—. No he jugado con muñecas en mi vida. Bueno, quizás cuando era muy pequeña, pero no lo recuerdo.

Me pareció que su semblante se ensombrecía aún más, pero hizo un ademán vago y cambió de conversación.

—Estábamos en que Luisa decidió casarse con su psiquiatra. ¿Cómo te sentó?

—Pues... es joven y guapa y comprendo que quiera rehacer su vida, pero...

—¿Pero qué?

Bamboleé mi oscura melena, al agitar la cabeza para desechar los pensamientos que me venían a la mente. No me resultaba fácil explicárselo y finalmente opté por soslayar el tema.

—Ella estaba preocupada por mí y por eso escribió a tu madre, para que yo viniera a pasar una temporada con vosotros. Pensó que al principio sería mejor así.

Raúl vaciló, antes de hacerme otra pregunta, como si temiese cometer una falta de tacto. Al advertirlo, le animé a continuar.

—¿Qué quieres saber?

—La situación económica en la que has quedado, —manifestó, haciendo un esfuerzo por aparentar naturalidad—. Supongo que no tendrás problemas...

—En absoluto. Incomprensiblemente mi padre me dejó una fortuna. Luisa se ocupa de todo, aunque ahora... no sé.

Quizás debería yo intentar ponerme al tanto y descargarla de ese peso.

—¿Tiene un poder notarial para actuar en tu nombre? —inquirió él inexpressivamente.

—No, solo me pone los documentos a la firma. Son cuestiones demasiado complicadas para mí y no las entiendo bien.

Noté que vacilaba nuevamente.

—Cuenta con mi ayuda para lo que necesites. Desde que terminé la carrera me he ocupado de los asuntos de la familia y he descubierto que se me dan bastante bien las finanzas.

Me sorprendió su afirmación, porque no eran esas las noticias que me había dado tía Elvira la noche anterior.

—¿Sí? Tenía entendido que vuestra situación en estos momentos es algo apurada, —dije con precaución para no herirle.

—Tampoco es para tanto, —manifestó animadamente—. Las cosas ya no son lo que eran, porque mantener una casa como la nuestra resulta bastante costoso, pero tengo algunos proyectos y espero solucionarlo en breve plazo.

No me atreví a preguntarle cuales eran esos proyectos y desvié la vista hacia la ventanilla. Al doblar una curva divisé a nuestros pies el pueblo al que os dirigíamos. Un conglomerado de casitas multicolores, enclavadas en una cala encajonada entre montañas. El mar, de un azul intenso, estaba quieto, como una inmensa y límpida balsa. Solo cerca de la playa se mecía suavemente, deshaciendo sus olas sobre la arena dorada.

—Podría evocar cada una de las calles del pueblo con los ojos cerrados, —comenté, señalándolo—. Es curioso lo que son los recuerdos. Algunos permanecen grabados en nuestra mente y podemos recuperarlos absolutamente vívidos. En cambio y sin ninguna razón, hay momentos y situaciones que olvidamos totalmente.

—¿Cómo por ejemplo?

—Pues no sé. Ayer cuando subía por el sendero que bordea el acantilado, trataba de rememorar el día de mi partida y no lo conseguí. No lo entiendo. Lo natural sería que lo recordase con todo detalle, ¿no crees?

Él se encogió de hombros.

—¿Por qué?

—Pues porque sí. Para mí debió suponer un trauma el tener que marcharme de aquí, después de permanecer con vosotros cuatro años. Iba a volver con mi padre y con una mujer a la que apenas conocía. Imagino que lloraría muchísimo.

Esperaba de él un comentario irónico, pero en su lugar dijo simplemente:

—Sí, muchísimo.

—¿Estabas tú en Montsalvatge?

—Sí, coincidió con las vacaciones de Navidad. Juan y yo habíamos venido a pasarlas con la familia.

—Pero Miguel ya no estaría.

—No, él se marchó a Madrid con la suya el año anterior.

—¿Y por qué me fui?

Raúl propinó un peligroso giro al volante.

—Tu padre vino a por ti.

—Sí. ¿Pero por qué? Apenas si me escribió en esos cuatro años y tenía que salir de viaje con Luisa unos días después para dar unas conferencias. ¿Por qué vino a recogerme precisamente entonces?

—Porque sí. Pensó que era lo mejor.

Su voz había sonado tan ronca que lo miré con extrañeza.

—¿Por qué era lo mejor? Marta y yo aprobábamos bastante bien los cursos en el instituto, gracias a las lecciones de don Ambrosio y mi padre jamás se preocupó por mí. ¿Por qué vino a buscarme? Supongo que Marta lo sentiría muchísimo. Se quedaba sola en Montsalvatge sin nadie con quien jugar.

Raúl no me contestó.

—Di, —insistí—. ¿No lo sintió?

—No lo sé, yo también me marché.

Acababa de detener él el coche frente a la blanca tapia del cementerio y descendió del vehículo con excesiva rapidez, volviéndose luego de espaldas a mí.

—¿Te sucede algo?, —le pregunté cuando conseguí alcanzarle y ver su expresión ensombrecida—. Te encuentro raro.

—¿Raro?, —repitió en tono interrogante.

—Sí, espero no haber dicho nada que te haya molestado.

—No, claro que no. Ven, la puerta está por este lado, —dijo indicándomela.

La traspusimos en silencio. Allí se respiraba una paz absoluta y únicamente se oía el piar de los pájaros que volaban de árbol en árbol. Con el ceño fruncido y sin articular una sola palabra, Raúl me condujo por un enarenado camino bordeado de cipreses y se detuvo ante una tumba cubierta por una lápida de mármol, señalándomela. Sentí que las lágrimas se agolpaban en mis ojos y me clavé las uñas en las palmas de las manos para no llorar. Allí estaba Marta, la única persona a la que verdaderamente le había importado yo. Qué distinto hubiera sido mi regreso si ella no hubiera dejado de existir, porque sin su presencia Montsalvatge parecía otro, parecía vacío.

Raúl permanecía a mi lado inmóvil, con el semblante sin expresión, mientras leía yo dificultosamente la inscripción de la lápida con los ojos nublados por las lágrimas. Me las sequé con el dorso de la mano para releer la fecha que estaba grabada en el mármol. Luego me volví hacia él, señalándosela.

—Pero no puede ser. Esa fecha está equivocada. —No, no lo está.

—Pero entonces... entonces Marta murió hace nueve años. Poco después de marcharme yo. ¿Cómo es que no me lo comunicasteis?

Raúl tardó unos segundos en contestar.

—Tu padre sí lo sabía. Le llamamos por teléfono desde el pueblo cuando ocurrió.

—¿Y por qué él no me lo dijo a mí? —Aturdida, aparté de mis ojos los mechones de cabello que me impedían la visión y que la brisa arremolinaba en torno a mi cabeza—. De modo que todos estos años en los que yo he pensado constantemente en ella...

Un sollozo quebró mis últimas palabras y Raúl me puso una mano sobre el hombro. Una mano que me pareció pesada, como de plomo.

—¿Cómo ocurrió?

—El tifus, —me dijo con la mirada perdida en la lejanía—. Fue todo muy rápido. Don Ezequiel, el médico del pueblo, la atendió.

—¿Y no pudo hacerse nada? Tal vez si la hubierais llevado a Palma...

—No hubo tiempo.

Su tono había sonado impaciente. Tanto, que levanté los ojos hacia él, encontrándole pálido, demudado. Me tomó del brazo, haciéndome caminar hacia la salida del cementerio. Parecía tener prisa por alejarse de allí y me dejé conducir en silencio. Confusos pensamientos me vinieron a la mente, que me costó trabajo expresar con palabras.

—Entonces... la carta que ella me escribió, ¿quién...?

Me atajó rápido.

—Una broma de pésimo gusto. No vuelvas a pensar en ella.

—Sería un golpe terrible para todos, especialmente para tu madre. Marta no tenía otra familia.

—No. El abuelo era su tutor. Se vino a vivir con nosotros cuando era poco más que un bebé.

—Pobre tía Elvira, —musité—. La quería como a una hija.

Subimos nuevamente al coche y en silencio recorrimos el solitario y zigzagante camino vecinal que llevaba a la finca. Yo no sentía deseos de hablar y Raúl parecía estar reconcentrado en sí mismo, como si le estuviera dando vueltas en la cabeza a algo que le desagradaba profundamente. Solo cuando llegamos a la casa y guardó el automóvil en el garaje, comentó al ver que el de su hermano se nos había adelantado:

—Juan ha venido a comer. Habrá sido en tu honor, porque no suele regresar a estas horas. Seguramente pensará tomarse la tarde libre, de lo que me alegraría, porque tengo que acercarme a Palma a resolver unos asuntos de la finca.

Me ayudó a descender del coche y unos instantes antes de entrar en la casa me retuvo, sujetándome por un brazo.

—Espera un momento, Eurídice. Te recuerdo que de lo que ha sucedido esta noche en el dormitorio de Marta no debes decirle una palabra a nadie.

—Pero entonces, ¿cómo podremos averiguar...?

Abrió la boca para decir algo, pero luego cambió de opinión.

—Yo me ocuparé de averiguarlo, —dijo sencillamente—. Nadie se ha enterado, si exceptuamos a Juanita.

—¿Te refieres a la asistenta que sonríe continuamente con cara de estúpida?

—Sí, pero no es tan estúpida como parece. Te ha visto esta mañana bajar por la escalera corriendo como una loca y, como te habías dejado abierta la puerta del dormitorio azul, ha entrado a echar un vistazo. Le he contado un bonito cuento que se me ha ocurrido sobre la marcha y se lo ha creído.

—¿No irá a decírselo a tu madre?

—No. He insistido mucho sobre ello.

Juntos entramos en la casa y nos dirigimos al comedor, donde tía Elvira y Juan nos esperaban. Efectivamente este último había decidido tomarse la tarde libre y después de comer Raúl se marchó a Palma. Tía Elvira subió a acostarse la siesta y Juan y yo nos sentamos en el cuarto de estar frente a la chimenea. Me quedé silenciosa, contemplando abstraída el danzar de las llamas hasta que la voz de Juan me sacó de mi ensimismamiento.

—¿En qué piensas, Eurídice?

—En nada. Bueno, sí. Pensaba en lo distinto que es todo ahora. Raúl me ha llevado esta mañana al cementerio. —Esbocé un ademán vago al musitar —: Yo... ni siquiera conservo una fotografía suya.

No hizo ningún comentario. Me contempló comprensivamente y luego se incorporó con brusquedad.

—¿Te gustaría que viésemos fotografías de entonces? —Levanté los ojos hacia él y sonreí más animada—. ¿Dónde las tienes?

—No las tengo, pero supongo que estarán guardadas por ahí, porque mi madre tiene la manía de conservarlo todo. Sí, seguramente estarán en el desván, lo mismo que la ropa que se nos fue quedando pequeña. No sé para qué la guarda mi madre, porque no es fácil que encojamos de nuevo. ¿Quieres que subamos a echar un vistazo?

Su apacible semblante traslucía tantos deseos de distraerme, que no quise desilusionarle y accedí en el acto.

—Sí, vamos.

Le seguí escaleras arriba hasta la planta superior y una vez que recorrimos el trecho del pasillo donde se ubicaban los dormitorios que ocupábamos, nos encaminamos hacia al ala de la casa que ahora permanecía cerrada. En cuanto traspusimos la puerta que la comunicaba con

el ala que habitábamos, advertí que una espesa capa de polvo cubría el suelo de madera del corredor.

—Nos vamos a poner perdidos, —comentó él con humorismo—. Hace mucho tiempo que esta parte de la casa no se limpia. Mira, ahí está la sala de estudio, —dijo, indicándome una puerta cerrada—. ¿Te acuerdas de los malos ratos que te hacía pasar don Ambrosio? Eras tan tímida entonces, que no te atrevías a decir la lección cuando te sacaba a la pizarra, aunque por regla general te la sabías estupendamente.

—Y vosotros os reíais, —añadí—. Os corríais unas juergas imponentes a mi costa.

—Pero mujer, si es que resultabas de lo más cómica, —objetó Juan como disculpándose—. Tan menuda como eras y con aquella cara de susto...

—En cambio vosotros, bien que le hacíais rabiar al pobre señor. Cuando os preguntaba y no habíais estudiado, le recitabais la primera tontería que se os pasaba por la cabeza. Lo que habrá tenido que padecer por vuestra culpa.

Pasamos de largo y al llegar al final del pasillo comenzamos a subir por la desvencijada escalera que llevaba al desván. En cuanto rematamos el ascenso y Juan encendió la luz, comprobé que no había experimentado cambio alguno desde mi marcha, si se exceptuaba la capa de polvo que cubría los innumerables objetos allí amontonados. Hasta conservaba el mismo olor, mezcla de rancio y de húmedo.

Mientras Juan revolvía unos baúles apilados contra la pared, anduve curioseando por los alrededores de la puerta de subida al torreón. No me decidí a intentar abrirla, porque demasiado bien recordaba el estridente chirrido que producía antaño al girar sobre sus goznes y que de niña me ponía los pelos de punta.

—¿Qué haces, Eurídice?, —le oí decir a él—. Ven. Acabo de encontrar la caja de las fotografías. Ya sabía yo que tenían que andar por aquí. Limpiaré este cofre para que podamos sentarnos a verlas.

Le sacudió el polvo con su pañuelo mientras me acercaba a él y luego me invitó a acomodarme a su lado mostrándomelas una por una. En la primera que me enseñó estábamos encaramados a los paredones del faro, despeinados y sucios, después de una batalla de piñas. En otra, Raúl y

Miguel aparecían sentados a horcajadas en la rama del manzano con la boca llena de fruta.

—¿Cómo le va a Miguel?, —le pregunté distraídamente.

—Bien. Solemos reunirnos un rato después de cenar. Él está ahora de vacaciones, porque ha cambiado de trabajo a mitad del año y no se las pudo tomar en verano. Suele acercarse durante el día al pueblo, donde tenemos una pandilla bastante animada que te presentaremos. Nosotros le acompañamos los fines de semana.

—Habrà cambiado mucho, ¿no?, —le pregunté en voz baja, contemplando una foto, en la que Marta y yo estábamos sentadas en la terraza.

—¿Quién?, ¿Miguel? ¡Qué va! Nos entendemos tan bien como cuando éramos críos. En Madrid, cuando estudiábamos la carrera, estábamos siempre juntos, por lo que, si ha cambiado algo, no he podido apreciarlo. Me falta perspectiva. Pero mira, mira esta foto, —me mostraba una en la que se me veía a mí con un vestido que casi me llegaba a los tobillos—. Mira qué facha tienes aquí. No entiendo cómo puede decir Raúl que estás igual que antes.

Se reía enseñándola, pero al volverse a mirarme se quedó cortado.

—¿Qué te pasa?, ¿te molesta que me haga gracia el aspecto que tenías entonces?

Negué con la cabeza sin contestarle y seguí con los ojos fijos en el retrato, en el que estaba yo, de pie bajo un árbol, sosteniendo en mis brazos una muñeca de trapo.

—Esa muñeca... —balbuceé.

—¿Qué te pasa?, —me preguntó preocupado, sin comprender mi actitud.

—¿Por qué llevo en brazos a esa muñeca?, —insistí, algo alterada.

—Era tuya. Siempre la llevabas a cuestas.

Levanté la vista, clavándola en el desvencijado piano de cola, pero aunque lo miraba no llegué a verlo. Debí dejar traslucir lo que estaba sintiendo, porque noté que Juan se sobresaltaba.

—¿Te pasa algo?

—No, no, —repuse débilmente—. Es que he soñado con ella esta noche. ¿Pero cómo puede ser? Yo no he jugado nunca con muñecas...

Sonrió, más tranquilizado.

—¿Qué no? Te pasabas la vida acunándola. Si te avenías a participar en nuestros combates era por no contrariar a Marta, pero en cuanto nos descuidábamos, te marchabas a sacarla de paseo. Decías que era tu hijita.

—Mi hijita, —repetí como un eco.

—¿Pero por qué pones esa cara?, —se alarmó—. ¿Acaso lo has olvidado?

Giré lentamente la cabeza hacia él con un esfuerzo inmenso.

—Sí, no lo recuerdo en absoluto.

Juan sonrió despreocupadamente.

—Bueno, eso no tiene ninguna importancia. Hay muchísimas cosas que tampoco recuerdo yo.

—Pero te acordarás del día en que me marché de Montsalvatge, —le dijo sin mirarle, como si hablara conmigo misma.

Tardó unos instantes en responderme. Luego dijo sencillamente.

—Sí, de eso sí me acuerdo.

—Pues yo no, —repliqué exaltándome—. No lo consigo por más que lo intento. Me lo preguntaba ayer, mientras venía hacia esta casa y se lo he preguntado también a Raúl esta mañana. Y ahora al ver esa muñeca... Dime, Juan, ¿por qué no me acuerdo?

Me había vuelto hacia él con el semblante crispado, asiendo sus manos. Él me las oprimió cariñosamente.

—Tendrás mala memoria, eso es todo. Seguro que en cambio te acordarás de tu regreso a Segovia.

Aflojé la presión de mis manos y me desasí de las de él, meneando afirmativamente la cabeza.

—Claro que sí. Aunque te pueda parecer imposible, no soy una persona olvidadiza. Ha sido al ver a esa muñeca, cuando... no sé. He experimentado una sensación extraña, como si estuviera asociada con algo que yo debería saber, ¿me entiendes?

—Eso son tonterías, Eurídice, —repuso serio.

—No, no lo son, —me angustié—. ¿Qué fue de esa muñeca? ¿Se quedó en esta casa o me la llevé cuando mi padre vino a recogerme?

Se lo preguntaba ansiosamente, pero él desvió su mirada, clavándola en la punta de sus dedos.

—No lo sé. ¿Cómo quieres que sepa yo lo que hiciste con ella?, —replicó con una brusquedad que me sorprendió—. Anda, vámonos de aquí.

* * *

Eurídice hizo una pausa y se encogió en la butaca, como si tuviese frío.

—¿Qué le parece, doctor?, —le preguntó con voz apagada—. ¿Sigue pensando que exagero al calificar las cosas que han sucedido a mi regreso como absolutamente inexplicables? ¿Cree que es normal recibir la carta de una persona que ha muerto nueve años antes?

Anhelante, aguardaba su repuesta con sus inmensos ojos claros clavados en el semblante de él. Olea se acarició pensativamente la barbilla, antes de contestar.

—¿Está segura, Eurídice?, ¿puedo llamarla así, verdad? —Ante su gesto de asentimiento, continuó—: ¿Está segura de no haber tenido conocimiento de la muerte de su prima? Si sus padres lo sabían, es muy raro que no se lo comunicasen a usted.

—¿Verdad que sí?, —replicó exaltándose—. Imagine la impresión que sentí al llegar a Montsalvatge rememorando fragmentos de su carta y enterarme de que había fallecido años atrás. Creí... creí que el mundo se hundía bajo mis pies.

—Y esa carta, ¿la conserva usted?

—Sí, pero en Segovia. La dejé guardada en el cajón de la mesita de noche. Llegó unos días después que la de mi tía.

Olea se acarició nuevamente la barbilla. Parecía medir cuidadosamente sus palabras.

—¿Comentó esa carta con su madrastra?

La muchacha pareció tardar en comprender la pregunta, pero luego sonrió.

—No sé si lo hice. Luisa estaba demasiado ocupada con sus preparativos de boda, pero supongo que sí.

—No, no suponga nada. Piénselo bien y contésteme. ¿Lo comentó con ella?

Eurídice reflexionó unos instantes. Olea escudriñaba atentamente su bonito semblante, que denotaba cierta perplejidad.

—Me parece que no, pero ya le he dicho que no estoy segura. ¿Por qué lo quiere saber?

—Simplemente porque me parece muy extraño que su madrastra la dejase partir sin aclararle que Marta había fallecido. No comprendo qué interés pudieron tener sus padres en ocultárselo, quizás, el de ahorrarle un disgusto, pero el no referírselo su madrastra después de recibir esa carta carece de toda lógica. Forzosamente tendría usted que enterarse al llegar a Montsalvatge.

Eurídice asintió.

—Tiene usted razón. ¿Pero qué es lo que está pensando? ¿Acaso cree que le estoy mintiendo?

Con un ademán, el médico le pidió que se tranquilizase.

—No se exalte. Me gustaría ver esa carta, si no tiene inconveniente. Tal vez pudiese usted llamar por teléfono a su madrastra para que se la remitiese.

—Lo haré en cuanto regrese ella de su viaje, —le aseguró con énfasis—. No me cabe duda de que era su letra y de que el matasellos era de aquí. Podrá comprobarlo.

—Bien, pasemos a otro tema. Usted me ha hablado de una enfermedad que padecía su padre.

—Sí, una neurosis de tipo histérico fue lo que le diagnosticaron. Empezó a tener trastornos varios años después de morir mi madre. Yo le he conocido siempre con ellos. Mi madre tenía una lesión de corazón bastante grave y le habían aconsejado que no tuviera hijos. Según su psiquiatra, la muerte de ella, al nacer yo, le produjo un complejo de culpabilidad. Se sentía culpable de su muerte, ¿entiende? Pero transcurrió mucho tiempo antes de que se le paralizasen las manos. Terminó en una silla de ruedas y al final ni siquiera quería comer por más esfuerzos que hacía Luisa por convencerle. Cuando murió fue casi una liberación.

Calló entristecida y permaneció unos instantes en silencio con los ojos bajos, con su larga melena cayéndole sobre los hombros enmarcando uno de los semblantes más hermosos que el médico había visto en su vida. No era solo que la muchacha fuese bonita, pensó. Irradiaba de ella un atractivo especial, que no resultaba fácil de definir. Resultaba tan frágil, tan etérea... Y lo más curioso era que no parecía tener conciencia de ello. En ese momento levantaba hacia él sus grandes ojos de color aguamarina y en su rostro se pintaba una expresión recelosa.

—Dígame, doctor, ¿cree posible que haya podido heredar yo la enfermedad de mi padre?

Olea jugueteaba con un lápiz, golpeando inconscientemente la mesa con él. Luego repuso evasivamente.

—La predisposición a la neurosis histérica es parcialmente constitucional y hereditaria. Quiero decir que, aunque usted hubiese heredado esa predisposición, para que se manifestase tendrían que concurrir también otros factores.

—¿Y cuáles son esos factores?

—Un desarrollo neurótico puede surgir de sentimientos de distanciamiento, hostilidad, temor y falta de confianza en sí mismo, pero nada de esto es matemático. En medicina no hay nada que lo sea. Las personas que suelen sucumbir a la neurosis son las que han sido más golpeadas, especialmente en su infancia.

Eurídice le escuchaba atentamente, como si bebiera sus palabras.

—¿Cree usted que esos factores concurren en mí?

Él le sonrió tranquilizadamente.

—Aún no lo sé, pero no se preocupe.

—Entonces, ¿todas esas cosas absurdas podría haberlas hecho yo sin saberlo? Pero espere, aún no se lo he contado todo...

OceanofPDF.com

Capítulo 4

Raúl y Juan se habían marchado ya a sus respectivos trabajos cuando a la mañana siguiente bajé a desayunar. Vagué después por la casa buscando a tía Elvira y al no encontrarla me encaminé nuevamente hacia el vestíbulo, donde había visto poco antes a la muchacha de sonrisa bobalicona, limpiando el polvo.

—Buenos días. ¿Sabe dónde está mi tía?

Hizo un ademán vago, mirándome con curiosidad. Me pareció que se fijaba especialmente en los pantalones azul marino que llevaba puestos y me pregunté si pensaría que me estaban demasiado estrechos. Me los había comprado Luisa, asegurándome cuando me los probé que me sentaban divinamente, pero yo no estaba muy segura de ella. Luisa siempre me decía cosas similares para animarme, aunque no siempre lograba convencerme de que sus apreciaciones eran las correctas.

—¿No sabe a dónde ha ido?, —insistí, parapetándome detrás de una butaca con la intención de ocultarlos de su vista.

—Salió hace un rato con la señora Olavide. Creo que iban al pueblo de compras. ¿Necesita usted algo?

Continuaba mirándome con aquel aire estúpido, pero ahora se estaba fijando en mi jersey. ¿Me estaría también demasiado estrecho u opinaría que su color blanco no me favorecía lo más mínimo?

—No gracias, —murmuré, mientras reculaba hacia la biblioteca para escapar de su campo de visión.

Estuve leyendo un rato, hasta que decidí salir a dar una vuelta por los alrededores. El día estaba muy nublado pero como no pensaba alejarme mucho, consideré innecesario subir a por el chaquetón.

Soplaba una brisa fresca, que zarandeaba suavemente las ramas de los árboles, desprendiendo de sus hojas las gotas de lluvia de la noche anterior y eché a andar sin rumbo fijo hacia el bosquecillo de pinos, donde tantas veces jugáramos tiempo atrás. Después de atravesarlo, me dirigí hacia el acantilado. Contemplé a mis pies la caleta de arena dorada, circundada por abruptos riscos grisáceos, y luego me encaminé hacia la vieja escalera de piedra para bajar a la playa. El lugar era escarpado y descendí con suma lentitud, por miedo a resbalar en los musgosos peldaños. Cuando noté bajo mis pies la blandura de la arena sentí el absurdo deseo de meterme unos metros en el agua, saltando de roca en roca para tocarla con las manos. Estaba en cuclillas sobre un peñasco, cuando el sonido de unos pasos a mi espalda me obligó a incorporarme y a volverme bruscamente. Un hombre se me había aproximado por detrás sin que lo hubiese advertido hasta ese momento, y al notarle a mi espalda me sobresalté tanto, que estuve a punto de caerme al agua. Me sujetó a tiempo, ayudándome después a saltar hasta la arena y cuando me depositó en la playa sana y salva y me miró por primera vez, una expresión de absoluta estupefacción apareció en su moreno semblante en el que brillaban maliciosos sus ojos castaños.

—¡Eurídice!, ¿pero eres tú?

Le contemplé aturdida unos instantes. ¿Dónde había visto anteriormente a aquel muchacho de revuelto cabello castaño, que ahora me contemplaba sonriente?

Era alto y de complexión fuerte y vestía unos arrugados pantalones vaqueros y un jersey gris claro de cuello vuelto. Sobre la frente, tostada por el sol, le resbalaban unos mechones de pelo castaño que intentaba inútilmente retirar con los dedos. De pronto le reconocí y me llevé una mano a la boca para ahogar una exclamación de asombro.

—¡Miguel!, ¡qué... qué distinto estás!

Recordaba a un chiquillo zanquilargo y siempre despeinado que en nada se parecía al muchacho que tenía delante. Bueno, sí, los ojos eran los mismos y también su sonrisa burlona. Me miraba con una mezcla de ternura y sorpresa y sentí de pronto una intensa añoranza. ¿Cómo habría podido esperar encontrar a mi regreso lo que dejara a mi marcha? El tiempo había pasado inexorable sobre Montsalvatge y aquellos compañeros de juegos se

habían hecho hombres. Nada podría ser lo mismo ya. Ya no volveríamos a organizar violentos combates en el faro ni nos perseguiríamos entre risas y bromas por la caleta en las calurosas mañanas de verano. Aquello no podía volver.

Miguel parecía seguir el hilo de mis pensamientos, porque se echó a reír.

—¿Tan feo me encuentras como para poner esa cara tan acongojada? No sé si podré recobrarme fácilmente de esta decepción.

Bajo sus burlonas palabras adiviné que él sentía algo parecido en aquel momento, pues también sus ojos brillaban con algo que se asemejaba mucho a la nostalgia.

—No seas tonto, —repliqué enrojeciendo—. Es que no esperaba encontrarte aquí y me has asustado. Luego... me ha costado reconocerte. Has cambiado mucho.

—Tú, por el contrario... —Se interrumpió sin dejar de contemplarme, como si estuviera analizando la impresión que le producía—. Estás idéntica, aunque... no sé. ¿Eras antes tan intangible? Das la impresión de ser irreal... ¿Estás segura de que perteneces a este planeta?

Ahora sí que me puse como un tomate. Parecía hablar en serio, pero sin duda me estaba tomando el pelo. ¿Sería a los pantalones que llevaba puestos a lo que se refería?

—Veo con satisfacción que al fin te hicieron efecto las espinacas, —terminó con cierta guasa.

—Las espinacas... —repetí con comprender.

Se echó a reír al ver mi gesto de extrañeza.

—Sí, las que te hacía comer tu niñera en Segovia para que crecieras más deprisa. Entonces eras un comino que no levantaban dos palmos del suelo. En cambio, ahora... ¿Cuánto mides?

—Un metro, setenta centímetros.

—Quién podría esperar que alcanzaras esa estatura Pero cuéntame, ¿qué haces en Montsalvatge?, ¿cuándo has vuelto?

—Anteayer. He venido a pasar la Navidad con ellos. —Repuse eludiendo el verdadero motivo. Al parecer, ni Raúl ni Juan se lo habían comentado, seguramente porque ninguno de los dos lo consideraban digno

de mención. Me estiré el jersey para que no notara lo estrechos que me estaban los pantalones y levanté la mirada hacia él—. Pero no sé por qué me dices que no he cambiado. Juan me encontró muy distinta, —añadí amoscada.

—¿Sí?, pues no me lo explico. Has crecido mucho y de lejos pareces una jovencita, pero en este momento tienes la misma expresión que aquella vez en que Juan y yo te cogimos prisionera y te atamos a una estaca. Lo que llorabas mientras bailábamos a tu alrededor la danza guerrera.

Me eché a reír al recordar.

—Sí, Marta tuvo que librarme de vosotros a puntapiés.

—Ya me acuerdo, ya. Se puso como una furia. Luego pasó el resto del día consolándote, pero tú llorabas y llorabas.

—Es que me teníais atemorizada. No sabes cuánto me alegro de haberme hecho mayor, —mentí tímidamente—. Al menos ahora no podéis meteros conmigo.

—Bueno, ahora todo es distinto —comentó con seriedad—. Yo ya no me atrevería a atarte a una estaca y es una pena.

—¿Una pena?, ¿por qué es una pena?

Me miraba con una expresión extraña que no supe interpretar.

—Porque aquello no puede volver y lo siento. Nos hemos convertido en aburridas personas mayores, cargadas de responsabilidades. Hasta tú habrás cambiado, supongo.

—Sí, —musité con cierta amargura, desviando los ojos hacia el horizonte, donde el mar se fundía con el cielo en una línea casi imperceptible—. Aunque a veces... a veces pesa. —Al advertir que me observaba intrigado traté de cambiar de conversación y de dar a mis palabras un tono ligero—. ¿Qué estudiaste, Miguel?

—Química. Soy un sesudo científico que trabaja rodeado de probetas y de tubos de ensayo. ¿A que nunca lo hubieras adivinado?

Abrí la boca para hablar, pero no llegué a decir lo que estaba pensando. ¿Cómo podría sorprenderme que él hubiera elegido esa profesión? Desde que era un chiquillo siempre había sabido lo que quería. De improviso me sentí retroceder en el tiempo y me vi a mi misma encaramada en el añoso manzano que crecía junto a la tapia de la finca, mientras un viento helado

zarandeaba sus ramas, como si pretendiese arrancarlas de cuajo. Me pareció oír la voz de Juan, que desde una rama cercana decía parsimoniosamente con la boca llena de fruta:

—Cuando sea mayor, seré funcionario, como papá.

Yo no me atreví a preguntar lo que era eso, porque solían acoger mis preguntas con un coro de risotadas, pero Marta sí se atrevió.

El chiquillo se había encogido de hombros y con toda la sabiduría de sus doce años, dijo enfáticamente:

—Los funcionarios son personas muy importantes, porque papá lo era, hasta que se murió. —Calló pensativo, quizás rememorando los escasos recuerdos que conservaba de él, y luego añadió—: Llevaba siempre una cartera llena de papeles y hasta tenía un despacho en Palma para él solo. Yo quiero ser lo mismo que él. ¿Y tú, Eurídice?

Yo había paseado entonces recelosamente mi mirada por los semblantes de ellos. Raúl comía distraídamente una manzana sin hacerme el menor caso, pero los otros tres aguardaban mi contestación. No me decidí a repetir que quería ser una mamá, rodeada de niños chiquitines para que no se burlasen de mí como el día de mi llegada, y me volví a Raúl.

—¿Y tú?

—Yo quiero ser explorador, —repuso en el acto.

—Sí, ¿y qué vas a explorar?

—Voy a explorar la Antártida. Por lo visto, fue un continente que se hundió en el mar y nadie sabe ahora donde ocurrió. Yo lo voy a descubrir. Me compraré un barco y navegaré por todos los mares.

—¿Y tú, Miguel?, —le preguntó Marta.

El chico no tuvo que meditar la respuesta. Pese a tener los mismos años que Raúl, parecía mucho mayor y tenía ya sus aficiones claramente definidas.

—Yo quiero ser químico, —manifestó con aplomo—. Cuando sea mayor, mi padre no podrá reñirme por hacer experimentos en el cuarto de baño. El otro día Raúl y yo armamos una zapatiesta...

Había asistido yo en otras ocasiones a tales experimentos y aún recordaba con espanto la humareda que estuvo a punto de asfixiarnos en la leñera, cuando explotó el conjunto de potingues que mezclaron. En otra

ocasión, hicieron el experimento en mi dormitorio. Aún se veía en la colcha de la cama la mancha que dejó el explosivo al derramarse del vaso de plástico, donde habían revuelto los componentes que habían estallado.

¿Cómo iba a extrañarme que Miguel fuera ahora químico? De todos nosotros era el único que al cabo de los años había realizado sus deseos. Raúl que quería ser explorador, en el presente era médico. Juan no era funcionario, sino arquitecto y yo ya no quería ser una mamá cargada de chiquitines.

—¿Qué, no te ha resultado inesperado?, —me preguntó al verme sonreír con suficiencia.

—Desde luego que no. Ya entonces nos tenías a todos en vilo con tu manía de mezclar mejunjes. Supongo que ahora lo pasarás de miedo.

—Pues mira, sí, —afirmó muy satisfecho—. ¿Y tú a qué te dedicas?, ¿o no te dedicas a nada y eres una perfecta holgazana?

—Soy decoradora. Después de tres años de dibujar y dibujar, he obtenido el flamante título, pero aún no he empezado a ejercer.

—¿Dibujar tú?, —se admiró Miguel—, pero si se te daba fatal. Marta te hacía siempre las láminas que te mandaba don Ambrosio. Ella sí que era una artista.

Sentí un nudo en la garganta al evocar la imagen de mi prima en la sala de estudio, inclinada sobre el papel, mientras su mano iba trazando con precisión aquellas líneas y me volví de espaldas a Miguel para que no pudiera ver mi expresión. La visión de los grisáceos riscos que rodeaban la caleta me trajeron a la memoria los innumerables veces en las que trepara por ellos de la mano de mi prima y por un instante me dije que no era posible que se hubiese marchado para siempre, que en cualquier momento aparecería su rubia y despeinada cabeza detrás de alguna de las rocas, invitándome a reunirme con ella para jugar y sin darme cuenta aguardé expectante.

La voz de Miguel me sacó de mi ensimismamiento. Al principio me sonó lejana, pero poco a poco me hizo volver a la realidad.

—Ven, vamos a sentarnos allí.

Me indicaba unas peñas de superficie plana, donde nos acomodamos y contemplé su casa, que, desde el lugar donde nos encontrábamos, parecía

estar colgada sobre el mar.

—Es curioso, —comentó él como para sí—. En todos estos años en que he permanecido lejos de aquí, siempre he deseado volver. Y la misma especie de nostalgia han experimentado Juan y Raúl. ¿A ti no te ha sucedido lo mismo?

Miraba a lo lejos al preguntármelo y aproveché para observarle detenidamente sin que se diera cuenta. No entendía ahora como antes no le había reconocido. En ese momento, con su cabello castaño despeinado por el viento, tenía la misma expresión que el día en que se despidió de nosotros para marcharse a estudiar a Madrid.

Fue una tarde de septiembre. No soplaban ráfaga de aire alguna que refrescase los ardores del sol abrasador y Marta y yo habíamos bajado a la caleta, cargadas con el caballete y los tubos de óleo, pues mi prima quería pintar una marina. Yo me había sentado a la sombra de una roca y ella había comenzado a dar las primeras pinceladas. Unas pinceladas seguras, luminosas. Estábamos absortas en la tarea, cuando vimos descender por la escalera de piedra a los tres muchachos discutiendo muy acalorados. Habían crecido mucho aquel verano y apenas si jugaban ya con nosotras. Solamente Juan nos acompañaba a veces, cuando los otros dos se marchaban al pueblo en bicicleta. La voz de Miguel, iracunda, llegó hasta nuestros oídos.

—Si pudiera encontrar el medio de impedirlo, te aseguro que no me iría.

—Desde luego es una faena, —gritaba Raúl.

—Pero tus padres tienen razón, —objetó Juan, el más tranquilo y razonable del grupo—. Nos estamos haciendo mayores y las lecciones de don Ambrosio están bien para esas dos crías, no para nosotros. No te desesperes, hombre, vendrás en vacaciones. Seguramente en Madrid también lo pasarás de miedo.

Levantamos la cabeza al verles aproximarse. A sus once años Marta era una chiquilla esbelta, que comenzaba a iniciar su desarrollo, aunque no parecería darse cuenta de ello. Yo, en cambio, apenas había crecido. Aún me servían los vestidos con los que llegara a Montsalvatge, aunque ahora eran de mi talla, y conservaba mi aspecto desamparado e infantil.

Mi prima había dejado a un lado los pinceles, interesada en el tema que discutían.

—¿Qué sucede, Miguel?

El muchacho, altísimo y excesivamente espigado, le propinó un puntapié a una piedra antes de contestar, como si tratara de descargar su furia con aquel inofensivo guijarro.

—Mis padres han decidido que nos larguemos definitivamente de aquí. Él ha pedido el cambio de destino a Madrid y se lo han concedido. Me lo ha dicho esta mañana. Ya tienen media casa levantada y las maletas a medio hacer. ¡La repera, vamos!

Marta le observaba fijamente, con sus ojos azules muy abiertos.

—¿Y tú qué has decidido?

Él la miró sin comprender. En los últimos tiempos parecían haberse alejado extraordinariamente de nosotras y no solían tener en cuenta nuestras opiniones.

—¿Qué quieres que decida? Les he repetido hasta la saciedad que puedo estudiar en Palma, que a fin de cuentas solo está a treinta kilómetros de aquí, pero no me han hecho ni caso. ¡Con lo bien que lo pasamos ahora en el pueblo! Tendré que marcharme a Madrid, como me llamo Miguel Olavide.

—¿Qué Miguel Olavide ni qué porras?, —masculló ella con desprecio—. Eres un mendrugo que no es lo mismo.

—¿Un qué?, —se engalló Raúl. Había echado un brazo sobre los hombros de su inseparable amigo, como si contra aquel insulto tuvieran que formar un frente común.

—Un mendrugo, —repitió desdeñosamente Marta—. Si no quieres marcharte, pues no te marches y asunto concluido.

Estupefactos, nos volvimos todos hacia ella. El frente tardó unos instantes en reaccionar.

—Pues ya me dirás cómo puedo evitarlo, —replicó Miguel, sin disimular su perplejidad—. Busca tú una solución, ya que, eres tan lista.

—Eso, busca tú una, —le coreó Raúl como un eco.

—Es de lo más sencillo, —afirmó ella con petulancia. Sentía últimamente cierto resquemor contra ellos como si les culpase de estar

haciéndose mayores y no desaprovechaba la ocasión de demostrarles que no había tanta distancia entre su edad y la de ella, como suponían—. Si decides quedarte, podríamos esconderte en el torreón y nadie te encontraría, por mucho que te buscasen.

Raúl dio un incrédulo respingo.

—¡Valiente simpleza!, —opinó entre dientes—. Sabía que eras tonta, pero no creía que lo fueses tanto. ¿Qué iba a hacer Miguel encerrado en el torreón?

Humillada por su tono despectivo, Marta empezó a exaltarse.

—Le llevaríamos comida y cuando nadie nos viese podríamos venir aquí a jugar.

—No digas sandeces, —protestó calmosamente Juan—. Eso es un disparate. Miguel tiene que marcharse con sus padres.

—Claro, —corroboré tímidamente—. Sería espantoso para ellos. Llorarían al no saber donde estaba.

—¡Bah!, —masculló despreciativamente Marta—. Así reaccionarías tú, que por todo sueltas el trapo. Os aseguro que nadie conseguiría sacarme a mí de Montsalvatge. —Nos miró desafiante, agitando sus rubias y despeinadas coletas—. Yo me quedaré siempre en Montsalvatge, —insistió.

Raúl dejó escapar una risotada.

—Me gustaría verlo. Si tuvieses padres o alguien que se empeñase, te largarías de aquí con la cabeza gacha, como hará Miguel. Verías que pronto se te bajaban los humos.

—¿Apuestas algo a que no?, —le gritó ella, levantando la barbilla en actitud de reto—. Espero poder demostrártelo algún día.

Él le hizo un gesto de burla.

—¡Bah!, no eres más que una cría tontísima y presumida.

—¿Tontísima yo?

Se lanzó como una fiera contra él, propinándole puntapiés y puñetazos y a los otros dos les costó trabajo separarles. Cuando lo consiguieron, Marta tenía en la mano un mechón de cabellos que le había arrancado a él y sangre en las narices.

—Estaos quietos de una vez, —vociferó Juan, bastante alterado—. Y tú, boba, deja de farfullar amenazas.

Marta se limpió las narices de un manotazo y paseó su mirada en torno, buscando algo donde desahogar su ira. Al fin reparó en el caballete y lo derribó de una patada.

—Ahí os quedáis, so majaderos. —Tronó a modo de despedida. Y se marchó escaleras arriba, sin volver una sola vez la cabeza atrás.

Cuando desapareció de nuestra vista, traté de salvar algo del estropicio, recogiendo el lienzo que, caído boca abajo, se había impregnado de arena.

—Tan bonito como era, —me lamenté entristecida—. Decía que me lo iba a regalar por mi cumpleaños.

—Ya te regalará otra cosa, —me consoló Juan—. Todavía falta mucho para esa fecha.

—Pero yo quería esta marina, —insistí—. Me la llevaré a casa y la guardaré. Seguramente querrá acabarla cuando se le pase el enfado.

—Pero si el lienzo ha quedado inservible, —objetó Raúl—. Lo mejor que puedes hacer, es tirarlo.

Juan me ayudó a transportar el lienzo, al ver mi acongojada expresión.

—No te preocupes, mujer. Lo subiremos al torreón. Allí guarda Marta sus trastos y puede que un día se decida a limpiarlo y a terminarlo.

Me marché con él, olvidando despedirme de Miguel y no lo había vuelto a ver hasta esa misma mañana, pues no regresó al verano siguiente. Solo pensaba en salvar el cuadro, por si a Marta se le pasaba el enfado, pero no volvió a querer saber nada de él y el día de mi cumpleaños me regaló un pañuelo con una E bordada en una esquina con puntadas muy desiguales.

Las palabras de Miguel me obligaron a regresar al presente.

—¿En qué piensas, Eurídice?

—En nada. Recordaba el día en que te marchaste de aquí. Cuanto tiempo ha pasado, ¿verdad? —Dejé vagar mi nostálgica mirada por la azulada superficie del agua—. A veces me siento por dentro como una vieja. Todo es tan distinto ahora... no sé qué haré en adelante y... y ella ya no está, —terminé bajito.

Asintió comprensivamente.

—Sí, sé cuanto la querías, pero el mundo no se ha acabado. Imagino que Marta no será la única persona importante para ti.

Había puesto afectuosamente su mano sobre la mía, pero al oírle la retiré bruscamente.

—No digas tonterías. Yo no sabía que ella había muerto. Por eso he podido soportar que Luisa se casara, pero ahora que sé que no va a volver, yo...

Me interrumpí al ver su gesto de extrañeza.

—¿Cuántos años tienes, Eurídice?

—Veintiuno. ¿Por qué?

—Porque oyéndote, cualquiera pensaría que aún no has cumplido los diez. Y no te enfades. Un amigo, o en tu caso una prima, puede ser muy importante, pero no lo es todo y menos todavía cuando han transcurrido ya nueve años desde que murió.

—Sí, pero es que ella se ha casado, —insistí con la tozudez de una niña que se siente incomprendida—. No acabo de entenderlo, —musité como si hablara conmigo misma—. ¿Por qué tenía que casarse?, ¿no nos bastábamos la una a la otra?

—¿La una a la otra?, —repitió Miguel en tono interrogante. Parecía hacer esfuerzos desesperados por seguir el hilo de mis pensamientos—. Pero criatura, por lo que me ha dicho Raúl, tu madrastra es joven y es lógico que haya querido rehacer su vida. Supongo que lo que te sucede es que te sientes un poco abandonada.

¿Un poco? Hubiera deseado poder expresar con palabras lo que experimentaba desde mi regreso. Primero la alegría de haber vuelto por fin a Montsalvatge a reencontrarme con ella y casi a la vez la nostalgia del pasado para dejar paso a aquella aterradora soledad, a aquella sensación de absoluto desamparo. Pero, claro, no era fácil que Miguel lo comprendiera. Seguramente él no necesitaba a nadie y, en cualquier caso, tenía a donde ir.

—Digamos, un mucho, abandonada. Es eso, ¿verdad? Bueno, no sé cuál sería mi reacción si mi madre decidiera volver a casarse, pero ya eres un poco mayorcita para pretender vivir siempre agarrada a las faldas de tu mamá. ¿No crees?

—Ya voy teniendo edad de independizarme o de buscarme una pareja, ¿no es eso? Es lo que siempre me repetía Luisa, que ya era hora de que me plantease independizarme.

—¿Y por qué no?, —me preguntó sorprendido al verme tan enfurecida.

—Pues porque no. Los hombres son todos unos pelmas.

—¡Vaya!, muchas gracias.

—No lo digo por ti, que conste.

—Me quitas un peso de encima, —replicó irónico.

—No te rías, —protesté cada vez más enfurruñada—. Cuando hablo de los hombres, no os incluyo a vosotros tres. Nunca os he visto como hombres.

—Es natural, porque entonces no lo éramos, —puntualizó con guasa.

—Pero ahora sí y tampoco os incluyo, —insistí con aspereza—. Vosotros sois otra cosa.

—Me gustaría saber dónde nos catalogas, —comentó tratando de aparentar seriedad—. ¿Acaso en un género neutro?

Le miré recelosamente sin saber si me estaba tomando el pelo.

—Sí, algo así. —Crucé y descrucé nerviosamente los dedos, tratando de explicarme—. Lo que quiero decir es que, aunque todas las mujeres se pirrien por los hombres, a mí me tienen sin cuidado.

Miguel se inclinó hacia mí para mirarme con atención, haciendo esfuerzos por no reírse.

—¿Quieres decir que no te gustan los hombres?

—No, no es eso, —dije enrojando—. No te vayas a figurar que yo...

—No me figuro nada, continúa.

—Pues eso, me gustan como género, pero no de uno en uno, —terminé incoherentemente—. ¿Me entiendes?

—Ni una palabra, —repuso guasón.

—Pues está muy claro. No siento ningún deseo de casarme ni de emparejarme y convertirme en una señora de esas que van a la compra y cuidan un montón de niños. Pensaba... pensaba que cuando regresase a Montsalvatge todo sería igual que entonces.

—Acabáramos. Lo que pensabas es que encontrarías aquí a Marta y volverías a jugar con ella a las muñecas, ¿no es eso?

—Yo no he jugado nunca a las muñecas, —protesté mohína. Recordé de pronto la fotografía que Juan me habría mostrado en el desván y me mordí los labios.

—¿Qué no? Pues todavía me acuerdo de una horrible de trapo, que estuvo a punto de costarme una pulmonía.

—¿De trapo?, —repetí clavando mis ojos en él.

—Sí, de trapo, una completa birria. ¿Pero por qué pones esa cara tan rara?

—No, por nada, —repuse débilmente, desviando la mirada hacia la lejanía—. Es que una muñeca como la que has descrito aparece siempre en mis pesadillas.

—No me extraña que te produzca pesadillas. Era un espanto de muñeca. Continué hablando, sin hacer caso de su tono de burla.

—Le conté el sueño a Raúl y no le gustó nada, pero no me lo quiso explicar.

—Cuéntamelo a mí.

—Tú no entiendes nada de sueños, —rezongué despectivamente.

—Qué afirmación más gratuita. Soy una completa enciclopedia y entiendo de todo. Anda, cuéntamelo.

—Si es una tontería. No sé por qué me asusta tanto. La muñeca se caía al agua y yo lloraba. Me la devolvía un muchacho horrible, que me miraba con cara de odio.

Se echó a reír, tratando nuevamente de peinarse con los dedos el cabello que le caía sobre la frente.

—Muchas gracias por lo de horrible, pero no recuerdo haberte mirado con odio, aunque desde luego te lo merecías.

Le observé con suspicacia.

—¿Por qué dices eso?

—Porque lo que me has contado ocurrió realmente y el muchacho horrible era yo. Me tiré al agua como un idiota para coger la muñeca y que dejaras de llorar de una vez.

—¿De veras?, —me sorprendí—. No lo recuerdo. Supongo que me colgaría de tu cuello, agradecidísima.

—Tú nunca te has colgado de mi cuello. Eras bastante arisca. Ni siquiera me diste las gracias y eso que estuve a punto de coger un buen catarro. Claro que todavía estás a tiempo de enmendar tu desagradecida actuación. —Me dijo con una chispita de malicia brillándole en los ojos.

—No digas tonterías, —repliqué, enrojeciendo de nuevo—. Hemos crecido muchos los dos para esa clase de manifestaciones.

—Tienes razón. Olvidaba que no te gustan los hombres de uno en uno, —comentó riéndose—. ¿Cómo te gustan entonces?, ¿en formaciones de diez o las prefieres más numerosas? Aunque, por otra parte, teniendo en cuenta que yo pertenezco, según tú, a un género neutro...

Se volvió hacia mí, pero no llegué a oír sus últimas palabras. Acababa a de descubrir algo en lo alto del acantilado que me dejó paralizada de terror.

—¿Qué es lo que te pasa?, —me preguntó inquieto, después de seguir la dirección de mi mirada y no distinguir nada alarmante.

—Me parece... me parece que empieza a levantarse niebla.

Pronuncié la última palabra en un susurro y él enarcó las cejas con extrañeza.

—Bueno, ¿y qué? Encontraría la escalera con los ojos cerrados.

—No es por eso. Es que a mí... a mí me espanta la niebla, no la puedo soportar.

Sorprendido, escudriñó atentamente mi semblante y advirtió como me temblaban las manos, por más intentos que hacía por dominarme.

—¿Es que te ha molestado lo que te he dicho antes? Era solamente una broma.

—No, ya te he dicho que la niebla me aterroriza sin saber por qué. Vámonos corriendo. Tal vez podamos llegar a lo alto del acantilado, antes de que nos alcance.

—Eurídice, ¿no te parece que eso es una niñería?

Pero ya había echado yo a correr por la arena y sin detenerme atravesé la playa y comencé a subir a toda prisa por la escalera. Me alcanzó cuando me encontraba a media altura y me agarró por un brazo, tratando de retenerme. Aunque extrañado, parecía estar divirtiéndose.

—¿Quieres que hablemos como dos personas mayores?, —me dijo ligeramente guasón—. No es serio que huyas como un conejo de unos cuantos jirones de niebla.

Me desasí con brusquedad de su mano y continué precipitadamente el ascenso, hasta que, jadeante, llegué a la cumbre. Entonces me detuve a

mirar en derredor y al advertir que la bruma, como un blanco manto de algodón, parecía alejarse hacia la escollera, di un suspiro de alivio.

—Bueno, me has ganado la carrera, —masculló francamente enfadado—. Ahora, a lo mejor te dignas darme una explicación.

—No hay nada que explicar, —repuse, atisbando sobre su hombro la dirección que seguían aquellas aterradoras ráfagas blanquecinas—. Ya te he dicho que me asusta la niebla. Me ha ocurrido siempre, pero no me parece que sea motivo para que te pongas tan furioso. ¿Es que tú no tienes miedo de nada?

—De cosas absurdas, no. ¿Desde cuándo te sucede? De niña, no te preocupaba la niebla lo más mínimo.

—No sé desde cuando, pero no es ninguna estupidez, como parece pensar tú.

—¿No?, ¿entonces qué es?

—Luisa lo llamaba una fobia y se empeñaba en que fuera a contárselo a su psiquiatra.

—¿Y lo hiciste?

—Claro que no. Todo el mundo tiene miedo de algo. A tía Elvira, por ejemplo, le dan pavor las cucarachas y en cuanto ve una, se pone a dar gritos.

Pensativo se rascó el cogote.

—Y esa fobia, o como quieras llamarlo, ¿cómo se cura?

Me encogí de hombros.

—Es demasiado complicado para explicártelo. Luisa decía que las fobias se basan en conflictos instintivos reprimidos y que, al averiguar cuál es el conflicto, desaparece el problema. Pero no yo recuerdo nada especial que guarde relación con la niebla.

—Pues es una lástima, —refunfuñó por lo bajo.

—¿Decías algo?

—No, nada. Te acompañaré a tu casa. Después de comer tengo que ir al aeropuerto a recoger a Leonor que viene con sus padres, a pasar las Navidades con nosotros, como todos los años. ¿Te acordarás de ella, verdad?

Meneé negativamente la cabeza.

—¿Leonor?, no. Recuerdo a una prima tuya que se llamaba Totó. Una chiquilla horrible, pelirroja y llena de pecas.

—Esa es Leonor. Hace tiempo que dejó de ser horrible y de las pecas no le queda ni rastro. La verdad es que no sé cómo se las ha arreglado para conseguirlo.

Caminábamos ahora por el sendero que desde el acantilado llevaba hasta la casa. Estaba cubierto por un manto dorado de hojas secas que crujían bajo nuestros pies al compás de nuestras pisadas. Era un sonido agradable. Casi sentí llegar tan pronto a la terraza, donde me volví para despedirme de él.

—¿Vendrás luego?

—Supongo que sí. No olvides decirle eso a Raúl.

—¿El qué?

—Lo de Leonor. Se alegrará bastante.

—¿Tú crees?, —me sorprendí—. Por lo que puedo recordar, tu querida primita era bastante inaguantable. Raúl no la podía soportar.

Miguel se echó a reír y me dedicó un guiño significativo.

—De eso hace mucho tiempo. Podrás comprobar lo mucho que han variado las cosas.

Se alejó sin prisas hacia la Escollera y ya dentro de la casa tropecé con tía Elvira, que llevaba en los brazos un enorme ramo de flores.

—¿Dónde has estado?, —se interesó, con una seña de que la siguiera a la cocina, donde comenzó a distribuirlos en la hilera de floreros que vi sobre la mesa de mármol blanco.

—En la caleta. Me he encontrado allí a Miguel, que me ha dicho que esta tarde irá a Palma a recoger a su prima Leonor y que Raúl se alegraría mucho al enterarse. ¿Tú crees que se alegrará?, —le pregunté escépticamente.

—Supongo que sí, aunque los jóvenes de hoy no sois como los de mi época. Entonces actuábamos con más lógica, pero, pese a todo, imagino que acabarán por casarse.

—¿Es que Raúl...? —Sorprendida no terminé lo que iba a decir, que, por otra parte, era una tontería, pues él tenía edad más que suficiente.

—¿Por qué te extraña? Sería natural que algún día sentara la cabeza. — Estudió con curiosidad mi expresión de aturdimiento y luego me preguntó —: ¿No has dejado tú en Segovia algún chico...? Algún pretendiente, quiero decir.

—Ya no se llaman así, tía. Es una expresión anticuada, —objeté, eludiendo la respuesta.

—Bueno, pues un amigo más especial que los demás. ¿No has dejado allí ninguno?

—No. He salido últimamente con un par de antiguos compañeros de curso, pero no me gustaban.

—¿Por qué no?

No lo sé. Imagino que porque se reían de simplezas a todas horas y no decían más que tonterías.

Mi tía me pellizcó cariñosamente la mejilla.

—No te vendría mal una persona alegre, Eurídice, —opinó—. Has sido siempre demasiado seria, demasiado melancólica. Todavía recuerdo el disgustazo que te llevaste cuando se murió aquel gatito que te regaló Marta por Navidad. No sé de donde lo sacó, pero estaba lleno de pulgas. Estuviste llorando durante una semana seguida.

Comimos las dos solas en el cuarto de estar, porque sus hijos la habían avisado de que no regresarían de Palma hasta por la tarde, y cuando terminamos, ella subió a echarse la siesta. No tenía yo costumbre de dormirla, pero me encontraba cansada y, cuando me aburrí de bostezar sola en la biblioteca, decidí echar una cabezadita. Cuidadosamente retiré la colcha de la cama y me acosté vestida, mirando a través de los cristales del balcón, que tenía las cortinas descorridas, el amenazador aspecto del firmamento, en el que se agolpaban los plomizos nubarrones amenazando con descargar de un momento a otro.

Debí de quedarme dormida, porque me desperté de pronto dando un grito, notando que me latía desacompañadamente el corazón. Tardé unos segundos en percatarme de que la angustia que experimentaba obedecía exclusivamente a lo que había soñado, a la misma pesadilla de las noches anteriores. Pasé una mano por mi frente para borrar las imágenes que aún persistían en mi mente y dejé vagar mis ojos por el dormitorio. El silencio

era absoluto, pero sí, ahora que estaba totalmente consciente continuaba experimentado la extraña sensación de que había alguien más en mi cuarto.

La lluvia batía monótona contra el cristal del balcón y la luz difusa que penetraba por él poblaba la habitación de sombras. Me incorporé sobre un codo y agucé la vista, pero no conseguí distinguir nada alarmante. Dificultosamente me puse en pie y avancé vacilante hacia la cómoda, tratando de escudriñar en la semioscuridad la silueta del intruso.

—¿Quién anda ahí?, —musité con voz trémula.

No obtuve respuesta. Los cortinones de seda pendían inmóviles, enmarcando el balcón y los aparté bruscamente. Después me agaché a inspeccionar debajo de la cama y revisé todos los lugares donde podía ocultarse una persona. No encontré a nadie y sin embargo...

Súbitamente me dirigí hacia la puerta de la habitación y abriéndola asomé la cabeza al pasillo. Nada, estaba desierto. Volví a cerrarla cuidadosamente, diciéndome que todo aquello debía ser imaginación mía. Decidí peinarme y bajar luego en busca de tía Elvira, que seguramente se habría levantado ya y crucé de nuevo el dormitorio para entrar en el cuarto de baño. En el umbral me detuve sobrecogida. La puerta de enfrente, la que comunicaba con el dormitorio azul, estaba abierta, aunque se hallaba cerrada cuando me acosté, estaba segura de ello. Se balanceaba bajo los efectos de la corriente de aire que provenía del cuarto contiguo.

Avancé unos pasos en esa dirección. Todo mi ser luchaba por alejarse de allí y correr escaleras abajo. Sentía un terror absurdo, como cuando de niña me despertaba asustada, al verme envuelta en la oscuridad. Algo más fuerte que yo me impulsó a continuar adelante. Empujé levemente la puerta y me detuve sin llegar a transponerla, abriendo desmesuradamente los ojos al divisar el balcón, que estaba abierto, y por el que penetraba la lluvia a raudales. Tenía que haber permanecido así largo rato, pues el agua formaba un charco que llegaba hasta la cama, cubierta por la colcha.

No había nadie en el dormitorio azul, que ofrecía el mismo aspecto que la noche de mi llegada, si se exceptuaba la cristalera abierta. Iba a cerrarla, cuando algo llamó mi atención. Las puertas del armario de roble, que ocupaba casi toda la pared frontera al lecho, estaban ligeramente entreabiertas.

Las observé con fijeza durante unos segundos y al fin fui aproximándome lentamente, como si me atrajeran de una forma irresistible. Puse la mano sobre el tirador dorado y las abrí de golpe.

Permanecí inmóvil, contemplando como alucinada su interior. Sentí unos deseos inmensos de gritar, pero ningún sonido se escapó de mi garganta. Notaba las piernas paralizadas y tuve que realizar un tremendo esfuerzo para salir de mi inmovilidad, alcanzar la puerta y salir corriendo al pasillo.

Descendí febrilmente la escalera, saltando los escalones de dos en dos, y crucé corriendo el vestíbulo, medio iluminado por la pálida luz del atardecer, que penetraba a través de los ventanales que daban sobre la terraza. Tenía que encontrar a tía Elvira, pero no estaba en el saloncito, ni tampoco en la biblioteca, ni en el comedor, ni en el cuarto de estar. La casa entera parecía estar desierta y el eco de mis pisadas resonaba por todos los rincones.

Corrí nuevamente hacia el vestíbulo y allí me detuve para tomar aliento, mirando angustiada en todas direcciones. Percibí la sombra de una figura en un rincón y estuve a punto de emitir un grito. Pero no, era solamente una estatua de bronce que me contemplaba impasible desde su pedestal.

¿Dónde podría haberse metido mi tía? Tal vez estuviese en la cocina y, aunque así no fuera, quizás encontrase allí a la muchacha de sonrisa bobalicona. Apresuradamente me dirigí hacia la puerta, ubicada bajo el hueco de la escalera y la abrí bruscamente, pero en la cocina no había nadie. Los blancos azulejos de las paredes reflejaron distorsionada mi figura.

—¡Tía Elvira!, ¡Juanita! —grité.

No obtuve respuesta a mi angustiada llamada y por un momento me sentí tentada a dejarme caer al suelo y taparme la cabeza con las manos. ¿Dónde estaban? ¿Acaso se habían marchado todos, dejándome sola? Sola con un fantasma, porque ahora estaba segura. El espíritu de Marta estaba allí. Lo había sentido muy cerca al despertarme y después, en el dormitorio azul había podido comprobar su presencia. Incluso me pareció oír su voz desafiante, repitiendo lo que le gritara a Raúl aquella tarde de septiembre en la caleta:

—“Yo nunca me marcharé de Montsalvatge. Yo permaneceré siempre aquí. Algún día podré demostrártelo”.

Me tapé los oídos con las manos, como si con ese gesto pudiera evitar que sus palabras continuasen martilleando en mi cerebro, insistentes, obsesivas.

Nuevamente regresé al vestíbulo, atenazada por el pánico. ¿Qué podía hacer? Dirigí mi mirada enloquecida hacia lo alto de la escalera. Allí, en el rellano, había creído percibir un ligero rumor y me quedé quieta, esperando a que se repitiera, pero no capté otra cosa que un absoluto silencio.

De pronto tuve una idea y eché a correr hacia el saloncito. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Llamaría a Miguel. Sabía que esa tarde tenía que ir a recoger a su prima al aeropuerto, pero quizás hubiese regresado ya.

En el saloncito encontré el listín de tía Elvira y marqué el número con dedos temblorosos, sin dejar de vigilar a mi espalda. Poco después oí su voz a través del hilo.

—Miguel, ¿eres tú?, —sollocé histéricamente. Ven inmediatamente. Estoy sola en casa y algo horrible acaba de suceder. ¡Ven inmediatamente!

La voz de él sonó alarmada.

—¡Eurídice!, ¿qué es lo que te sucede?

—¡Por favor, ven! ¡Ven deprisa!

OceanofPDF.com

Capítulo 5

Pocos minutos tardó Miguel en salvar la distancia que separaba su casa de Montsalvatge. Había salido yo a esperarle a la terraza y cuando aparcó el coche junto al poyete que la circundaba y subió de un salto los escalones, me aferré a él, llorando convulsivamente.

—¿Qué es lo que ha sucedido?, ¿qué te ha pasado? —Me preguntó jadeante y francamente alterado.

—¡Ella...! ¡Arriba...!, —hipé entrecortadamente.

—¿Quién es ella?, —trató de averiguar, zarandeándome.

—Está arriba. La he visto. —Sollozaba tan incontinentemente, que él acabó por estrecharme en silencio, acariciándome el pelo como si fuera una niña. Cuando mi llantina empezó a amainar, murmuró suavemente a mi oído:

—Vamos, tranquilízate y cuéntame lo que te ha ocurrido. No puede ser tan terrible.

Levanté hacia él mis ojos cuajados de lagrimones.

—Es espantoso, Miguel, —le dije angustiosamente—. Ella está aquí.

—¿Ella?, ¿quién es ella?

—Marta. Está dentro de la casa.

—¿Pero qué dices?, —gritó, zarandeándome de nuevo—. ¿De qué estás hablando?

Me empujó hacia el interior del vestíbulo, cerrando la puerta tras de sí. En su compañía, la sombría estancia me apreció menos tétrica y también menos opresivo el silencio que allí se respiraba.

—Te digo que está arriba. Está en su habitación, —articulé apenas, señalándole la planta superior.

—¿Quieres explicarte con un poco más de coherencia?

—La he sentido al despertarme. No había nadie en mi habitación, pero he notado su presencia muy cerca. Después he entrado en el dormitorio azul, en el que ocupaba Marta. Estaba el balcón abierto y ella había vuelto.

Inquieto, escudriñaba mi alterado semblante.

—¿Quieres decir que has visto a Marta en su dormitorio?

—No, a ella no, pero he visto su ropa. Su armario estaba vacío antes, cuando yo regresé a esta casa el otro día. Ahora está lleno de ropa suya.

—Bueno, —murmuró con un suspiro de alivio—, quizás tu tía...

Meneé la cabeza empezando a exaltarme.

—No, no. Ha sido Marta. Marta ha vuelto a guardar su ropa en el armario, porque sigue viviendo en Montsalvatge. ¿No recuerdas que en una ocasión nos aseguró que nunca se marcharía de aquí? Pues lo ha cumplido.

—No digas más disparates, —protestó levantando la voz más de lo necesario—. Los muertos no vuelven a asustar a los vivos. ¿Estás segura de que no lo has soñado?

Me eché a reír. Una carcajada triste, con matices histéricos, que resonó estridentemente en el amplio vestíbulo.

—Claro que no. Sube y podrás comprobarlo tú mismo.

Apresuradamente se dirigió él a la escalera y echó a correr escaleras arriba. No me decidí a acompañarle y me quedé quieta en el centro de la estancia, aterida de frío, hasta que regresó poco después con el ceño fruncido.

—Bueno, sí, tienes razón. Hay unos vestidos de niña y varios pares de pantalones, también de niña, colgados en el armario, pero eso no significa nada. Probablemente tu tía haya decidido guardar esa ropa ahí. Anda, ven conmigo a la biblioteca. A los dos nos está haciendo falta una copa.

Le seguí sin pronunciar palabra, advirtiéndole que se movía por la casa con la misma soltura con que lo haría en la suya propia y pensé que no en balde había pasado allí media vida. Sirvió dos copas de coñac y, entregándome una, se acomodó a mi lado en el sofá, frente a la chimenea encendida. El resplandor del fuego esparcía una claridad rojiza sobre las sombras de la estancia, que la grisácea luz del atardecer no alcanzaba a disipar, acentuando el pliegue de preocupación que surcaba ahora su frente. Me incliné hacia él para preguntarle:

—¿Qué crees que está pasando?

Se acarició la barbilla antes de contestar.

—No está pasando nada, criatura. Esto tendrá una explicación lógica, ya lo verás. ¿Quién estaba en la casa cuando has subido a echarte la siesta?

—Mi tía y Juanita, pero cuando me he despertado ya se habían marchado, aunque no sé a dónde.

—Pues cualquiera de las dos habrá colgado esa ropa en el armario. Ya verás cómo nos lo confirman cuando regresen.

Esbocé un gesto de escepticismo.

—Verás como no. Algo, que no consigo entender, está sucediéndome desde que decidí regresar. Primero fue aquella carta que recibí. Yo no tenía ni la más remota idea de que Marta hubiese muerto y esperaba reencontrarme con ella de nuevo aquí.

—¿De qué carta estás hablando?, —me preguntó sorprendido.

—De la de Marta.

—¿Qué Marta te escribió?

Asentí como alucinada.

—Sí, unos días antes de que Luisa se casara. Imagina la impresión que me produjo la noticia de su fallecimiento nada más llegar y el impacto que provoqué en mi familia al hablarle de su carta. Raúl sugirió que podría tratarse de una broma, pero no creo que ninguna persona normal sea capaz de gastar una broma de esa clase. Y además, ¿por qué a mí? Era su letra, ¿sabes? Y también sus giros, sus expresiones... Después sucedió lo de su habitación.

—¿Qué pasó?, —me preguntó Miguel en voz baja.

Se lo referí lentamente, sin apartar la vista del fuego.

—Al acostarme la noche de mi llegada, entré en su dormitorio. No lo ocupa nadie desde hace años. Olía a cerrado y la cama estaba cubierta con una colcha de seda azul, a juego con la tapicería del resto del mobiliario. Cuando me desperté a la mañana siguiente comprobé que alguien había dormido en esa cama. Entonces bajé corriendo a decírselo a Raúl y él pensó que forzosamente tenía que haber sido yo. Me explicó algo sobre la sugestión. Él cree que soy muy sugestionable.

—¿Y no lo eres?, —me preguntó suavemente.

Me volví a mirarle con extrañeza, como si no comprendiera sus palabras.

—No sé si lo soy, pero yo no lo hice, ¿por qué había de hacerlo?

—Sí, ¿pero por qué habían de hacerlo los demás?, —murmuró como para sí—. A no ser que...

Había ocultado yo la cara entre mis manos, pero volví a retirarlas, pendiente de sus puntos suspensivos.

—¿Qué ibas a decir?

—No sé, me preguntaba si alguien podría tener interés en jugarte una mala pasada, pero es una tontería. Nadie en esta casa sería capaz de perjudicarte. Todos te quieren y además, ¿qué ganarían con ello? Si fueras una rica heredera, como las heroínas de las películas de misterio... —bromeó.

Esperé inútilmente a que terminara la frase y finalmente me impacienté.

—¿Qué explicación tendría en ese caso?

—Nada, mujer. Era solamente una broma. En esas películas siempre tratan de quitar de en medio a la chica para quedarse con su dinero.

—¿Y cómo la quitan de en medio?

Se echó a reír y me pellizcó la barbilla.

—¿Es que no vas nunca al cine, chiquilla? El personaje perverso varía, pero suele fingir que suceden cosas inexplicables para que todos piensen que la chica está loca. Luego trata de encerrarla en un manicomio, pero siempre llega a tiempo el forzado muchacho que está loco por ella y la salva.

Me lo refería con guasa, pero yo le escuchaba muy seria, bebiendo sus palabras.

—¿Y tú crees que...?

—Claro que no, no imagines bobadas. Anda, sé buena chica y tómate el coñac.

Obedecí, dando un respingo a continuación.

—¿Qué porquería es esta que me has dado? Parece alcohol de quemar.

—¡Vaya por Dios! Si Napoleón levantara la cabeza, volvería a su tumba irridadísimo, —masculló entre dientes.

—¿Qué dices de Napoleón?, ¿de qué estás hablando? —le pregunté inocentemente, notando que el calor de la bebida me ascendía a las mejillas.

—Nada, no decía nada. Estoy seguro de que ni siquiera sabes que es una marca de coñac bastante buena. Aunque han pasado un montón de años desde la última vez que te vi, sigues en Belén con los pastores, —dijo ligeramente irónico.

—No sé de qué hablas, pero no te desvíes del tema, —insistí tozuda—. Decías que si yo tuviese mucho dinero, todo lo que está sucediendo en esta casa podría tener otra explicación.

—Era una broma, —repitió pacientemente.

—Pero es que es mi caso, —articulé apenas, reflexionando sobre ello—. Tengo mucho dinero. Lo heredé de mi madre cuando murió, aunque lo ha administrado mi padre durante los años que vivió y de él también he heredado una fortuna. Para mí fue sido una tremenda sorpresa y también lo fue para Luisa. ¿Quién heredaría ese dinero, si me ocurriese algo?

—¿Algo como qué?, —trató de precisar divertido.

—Si me muriera. Podría haberme muerto del susto al ver que la ropa de Marta estaba nuevamente guardada en el armario de su cuarto. ¿No crees que podría haberme dado un ataque al corazón?

—Bueno, no me parece que sea para tanto, —replicó evasivo—. Aunque, desde luego, has enganchado un ataque de nervios como un camión. —Al ver mi expresión de angustia, se echó a reír—. Supongo que no tendrás un tutor, que viva como un prócer a tu costa y que esté dispuesto a impedir que alcances la mayoría de edad para que no puedas hacerte cargo de tu fortuna, ¿verdad?

—No, ya soy mayor de edad.

—Todavía nos queda tu madrastra, —apuntó con sorna—. Las madrastras suelen ser malísimas y además siempre sienten envidia de sus hijastras por ser más guapas que ellas. Recuerdo que una, incluso, se compró un espejito para consultárselo...

Hice un gesto negativo sin captar su tonillo malicioso.

—No, Luisa es mucho más guapa que yo y mucho más alegre y más simpática. Ahora está contentísima con su psiquiatra. Podrá contarle a cualquier hora los sueños que tenga por las noches y los complejos que

adquiera durante el día. —Lo dije con cierta amargura y añadí—: Además, ella ha quedado en muy buena situación económica y está a kilómetros de distancia.

Me contempló unos instantes en silencio, mientras yo apuraba mi copa de coñac.

—¿Y dices que es mucho más guapa que tú? Debe ser entonces una mujer impresionante.

—¿Por qué lo dices?, —le pregunté sin comprender.

Se encogió de hombros, echándose a reír.

—He pretendido piropoarte, pero ya veo que es inútil.

—No me gustan los piropos, —repliqué enfurruñada.

—¿Por qué no? A todas las mujeres les gustan.

—Pues a mí no y menos cuando no responden a la realidad. También ellos me decían un montón de tonterías y me molestaba muchísimo. Me refiero a los chicos de Segovia. Me acuerdo de una vez que fui al cine con uno y... —Me interrumpí enrojeciendo.

—¿Qué fue lo que pasó?, —me preguntó Miguel con curiosidad.

—Nada, no te importa.

—Sí que me importa, cuéntamelo.

—No quiero, —refunfuñé, notando que por efecto del alcohol que había tomado las ideas se me agolpaban confusamente en la mente—. Te tomas a broma todo lo que digo. Además no estoy lo bastante bebida. Si acaso, un poquito achispada.

—¿Tan terrible fue?, —insistió, tratando de aparentar seriedad.

—Sí que lo fue, aunque Luisa se empeñara en convencerme de que la cosa no tenía importancia. Me dijo que era muy natural que él me hubiera cogido una mano, pero yo le di dos bofetadas.

—¿Dos?, —repitió Miguel en tono interrogante, haciendo inútiles esfuerzos por contener la risa.

—Sí y luego me marché corriendo del cine. Él salió corriendo detrás de mí y se quedó sin ver el final de la película, —continué con una voz ligeramente pastosa, frunciendo el ceño irritada.

Advertí que se tapaba la cara con una mano y vagamente intuí que se estaba riendo.

—¿Qué te pasó?, ¿se te indigestaron las pipas?

—¿Qué pipas?, —inquirí, sin saber de qué me estaba hablando.

—Las que comiste en el cine.

—No había comido pipas, —protesté enfadada.

—Entonces, ¿cuál fue el motivo? ¿Acaso tenía verrugas o es que le sudaban las manos?

—Claro que no le sucedía nada de eso, —repuse, mirándole con suspicacia—. ¿Por qué me preguntas esa tontería?

—Porque me parece una reacción un tanto desproporcionada. ¡Pobre muchacho! —Masculló entre dientes—. Le habrá costado reponerse e imagino que ese episodio le habrá producido un espantoso complejo de inferioridad.

—No te rías. ¿Ves como no entiendes nada? Ya sabía yo que no debía contártelo, —dije como para mí misma—. Y si le produjo un complejo de inferioridad, peor para él. Yo ya le había advertido que soy una chica decente.

—Sí, ¿pero no crees que te pasas un poquito? ¡Dos tortas nada menos...! —De improviso se puso serio, fijando los ojos en el borde de su copa. Luego me preguntó en distinto tono—: ¿Es a eso a lo que te referías esta mañana, cuando decías que no te gustaban los hombres de uno en uno?

Vacilé, mientras le observaba, especulando sobre su capacidad de comprensión.

—Bueno, sí. Es que no me gusta que se me acerquen demasiado, ni aquel ni ninguno. ¿Entiendes?

—¿Y cuál es la distancia mínima? —Había clavado los ojos en mi rostro, mirándome con ironía.

—¿De qué distancia hablas?, —balbuceé confusa.

—De la que debo mantener entre tú y yo. Estoy preocupado por si de pronto te da un yu yu y sales corriendo dando alaridos.

Abrí la boca sin comprender. De pronto caí en la cuenta de lo que me estaba diciendo y me puse en pie, enfadada.

—Eres completamente estúpido. No sé por qué me he molestado en contártelo, porque no entiendes nada, nada en absoluto. Tú no tienes nada que ver, ni tampoco Juan ni Raúl, porque...

—Porque los tres pertenecemos a un género neutro, —terminó por mí—. Perdona, es que se me había olvidado.

Nos quedamos silenciosos, contemplando el crepitar del fuego. Al cabo de unos segundos le miré de reojo y me pareció que estaba impaciente por marcharse, pero que no encontraba el medio de despedirse.

—¿Te has enfadado?, —le pregunté.

—¿Yo?, ¿por qué? Al contrario, me has quitado un peso de encima. Debe ser muy incómodo tener que ir calculando la distancia adecuada contigo para no correr el peligro de recibir dos tortas, —replicó mordaz.

—¿Ves como sí te has enfadado?, —musité disgustada—. Luisa también se enfadaba conmigo cuando al volver a casa le refería cómo me había ido. En los últimos tiempos estaba obsesionada con el tema. Me decía que no tenía edad ya de comportarme como una niña pequeña, siempre pegada a sus faldas. —Hice una pausa y añadí—: Creo que ella pretendía dejarme bien colocada para tranquilizar su conciencia, porque pensaba que yo necesitaba depender de alguien, ¿qué opinas tú?

—Que tiene razón.

Su respuesta me preocupó. Volví a contemplar fijamente el fuego y luego murmuré en voz muy baja:

—No sé. Imaginaba que al regresar a Montsalvatge me encontraría tan a gusto como entonces, pero al ver lo que está sucediendo me pregunto si no sería mejor que me marchara. ¿Pero a dónde? Es demasiado pronto para volver con Luisa. ¿Y a qué otro sitio podría ir?

—A ninguno, —me atajó Miguel con rapidez—. Esta es tu casa y no debes plantearte esas decisiones absurdas solo por lo que ha sucedido esta tarde. Después de todo, tampoco es para tanto.

Me puse en pie y me volví hacia él, al ocurrírseme una nueva idea.

—Dime una cosa, ¿no sería posible que todo fuese una confusión? ¿No sería posible que en realidad Marta no haya muerto?

—No empieces de nuevo a decir incongruencias.

—No lo son. Ella me escribió y era su letra.

—La letra se puede imitar, —dijo impaciente.

El sonido de una llave en la cerradura de la puerta de entrada me sobresaltó. Me apoyé en la repisa de la chimenea, escuchando los pasos que

se aproximaban a la biblioteca, hasta que la alta figura de Raúl apareció en el umbral. Venía con el cabello empapado y sonrió al vernos.

—¡Vaya! Me alegro de encontraros aquí. Hace una tardecita horrorosa. Se me ha pinchado una rueda del coche a la entrada de la finca y al cambiarla me he puesto como una sopa. Voy a mudarme de ropa. Esperadme, que no tardaré.

—No, te acompañaré a tu cuarto, —replicó Miguel saliendo tras él de la habitación.

Desde la biblioteca oí el rumor de su conversación cuando subían la escalera. Raúl le hablaba animadamente al otro del trabajo que había tenido en el hospital. Después, sus voces se perdieron en la planta superior. Seguramente Miguel le estaría enseñando a su amigo los vestidos de Marta colgados en el armario de su cuarto. ¿Qué pensaría Raúl? ¿Se preocuparía o supondría que también ese contrasentido era obra mía? De improviso sentí frío, un frío intenso que me hizo tiritar. Arrimé una butaca a la chimenea y sentándome en ella me incliné hacia el fuego. Transcurrieron lentamente los minutos. ¿De qué estarían hablando ahora? Impaciente me levanté y acercándome a la ventana apoyé la frente contra el cristal. Había anochecido ya. La lluvia seguía cayendo incesantemente, formando regueros y enturbiando el vidrio, por lo que apenas pude distinguir otra cosa que las formas oscuras de los olmos agitándose con sordo murmullo. Iba a volver al calor de la chimenea, cuando distinguí el resplandor de los faros de un coche que venía en dirección a la casa. Poco después se detuvo delante de la terraza y vi descender del vehículo a tía Elvira, acompañada de Juanita, la jovencita que sonreía con expresión estúpida. Salí a recibirlas al vestíbulo. Mi tía daba el brazo a la muchacha, que llevaba un tobillo vendado.

—¡Qué nochecita hace!, —se lamentó tía Elvira, ayudando a Juanita a caminar—. ¿Estás sola, Eurídice?

—No, Raúl y Miguel andan por la planta de arriba. ¿Qué le ha sucedido?

Se lo preguntaba a Juanita, pero esta se encogió de hombros, volviéndose hacia mi tía para que esta respondiera por ella.

—Hemos tenido que ir al pueblo, para que don Ezequiel le vendase el tobillo. Afortunadamente no es más que una distensión.

—¿Cómo ha ocurrido?, —me interesé.

—Se ha caído esta tarde por la escalera. Te ha visto subir hacia el desván y, pensando que quizás necesitaras ayuda, ha ido detrás de ti y se ha resbalado. ¿No ha sido así, Juanita?

La chica, roja como un pimiento, hizo un gesto de asentimiento. Raúl y Miguel descendían ya hacia nosotras, pero no me volví al oír sus pasos. Estupefacta, contemplaba a la muchacha.

—¿Al desván? No he subido al desván esta tarde. Me he acostado inmediatamente después de comer.

Tía Elvira, que se encaminaba con ella hacia la cocina, se detuvo sorprendida.

—¿Qué no has subido al desván? Pues Juanita dice que te ha visto.

La aludida asintió, enrojeciendo todavía más.

—Sí, señorita Eurídice. Había subido a poner toallas limpias en el cuarto de baño de la señora y la he visto salir de su dormitorio. Ha pasado por delante de mí y la he seguido. Había pensado que me necesitaría si quería buscar algo allá arriba. Hace mucho que no se limpia y está todo muy sucio. La he llamado cuando he resbalado en la escalera, pero usted no me ha oído. Entonces he ido a la habitación de la señora, que ha tenido la bondad de llevarme al pueblo a que me vendasen el tobillo.

—Sin duda se ha confundido usted, —repliqué, procurando que mi voz sonase firme.

Inexplicablemente me sentía aturdida. Notaba los ojos de las dos mujeres clavados en mí y también los de Raúl y los de Miguel, que ya bajaban, y aquello me producía una vaga sensación difícil de definir. Vagos pensamientos acudieron a mi mente confusamente entremezclados, pero las imágenes se desvanecían antes de que llegasen a cobrar forma. ¿Cuándo había vivido yo una situación parecida? Entonces también me miraban, como ahora, acusadoramente. ¿Pero quién me miraba? Sí, eran unos ojos, unos ojos terribles que aparecían entre la niebla. Me acusaban de algo de lo que no era culpable, pero no podía defenderme. ¿Cuándo había sucedido aquello? La voz de Juanita me sacó de mi abstracción.

—He visto perfectamente a la señorita, —dijo cada vez más azorada—, pero si la señorita afirma que no ha subido al desván, es que no ha subido.

—Claro que no he subido, —repetí débilmente—. ¿Qué es lo que estáis pensando todos? ¿Por qué me miráis con esas caras?

Paseé mis pupilas en derredor. La expresión de tía Elvira era de absoluta perplejidad. Permanecía desconcertada delante de la puerta de la cocina sin decir una sola palabra. El rostro de Miguel también reflejaba infinito asombro. Solo Raúl no parecía experimentar emoción alguna ante la escena que se desarrollaba ante sus ojos.

—Bueno, creo que Eurídice tiene razón. Aunque, por otra parte, si hubiese subido al desván no tendría nada de particular. No vamos a discutir por una tontería.

—Pero hijo...

Raúl la atajó con un gesto.

—Dejemos de una vez este asunto. Tomaremos en la biblioteca esa copa que habíamos proyectado.

Pasando un brazo sobre mis hombros me hizo caminar en esa dirección, seguidos únicamente por Miguel, pues tía Elvira continuó camino hacia la cocina con Juanita. Ya en la biblioteca y perfectamente tranquilo, procedió a llenar dos copas, una para su amigo y otra para él. A mí ni siquiera me la ofreció, seguramente porque estaba seguro de que la rechazaría. Después se sentó cómodamente en el sofá y yo me quedé de pie, cruzando y descruzando nerviosamente las manos.

—Pero Raúl, te aseguro que no he subido al desván para nada esta tarde. Me miró fijamente unos instantes y luego sonrió.

—Desde luego. Ya hemos quedado en que no has subido al desván y en que Juanita se ha confundido. No hay que darle más vueltas al tema.

—Pero es que quiero aclararlo. Si no he sido yo la persona que ha visto Juanita, ¿a quién ha visto entonces? Tu madre estaba acostada también.

Él se encogió de hombros.

—Es obvio que no ha visto a nadie. Esa chica tiene mucha imaginación y seguramente ha confundido su propia sombra contigo, porque esa escalera está muy oscura.

Apoyado en la repisa de la chimenea, Miguel me observaba atentamente. Aunque su expresión no lo dejaba traslucir, noté que su actitud hacia mí había cambiado. Parecía distante, retraído.

Tomé asiento en una butaca y cogí un cigarrillo de la cajetilla de Raúl, encendiéndolo con manos torpes. No fumaba habitualmente, pero necesitaba hacer algo que calmara mis nervios. Imaginaba lo que Raúl estaría pensando. Probablemente la ropa de Marta había estado guardada en el desván, por lo que imaginaría que había sido yo la que había subido a buscarla para colgarla en el armario del dormitorio azul. ¿Por qué entonces no me decía nada? Se lo había tomado con una calma sorprendente. En ese momento encendía también un cigarrillo y se volvía hacia Miguel, que continuaba inmóvil en el mismo lugar.

—Cuéntanos algo de Leonor, ¿ha llegado por fin? —Su voz sonaba perfectamente tranquila.

—Sí, la he recogido esta tarde en el aeropuerto. A ella y a sus padres, —repuso el otro, abandonando el apoyo de la repisa de la chimenea para sentarse a su lado en el sofá—. Está muy bien, tan alocada como siempre. Nada más acudir a mi encuentro me ha soltado su maleta en un pie, haciéndome ver las estrellas y encima me ha preguntado que por qué ponía cara de vinagre.

Rieron los dos, pero me di cuenta de que lo hacían forzosamente. Continuaron hablando de temas intrascendentes durante un rato, hasta que Miguel dijo que tenía que regresar a su casa. Salió de la habitación sin mirarme, acompañado de Raúl, que después de despedirle subió a su habitación. Tras el cristal de la ventana vi como el coche de Miguel se alejaba en dirección al camino que bordeando la cima del acantilado llevaba a la Escollera y continué con la frente pegada al cristal hasta mucho después de que el resplandor de sus faros se perdiese en el último recodo.

Juan regresó muy tarde esa noche. Apareció en el comedor cuando ya habíamos comenzado a cenar, cansado, pero de excelente humor y su presencia alivió la tensión reinante. Refirió varias anécdotas de su oficina y llevó prácticamente el peso de la conversación, secundado por Raúl, que se esforzaba por parecer animado.

Sentada en uno de los extremos de la mesa, tía Elvira apenas despegó los labios y yo me sentí incapaz de articular una sola palabra. Aún sentía todas aquellas miradas acusadoramente clavadas en mí, lo que me producía un terrible desasosiego. Y luego la expresión de perplejidad de Miguel... No había sido solo perplejidad, era algo más profundo. Su actitud hacia mí había cambiado radicalmente, pero tenía que convencerle... tenía que convencerles a todos de que lo que había afirmado Juanita no era cierto. ¿Pero cómo? Quizás cuando termináramos de cenar...

Tampoco tuve oportunidad entonces. Los dos hermanos se marcharon a la Escollera a saludar a Leonor y no me sentí con fuerzas para acompañarles, por lo que subí a mi cuarto, aunque no conseguí dormirme. La lluvia continuaba tamborileando contra el cristal del balcón y el viento, filtrándose de vez en cuando por las contraventanas, balanceaba las corridas cortinas.

No sé cuanto tiempo transcurrió hasta que oí el motor del coche en el que Raúl y Juan regresaban. Después percibí el sonido de sus pasos en la planta baja y luego por el pasillo de los dormitorios, pasando de largo hacia el fondo del corredor. A continuación, nada. El silencio más absoluto envolvió la casona, pero seguí dando vueltas en la cama, hasta que cansada de no conseguir conciliar el sueño me incorporé y encendí la lámpara de la mesita de noche. Tal vez si leyese algo... pero no había traído ningún libro. Bajaría a la biblioteca a buscar uno.

Hacía frío y me eché encima la bata rosa que me regalara Luisa y que, según me dijo, era un modelo exclusivo, abotonándomela hasta el cuello, y de puntillas recorrí el alfombrado pasillo, comenzando luego a descender la escalera. Al llegar al vestíbulo distinguí el haz de luz que se escapaba por debajo de la puerta de la biblioteca. ¿Quién estaría allí a aquellas horas? Al empujar la hora de madera vi a Raúl. Estaba sentado en el sofá leyendo un libro, que cerró rápidamente al entrar yo. Llevaba puesto un batín sobre el pijama y por lo despeinado que estaba deduje que también él se había levantado de la cama, cansado de no lograr conciliar el sueño. Me detuve en el umbral y él me indicó con un ademán que entrase.

—Pasa y cierra la puerta. Están todos durmiendo.

La chimenea se había apagado y la habitación estaba helada, por lo que me acurruqué en un sillón, cubriéndome los pies con los faldones de la bata. Él escudriñaba fijamente mi semblante.

—¿Te encuentras bien Eurídice? Miguel me ha contado lo que te ha sucedido esta mañana en la playa. ¿Te ocurre con frecuencia?

—Solo cuando hay niebla. Me asusta sin saber por qué. Sin hacer comentarios, encendió un cigarrillo. El nerviosismo que denotaban sus ademanes me hizo rememorar al chiquillo que había sido, inquieto y demasiado excitable, tan distinto al hombre imperturbable en que se había convertido y que me parecía un extraño. Desasosegada me incliné hacia él.

—He bajado a buscar un libro, pero me alegro de encontrarte aquí, porque quiero hablar contigo. No me has engañado esta tarde con tu forzada calma y tu actitud compresiva que, por cierto, no te cuadra en absoluto. Tú nunca has sido calmoso ni comprensivo. Cuando te comportas de esa manera, hasta me parece que no eres tú.

Levantó hacia mí sus ojos oscuros y sonrió.

—¿Preferirías que continuase como entonces, saltando, brincando y peleándome con todos? Han pasado los años y todos hemos cambiado. Bueno, todos menos tú. A mi edad no sería razonable que bajara deslizándome por la barandilla de la escalera.

—No es eso, no tergiverses lo que digo, —protesté disgustada—. Es que a veces me parece... —Entrecerré los ojos analizando lo que sentía—. Me parece que eres otra persona. Juan se ha hecho un hombre, pero sigue siendo el mismo, buenazo y conciliador. También Miguel continúa impasible y tan burlón como de chico. Solo tú eres ahora diferente. Con tu actitud de esta tarde has conseguido que todos me miren de una forma rara. Tu madre está completamente desconcertada y Miguel... Miguel ni siquiera se ha dignado despedirse de mí al marcharse.

Me miró con el semblante completamente inexpresivo.

—No te preocupes por ellos. Pretendo que mi madre se lleve los menos disgustos posibles y por eso he intentado quitarle importancia al asunto. En cuanto a Miguel... le he dado una explicación de lo sucedido y se la ha creído. Pero ya que sacas el tema, me gustaría que me dices tu versión.

Sentí una punzada de angustia al recordar con detalle lo que había experimentado esa tarde, unas horas después de subir a acostarme.

—Ha sido durante la siesta. Me he despertado de pronto con la sensación de que había alguien en mi dormitorio. No ha sido la primera vez. Desde mi llegada noto a menudo que hay alguien vagando por la casa, aunque nunca consigo ver a ningún extraño. Ha sido esa la impresión que he experimentado al abrir los ojos. He registrado la habitación y después he entrado en el cuarto de Marta.

Raúl aspiró una bocanada de humo, sin apartar los ojos de mí.

—¿Por qué has ido allí?, ¿quizás pensando que la sombra que habías visto se había escondido en el dormitorio azul?

—No, no había visto ninguna sombra. Solamente la he sentido, no sabría explicarte cómo. ¿No te ha sucedido a ti nunca?

Impaciente, se retiró de la frente el cabello.

—Puede ser. Continúa.

—Como te decía, al despertarme he entrado en el cuarto de baño y entonces he visto que la puerta que comunica con ese dormitorio estaba abierta. Me ha extrañado y he entrado a echar una ojeada.

—¿Y qué es lo que has visto?

—Nada, no había nadie, pero el balcón estaba abierto y la lluvia había formado un charco, que llegaba hasta la cama.

—¿Has cerrado el balcón?

Fruncí el ceño, intentando reconstruir mis movimientos.

—No, me parece que no.

—¿Por qué no?

—Porque he reparado en ese instante en que el armario tenía las puertas entreabiertas y se me ha ocurrido mirar en su interior. Cuando he comprobado que estaba dentro la ropa de Marta, he salido corriendo a buscar a tu madre y a Juanita y, al no encontrarlas por ninguna parte, he llamado por teléfono a Miguel.

Aunque su semblante seguía siendo inescrutable, intuí que mi explicación le había inquietado por el nervioso ademán con el que apagó el cigarrillo en el cenicero.

—Dime, Raúl, ¿dónde estaba antes la ropa de Marta?

—En el desván. Mi madre no quiso desprenderse de sus pertenencias cuando... —se interrumpió buscando las palabras precisas—... cuando ella murió. Las subió arriba y las metió en un baúl. Miguel y yo hemos subido esta tarde al desván a echar un vistazo. Estaba todo revuelto.

Me encogí sobre mí misma cuando nuestras miradas se cruzaron.

—Y como Juanita ha dicho que me ha visto subir a esa nave, piensas que he sido yo, ¿verdad?, —balbuceé con un hilo de voz.

—No he dicho eso, —replicó tranquilo.

—Pero lo estás pensando.

Continuó observándome fijamente sin contestarme y, al sentirme incapaz de seguir soportando su mudo examen, me puse de pie y empecé a recorrer la estancia de extremo a extremo, preguntándome si no sería mejor que eligiese un libro y regresara a mi cuarto a leerlo. De improviso me pareció oír el leve sonido de unas pisadas sobre nuestras cabezas y me detuve, aguzando el oído, pero no percibí otra cosa que un absoluto silencio.

—¿A quién tenéis oculto en esta casa?, —inquirí en un tono más agudo que el mío habitual, plantándome frente a él.

Raúl enarcó las cejas con extrañeza.

—¿Qué quieres decir?

—Juanita ha visto a alguien esta tarde por la escalera que lleva al desván. No era yo, así que ha tenido que ver a otra persona, que es la que se dedica a gastarnos estas... llamémoslas bromas tan pesadas. La que siento vagar por los rincones.

—No hay nadie oculto en la casa, no digas disparates, —replicó impaciente.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Ninguna de estas... de estas cosas absurdas habían ocurrido antes de tu llegada. —Vaciló unos instantes, mientras se mesaba las mejillas en las que empezaba a apuntarle la barba. Al fin se decidió—. Siéntate, Eurídice. Me pone nervioso verte deambular de un lado para otro.

Le obedecí, dejándome caer de nuevo en la butaca y se inclinó hacia mí, estudiándome atentamente.

—Eurídice, ¿sabes lo que es una personalidad histérica?

Asentí lentamente, con cierta perplejidad.

—Sí, el marido de Luisa decía que la de mi padre lo era y que de ello provenía la parálisis de sus manos, pero creo que es un tema que ya hemos comentado.

Escudriñé su rostro para averiguar lo que podía estar pensando. Luego desvié los ojos hacia sus manos y al ver el título del libro que había estado leyendo, me sobresalté.

—“Neurosis disociativa”, —deletreé. Luego levanté la mirada hacia él —. ¿Te has estado documentando?

Raúl se encogió evasivamente de hombros.

—Bueno, ¿y qué? —insistí con voz temblona—. Aún suponiendo que mi padre padeciese una neurosis de tipo histérico, ¿qué tiene que ver eso conmigo?

Encendió un nuevo cigarrillo y carraspeó.

—El conjunto de esos rasgos de la personalidad tiene parcialmente un origen constitucional, hereditario. ¿Me entiendes?

—Sí, —musité.

A Raúl le costaba un gran trabajo expresarse. Parecía medir cuidadosamente sus palabras.

—Mira Eurídice, ese tipo de personas tiene propensión a padecer una inmadurez afectiva. Suelen depender excesivamente de la madre, o de las figuras que la encarnan y en ellas juega un papel muy importante la imaginación.

—Continúa, —le animé, sin adivinar a donde quería ir a parar.

—No pretendo pronunciar una conferencia, —dijo como disculpándose —. Lo que pretendo decirte es que... —Apagó bruscamente el cigarrillo y se quemó la punta de los dedos, profiriendo una exclamación.

—Sigue, ¿qué es lo que pretendes decirme?

Me dirigió una rápida mirada y luego la fijó en sus manos.

—En ese tipo de personas, un choque afectivo, una emoción violenta, puede hacerles reaccionar negando la realidad, olvidando la situación desagradable.

—Ya, ¿y qué?

Noté que tragaba saliva.

—Pues que... Mira, las alteraciones nerviosas son tan antiguas como la humanidad, pero la mayoría pueden tratarse. Tengo un compañero en el hospital que es un buen especialista y... bueno... creo que deberías visitarle.

Abrí desmesuradamente los ojos y me quedé contemplándole sin pestañear. ¿Me estaba diciendo que, como estaba chiflada, debía consultar a un especialista en la materia? A duras penas logré recuperar el uso de la palabra y me apresté a defenderme.

—Pero no he sido yo, Raúl, no he sido yo. Te aseguro que estaba durmiendo, cuando la persona a la que ha visto Juanita ha subido al desván a buscar la ropa de Marta. Sabes que soy muy miedosa y yo sola sería incapaz de subir allí arriba por esa escalera tan oscura. Además, ¿qué interés podía tener yo en trasladar las cosas de Marta a su dormitorio?

Vaciló nuevamente.

—Las motivaciones son siempre inconscientes, —articuló trabajosamente—. Esas personas y tú entre ellas, padecen una falta de desarrollo de las posibilidades de control emocional y por ello sus descargas emotivas suelen tener una intensidad y un carácter infantil, pero te repito que con un tratamiento...

Me quedé boquiabierta. Me improvisó me vinieron a la memoria los guasones comentarios de Miguel sobre los ardides de los personajes siniestros de las películas, para quitarse de en medio a la heroína y quedarse con su dinero. Ciertamente yo no era una heroína. Solo una pobre chica solitaria sin otros parientes que tía Elvira y sus dos hijos. Nadie preguntaría por mí si me encerraran en un manicomio. Nadie me echaría de menos. Incluso Luisa, que siempre me había demostrado afecto, probablemente se sentiría aliviada al librarse del pesado lastre que yo le suponía, ahora que se había casado. Le resultaría tan fácil a Raúl...

Pero tenía que impedirlo. Aunque no valiera yo gran cosa, no era tonta. Estaría alerta y les demostraría a tía Elvira y a Juan que estaba en mis cabales. No me dejaría manipular por Raúl.

Simulé no haberle entendido y esboqué una sonrisa ingenua.

—¿Un tratamiento para dejar de ser infantil? No me gustan los tratamientos y además no creo que sea para tanto. —Y con una afectada

frivolidad, ajena por completo a mi carácter, añadí—: Lo que sucede es que vosotros os habéis vuelto todos viejísimos de repente. Viejos y aburridos, Sobre todo, tú.

—Gracias, —dijo él con voz opaca—. Solo pretendía ayudarte, pero si quieres que lo dejemos...

Un silencio pesado cayó entre los dos. Casi me sorprendió que se hubiera dado tan pronto por vencido. Acurrucada en la butaca, contemplé los negros tiznones de la chimenea, preguntándome qué rumbo podría darle a la conversación para desviarla de aquel terreno tan resbaladizo sin que se diese cuenta. Me pareció que me había leído el pensamiento porque sugirió:

—Bueno, hablemos de otra cosa. Cuéntame algo de lo que hacías en Segovia, ¿por qué nunca nos escribiste?

Parpadeé desorientada ante su nueva actitud, porque daba la impresión de estar verdaderamente interesado en escuchar lo que pudiera referirle.

—¿Escribiros?, pues no lo sé. Seguramente no se me ocurriría. Vosotros tampoco lo hicisteis.

—Eso no es cierto. Mi madre mantenía correspondencia con tu padre. ¿Acaso nunca te comentó sus cartas?

—No, —repuse con cierta amargura. Estaba tan absorto en su trabajo y al final en sus... en sus manías, que apenas hablaba conmigo.

—Debiste encontrarte muy sola.

Volví a sentirme en terreno resbaladizo y volublemente cambié de tema, procurando agitar mi melena como había visto hacer a mis compañeras de curso. Había advertido que ese ademán solía producir un efecto fulminante en los chicos que nos rodeaban, hasta el extremo de que, fascinados con el vaivén de sus cabellos, no se daban cuenta de las bobadas con las que les respondían.

—Cuéntame algo tú, algo de lo que hacíais en Madrid. ¿Qué tal lo pasábais?

—Bien, fueron unos buenos años los de la universidad. Miguel y yo estudiábamos como unos negros, pero también nos divertíamos. Pese a ello estábamos deseando volver a Mallorca, porque esta tierra nos tira mucho.

Sonreí al rememorar aquella escena en la caleta, muchos años atrás.

—¿Te acuerdas de la tarde en la que Miguel nos comunicó que se iba a vivir a Madrid con sus padres? Estaba desesperado el pobre.

—Sí, ¡menuda trifulca le montó Marta!

—¡Ya lo creo! Dijo que ella nunca se marcharía de Montsalvatge, que se escondería en el torreón y que nadie la encontraría.

Inconscientemente levanté la cabeza hacia el techo y me quedé silenciosa, como escuchando. Raúl se sobresaltó.

—¿Ves Eurídice como eres muy sugestionable? En este momento estás tratando de percibir sus pisadas y tienes que hacerte a la idea de que ella no va a volver. Ya no está entre los vivos y nada de lo que puedas hacer cambiará esa realidad.

—Nada de lo que yo pueda hacer, —repetí como un eco—. ¿Por qué crees que yo...?

Me mordí los labios por haberlo dejado escapar, pero ya él me había atajado con un gesto y luego me habló en otro tono, cambiando de tema.

—Supongo que Luisa ha sido para ti todos estos años ese asidero que tanto necesitas, pero ya eres mayorcita para que eso te baste. —Al advertir que me amoscaba, levantó una mano como pidiendo una tregua—. Ya sé que no quieres hablar de eso, pero me gustaría saber por qué.

Esbocé una mueca de disgusto.

—Parece que todos os hayáis puesto de acuerdo para comentarme los mismos asuntos. También Miguel me ha preguntado algo parecido y creo que no debería habérselo contado. Es un estúpido, que no entiende nada.

—Miguel no es ningún estúpido.

—Bueno, no hace falta que le defiendas, porque ya me he dado cuenta de que a lo largo de los años no se ha enfriado vuestra amistad. Marta decía entonces que erais como dos hermanos siameses.

Raúl se echó a reír y por primera vez le noté relajado.

—Nos llevamos muy bien, quizás por lo distintos que somos, y compartimos las mismas aficiones. Incluso en una ocasión nos gustó la misma chica.

—¿Y qué hicisteis?, —le pregunté con curiosidad.

—¿De qué?

—De la chica, ¿os la repartisteis o qué?

—¿Cómo nos íbamos a repartir la chica?, —rezongó desconcertado—. Dices unas cosas...

—Como siempre os lo repartíais todo, —repliqué humillada por su tono desdeñoso—. ¿Es ese el motivo de que aún no os hayáis casado ninguno de los dos? Supongo que la mayoría de vuestros amigos se habrán casado ya.

—La mayoría no, pero algunos tienen novia y otros se han emparejado. Imagino que con algunas de tus amigas ocurrirá lo mismo.

—No tengo amigas. Me divertía mucho con Luisa, hasta que se empeñó en ligar con su psiquiatra. Entonces... entonces empecé a salir con varios chicos para que se callara de una vez.

—¿Para que se callara? —Un chispazo de sorpresa cruzó por los oscuros ojos de Raúl, que luego me observó intrigado.

—¿Quieres decir que tú no tenías ningún interés?

Me encogí evasivamente de hombros y a continuación simulé un bostezo. Estaba visto que, habláramos de lo que habláramos, siempre rozábamos temas que podían resultar comprometidos para mí. Lo mejor sería que regresara a mi dormitorio a intentar dormir y que en lo sucesivo me mantuviera alerta.

—Tengo sueño, —murmuré poniéndome en pie.

—Pero mañana es sábado y... —empezó él.

No le dejé terminar y dirigiéndome hacia la puerta me despedí de él sin volver la cabeza.

—Hasta mañana.

OceanofPDF.com

Capítulo 6

Descorrí las cortinas en cuanto me desperté, comprobando que había dejado de llover y que la luz de la mañana penetraba a través de los cristales del balcón. Un rayo de sol cargado de polvillo fue a posarse en el floreado papel de las paredes que tanto me gustara de niña. Ahora estaba pasado de moda, pero a mí seguía produciéndome una sensación grata y relajante. Seguramente los pájaros que ya se habían independizado de sus padres y volaban libremente experimentarían algo parecido cuando regresaran a visitar el nido dónde habían nacido. Yo no había nacido en Montsalvatge, pero durante los años que había vivido allí con Marta me había sentido segura, a salvo de un mundo que no entendía, porque ella se preocupaba de defenderme de la hostilidad que percibía a mi alrededor. Cómo añoraba esos años y esa sensación.

Notaba la cabeza pesada. A la luz del día las sospechas que había despertado en mí el comportamiento de Raúl, me parecieron absurdas. Tenía que haber otra explicación. No era posible que aquel muchacho irascible y visceral, pero bueno en el fondo, se hubiese convertido al hacerse adulto en un tipo tan desaprensivo como para planear fríamente los sucesos que me habían acaecido desde mi regreso a Montsalvatge, con el único propósito de apropiarse del dinero que había heredado de mis padres. Tenía que haber otra explicación. ¿Pero cuál podría ser?

Debía mantenerme alerta disimulando mis aprensiones, hasta que me surgiera la oportunidad de marcharme. No confiaba mucho en que Luisa me pidiera que volviese a su lado. Desgraciadamente era yo ya lo suficientemente mayor como para que se sintiera obligada a cargar conmigo en lo sucesivo. ¿Pero a dónde podía ir? Si tuviera alguna amiga, podría alquilar un piso y compartirlo con ella, como acostumbraban a hacer a mis

antiguas compañeras de curso, pero no tenía ninguna y me sentía incapaz de vivir sola.

Reflexionaba sobre esta última posibilidad mientras me arreglaba en el cuarto de baño y, ya vestida con la misma ropa que la víspera, abrí el balcón para aspirar el olor a tierra mojada que aún flotaba en el ambiente. Desde allí podía divisar el garaje, anejo al edificio, y más allá la verde pinada, obstaculizándome la visión del mar. Iba a acordarme en la balaustrada, cuando vi aproximarse hacia la casa el coche de Raúl e instintivamente me retiré hacia el interior de la habitación para que no advirtiera mi presencia. Oculta tras los visillos le vi descender del vehículo y ayudar a Juanita a hacer lo mismo. Me pareció que cuchicheaban entre sí y que luego Raúl se reía, mientras ambos entraban en la casa por la puerta de la cocina. Me intrigó la actitud de los dos. Sin saber por qué, me desazonó y desistí de salir nuevamente al balcón a contemplar el paisaje, por lo que me dirigí hacia el pasillo, dispuesta a bajar a desayunar.

Desde el rellano de la escalera divisé a la muchacha, que en ese momento cruzaba el vestíbulo cojeando ligeramente. Aún me parecía estar viendo su cara de asombro, cuando le aseguré que no había subido al desván. De asombro absoluto y... sí, de conmiseración. No me apetecía encontrármela y aguardé allí, hasta que la vi desaparecer en el saloncito. Me disponía ya a bajar por la escalera, cuando algo llamó mi atención. En la pared del descansillo, donde había estado apoyada, echaba algo a faltar. ¿Pero qué era? Recorrí con los ojos el paño, tapizado en color oro, y de pronto caí en la cuenta al distinguir un rectángulo más oscuro que el resto. Faltaba el retrato del abuelo. Todavía podía verse el enorme clavo del que pendía, sobresaliendo de la pared. ¿Pero por qué lo habrían descolgado?

Su visión me trajo a la memoria en ese instante aquel día en el que, muchos años atrás, Marta y yo nos detuvimos delante del cuadro a contemplarlo.

—¿Has visto qué birria de retrato?, —me había comentado despectivamente mi prima—. El abuelo está muy orgulloso de ese óleo, porque no entiende de pintura, pero cuando sea mayor le haré uno mucho mejor para colgarlo en ese lugar. ¿No te parece que está ahí hecho una facha?

Me había encogido de hombros sin responder. El abuelo estaba representado en el lienzo con traje militar y tenía un aspecto sobrecogedor con sus blancos bigotes erizados como si estuviera enfadado. Aquel gesto era muy suyo, pero no me atreví a contradecirla.

—¿Y por qué no lo pintas ahora?

—Porque no. Bastante trabajo tengo con pintar el viento. Aún no he conseguido que me salga bien.

Aquello era cierto. Marta continuaba empeñada en plasmarlo en sus paisajes, aprovechando cualquier oportunidad.

Sonreí al rememorar aquel incidente, tan lejano ya, pero aún tan palpable, y reanudé el descenso. Quizás lo hubiesen descolgado para limpiarlo más a fondo o para restaurarlo. Ya en el vestíbulo, me encaminé hacia el cuarto de estar, donde solamente encontré a tía Elvira desayunando en la mesa camilla. Parecía nerviosa y al notar mi presencia dio un respingo.

—¿Eres tú? Me alegro de que aparezcas, porque quería preguntarte por el cuadro de tu abuelo. Al levantarme esta mañana me he dado cuenta de que lo habían descolgado de la pared, pero los chicos me han dicho que ellos no habían sido. Y también se lo he preguntado a Juanita.

—¿Y ha sido ella?

—No, dice que no lo ha tocado. ¿No te parece muy raro? Los cuadros no se mueven solos.

Me encogí de hombros, mientras me llevaba a los labios la taza de café, que alguien me había preparado y que todavía estaba caliente.

—No te preocupes que ya aparecerá. ¿Quieres que te ayude a buscarlo?

Denegó con la cabeza, mordisqueando apresuradamente una tostada.

—No, no. Ve a reunirte con los chicos que te están esperando en la caleta con Leonor y con Miguel. Ya lo buscaré yo. Es lo que me faltaba esta mañana. He invitado a comer a nuestros vecinos y tengo muchísimas cosas que preparar aún.

La perspectiva de ir a encontrarme en la playa con los aludidos no me sedujo lo más mínimo. En parte, porque el recuerdo que conservaba de la pelirroja prima de Miguel no era precisamente grato, y en parte, también porque el acudir yo sola a su encuentro me resultaba embarazoso. Era tan

incómodo caminar hacia un grupo de personas que te están mirando mientras te acercas y tan difícil saber qué decir, una vez que te has unido a la reunión... Al menos a mí me lo parecía, por lo que busqué una excusa para negarme.

—Si vamos a tener invitados, me quedaré a ayudarte a preparar la comida y...

Me dio la impresión de que no confiaba demasiado en mis habilidades culinarias, porque rechazó mi ofrecimiento antes de que hubiera terminado de hablar.

—No, no hace falta. Va a venir Patricia Olavide a echarme una mano. Guiso muy bien. Tú márchate a divertirte y date prisa. Los chicos me han repetido hasta la saciedad que no dejara de decírtelo. Te han estado esperando un rato, pero como no bajabas...

De nuevo me pareció que deseaba librarse de mí cuanto antes, como si me considerase un molesto estorbo que entorpeciera su libertad de movimientos para efectuar los preparativos que tenía proyectados. Recordaba que antaño nos mandaba salir a jugar fuera de casa a todos, cuando tenía que organizar la merienda de las visitas a las que recibía, pero entonces era natural, porque éramos niños. ¿Opinaría en el presente que yo no servía siquiera para colaborar con ella en las tareas domésticas?

—¿No quieres tampoco que busque ese cuadro?, —insistí.

Clavó en mí una mirada inquieta.

—No. Se nota mucho lo deslucido que está el revestimiento de la pared sin ese retrato, pero espero que Patricia no suba a la planta superior. Tiene su casa tan cuidada, que esta desmerece mucho, si se la compara con la suya. Ya le diré a Juanita que se dé una vuelta por todas las habitaciones y que, si lo encuentra, lo vuelva a colgar en su sitio. No te preocupes.

Se marchó a toda prisa a la cocina y seguí desayunando parsimoniosamente para posponer en lo posible la reunión que me aguardaba en la caleta. No podía quedarme en casa, porque tía Elvira me lo tomaría a mal, ¿pero y si en lugar de dirigirme a la playa me fuera a dar un paseo por la finca? Probablemente lo estarían pasando muy bien sin mí y ninguno me echaría de menos. Luego, si me preguntaban el motivo por el que no había acudido a su encuentro, podría decirles que no había entendido

bien en qué lugar me habían citado. Y eso suponiendo que alguno se hubiera dado cuenta de mi ausencia y se interesara por ello. Sí, eso sería lo mejor.

Tomé del gabanero del vestíbulo mi chaquetón de cuadros y, una vez que me lo hube abotonado hasta el cuello, salí a la terraza. La brisa marina, húmeda y cargada con su inconfundible olor, alborotó mi larga melena, mientras descendía los escalones y me encaminaba hacia el bosquecillo de pinos, con la intención de acercarme al faro. Lo divisé a lo lejos y me sorprendió que la ruinosa torre permaneciese idéntica a como la recordaba, pese a los muchos inviernos que habrían soportado sus ennegrecidos pedruscos desde mi marcha. Aún conservaba el portón de madera semipodrida, que entreabierto, se balanceaba a impulsos del aire.

Me acerqué sin prisas y terminé de abrirlo de un empujón, entrando en el recinto circular, cubierto de maleza. Apenas había experimentado cambios. Incluso olía igual que entonces. Lo único distinto era la hiedra, que trepaba ahora hasta lo alto de los paredones e invadía la escalera de piedra, que mantenía intactos sus peldaños. Subí por ella hasta el corredor circular, en el que nos parapetábamos de niños para arrojar piñas al bando enemigo cuando pretendía asaltar la fortaleza. Siempre pertenecía yo al bando de los defensores de esta y mi misión consistía en apilar los proyectiles para que Raúl y Marta los arrojasen desde la almena. Solo una vez tuve que participar activamente en la batalla y mi intervención resultó un completo fracaso, porque Miguel, Juan y Totó treparon ágilmente por los pedruscos que desde el exterior permitían alcanzar la cima de la torre y nos cogieron prisioneros, sin que los proyectiles que les lancé les hubieran rozado siquiera la ropa.

Nostálgicamente rememore aquella batalla y lo mucho que se enfadó Totó, cuando tuvieron que soltarnos para que yo dejara de llorar.

—Esta cría es tonta, —masculló la pelirroja chiquilla hecha una furia—. No sabe jugar a nada.

—Es que la hemos asustado, —le explicó el calmoso Juan—. Ha creído que la íbamos a encerrar de verdad en la mazmorra.

—Pues no sé cómo la podéis aguantar, —se burló Totó, mirándome desdeñosamente.

—La aguantamos, porque nos da la gana y eso a ti no te importa, —se engalló Marta, que se había puesto en jarras en actitud desafiante.

—Pero si es tonta de remate. Lloras por todo, —insistió Totó.

—También lloras tú, —chilló Marta, dispuesta como siempre a defenderme—. Tú también lloras y chillas como una rata.

—¿Qué yo lloro?, —masculló altanera la otra.

—¿No lloras?

—Claro que no.

—Pues ahora verás como sí, —vaticinó mi prima, atizándole con certera puntería una patada en la espinilla. Luego la derribó de espaldas, sacudiéndole torta tras torta.

Cuando las separaron, a Totó le sangraba la nariz y lloraba incontinentemente.

—¿Ves como también lloras?, —chilló Marta triunfalmente—. Eso para que aprendas y, como vuelvas a meterte con Eurídice, prepárate.

Juan intentó consolar a la chiquilla, que se debatía como un energúmeno entre sus brazos y cuando consiguió desasirse de él, señaló acusadoramente a Marta con el dedo.

—Yo no me he metido contigo, —hipó—. Si a Eurídice no le gusta que la llamen llorona, que se defienda sola. Me río yo de la mosquita muerta. Miradla, ahí sentada en el suelo. Siempre encuentra a alguien dispuesto a pegarse por ella.

—La protegemos porque es pequeña, —le gritó Raúl avanzando retadoramente hacia la chiquilla.

—¿Pequeña? Tiene la misma edad que Marta y que yo. Lo que sucede, es que está canija.

Siguieron increpándose durante un buen rato, mientras yo continuaba llorando, sentada sobre una piedra. Al fin Totó se marchó furiosa a la Escollera, prometiendo no volver nunca.

Pero no lo cumplió. Regresó a la mañana siguiente con Miguel y me miró de arriba abajo con altanería para que fuera consciente, si es que aún no lo había advertido, de que yo no era más que una chiquilla estúpida que estropeaba todos sus juegos y de que sobraba en el grupo que formaban.

Evidentemente tenía razón. Sin duda hubieran disfrutado mucho más mis primos y Miguel si a mí no me hubiera enviado mi padre a Montsalvatge para que no le molestara, cuando decidió casarse con Luisa. ¿Pero cómo habría podido Totó forjarse la idea de que me defendían siempre esos mismos chicos que se veían obligados a soportar mi estancia en la finca? Lo que recordaba yo era bien distinto.

En ese momento vi a Juan que venía corriendo hacia el faro. Me debía haber divisado desde lejos, porque se acercaba agitando una mano en el aire.

—¿Qué haces ahí?, —me gritó—. Llevamos toda la mañana esperándote. Baja de una vez.

Como no me apetecía lo más mínimo reencontrarme al cabo de los años con la desagradable Totó, fingí no haberle oído y me volví a contemplar el mar, que calmosamente se mecía bajo un cielo deslumbrante. Desafortunadamente no se dio por vencido y segundos después oí el ruido del portón al abrirse y sus pasos por la escalera.

—¿Qué?, ¿no piensas venir? Leonor está deseando saludarte, —insistió cuando llegó a mi lado.

Eludiendo la respuesta, abarqué con un ademán el paisaje que se extendía ante nuestra vista.

—Esto es maravilloso, Juan. No creo que en todo el mundo haya otro lugar que sea comparable a Montsalvatge. Tenéis una suerte inmensa al poseerlo.

Él hizo un gesto ambiguo.

—Sí, y lo disfrutaremos mientras podamos.

—¿Qué quieres decir?, —le pregunté observando su ceño fruncido.

—Que no creo que podamos mantener esta situación mucho tiempo. Al final, no tendremos más remedio que venderlo.

—¿Vender Montsalvatge?, ¿tan mal están las cosas?

—Peor que mal. Hemos hecho lo que hemos podido, pero una finca como esta en nuestros días es un verdadero anacronismo. Una extensión tan enorme de terreno, cubierta de pinos que no producen nada...

Le miré en silencio unos segundos sin entender el alcance de sus palabras. Luego dije suavemente:

—¿Pero y la fortuna del abuelo?

—Se dividió a partes iguales entre tu padre y mi madre. Lo que nos tocó, nos lo fuimos comiendo poco a poco. Tampoco creas que era para tanto. Ya en vida del abuelo las cosas se pusieron bastante apuradas. El mantenimiento de nuestra casa, tan grande y tan antigua, supone un auténtico dineral.

—Pero yo creí..., —balbuceé consternada. Que Montsalvatge pudiera pasar a manos extrañas era algo que escapaba a mi comprensión—. Si puedo ayudaros en algo...

Me atajó con un gesto.

—No es solo eso. Tenemos también sobre nuestras cabezas la hipoteca que grava la finca y por muchos milagros que pudiéramos hacer Raúl y yo no conseguiríamos reunir esa suma.

—¿Habéis hipotecado Montsalvatge?

—No, nosotros no. Fue el abuelo. Se metió en unas operaciones bastante arriesgadas y tuvo que pedir un crédito para salir del paso. De eso hace una pila de años. Entonces capeamos el temporal, gracias a la fortuna que nos dejó Marta cuando murió.

Me sobresalté ligeramente al oírle.

—¿De qué estás hablando?

—De eso, de lo que sucedió entonces. ¿No sabías que el abuelo era su tutor? Administraba los bienes que le dejaron sus padres al morir. Fue en un accidente de tráfico, del que Marta salió ilesa de pura casualidad. Era entonces un bebé y el abuelo se la trajo a Montsalvatge. Yo era muy pequeño y no lo recuerdo. Para nosotros fue siempre como una hermana.

—Para mí también, —musité—. ¿Y dices que cuando murió heredasteis su fortuna? No sabía que la tuviese.

—Sí, el abuelo era su más próximo pariente. Aquello le sacó momentáneamente de apuros, pero después ha ido todo de mal en peor.

Meneé dubitativamente la cabeza.

—Pero no lo entiendo. Hablé el otro día de ese asunto con Raúl y me dijo que la situación no era tan desesperada y que tenía algunos proyectos.

—Raúl no quiere hacerse a la idea. Creo que haría cualquier cosa por conservar Montsalvatge, pero no tendrá más remedio que resignarse.

Le miré angustiada.

—Entonces... ¿tendremos que irnos de aquí?

Juan asintió.

—Probablemente, pero no te preocupes. Raúl y yo ganamos lo suficiente para vivir y no pensamos morirnos de hambre. Lo siento sobre todo por mi madre, que ha nacido aquí, pero en un piso, en Palma, lo pasaremos también estupendamente.

—Siempre has tenido una forma muy práctica de ver las cosas, —murmuré pensativa—. Por lo que a mí respecta, lo siento por todos los recuerdos que tiene para mí.

Juan hizo un esfuerzo por echarse a reír, aunque lo único que consiguió fue esbozar una mueca.

—¿Recuerdos? Cualquiera diría al oírte que tienes cien años. Estamos en el presente y tenemos el futuro ante nosotros. —Me palmeó la espalda al ver mi expresión de abatimiento—. Bueno, no te pongas así. ¿Acaso no piensas vivir un montón de años más? Yo estoy dispuesto a convertirme en un viejecito reumático y gotoso, que desde su silla de ruedas mantenga en vilo a toda mi sufrida familia. Espero para entonces tenerte cerca para que me cuides.

Sonreí a mi pesar.

—Cuando tú seas un viejecito, también yo seré una anciana decrepita, no lo olvides, y podría ser yo la que te hiciera la vida imposible.

—No te imagino fastidiando a nadie. Si acaso, desorientada por lo mucho que habría cambiado la vida y lloriqueando sin cesar. Pero venga, llevamos aquí un buen rato ensartando simplezas y los otros se van a aburrir de esperarnos en la caleta.

Me ayudó a bajar los escalones y al rematar el descenso se volvió a mirarme con sospecha.

—Oye, ¿no te habrás escondido en el faro para no tener que saludar a Leonor, verdad?

Me encogí evasivamente de hombros.

—¿Y qué más da? Estoy segura de que ella ni siquiera se acuerda de mí.

—Claro que se acuerda. ¿Acaso no te acuerdas tú de ella?

—Sí, pero no es lo mismo.

—¿Por qué no es lo mismo?

Busqué en mi interior la respuesta, pero me pareció demasiado complicada.

Caminábamos por el sendero que conducía directamente a la escalera por la que se accedía a la caleta y a nuestros pies distinguimos a tres figuras, sentadas en las rocas. Al comenzar el descenso noté una especie de bola de algodón en la garganta, que me obligó a tragar saliva varias veces, y las palmas de las manos húmedas de sudor. ¿Qué debería decirle a Leonor al saludarla? ¿Me miraría desdeñosamente, como cuando éramos niñas, o no se acordaría ya de lo mal que le caía yo entonces? Por fortuna, permaneció sentada cuando llegamos a la playa y fue Raúl el que corrió hacia nosotros, reuniéndonos al pie de la escalera.

—¿Cómo habéis tardado tanto? Llevamos aquí toda la mañana esperándoos.

Miguel y la chica se habían puesto de pie y se dirigían también hacia nosotros con lentitud, por lo que tuve oportunidad de estudiarla con curiosidad. Efectivamente había cambiado mucho. Su esbelta figura, enfundada en unos pantalones vaqueros y en un grueso jersey azul eléctrico, no mantenía punto de contacto alguno con la de la zanquilarga chiquilla de piernas y brazos desmesuradamente largos, que pretendiera encerrarme en una mazmorra. Poseía ahora un rostro muy atractivo, coronado por una rizada melena pelirroja, en el que destacaban unos ojos almendrados de color verde claro. Sentí que aquellos ojos me analizaban a su vez, cuando llegó a mi lado, con algo de perplejidad. Luego me besó en ambas mejillas y me sonrió.

—Eres Eurídice, ¿verdad? Miguel me ha hablado mucho de ti, aunque creo que se ha quedado corto. Verdaderamente has cambiado mucho. Nunca te hubiera reconocido.

Le propinó un codazo a Miguel, que miraba la arena como abstraído, para lograr que la atendiera.

—¿No te parece que ha cambiado mucho?

Miguel levantó los ojos hacia mí y los desvió casi inmediatamente para clavarlos en el suelo.

—No, —repuso hosco.

—¿Cómo que no? No se parece en nada a aquella chiquilla llorona que yo recordaba. En tu favor tengo que decirte que has mejorado mucho.

—Tú también, —le dije, enrojeciendo inoportunamente. En ese momento hubiera dado algo por poseer la desenvoltura de la otra, pero me quedé allí parada, sin saber qué añadir, sintiéndome zafia y desaliñada a su lado.

Leonor no dio muestras de advertirlo, porque me sonrió con simpatía.

—¿Verdad que sí? Entonces era una especie de monstruito. Cada vez que veo fotos de esa época me entran ganas de vomitar. Me asemejaba a una araña plagada de pecas.

Me sorprendió lo acertado de la descripción que había hecho de su anterior fisonomía, que Juan y Raúl corearon a carcajadas, mientras Miguel continuaba escarbando en la arena con el pie.

—Bueno... tanto como una araña, —balbuceé—. Creo... creo que no era para tanto.

—Eras un completo esperpento, —apostilló Raúl, que aparentemente estaba de excelente humor, aunque noté que evitaba mirarme—. Y además eras insoportable. Claro que en esto último no has cambiado en absoluto.

Leonor esbozó un mohín y dos hoyuelos surgieron en sus mejillas.

—Tú sí que continúas insoportable. No creas que me impresionas porque te hayas convertido en un eminente *rajatripas*.

—¿*Rajatripas*, yo?, —gritó él, fingiendo enfadarse—. Te voy a dar un cachete que te vas a enterar.

Echó a correr tras ella, que, dando grititos, intentó escapar a su persecución y que, cuando se sintió acorralada, se alejó, saltando de roca en roca, seguida de cerca por Raúl y por Juan, que muertos de risa, se iban quedando rezagados, hasta que al doblar el promontorio desaparecieron de mi vista.

Me senté en un pedrusco, sintiéndome incómoda. A unos pasos de mí y en pie, Miguel no parecía tener nada que decir. ¿Por qué seguiría enfadado? ¿No le había dado Raúl una explicación de lo que había sucedido la tarde anterior? Aquel silencio resultaba bastante embarazoso, por lo que intenté romperlo.

—Hace un día estupendo, ¿verdad?

Él asintió sin mirarme y sin perder su expresión hosca.

—Sí, ha subido mucho la temperatura.

—No parece que vaya a llover, ¿eh?

—No, no lo parece.

Empecé a sentirme irritada. Había desviado la vista hacia las rocas por donde habían desaparecido los otros y me dio la impresión de que estaba deseando reunirse con ellos. Por eso le dije desdeñosamente.

—Si quieres, puedes marcharte también. No hace ninguna falta que te quedes a acompañarme.

—Gracias por el permiso, —replicó huraño. Y quizás por espíritu de contradicción tomó asiento en una roca cercana y comenzó a silbar, bastante desafinadamente por cierto.

—¿Por qué no te callas?, —protesté cada vez más enfadada—. Silbas muy mal.

—¡Ah!, ¿sí? Nunca me lo habían dicho, pero si te molesta..., —masculló mordaz.

—No, si no me molesta. Por mí, puedes hacer lo que te dé la gana.

—Como decías que...

—Yo no decía nada.

Se volvió hacia mí, enarcando irónicamente una ceja.

—Creía haberte entendido que te molestaba que silbe.

—Bueno, ¿y qué? No parece que estés de muy buen humor esta mañana.

—¿Y de qué humor quieres que esté?, —replicó hiriente—. Soporto mal que me tomen el pelo.

—¿De qué estás hablando?, —le pregunté sin comprender.

Me dirigió una enfurecida mirada.

—¿De qué crees tú? Debo ser completamente estúpido, porque me lo creí. Me alarmé como un idiota, cuando te encontré ayer tan angustiada y me contaste esa bonita historia que inventaste. Estaba preocupado de veras, hasta que llegó Raúl y me dijo que todo había sido una broma tuya. Realmente tienes un extraño sentido del humor.

Me quedé aturdida sin entender del todo lo que había querido decir. Luego articulé incrédulamente:

—¿Raúl te dijo que había sido una broma?

—Sí, pero no tuvo ninguna gracia, —me gritó, acalorándose—. Al menos, a mí no me parece gracioso que subieras al desván a buscar la ropa de Marta para colgarla en el armario de su cuarto y que me llamaras después, fingiendo un ataque de nervios. Raúl me dijo anoche en la Escollera que siempre habías sido muy bromista, pero yo no recordaba esa faceta tuya. De niña mentías con facilidad, porque tenías mucha imaginación, pero no recuerdo que hicieras alarde de humor macabro.

—No es posible que Raúl te dijera que te había tomado el pelo, —balbuceé completamente desorientada. Debiste entenderle mal.

Él no me miraba y continuó, exaltándose a medida que hablaba.

—¿Qué no le entendí? A ti es a la que no entiendo. ¿Qué placer encuentras en mantenerlos a todos en vilo? Primero llegaste con la historieta de la carta que te había escrito Marta y después has tratado de hacerles creer que ella se dedica a pasearse por la casa como un alma en pena. Y no solo a tu familia, también a mí. ¿Te resulta divertido?

Desconcertada, abrí la boca para defenderme de sus absurdas acusaciones. La volví a cerrar y alcé impotente ambas manos.

—¿Piensas que yo...? —empecé a decir, con una voz tan extraña que ni yo misma la reconocí.

—¿Quién si no? Ya me dijo Raúl que ninguno de esos despropósitos habían ocurrido en Montsalvatge antes de tu llegada. ¿Qué otra explicación cabe?

Sentí una angustiosa punzada en mi interior. Los argumentos de Miguel eran similares a las consideraciones que me había hecho Raúl la noche anterior, pero allí, a la luz del día, resultaban mucho más verosímiles. ¿Estaría yo chiflada? ¿Sería posible que todos aquellos contrasentidos fueran obra mía y que los hubiera realizado sin saberlo?

Estrujó furiosamente el cigarrillo que fumaba contra una roca.

—De todo, lo único que tuvo gracia fue el cuentecito del chico de Segovia que recibió dos tortas. ¿Sabes si se ha recuperado ya o ha perdido definitivamente su autoestima?

Me quedé mirando a lo lejos sin expresión, como alélada. Vagamente creí notar que él seguía hablando y hablando, pero no llegué a oír el sonido

de sus palabras. Intentaba imaginarme a mí misma subiendo la oscura escalera del desván, para abrir luego su enmohecida puerta, antes de entrar en su interior a rebuscar entre los baúles. No podía haber sido yo. Con solo representarme la escena y verme en la oscuridad entre los chismes polvorientos que estaban amontonados allí arriba ya sentía escalofríos. Era demasiado miedosa para que pudiera ser yo la persona que había visto Juanita. ¿Se habría confabulado esta con Raúl para achacarme después lo que habían urdido entre los dos?

Sentí que alguien me zarandeaba y salí de mi estupor, reconociendo borrosamente a Miguel, que me sacudía por los hombros.

—¡Eurídice!, ¿no me estás oyendo?, ¿qué es lo que te sucede?

Me resultaba imposible explicárselo. ¿Cómo decirle que no podía confiar ni en mi propia familia?, ¿cómo decirle que el propio Raúl me había tendido una trampa, aprovechando que me había visto forzada a volver a su casa, porque no tenía a nadie que quisiera ocuparse de mí? A nadie a quien pudiera importarle lo que a mí me sucediera. Ni siquiera podría contar ya con el muchacho que me estaba zarandeando, porque mi primo se había apresurado a tergiversar los hechos y no me creería en lo sucesivo. Me vi a mí misma tan patética, que no pude evitar que la congoja me desbordara por los ojos y apenas si distinguí su semblante consternado. Me había soltado ya y se removía inquieto en el pedrusco que le servía de asiento.

—No llores, criatura. Anda, olvida lo que te he dicho, yo nunca he podido soportar las lágrimas.

Aunque intenté dominarme, no pude evitar que los sollozos me ascendieran hasta la garganta y me cubrí el rostro con las manos, hipando incontinentemente. Torpemente me tendió un pañuelo, que no acepté y, pasándome un brazo por la espalda, intentó atraer mi cabeza para apoyarla sobre su hombro, pero me debatí como un energúmeno y le empujé, poniéndome en pie entre hipido e hipido.

En ese instante, Leonor, que acababa de aparecer en las rocas del promontorio, echó a correr hacia nosotros, pero al vernos, debió de interpretar mal nuestra actitud, porque se detuvo estupefacta y se quedó clavada en el suelo sin saber qué hacer. Cuando reaccionó, vino a sentarse a mi lado y trató atolondradamente de consolarme.

—¿Pero qué te pasa, chiquilla? ¿Qué es lo que te ha hecho este salvaje? Intenté decir algo, pero solo conseguí sollozar más fuerte.

—No le hagas caso, —siguió diciéndome Leonor que me había abrazado impulsivamente—. Ya ves cómo me ha puesto de arena el bestia de Raúl, sabiendo que vamos a vuestra casa a comer y que debo tener un aspecto presentable. Los hombres, cuando pretenden ligar con nosotras, no hacen más que meter la pata.

Me sequé los ojos con el revés de la manga y traté de sonreír, viendo su expresión afectuosa.

—No... sí, no... no es eso.

—¿Qué no? No me vengas con cuentos, que os he pescado *in fraganti*. Recuerdo a un muchacho que estuvo detrás de mí un verano entero. El pobre tenía unos pies enormes y, en cuanto se ponía romántico y se me acercaba, me soltaba un pisotón. No tuve más remedio que darle calabazas, antes de que me dejara irremediabilmente coja.

A continuación se volvió hacia Miguel, amenazándole con un dedo.

—Y tú, a ver si aprendes un poco de táctica. A lo burro no conseguirás nada. ¿No has caído en la cuenta de que Eurídice pertenece al gremio de las que les gusta que las traten con delicadeza y les manden ramos de flores?

Él también se había puesto en pie y al oírla le propinó un puntapié a un guijarro.

—¿Por qué no te callas, Leonor? Deberías haber aprendido a no meterte donde no te llaman.

—Lo que faltaba, —exclamó ella, empezando a enfadarse. Advirtió entonces que Juan y Raúl volvían corriendo, sacudiéndose la arena de los pantalones y les llamó a gritos:

—Venid aquí a arbitrar esta discusión. He pretendido consolar a Eurídice, que ha empezado a llorar por culpa de Miguel y encima mi querido primito me manda a la porra. ¿No os parece que debería pedirnos perdón a las dos?

—Claro, pídeles perdón, Miguel, —le aconsejó risueñamente Juan, sin reparar en mis ojos hinchados—. A las mujeres, hay que pedirles perdón siempre, aunque no sepas por qué.

Me di cuenta de que, por el contrario, Raúl se lo tomaba en serio, porque en silencio clavó su mirada en Miguel como si esperase de él una explicación. Era una situación tan absurda que me sentí obligada a defender a este último.

—Él no ha tenido la culpa. No me ha dicho nada. Es que yo... bueno, ya sabéis que lloro con facilidad.

Leonor me escuchó perpleja y como la prudencia no era la más brillante de sus cualidades, acabó de rematarlo.

—¿Llorabas porque no te ha dicho nada? —Giró entonces su rizada cabeza hacia Miguel, propinándole un codazo—. Pues hijo, a ver si te decides. ¡Los hay que son un rato pasmados!

El semblante de Raúl denotó un repentino sobresalto. Observó atentamente a su amigo y luego a mí, como si quisiera averiguar qué había de verdad en lo que Leonor había dicho, mientras Miguel, con las manos en los bolsillos, pateaba todos los guijarros que encontró a tiro. Para colmo, enrojecí hasta la raíz del pelo.

—No, si no se trata de eso.

En el atractivo rostro de Leonor se pintó un gesto de decepción.

—¡Ah!, ¿entonces no...? ¿No...?

Claro que no, —le aclaré, notando cómo me ardían las mejillas—. Miguel y yo nos conocemos de toda la vida y a esos efectos hemos sido siempre como dos hermanos, ¿verdad, Miguel?

—Sí tú lo dices, —repuso, sin que su tono dejase traslucir lo que pensaba.

La otra seguía mirándonos alternativamente a los dos y debió de llegar a la conclusión de que su intervención no había sido muy oportuna, porque asió el brazo de Raúl indicándonos la escalera que llevaba a la cima del acantilado.

—Será mejor que vayamos encaminándonos hacia vuestra casa, porque ya es muy tarde y estoy muerta de hambre.

Miguel se les unió en el acto y ni una sola vez volvió la cabeza hacia Juan y hacia mí, que les seguíamos, ni cruzó una sola mirada conmigo cuando llegamos a la casa. Noté que procuraba evitarme y cuando me sentaron a su lado en la mesa no despegó los labios.

Pese a ello, la comida resultó muy animada. Leonor tenía una gracia especial para referir anécdotas y charló por los codos, secundada por todos los presentes, menos por nosotros dos. Patricia Olavide me había saludado afectuosamente y desde uno de los extremos de la mesa me contemplaba con una complacencia que me pareció absurda, pero que me emocionó. También su hermana Nora parecía haberse alegrado de volver a verme. Su parecido con Leonor se había acentuado con los años, que a su paso le habían dejado algunas arruguillas junto a los ojos, pero no habían conseguido hacerle perder su aire juvenil. Mantenía su figura esbelta y la alegre expresión de su semblante.

El padre de Leonor tampoco había cambiado. De niña me pareció un señor tan serio y retraído, como alegre y extrovertida era su mujer. No era tan mayor como me parecía entonces, claro que en aquellos tiempos a mí me parecían viejísimos todos los que habían cumplido más de quince años.

El ambiente era tan agradable, que hice inútiles esfuerzos por animarme. Quizás si Leonor no hubiese estado tan inoportuna en la playa hubiese llegado a conseguirlo, pero la proximidad de Miguel y su aire taciturno me hacían sentir incómoda. En ese momento, Leonor se había vuelto hacia él para que confirmara lo que había estado refiriendo.

—¿Verdad, Miguel, que no exagero?

Aunque no le miré, me di cuenta de que, abstraído, no la había escuchado. Seguramente estaría rememorando la embarazosa situación en que le había puesto su prima, porque pareció bajar del limbo.

—Sí, resultó divertidísimo.

—¿Cómo divertidísimo?, —protestó ella, observándole con sus bonitos ojos verdes muy abiertos—. Estoy contándoles el motivo por el que me suspendieron en Derecho Mercantil y no fue divertidísimo, fue horrible. — Se volvió hacia mí para explicármelo—. Porque aún no he acabado la carrera, ¿sabes? Y todo por culpa de esa asignatura. Espero aprobarla en febrero y empezar a ejercer inmediatamente. ¿No crees, Miguel, que voy a ser una gran abogado?

Su primo pestañeó al advertir que se dirigía nuevamente a él y no debía saber lo que le estaba preguntando, porque se encogió de hombros.

—¡Phs!, —murmuró evasivamente.

Leonor le contempló atentamente unos instantes y luego esbozó un mohín de disgusto.

—¿Te pasa algo? Tienes una cara de vinagre que da pena verte. ¿Te has dado cuenta, tía Pat?

Me rebullí inquieta en mi silla de alto respaldo, temiendo que aquella atolondrada muchacha aludiera nuevamente a la cuestión que había dejado pendiente en la playa y sentí las palmas de las manos húmedas de sudor. Las oculté debajo de la mesa con la estúpida sensación de que todos los presentes se habían percatado de ello, pero nadie me miraba. Ajena por completo al mal rato que estaba pasando yo, Patricia sonreía, mirando cariñosamente a su hijo.

—Un poquito irritado sí que estaba anoche.

Aunque recé in mente para que Leonor no insistiera sobre el tema, nadie escuchó mi plegaria, o, al menos, desde arriba no atendieron mi deseo.

—¿Un poquito? Yo diría más bien que regresó de Montsalvatge como un energúmeno. ¿Qué fue lo que le hicisteis?, —le preguntó mimosa a Raúl.

Tía Elvira se sobresaltó ligeramente y Raúl intentó cambiar de conversación, pero la otra continuó insistiendo.

—Fijaos, fijaos bien en él. Está completamente avinagrado. Ayer, cuando fue a recogernos a mamá y a mí al aeropuerto, me puso de vuelta y media porque le rocé el pie con mi maleta. Me parece que el pobrecito está incubando una úlcera de estómago.

Por primera vez levantó Miguel la cabeza del plato para mirarla irónicamente.

—No me rozaste el pie con tu maleta, me lo espachurraste, que no es lo mismo. Y en cuanto a tu maleta, yo diría que llevabas piedras dentro, porque pesaba una atrocidad.

Su prima agitó volublemente sus rojizos rizos.

—¿Y qué quieres? Necesitaba traer algo de ropa para pasar las vacaciones con vosotros, porque supongo que asistiremos a un montón de reuniones. ¿Recordáis cómo nos divertimos el año pasado en Nochevieja?

—Se inclinó sobre la mesa para referírmelo—. Me disfracé de princesa egipcia y nadie me reconoció. Este año tenemos que repetirlo. ¿Has traído algún disfraz, Eurídice?

La imité inconscientemente y bamboleé también mi larga melena al hacer un gesto negativo.

—No. La verdad es que no se me había ocurrido.

—Bueno, aún tienes tiempo. Si quieres, puedo acompañarte a Palma y allí encontramos algo que te sirva. Podrías disfrazarte... —Dudó mientras me observaba atentamente—. Sí, de ninfa estarías estupenda y así harías honor a tu nombre. De niña no te cuadraba ni pizca, porque eras demasiado canija. En cambio, ahora te va muy bien ese nombre. Realmente pareces una ninfa, ¿no estás de acuerdo, Raúl?

Noté como el aludido clavaba sus ojos oscuros en mí con una expresión que no supe interpretar.

—Tengo que reconocer que no sé qué aspecto tenían las ninfas, —dijo, eludiendo la respuesta.

Leonor se me quedó mirando.

—Pues las ninfas eran como Eurídice, aladas y etéreas. La sensación que se experimentaba al contemplarlas era la de que no pertenecían a este mundo, que eran irreales. —Su tono soñador dejó paso a otro bruscamente práctico—. Eso mismo le sucede a Eurídice, ¿no os parece?

Miguel me dirigió una rápida mirada.

—Sí, lo has descrito muy bien.

La muchacha palmoteó como una niña satisfecha y me guiñó un ojo.

—Buscaremos una túnica blanca y flores para la cabeza. Creo que los nenúfares serían los más adecuados.

—¿Y dónde íbamos a encontrar nenúfares?, —objeté, echándome a reír para disimular mi turbación—. Por los alrededores, lo que más se da son las agujas de pino.

—También se dan bien los zarzales, —apuntó Juan en broma—. Pero no sé si quedarías bien con la cabeza adornada con zarzas.

—Pero es seguro que con ese adorno no se atrevería nadie a bailar con ella por miedo a los pinchazos, —rio Nora—. Yo estoy seguro de lo contrario, —murmuró Raúl, mirándome de una forma extraña.

A Leonor no se le escapó la especial entonación que puso él en esas palabras. Su anterior animación se apagó y se quedó callada unos instantes con los ojos fijos en el plato.

Luego sonrió forzadamente.

—Con tanto hablar de Eurídice, nadie parece acordarse de mí. ¿De qué creéis que me podría disfrazar?

—¡Ah, chica!, yo de trapos no entiendo, pero con cualquier cosa estarías preciosa, —le dijo Juan galantemente.

—Gracias, eres muy amable, pero no me has resuelto el problema. ¿Qué crees tú, Raúl?

Bajo su tono ligero, capté el interés con que aguardaba su respuesta. Él se volvió a mirarla distraídamente.

—Si existe el disfraz de torbellino, sería el más adecuado.

Una expresión de decepción se pintó en el bonito rostro de la muchacha.

—¿De torbellino?, ¿no se te ocurre nada más romántico?

Con el semblante sin expresión, él denegó con la cabeza.

—Es que tú no eres romántica.

—¿No?, ¿entonces qué parezco?

—Pues eso, un torbellino.

—Me parece que no me tomáis muy en serio, —dijo, intentando disimular su desilusión.

—No le hagas caso, —le recomendó tía Elvira—. Raúl nunca se fija en la ropa, por eso no sabe qué decirte. Y ahora, si os parece, pasaremos al saloncito. Supongo que todos tomaréis café.

Dio ejemplo levantándose y en unión de Nora y de Patricia salió del comedor, cruzando el vestíbulo para dirigirse a la estancia contigua, donde penetraba alegremente el sol. Las tres señoras ocuparon las butacas que se encontraban cerca de la chimenea, Ramón Borrell el sillón frontero al mismo, y Leonor se acomodó en el sofá, entre Juan y Raúl. Advertí que Miguel dudaba entre los asientos que quedaban disponibles y finalmente optó por aproximarse a la ventana, como si le interesara contemplar el paisaje que se divisaba desde allí. Solo cuando yo me senté en un sillón próximo al sofá, se dejó caer en el más alejado del lugar en que me hallaba.

Ninguno de los presentes se dio cuenta, pero a mí me produjo una irritación sorda. ¿Qué se habría creído el muy estúpido? Si el motivo era que continuaba enfadado conmigo, peor para él y si, por el contrario su actitud obedecía a la simpleza que había insinuado Leonor en la playa, ya le

demonstraría que no tenía de qué preocuparse, porque en ese sentido él a mí me tenía sin cuidado. Lo malo era que le tenía justamente enfrente, por lo que me vi obligada a mantener los ojos bajos para que no se cruzaran nuestras miradas.

Cuando me cansé, clavé la vista en el cuadro que pendía sobre la chimenea, rememorando la impresión que me produjo esa marina, años atrás. No era el mar auténtico el que su autor había plasmado en el lienzo. Carecía de fuerza, de empuje. Toda su gama de tonalidades eran de un azul pastel, sin luminosidad alguna, y su contemplación no transmitía sensación alguna de grandiosidad. Debí dejar traslucir lo que estaba pensando, porque noté que Juan me observaba con expresión de fingida consternación.

—¿Tan horroroso te parece ese cuadro? Lo estás mirando con una cara de asco...

—No, que va, —mentí, enrojeciendo tontamente.

También Leonor se reía, observándome con curiosidad.

—Pues llevas un buen rato examinándolo atentamente. ¿Pintas al óleo?

—No, —reconocí tímidamente—. He aprendido a dibujar, porque para ser decoradora es imprescindible, pero nunca he pintado al óleo. Solamente acuarela y guache.

—La que pintaba extraordinariamente bien era Leonor, —nos comunicó su padre—. Y digo que pintaba, porque ya no pinta. Se cansó enseguida, como se cansa de todo.

—No me canso de todo, papá, —protestó ella. Y volviéndose hacia mí, me explicó—: Estuve yendo a un estudio para aprender a pintar al óleo, pero lo dejé enseguida porque no podía compatibilizarlo con la facultad de Derecho. Además, no lo hacía tan bien como dice papá.

Su madre sonrió indulgentemente y seguramente para cambiar de conversación, se volvió hacia mí, sonriéndome afectuosamente.

—¿Y piensas empezar a trabajar pronto?

Lo cierto es que no me lo había planteado. No necesitaba el dinero y en Segovia ocupaba todo mi tiempo con las faenas domésticas, pero intuí que le parecería raro que una chica de mi época no aspirase a ejercer su profesión y se contentase con realizar unas tareas tan vilipendiadas por la juventud.

—Sí, claro, —repuse—. En cuanto terminen las Navidades.

—Podrías colaborar con nosotros, —me ofreció Juan, animándose ante la idea—. ¿Qué te parece? Podrías decorar unos apartamentos que estamos construyendo en Palma. ¿Cómo no se me habrá ocurrido antes?

Leonor celebró la proposición que acababa de hacerme y estaba comentándola con su madre, cuando entró Juanita en el saloncito, portando una bandeja con el servicio del café. Lo depositó sobre la mesita y luego se inclinó hacia tía Elvira, cuchicheando unas palabras a su oído. Mi tía dio un respingo al oírla.

—¿Lo has encontrado? Ya me extrañaba a mí, —dijo en voz alta—. Un cuadro tan grande no desaparece así como así. ¿Dónde estaba?

Juanita titubeó azarada. Sonreía bobaliconamente como siempre, cuando le contestó con voz clara:

—Estaba en el dormitorio de la señorita Eurídice.

—¿Cómo dices?, —se sobresaltó Raúl, volviéndose incrédulamente hacia mí.

—Lo he encontrado, cuando he subido a guardar la ropa de la señorita, que he planchado esta mañana. El cuadro estaba dentro de su armario, oculto tras sus pantalones.

—Pero eso es imposible, —articulé trabajosamente. Un silencio pesado pareció envolvernos. Tía Elvira se había inclinado hacia mí y en su rostro apergaminado podía leerse la perplejidad más absoluta.

—Eurídice... ¿Tú...?

Experimenté la sensación de que una bola de algodón se había deslizado en interior, atenazándome la garganta. Traté de responder, pero no conseguí que las palabras acudieran a mis labios. Estaba tan confusa, tan desorientada... Borrosamente distinguí un sin número de rostros, pendientes de mi explicación y me puse en pie. Traté de reunirlos, de dar alguna forma a los enmarañados pensamientos que se agolpaban tumultuosamente en mi mente. Todos esperaban que aclarase lo sucedido, mirándome... sí, acusadoramente. Vagamente distinguí la expresión de Miguel, que denotaba una decepción sin límites. Tenía que decirle... tenía que decirles a todos que yo no había sido. ¿Pero por qué no podía?

Me acometió una sensación de frío intenso. Aquella situación la había vivido antes, pero, ¿cuándo? Como en sueños me vi a mí misma corriendo por un sendero, con mi lacia melena zarandeada por el viento. Alguien corría delante de mí, pero no podía verle, porque la niebla nos envolvía. Una niebla grisácea, que me impedía distinguir nada a mi alrededor. Me cubría como un manto helado y sentí su humedad en mis mejillas, empapadas por las lágrimas.

Una voz me llamaba a lo lejos, ¿a quién pertenecía? No podía distinguirla porque los blanquecinos jirones difuminaban su silueta. Después unos ojos habían surgido de improviso entre la bruma que se deshacía caprichosamente en el aire. Me miraban de un modo terrible y sentí un terror casi irreal, que paralizaba mi cuerpo. Miedo de algo que no conseguí definir, pero que dolía. Un dolor similar experimentaba en ese momento. Quizás si pudiera hablar, si pudiera decir...

Distinguí como entre sombras la alta figura de Raúl que se inclinaba hacia mí.

—¿Te encuentras bien, Eurídice? Te has puesto muy pálida.

Con un supremo esfuerzo de voluntad logré mover la cabeza en un ademán negativo. Vi el semblante de Leonor distendido por el asombro. Un rictus amargo desfiguraba la boca de Juan, que se había vuelto hacia la ventana. Patricia Olavide, incomodísima, cruzaba y descruzaba nerviosamente las manos y algo parecido hacía la madre de Leonor. Su marido había fruncido el ceño y me miraba sorprendido. No alcancé a ver la expresión de Miguel, pero la imaginé irónica. Como un trallazo me vino a la memoria lo que me dijera esa misma mañana.

“¿Te divierte mantenerles a todos en vilo? Ninguno de esos despropósitos habían ocurrido en Montsalvatge antes de tu llegada”.

Un escalofrío me recorrió entera.

—Pero yo no he sido, —murmuré con el tono de una niña que temiera ser castigada—. Yo no he sido.

Percibí la voz de Raúl, suave, persuasiva.

—Claro que no. Todos sabemos que no has tenido intención. Ha sido solamente una broma, ¿verdad?

—¿Una broma?, ¡oh, no!, ¡claro que no!

Sentí de pronto un terror absoluto y saliendo de la habitación, crucé corriendo el vestíbulo y subí las escaleras sin detenerme hasta que llegué a mi dormitorio. Cerré de golpe la puerta y me arrojé de bruces sobre el lecho.

OceanofPDF.com

Capítulo 7

Permanecí largo rato con el rostro hundido en la almohada, tratando de aclarar mis pensamientos. En dos ocasiones oí cómo Raúl llamaba con los nudillos, pidiéndome que le permitiera entrar, pero no atendí a su llamada. Necesitaba estar sola para reflexionar. Me había comportado de una manera estúpida. Si les hubiese aclarado que yo no había descolgado el cuadro ni lo había escondido en mi armario, todos me habrían creído. ¿Por qué no lo había hecho? Con mi absurda reacción no había conseguido más que empeorar las cosas.

Me sentía embargada por una angustia infinita. ¿Qué pensarían ahora de mí? Recordaba la expresión de embarazo de Patricia y de Nora y el asombro que denotaba el semblante de Leonor, pero sobre todo la acusación que traslucían las miradas de todos, que habían removido dentro de mí un sinfín de sensaciones olvidadas. Traté de rememorar nuevamente las imágenes que en ese momento habían acudido a mi memoria, pero solo conseguí vislumbrar borrosamente la niebla. ¿Por qué la niebla me asustaba de esa forma?, ¿qué oculto significado tenía para mí?

Acabé durmiéndome, pero fue un sueño agitado, colmado de pesadillas. Llevaba una muñeca en brazos y alguien trataba de quitármela. Sí, era Miguel que saltaba de roca en roca y luego la arrojaba al agua. La muñeca se hundía y yo gritaba intentando salvarla. Pero no era Miguel, era Raúl el que me zarandeaba por los hombros y me amenazaba con tirarme al mar a mí también. Llamaba entonces a Marta para que acudiese en mi ayuda, pero mi prima no contestaba a mis gritos. ¿Dónde estaba Marta? Tenía que rescatar a mi muñeca y la necesitaba. ¿Dónde estaba?

Me desperté de pronto y tardé un tiempo en darme cuenta de que me encontraba en mi cama y que las acongojantes sensaciones que aún me

angustiaban no eran reales. Al incorporarme sobre un codo, divisé a través de los cristales del balcón las oscuras siluetas de los pinos que crecían arracimados y se extendían hasta el acantilado. Había anochecido ya. ¿Qué hora sería? Comprobé que mi reloj de pulsera se había parado. Debía ser muy tarde. Seguramente nuestros invitados se habrían marchado ya a la Escollera. Imaginé los comentarios de Patricia, Nora y Leonor durante el trayecto y el asombro de Ramón.

—No es más que una histérica, —diría la muchacha—. Y a mí que me había parecido una chica normal... insignificante y aburrida, pero normal.

Y a su madre contestando.

—Sí, hija, sí. Desde que ha vuelto a Montsalvatge los tiene a todos en vilo. Claro que, tiene a quién salirle, porque su padre, el pobre, también estaba bastante trastornado. Es una verdadera lástima.

No conseguí imaginar lo que habría dicho Miguel. Recordaba con toda claridad su gesto de decepción. Seguramente habría permanecido callado, hosco.

Pasé una ardorosa mano por mi frente, luchando por aclarar mis ideas. ¿Estaría trastornada? ¿Habría hecho en realidad todas aquellas cosas absurdas, olvidándolas luego?

Pero no era posible. Yo había sido siempre una persona equilibrada. Aburrida y tristona, pero equilibrada.

Vacilante me puse en pie y me dirigí al cuarto de baño para lavarme la cara y las manos y luego volví al dormitorio, deteniéndome indecisa junto a mi lecho. Un sonido levísimo me impulsó a volverme hacia la puerta. A la escasa luz que proyectaba la lámpara de la mesita de noche, vi como el tirador giraba lentamente. Permanecí inmóvil, contemplándolo como hipnotizada. Después la manilla recobró rápidamente su primitiva posición.

Ocurrió todo tan deprisa que llegué a preguntarme si no lo habría imaginado, pero no, el sonido de unos pasos sobre el alfombrado pasillo llegó claramente a mis oídos. Salvé la distancia que me separaba de la puerta y descorriendo el cerrojo la abrí. El corredor estaba desierto. Permanecí unos segundos en el umbral, tratando de distinguir algo en la oscuridad. Ningún rumor se percibía ahora, solo un silencio total.

¿Pero qué era aquello? Al fondo del pasillo algo se había movido. Sí, una figura borrosa, cuya silueta se perfilaba en la oscuridad, se deslizaba sin ruido hacia el ala de la casa que se mantenía cerrada. Corrí tras ella. Necesitaba saber... necesitaba averiguar... Avancé tanteando las tapizadas paredes del corredor para orientarme y abrí la puerta que comunicaba la parte de la casa que habitábamos con la que no se utilizaba. A mi izquierda se encontraba el cuarto donde jugábamos de niños en invierno y a continuación la sala de estudio en la que don Ambrosio nos daba clase, día tras día con asombrosa paciencia. En la oscuridad noté la dureza del pavimento bajo mis pies, calzados con zapatillas. El pasillo de esa ala de la casa no estaba alfombrado y palpé también la desnudez de las paredes. Indecisa me detuve, tratando de orientarme. Ya no oía el sonido de las pisadas que me precedían. ¿Acaso aquella sombra se había detenido también para esperarme?

Un terror angustioso me atenazó y sentí la frente perlada de sudor. A tientas percibí el tacto de la madera y comprendí que me hallaba ante la puerta de la sala de estudio, que abrí cautelosamente, encendiendo la luz a continuación. Reconocí la inmensa estancia, cubierta de polvo, que continuaba idéntica a como la recordaba. Los pupitres, con manchas de tinta, en los que garrapateábamos de niños, seguían ocupando el mismo lugar y también la mesa de don Ambrosio, delante de la pizarra que colgaba de la pared, parecía aguardar la llegada de sus alumnos. El profesor acostumbraba a acumular libros y papeles sobre esa mesa, pero ahora estaba vacía, desmantelada, y con sus carcomidas patas invadidas de telarañas.

Frente a la puerta se abría el ventanal, desde donde se dominaba la extensión de terreno de la finca que se divisaba desde la parte posterior del edificio y, más allá, los montes cubiertos de retama y de pinos, pero ahora, las contraventanas herméticamente cerradas impedían su visión. Pasé un dedo por la superficie de la mesa y lo retiré negro de polvo. Disgustada, saqué el pañuelo del bolsillo de mi bata y me lo limpié cuidadosamente. No soportaba la suciedad.

Volví los ojos hacia el pupitre que ocupara antaño y entonces la vi, pero no sobre el mío, sino sobre el que había pertenecido a Marta. Una hoja de papel con un dibujo sin terminar. Una lámina sin rastro de polvo, que

alguien tenía que haber dejado allí no mucho tiempo antes. Lentamente me acerqué hacia el pupitre, como si el bosquejo me atrajese de una hora irresistible. También había un lápiz de dibujo y en el extremo superior del papel aparecía reseñada la fecha en la que nos encontrábamos.

Sin atreverme a tocarlo, lo contemplé fijamente, sintiendo los miembros agarrotados. Une escalofrío me recorrió la espalda al percibir nuevamente el sonido de los pasos que antes había oído en el corredor, aproximándose a la sala de estudio. No me atreví a volverme y permanecí de espaldas a la puerta, rígida, inmóvil. Se acercaban cada vez más, se habían detenido en el umbral. No conseguí girar la cabeza, por más que lo intenté. La lámina comenzó a danzar ante mis ojos. Después oí confusamente la voz de alguien que me llamaba por mi nombre y di un grito.

Como en sueños reconocí la voz de Raúl, pero provenía de muy lejos. Unas manos duras me zarandeaban por los hombros, haciéndome daño y al abrir los ojos distinguí el alterado semblante de mi primo, inclinado sobre mí. Dejé vagar mi vista en derredor hasta recobrar la conciencia de lo sucedido. Estaba en la sala de estudio y sobre el pupitre de Marta permanecía aquella lámina. Entonces recordé el sonido de las pisadas que se me habían aproximado por detrás y me tapé la boca con la mano para no gritar de nuevo. Raúl parecía seguir el hilo de mis pensamientos porque empezó a zarandearme otra vez.

—Cálmate, Eurídice. No sucede nada.

Al levantar los ojos hacia él, le encontré pálido y desencajado y me desasí suavemente de sus manos.

—¿Qué me ha sucedido?, ¿me he desmayado?

Meneó negativamente la cabeza sin dejar de observarme fijamente.

—No. Un ataque de... de nervios. Te he encontrado aquí chillando como una loca, aferrada al pupitre y sin querer volverte hacia mí. ¿Qué es lo que te ha asustado tanto?

Le señalé la hoja de papel y mientras la contemplaba, le expliqué:

—Es de ella. Ella ha estado aquí y ha escrito la fecha de hoy sobre su dibujo. ¿No la ves?

Había levantado la voz y me hizo callar con un gesto.

—¡Chist! Están todos acostados y no se han enterado de nada. Me he quedado un rato leyendo en la biblioteca y le he dicho a Juanita que te subiera una bandeja con la cena antes de marcharse. Al parecer, no has querido abrirle, pero a continuación te ha visto salir de tu dormitorio y encaminarte a oscuras a esta ala de la casa. Entonces ha bajado a avisarme y te he encontrado aquí, gritando. Parece milagroso que los demás no te haya oído. Pero, dime ¿por qué te asustas de esta lámina? Yo no le veo nada de particular.

—Es de ella, —repuse débilmente—. Me he asustado al oír sus pasos aproximándose a este cuarto. Luego se ha detenido en el umbral a mirarme y, aunque lo he intentado, no he conseguido volverme.

El semblante de Raúl se oscureció.

—Tranquilízate y trata de contarme lo que te ha pasado con algo más de coherencia. No consigo entenderte.

Dudé en referírselo. ¿No lo tergiversaría después, como había hecho anteriormente, para hacerles creer a todos que no estaba en mis cabales? Claro que en ese caso yo podría negar los hechos que él relatase y decir que se los había inventado.

—Creo que he dormido toda la tarde y me he despertado con una pesadilla horrible. Al poco rato he notado que alguien intentaba entrar en el dormitorio y he salido a ver quien era, pero no había nadie en el pasillo. Entonces la he visto.

—¿A quién has visto?, —me preguntó Raúl con voz tensa.

Estaba muy oscuro, pero he distinguido una sombra que caminaba delante de mí. La he seguido sin hacer ruido, pero luego la he perdido de vista. Al tropezar con la puerta de este cuarto, he entrado a echar un vistazo y he encontrado la lámina que ha dibujado, con la fecha de hoy. Ella ha estado aquí hace un instante.

—¿Ella?, —inquirió, con sus oscuros ojos brillantes de inquietud.

—Sí, Marta. Después he oído sus pasos. Se ha acercado a esta habitación y se ha detenido en el umbral. Ha sido cuando he gritado.

Raúl giró la cabeza hacia la ventana para que no viera su expresión. Con dedos nerviosos extrajo un paquete de cigarrillos del bolsillo y encendió

uno. Cuando volví a verle la cara, oscuras ojeras circundaban sus pupilas. Su voz sonó crispada.

—¿Dices que has visto a Marta?, ¿la has visto en realidad? Descríbeme como era.

—No, no he conseguido volver la cabeza en su dirección. Me he quedado como paralizada, pero sé que era ella.

—Estás en un error. Los pasos que has oído eran los míos. Todo ha sido imaginación tuya.

Le señalé nuevamente la lámina.

—¿Y esa fecha? Es la de hoy. ¿Es que no la ves?

Le echó una distraída ojeada y luego la arrojó sobre el pupitre.

—Dime una cosa, Eurídice. En todos estos años que has permanecido en Segovia, ¿alguna vez has creído verla o has mantenido con ella algún tipo de relación?

Me costó trabajo entender lo que me preguntaba, pero cuando alcancé a comprender su significado, meneé negativamente la cabeza.

—Claro que no. ¿Cómo iba a verla, si ella estaba aquí, en Montsalvatge? ¡Qué absurdo!

Raúl asintió pacientemente.

—Y aquí, en Montsalvatge, ¿has llegado a verla alguna vez?

—No, verla, lo que se dice verla, no, pero he sentido su presencia en muchas ocasiones. Tiene que ser ella la que hace todas estas cosas que no tienen sentido. ¿Quién si no? Piensa en lo que ha sucedido esta tarde. ¿Por qué iba yo a descolgar el cuadro del abuelo y a esconderlo en el armario?

—¿Y por qué habría de hacerlo Marta?, —inquirió él.

—Tienes razón. Aunque ahora que lo recuerdo... Marta detestaba ese cuadro. Decía que era horrible. ¿No te acuerdas?

—No, no me acuerdo.

Fruncí el ceño para rememorarle con mayor precisión.

—A menudo decía que el abuelo estaba en ese cuadro hecho una facha y que cuando fuera mayor le pintaría un retrato mucho mejor.

—Pero nunca lo descolgó de la pared, que yo sepa.

—No, creo que no. Efectivamente no lo descolgó. —Lo medité unos instantes y al ocurrírseme un nuevo argumento levanté los ojos hacia él—.

¿Pero y esa lámina, Raúl?, —insistí señalándosela—. El dibujo es de ella y ha reseñado en el margen la fecha de hoy.

Me interrumpió con impaciencia.

—Eso no significa nada. Hay dibujos de Marta guardados en esta casa y cualquiera ha podido traerlo a esta habitación y dejarlo sobre su pupitre, después de escribir esa fecha. Escúchame con atención, Eurídice. Tienes que prometerme una cosa. No quiero que le refieras a nadie, absolutamente a nadie, lo que has creído ver esta noche. Ni siquiera a Miguel. ¿Me lo prometes?

Parpadeé desorientada.

—¿Por qué habría de contárselo precisamente a Miguel? Está enfadado conmigo, porque cree que todo esto es una broma mía. ¿Por qué le dijiste eso?

Recostado contra la pared, se encogió evasivamente de hombros.

—Pensé que era mejor que lo creyese así.

—¿Qué era mejor?, —repetí perpleja—. ¿Por qué?, ¿por qué no le dijiste simplemente que yo no había intervenido para nada en los despropósitos que estamos padeciendo?

Vaciló imperceptiblemente, como si no se decidiera a aclararme el verdadero motivo.

—Sería conveniente que dejásemos este tema para más adelante. Siento... siento no ser un especialista en la materia.

Me irritó su actitud. Aunque me repetí a mí misma que no debía dejar traslucir la desconfianza que su comportamiento me inspiraba y que debía limitarme a estar sobre aviso, no pude evitar dar un paso en falso.

—No quiero dejar el tema. Quiero saber por qué no le dijiste la verdad a Miguel.

—¿La verdad?, —musitó apagadamente—. Me gustaría decírtela, pero no sé por donde empezar. —Nerviosamente tiró el cigarrillo al suelo y, después de pisotearlo, se volvió hacia mí—. Mira, Eurídice, en algunos casos... nerviosos, puede producirse una disociación de la conciencia y con ello pueden aparecer unos estados anormales que podrían calificarse de hipnóides, ¿me sigues?

—Desde luego.

Continuó, sin fijarse en mi gesto de desorientación.

—Esos estados abarcan desde una ligera somnolencia hasta el sonambulismo y desde el recuerdo total hasta la amnesia absoluta.

Le escuchaba ahora atentamente, sin imaginarme a donde quería ir a parar.

—¿Y esos... síntomas a qué causa obedecen?

Raúl vaciló de nuevo y me dirigió una mirada de soslayo antes de encender otro cigarrillo con unas manos que temblaban ostensiblemente.

—Corresponden a una actitud histérica, a una neurosis disociativa, ante la represión de un trauma grave. Al volver a un estado de consciencia normal, en ocasiones puede conservarse un recuerdo vago, como el que se tiene después de un sueño, que se va borrando después. Creo que ese es el motivo de que tú vuelvas al lugar donde has estado inconsciente anteriormente.

Me quedé sin habla. ¿Me estaba diciendo que había sido yo, en estado hipnótico o como quisiera llamarlo, quien había depositado el dibujo de Marta en su pupitre, reseñando además la fecha en la que nos encontrábamos? ¿Intentaba convencerme de que, ya despierta, había regresado al mismo lugar, porque conservaba un recuerdo vago de haber estado allí poco antes? En ese caso también debía pensar que había sido yo la que durmiera en el cuarto de Marta la noche de mi llegada, la que transportara su ropa desde el desván al armario de su cuarto y la que esa misma mañana había escondido el retrato del abuelo. Solo le faltaba decirme que el lugar adecuado para mí era el de un manicomio. Debió intuir lo que estaba pensando, porque intentó sonreírme forzosamente.

—No es tan grave como supones. Como te he dicho, el origen es la represión de un trauma que...

—¿De qué trauma?, —le interrumpí—. Me he llevado muchos disgustos en mi vida, pero no recuerdo ningún acontecimiento especial que merezca ese calificativo.

No conseguí interpretar su expresión. Un sinfín de emociones confusas asomaron a sus ojos en apenas una décima de segundo, de las que solo logré entresacar algo parecido al miedo. ¿De qué tenía miedo Raúl? ¿De que

estuviera chiflada o de que fuera demasiado razonable y no me dejara manipular por él?

—Un trauma grave produce esos efectos precisamente cuando es reprimido, o sea, olvidado, —murmuró apagadamente.

—¿Quieres decir que la persona que lo ha sufrido no lo sabe?

—No lo sabe conscientemente.

—Ya. A ver si lo he entendido. Según tú, he olvidado algo horrible que me sucedió. ¿No es eso?, —manifesté con mordacidad—. ¿Por qué entonces no me refieres ese espantoso episodio y me ayudas a traerlo a la memoria? Porque supongo que al recordarlo quedarán resueltos todos mis problemas. ¿O no?

Raúl hizo un gesto de cansancio.

—Es mejor que lo dejemos, Eurídice. Solo trato de que los demás no piensen... nada especial. Lo que te ocurre puede solucionarse con un sencillo tratamiento. Es preferible que, mientras tanto, los demás consideren que son pequeñas excentricidades tuyas.

Me pregunté si debería insistir, pero ya no estaba segura de cuales eran las intenciones de Raúl. No sabía si él verdaderamente opinaba que yo estaba trastornada o si, por el contrario, era esa la única explicación que se le había ocurrido darme para evitar aclararme la identidad de la sombra que desde mi dormitorio me había precedido por el pasillo hasta la sala de estudio. Pero si esa sombra pertenecía a Marta y esta no había muerto, ¿por qué la mantenía oculta en el ala de la casa que permanecía cerrada?

Maquinalmente cogí la lámina de dibujo y estudié los signos escritos en su margen derecho. Los números de la fecha habían sido reseñados por una mano que temblaba en el momento de transcribirlos y no se parecían a los míos, pero tampoco a los de ella. Al menos, no a los que recordaba de ella cuando de niña resolvía los problemas de matemáticas que nos mandaba don Ambrosio. Claro que eso no constituía una prueba decisiva, pues la escritura suele ir cambiando con el paso de los años.

—Dame ese dibujo, —me pidió Raúl en un tono tan imperioso que no me atreví a negarme.

—¿No puedo... no puedo quedármelo? No conservo ningún recuerdo suyo.

—Te buscaré una foto, —replicó arrebatándomelo. Luego lo estrujó en su mano y se lo guardó en el bolsillo—. Eurídice, ¿quieres dejar de darle vueltas a este asunto?, —se impacientó—. Ya te lo he explicado y te repito que tu... tu problema podría solucionarse si me permitieras ayudarte. Podría conseguirte cita para el lunes para consultar tu caso con ese psiquiatra del que te he hablado.

—Muchas gracias, pero no creo necesitar ningún tratamiento, —musité débilmente, intimidada por su tono autoritario—. Me encuentro perfectamente.

Noté que le irritaba mi negativa, pero no insistió y no volvió a aludir a ese tema durante el recorrido que efectuamos de regreso a mi dormitorio ni al despedirse de mí.

El día siguiente lo pasé en mi cuarto. Era domingo y cuando Juan vino a media mañana a interesarse por el motivo por el que aún permanecía acostada, pretexté una fuerte jaqueca. Lo que necesitaba era estar sola. Me hacía falta reflexionar y además no me sentía en condiciones de afrontar la conmiseración que, sin duda, traslucirían los semblantes de todos los que estaban presentes en el saloncito, cuando Juanita les comunicó a tía Elvira que había encontrado el retrato del abuelo dentro de mi armario.

La expresión de Juan denotaba tan solo preocupación por mi estado de salud e incluso procuró animarme con la perspectiva de una reunión a la que íbamos a asistir el lunes por la tarde. Desde luego, yo no pensaba asistir, pero no se lo dije para no desilusionarle. Estaba tan cansada... No me apetecía hacer nada ni ver a nadie, por lo que cuando más tarde acudió tía Elvira a traerme una bandeja con la comida, fingí estar durmiendo.

Durante toda la tarde permanecí acostada, dándole vueltas a lo mismo. ¿A dónde podría marcharme? Sabía sobradamente que carecía de los arrestos necesarios para enfrentarme sola con el enigma que albergaba Montsalvatge y no podía contar con nadie. Juan era un buenazo, pero, o bien conocía la existencia de la persona que la noche anterior había desaparecido de mi vista, ocultándose en el ala deshabitada de la casa, y tenía razones para no compartir su secreto conmigo, o, si lo ignoraba, no daría crédito a lo que yo pudiera referirle. Ni él ni ningún otro, porque de

demostrarles a todos que yo no estaba en mis cabales ya se había ocupado Raúl.

Cabía obra posibilidad. Que hubiera sido Juanita la que, confabulada con él, me precediera a oscuras por el pasillo y dejara la lámina de Marta en la sala de estudio para hacerme creer que sufría alucinaciones. Pero en este último caso, ¿por qué me había pedido Raúl que no le contara a nadie lo que había visto? ¿Le bastaba con que yo llegara al convencimiento de que estaba chiflada, aunque los demás no tuvieran conocimiento de mis supuestas “rarezas”?

Dando vueltas en la cama, debí dormirme, porque cuando me desperté a la mañana siguiente ya era muy tarde. No tenía tampoco intención de levantarme ese día y permanecí inmóvil mirando al techo, hasta que me pareció reconocer la voz de Leonor en el pasillo hablando con Juanita. De puntillas me aproximé a la puerta para escuchar lo que decían.

—La señorita Eurídice está indispuesta. Ya sabe usted..., —oí que le comentaba a la otra esta última.

—¡Bah!, no será nada. Un dolorcillo de cabeza, supongo, —le contestó Leonor.

Imaginé la expresión de la criada, cuando la escuché decir.

—Anteanoche nos dio un susto horrible al señorito Raúl y a mí. La vi salir de su cuarto con una cara muy rara y bajé a avisarle. Pero no le diga nada a la señora. La pobre bastante tiene. Es terrible para ella lo de la señorita. Un pariente mío empezó así y al final tuvieron que internarle. Una lástima.

La voz de Leonor sonó áspera.

—¿Y eso qué tiene que con la señorita Eurídice? A nadie le internan por salir de su cuarto con cara rara, creo yo. No tiene nada que ver una cosa con la otra.

—No, claro, solo por eso... no, pero...

Juanita parecía deseosa de seguir chismorreando sobre mí, pero Leonor no se lo permitió. Llamaba a mi puerta con los nudillos, por lo que eché a correr hacia la cama y me acosté de nuevo, cubriéndome con la sábana hasta la barbilla.

—¿Puedo pasar? Soy Leonor.

Pensé que lo mejor sería no contestar y hacerme la dormida, pero no contaba con el carácter impulsivo de la muchacha, que, al no oír mi respuesta, asió decididamente el picaporte y entró en el dormitorio, aproximándose a mi cama con desenvoltura.

—Parece que se te han pegado las sábanas, ¿eh? ¿Cuál es la gravísima enfermedad que te aqueja?

La luz que penetraba por las rendijas de las maderas del balcón me permitió distinguir su expresión risueña.

—Vamos, criatura, levántate de una vez, —me animó, tirando de mi brazo—. Me ha prestado Miguel su coche y lo tengo aparcado abajo. Vamos a ir a Palma a comprar tu disfraz y el mío, aunque no sé todavía de qué voy disfrazarme.

Su vitalidad resultaba contagiosa, pero, pese a ello, me resistí.

—Gracias, Leonor. Eres muy amable al tomarte tantas molestias por mí. Había pensado... había pensado que después de lo del otro día, ya no...

Se echó a reír despreocupadamente.

—No digas más majaderías y vístete de una vez. A mí me tiene sin cuidado que escondieras ese cuadro. Lo he visto hoy al subir por la escalera y desde luego fuiste muy prudente al limitarte a ocultarlo. Yo lo hubiera tirado el cubo de la basura.

—No, si no fui yo, —protesté.

—¡Ah!, ¿no?, pues entonces no sé de qué te preocupas.

Me puso en pie, tirando de uno de mis brazos y a empujones me llevó hasta el armario para que eligiera la ropa que iba a ponerme. Con ella en la mano pasé al cuarto de baño, manteniendo la puerta entreabierta.

—Te interesa mucho la pintura, ¿verdad, Eurídice?, —le oí decir—. Lo noté el otro día, cuando examinabas con aire crítico el cuadro que cuelga sobre la chimenea del saloncito. Tienes aspecto de artista.

—Pues no lo soy, —repliqué a gritos mientras me duchaba—. La que pintaba era Marta.

—Sí, ya lo recuerdo. Vi un par de marinas tuyas y me impresionaron. Tenían una luminosidad muy especial. Claro que entonces éramos unas niñas y todo nos parecía bonito. Quizás si viese ahora alguno de sus cuadros opinaría de distinta manera. ¿Conservas alguno?

Rememoré en ese instante el que comenzara a pintar en la caleta el día en que Miguel se despidió de nosotros para irse con sus padres a Madrid. Conservé durante un tiempo la esperanza de que se le pasara el berrinche y tomara nuevamente los pinceles para plasmar en el lienzo aquel mar tan azul y la playa con su arena dorada, pero ella se había ido. Ya nunca podría recuperarlo.

—No, y lo siento. Una vez prometió regalarme un paisaje, pero no llegó a terminarlo. No sé donde puede tenerlos guardados mi tía. Si quieres, podemos subir un día al torreón, porque allí solía pintar Marta y tenía el caballete y los cuadros que opinaba que valían la pena. Tú pintabas también muy bien, ¿verdad?

Hasta sus oídos llegó la alegre risa de la muchacha.

—Qué va. Son cosas de mi padre. Lo dejé, porque no podía compaginarlo con mis estudios y es más práctico ser abogado que pintora. Además, nunca hubiera llegado a ninguna parte con los pinceles. Lo que sí puedo decirte, es que entiendo bastante del tema, porque ha seguido interesándome y he estudiado mucho la técnica de los más destacados. ¿Te gusta la pintura?

—Sí, sí, claro, —repuse sin ninguna convicción, deseando que pensara que era una muchacha culta.

Sin duda, al oírme creyó encontrarse en terreno conocido, porque a continuación me preguntó:

—¿Y qué opinas de la influencia de Van Gogh y Gauguin en Picasso? ¿Y de la del Greco? El alargamiento de las figuras de su época azul me parece que se manifiesta sobre todo en su cuadro “El entierro de Casagemas”. ¿No crees?

No conocía ese cuadro ni tenía una opinión formada sobre el ascendiente que en el pintor español hubieran podido tener los impresionistas citados en primer término, por lo que abrí más el grifo de la ducha y fingí no oírla.

—Estoy acabando, —le dije a gritos—. No tardaré.

Me arreglé apresuradamente y cuando regresé al dormitorio vi que Leonor estaba junto al balcón, contemplando abstraída la extensión de terreno que se dominaba desde allí.

—Tienes una bonita vista, —me comentó, señalándomela apreciativamente—. Desde la ventana de mi cuarto, aquí en la Escollera, se ve la casa de los Serra. Sabes que vamos esta tarde a una reunión en casa de Marisa, ¿verdad?

Debió de darse cuenta de mi desinterés, porque insistió.

—¿Qué pasa?, ¿no piensas ir? Pues la del año pasado fue divertidísima y no estoy dispuesta a permitir que te quedes en tierra. No quiero que echés de menos a tu pandilla de Segovia. Porque supongo que tendrías una pandilla.

Me encogí evasivamente de hombros.

—Bueno, en realidad... no. Salía casi siempre con Luisa, con mi madrastra.

—Sí, ya sé. Recuerdo lo que te compadecían tus primos y el mío por ese motivo. Te protegían como si fueses un helado que en cualquier momento se pudiese derretir. Y aún continuán haciéndolo.

—¿Tú crees?, —me sorprendí—. Yo diría que más bien se metían continuamente conmigo y me hacían rabiar.

—Eso también es cierto, —reconoció, mientras me ayudaba a hacer la cama—. ¿Pero de verdad no te dabas cuenta del mimo con el que te trataban? Marta y yo cobrábamos de lo lindo, en cuanto sacábamos los pies del plato. En cambio a ti... Si todavía me acuerdo de una vez que te llevamos prisionera a la gruta de la playa y Miguel te dejó escapar.

Me eché a reír al recordarlo.

—Sí, pero porque le amenacé con el infierno. Me había prometido anteriormente portarse bien conmigo.

Me pareció extraño sentirme tan a gusto con aquella chica a la que apenas conocía. Quizás obedeciera a que ella era también parte de mi infancia o quizás a la naturalidad con la que había acogido el hecho de que yo hubiera podido esconder el cuadro del abuelo. A diferencia de los demás, no me consideraba excéntrica o, si pensaba que lo era, le tenía sin cuidado. Animada por su comprensión, bajé con ella la escalera sintiéndome liberada de un gran peso. En ese momento hasta me apetecía asistir con ella a la reunión de Marisa, pero recordé a tiempo lo exiguo y poco apropiado del equipaje que había traído a la isla.

—Me temo que no dispongo de nada adecuado para esa reunión de la que me has hablado, —le comenté.

—Bah, por eso no te preocupes. A los jóvenes de hoy no nos gusta emperejilarnos y vamos a todas partes en pantalones vaqueros. La reunión de esta tarde es completamente informal. Como te he dicho, con unos vaqueros y un jersey de un color bonito que te siente bien, estarás estupenda. En cambio, en Nochebuena...

—¿Tendremos que emperejilarnos en Nochebuena?, —me preocupé.

Leonor afirmó vigorosamente con la cabeza agitando sus rizos rojizos.

—Sí, tu tía es muy tradicional. ¿No recuerdas las Navidades de cuando éramos niñas? Mi familia y yo veníamos a cenar aquí en Nochebuena y vosotros ibais a comer a La Escollera en Navidad. Elvira sigue colocando el árbol en el mismo sitio, lo adorna con las mismas bolitas y prepara una cena pantagruélica, igual que entonces. Como contraprestación pretende que nos arreglemos todos como si asistiésemos a una fiesta de la alta sociedad, así que tendremos que darle gusto. ¿No tienes nada bonito para esa noche?, —me preguntó ya al pie de la escalera—. Estoy pensando que podríamos aprovechar para comprarnos algo en Palma.

—Pues... la verdad es que no me interesan demasiado los trapos, —reconocí—. Y no porque tenga apuros económicos, simplemente es que soy un poco descuidada. Cuando en Segovia me invitaban a una reunión, tenía Luisa que prestarme alguno de sus trajes. A mí me parece absurdo gastar el dinero en esas bobadas, aunque comprendo que a una chica como tú le interese ir a la moda, porque eres muy bonita, pero yo... en fin, ya me entiendes, —concluí, enrojeciendo.

Estupefacta se volvió a mirarme.

—¿Y tú no... tú no te miras nunca al espejo?, —me preguntó incrédulamente.

—Claro que sí, ¿por qué lo dices?

—Porque no creo que tu aspecto deje nada que desear. Resultas tan absurdamente irreal... El otro día cuando te vi en la playa, me quedé observándote fijamente, porque me diste la impresión de que en cualquier momento te podías desvanecer en el aire. ¿No te han dicho nunca que no pareces pertenecer a este mundo?

Debí de ponerme como un tomate, porque se echó a reír.

—Bueno, está claro que, si te lo han dicho, no te has dado por enterada.
—De improviso recobró la seriedad y se mordió los labios—. Quiero decirte una cosa, Eurídice, pero no sé por donde empezar.

—Empieza por donde quieras, —la animé.

—No, vamos a despedirnos antes de tu tía. Te lo diré en el coche.

Poco después, cuando ya en el automóvil recorriamos la avenida bordeada de olmos que se extendía desde la terraza hasta la cancela de entrada de la finca, insistí:

—Bueno, desembucha ya. Me tienes intrigadísima.

Hizo un gesto de asentimiento sin perder de vista el camino que recorriamos y frunció los labios, buscando cuidadosamente las palabras.

—Lo que quería decirte es que... que la casona donde vives es terriblemente grande y sé que eres muy miedosa, porque me lo ha dicho Miguel. Si alguna vez te asustas de... si te encuentras sola, puedes contar conmigo. Yo no le tengo miedo a nada.

—¿A nada?

—Bueno, a casi nada. Supongo que todo el mundo se portará bien contigo y que nadie pretenderá meterte miedo.

Observé su agradable perfil, preguntándome si sabría algo más de lo que dejaba entrever. Las manos con las que sujetaba el volante denotaban ausencia de nerviosismo. Parecía preocuparse exclusivamente por mí.

—¿Por qué lo dices?

—No, por nada. Es que Juanita me ha dicho que la otra noche... que la otra noche dabas la impresión de estar un poco asustada.

Rememoré el oscuro pasillo y la sombra que intenté perseguir. ¿Me creería si se lo contaba?

—No fue nada, —dije con voz apenas audible—. Debo de tener los nervios algo alterados. No sé qué es lo que me sucede desde que he regresado a Montsalvatge, porque a veces me siento distinta, como si fuera otra persona.

Me interrumpí, temiendo haberme ido de la lengua. Era imposible que Leonor admitiera que las sospechas que despertaba en mí Raúl tenían fundamento, porque saltaba a la vista los sentimientos que él le inspiraba.

—Dime una cosa, Leonor. Comentaste el otro día que estabas estudiando Derecho, así que imagino que lo sabrás. ¿Quién me heredaría a mí, en el supuesto de que me ocurriese algo?

—¿Quieres decir en el supuesto de que te murieses?

—Sí.

—Dependería de que hubieses hecho o no testamento. ¿Has hecho testamento?

Reflexioné disimuladamente para que no advirtiera que no estaba muy segura. Nunca me había interesado por las cuestiones legales ni por resolver mis propios asuntos. A decir verdad, no sabría por dónde empezar si en adelante me viese obligada a manejar el timón de mi propia existencia.

—No, no entiendo nada de esas cosas. Luisa se ocupaba de todo.

—¿Y no se ocupó de que hicieras testamento?

Fruncí el ceño para concentrarme mejor. Había ido muchas veces al notario en su compañía, pero no recordaba ninguna ocasión en la que hubiera sido ese el objeto de nuestra visita.

—No. Probablemente porque consideró que era muy joven aún para preocuparme por el después.

Con un gesto evasivo, Leonor pareció indicar que ella también lo veía innecesario en el momento presente.

—En ese caso, te heredaría tu tía Elvira, que es tu más próxima pariente, —me explicó con voz clara—. Pero si prefieres testar a favor de otra persona, de tu madrastra por ejemplo, no habría ningún inconveniente, porque no tienes herederos forzosos. ¿Pero a qué viene esa tonta preocupación? Lo mejor es que no te mueras y que te gastes el dinero en trapos. ¿Tienes mucho?

—Creo que sí.

—Pues estupendo. Podremos entrar a saco en todas las tiendas que merezcan la pena. Como te he dicho, lo adecuado para asistir esta tarde a la reunión de los Serra son los vaqueros, pero, como también te he recordado, a tú tía le gusta que en Nochebuena nos vistamos más elegantes. En cuanto al día de Navidad, supongo que también te acordarás que en la Escollera ese día tenemos que ir guapas, así que, convendría que te compraras dos trajes, si no has traído ropa apropiada.

Parecía estar encantada con la noticia de que dispusiera de una buena situación económica, pero yo seguía dándole vueltas al tema que me mantenía obsesionada.

—¿Y en el supuesto de que no me muriera, pero que me pasara algo?, —le pregunté en tono intrascendente.

—¿Algo como qué?

—Que me chalara, por ejemplo.

Ajena por completa a la angustia que experimentaba yo, se echó a reír con ganas.

—Si te chalaras, no te heredaría nadie. Tu familia tendría que incapacitarte primero y el juez te nombraría un tutor que administraría tus bienes hasta que recobrases el sano juicio. Pero también es mejor que no te chales. ¿Para qué? Debe de ser aburridísimo.

En otro momento la hubiera imitado y me habría reído también, pero no tenía ganas de reírme.

—Pero yo casi no tengo parientes. ¿Quién podría ser mi tutor?

Leonor pareció encontrar mi pregunta graciosísima.

—Me da la impresión de que estás incubando una “depre”. Pero en fin, si tanto te interesa... Probablemente nombrarían a Raúl, aunque no te lo aconsejo como tutor. Se gastaría todo tu dinero en libros soporíferos y cuando recobraras la chaveta, te encontrarías con que no te quedaba el suficiente para adquirir más trapos. Y hablando de vestidos, tenemos que encontrar también tu túnica. Si no damos con ninguna tienda donde la vendan, al menos compraremos la tela. Yo soy una auténtica nulidad cosiendo, pero tía Pat se da bastante maña y te la confeccionaría encantada, porque te tiene mucho cariño. Claro que es natural.

—¿Por qué es natural?, —le pregunté—. Debió de formar muy mala opinión de mí por la desaparición del cuadro.

—Que va. Únicamente se preocupó por el mal rato que habías pasado, pero eso es todo. Es muy benévola juzgando a la gente y en tu caso lo es aún más.

Intrigada, abrí desmesuradamente los ojos.

—¿Por qué?

—Mujer, por lo que sucedió cuando era joven. —Me miró de soslayo—. Ya sabes que tu padre y ella fueron novios, ¿o acaso no lo sabías?

—Sí, lo he oído comentar.

—Tu padre la dejó cuando se marchó a vivir a Segovia.

Y mira, ahí tenemos Palma, —me comentó señalándome las primeras casas que se veían a lo lejos—. ¿No dirás que no te he traído en un santiamén? Soy una experta corredora de bólicos, aunque Miguel no opine lo mismo. Me ha costado bastante conseguir que me prestara su coche, pero se lo devolveremos sin un rasguño.

Entretenidas en recorrer tiendas, la mañana transcurrió sin que nos diéramos cuenta y cerca del mediodía regresamos al automóvil, cargadas de paquetes.

—Tengo los pies destrozados, —me quejé.

Leonor me dedicó un cómico visaje.

—Es por la falta de costumbre, porque yo estoy tan fresca, aunque me preocupa no haber comprado aún el regalo de Nochebuena de Raúl ni el tuyo. Quiero que sea una sorpresa. Se me ha ocurrido una cosa que estoy segura de que te va a gustar. Al menos cuando eras niña te gustaba mucho.

—¿Qué es?

—No, no pienso decírtelo. ¿Sabes lo que podríamos hacer? Nos quedaremos a comer aquí, en Palma, y así podremos seguir de tiendas esta tarde.

—¿Pero qué dirán en casa?, —me preocupé.

—No dirán nada, porque voy a llamarles ahora mismo por teléfono para advertirles.

—¿Crees que les parecerá bien?

—¿Y por qué no? Ya somos mayorcitas. Mira, comeremos en ese restaurante de la esquina, que tiene buen aspecto. Lo malo es que... que creo que me he dejado el móvil en la Escollera cargando. ¿Has traído el tuyo?

Meneé negativamente la cabeza.

—No tengo móvil.

Leonor me contempló estupefacta.

—¿Qué no tienes móvil?, ¿y cómo es que no tienes móvil? Todo el mundo tiene móvil.

Me encogí de hombros evasivamente.

—Yo... no..., nunca lo he necesitado.

—Bueno, da lo mismo, seguramente en el restaurante tendrán teléfono.

Me cogió del brazo, haciéndome caminar hacia el local que me había indicado.

—Espérame aquí, —me dijo cuando me dejó sentada en una mesa cubierta con un mantel de cuadritos blancos y azules—. Voy a telefonar por ti a Montsalvatge. Estoy segura de que, si lo hicieras tú, tu tía acabaría convenciéndote de que regresaras inmediatamente, porque tienes menos arrestos que un pajarillo anémico. Anda, sé buena chica y ve mirando la carta mientras tanto.

Se alejó hacia la cabina y me quedé sola, acodada en la mesa, mirando distraídamente a mi alrededor. El restaurante se encontraba bastante concurrido y la puerta giratoria daba continuas vueltas en ambos sentidos, impulsada por los que entraban y salían. Un hombre de mediana edad, con abrigo y sombrero, llamó mi atención. Se había acercado a la barra y hablaba animadamente con una camarera que acababa de entregarle algo. Me puse en pie al reconocerle.

—¡Don Ezequiel!, ¿no me recuerda?

Me miró sorprendido a través de sus gruesos lentes y su rostro expresó perplejidad.

—Soy Eurídice, don Ezequiel. Usted me atendió cuando pasé las papeas en Montsalvatge, hace un montón de años.

Me contemplaba aturdido y al fin su semblante bonachón se distendió en una sonrisa. Me cogió las manos como si tratara de convencerse de que era yo misma.

—¡Eurídice!, ¿pero eres tú? ¡Pero qué cambiada estás! Entonces eras un monicaco que no levantaba dos palmos del suelo.

—¿No quiere usted sentarse?, —le pregunté, señalándole una silla a mi lado—. Estoy esperando a una amiga, que ha ido a llamar por teléfono. Seguramente la recordará. En aquella época la llamábamos Totó.

El médico se echó a reír con ganas.

—Claro que la recuerdo. Una chiquilla pelirroja y pecosa. ¡Menudo mordisco me atizó en una ocasión en que pretendí mirarle las amígdalas! Esperaré contigo a que ella vuelva, pues tengo algo de prisa. He entrado solamente a recoger mi lotería de Navidad. Juego todos los años. Pero, dime ¿cómo siguen en Montsalvatge? El otro día acudió tu tía a mi consulta con Juanita, pero la muchacha no tenía el tobillo fracturado como temían. Era solo una torcedura.

Recordé el incidente y enrojecí a mi pesar, como si sintiera nuevamente las miradas de mis parientes y la de Miguel fijas en mí, tras la explicación de Juanita manifestándoles que se había caído en la escalera cuando me había seguido al verme subir al desván.

—Aún cojea un poco. ¿Y a usted cómo le ha ido en esos años? Raúl me ha dicho que ha vuelto al pueblo, aunque anteriormente se había trasladado aquí, a Palma.

—Sí, me vine hace tiempo. Poco después de que tú te marcharas, cuando sucedió lo de tu prima.

Sentí una dolorosa punzada en mi interior.

—Debió ser horrible para todos.

Don Ezequiel asintió pesarosamente.

—Sí que lo fue. Creí que tu tía no la sobreviviría. Poco después me ofrecieron aquí un puesto en un hospital y me vine a la ciudad, pero echaba de menos a la gente del pueblo y a aquella tranquilidad.

Jugueteaba yo con la servilleta de papel, plegándola y desplegándola entre mis dedos.

—Me han dicho que usted la atendió entonces. Quiero decir, que atendió a Marta en su enfermedad.

—¿A qué te refieres? —En su rubicundo rostro podía leerse la extrañeza —. Tú no estabas ya en Montsalvatge, ¿verdad? Al menos no recuerdo haberte visto cuando ocurrió aquello.

—No, me marché poco antes. Pero dígame, doctor, ¿ella no sufriría...?

Movió negativamente la cabeza.

—Pobre criatura. Tan bonita como era y quedó irreconocible. Pese a haber visto en mi profesión un sin número de casos traumáticos, no he podido olvidarlo. Era un diablillo, pero todos la queríamos. Recuerdo que

siempre que bajabais al pueblo pasaba a saludarme. No, no sufrió. Debíó morir instantáneamente.

Aturdida, levanté los ojos hacia él.

—¿Instantáneamente?

—Sí, se rompió el cuello contra los riscos.

—¿Contra los riscos?, —balbuceé sin comprender.

El médico me miró compasivamente.

—Sí, Marta se despeñó desde lo alto del acantilado. ¿Es que no lo sabías?

OceanofPDF.com

Capítulo 8

Si el techo se hubiera desplomado sobre nuestras cabezas no me hubiera impactado con mayor intensidad que lo que don Ezequiel acababa de decirme. Evoqué los riscos del acantilado, agudos, afilados, y un estremecimiento me recorrió entera.

—¿Cómo ocurrió?, —inquirí, como atontada.

—No se pudo averiguar, porque estaba sola en ese momento. Raúl la encontró. —Hizo una pausa para mirarme compasivamente y luego añadió—. Es de suponer que se resbalaría. Es un lugar muy peligroso, ya lo sabes. Creí que tu tía no resistiría el golpe. Se culpaba por haberla permitido corretear libremente por la finca, pero es inútil atormentarse por las cosas que no tienen remedio. —Afectuosamente puso una mano sobre las mías—. Cambiemos de conversación, Eurídice. ¿Has regresado para quedarte definitivamente en Montsalvatge? Sería magnífico para tu tía, que todos estos años te ha echado muchísimo de menos.

—Aún no sé lo que haré —articulé débilmente—. De momento he venido a pasar las Navidades.

—Uno de estos días me acercaré a visitaros, —me dijo el médico poniéndose en pie—. Ahora tengo que marcharme, porque mis pacientes me esperan. Saluda de mi parte a Totó.

Le seguí con la vista, hasta que se perdió entre la gente que deambulaba por la calle, agradeciéndole que me hubiera dejado sola. Necesitaba reflexionar, pero sobre todo regresar a casa para encerrarme de nuevo en mi cuarto. Quizás en la soledad de mi dormitorio consiguiese mitigar la dolorosa sensación de añoranza que experimentaba.

Ya volvía Leonor con expresión satisfecha.

—Todo solucionado, Eurídice. Tenemos ante nosotras la feliz perspectiva de una tarde compras. ¿Pero qué es lo que te pasa? Tienes una cara rarísima. —Se preocupó, mientras tomaba asiento frente a mí.

Tuve que hacer un esfuerzo para lograr que las palabras acudieran a mis labios.

—Me he encontrado a don Ezequiel, el médico del pueblo, ¿te acuerdas de él?

—Por supuesto que sí. Merece la medalla al mérito por la paciencia que tuvo que derrochar el pobre con todos nosotros. —Escudriñaba inquieta mi expresión e insistió—: ¿Te ha dicho él alguna cosa que te haya molestado?

—No, no es eso. Es que yo no lo sabía, ¿comprendes?, —balbuceé con dificultad—. No sabía que Marta murió en un accidente, que se resbaló desde lo alto del acantilado.

Leonor se quedó boquiabierta. También a ella le costó trabajo reaccionar.

—Yo tampoco lo sabía. Creo que... creo que tía Pat me dijo en una ocasión que había sido a causa de unas fiebres. —Me observó compasivamente—. Te habrá impresionado, claro. Tú la querías mucho.

—Sí, fue para mí... —Me resultó imposible expresarlo. Era difícil explicarle a la muchacha que tenía delante, mimada por todos desde su nacimiento, lo que Marta había representado para mí en la soledad de mi infancia.

—No te entristezcas, mujer, —me dijo con forzada animación—, desgraciadamente ya no tiene remedio. Lo que te conviene es distraerte, de modo que vamos a comprar los regalos que nos faltan y luego volveremos a escape a nuestras casas a arreglarnos para la reunión de los Serra. Anda, trata de no pensar en ello.

Durante las horas que siguieron procuró inútilmente distraerme charlando por los codos, mientras visitábamos tienda tras tienda. Me dejaba conducir a remolque, deseando únicamente que la tarde transcurriese cuanto antes para poder acostarme y dejar pasar el tiempo sin hacer nada ni pensar en nada.

Iniciamos el regreso a Montsalvatge cuando empezaba a anochecer. El automóvil recorría velozmente la carretera dejando atrás pintorescos

pueblecitos, enclavados junto al mar y campos solitarios que la luz del atardecer tornaba grisáceos.

—¿Estarás cansada, verdad?, —me preguntó Leonor, dirigiéndome una mirada de soslayo, cuando reparó en mi mutismo.

—Un poco, —reconocí.

—Perdona, ha sido culpa mía. Tengo una vitalidad terrible y termino agotando a todo el que tiene la desgracia de acompañarme. Si quieres, volveremos a Palma otro día y seré más comedida. Me gustaría saludar a un amigo de mis padres, al doctor Olea. Es un psiquiatra muy conocido al que visitan varias amigas de mi madre. No están locas, no vayas a creer, —me explicó riéndose—. Bueno, una sí que está como una cabra. Hacía unas cosas rarísimas y sufría alucinaciones. Cuando me enteré de lo que realmente le pasaba, no me lo podía creer.

—¿Qué le pasaba?, —inquirí, intentando demostrar interés.

—Pues que se drogaba. Se lo oí comentar a mi madre, escuchando detrás de la puerta. —Se rebulló inquieta en el asiento y volvió a mirarme de refilón—. Pensarás que no está bien. Seguro que tú nunca escuchas detrás de las puertas.

Me encogí de hombros, para darle a entender que la cosa no tenía tanta importancia como la que en ese momento le estaba dando.

—No, pero porque en mi casa no había nada que escuchar. Luisa es una persona muy clara, que siempre dice lo que piensa. Como además vivíamos las dos solas, no he tenido oportunidad.

—Pero bueno, en todo este tiempo habrás hecho algo más que estar con ella, —comentó perpleja—. ¿Nunca has ido a pasar unos días a la casa de alguna amiga?

Tardé en contestarle, porque lo cierto era que ni se me había ocurrido la posibilidad de prescindir de la compañía de mi madrastra, pero comprendí que a Leonor le extrañaría esa respuesta.

—No, hasta su boda no nos habíamos separado. Debe ser esa la razón por la que ahora me encuentro tan desorientada. Luisa se empeñaba en que me divirtiera, saliendo con unos y con otros, pero no me resultaba divertido. Si seguía sus indicaciones era exclusivamente por no contrariarla.

Leonor disimuló un gesto de escepticismo. Noté que fruncía el ceño y luego se mordía los labios. Por su expresión intuí que deseaba preguntarme algo, pero que no se atrevía. Al fin se decidió.

—Dime una cosa. Aunque estés muy compenetrada con tu madrastra, supongo que habrá habido alguien más. Ya no eres ninguna niña. ¿No has tenido ningún amigo especial?

Repasé mentalmente la lista de mis compañeros de academia. Unos eran más simpáticos que otros, pero ninguno destacaba por alguna cualidad que a mí me pareciese esencial.

—No, ¿por qué? ¿Tú sí has tenido alguno?

—Claro, un montón, —repuso riéndose—. Pero nada serio. El primero fue un crío de catorce años que me esperaba a la salida del colegio y me llevaba caramelos.

—¿Y qué fue de él?, —le pregunté con total desinterés, haciendo un esfuerzo por seguir la conversación.

—No lo sé, no me he preocupado de averiguarlo. ¿A ti no te ha gustado nunca ninguno?

Me quedé silenciosa, meditando la respuesta.

—No, en realidad no necesitaba la compañía de las personas de mi edad. Con Luisa me encontraba a gusto. Ha sido... ha sido como una madre para mí.

Leonor me dirigió una mirada de soslayo.

—Bueno, sí. Una madre es muy importante, pero a la edad que tienes no es suficiente.

Me encogí evasivamente de hombros.

—Para mí sí. A su lado me sentía tan segura...

—¿Tan segura?, —repitió Leonor con extrañeza—, hablas como si aún fueras una niña.

Dudé en referírselo, pero parecía tan comprensiva...

—Bueno, he tenido que plantearme el futuro al darme cuenta de que lo de Luisa con su psiquiatra iba en serio. Tú no lo puedes entender, porque... porque nuestras circunstancias han sido muy distintas y también lo son nuestros caracteres, pero resulta muy amargo no tener a donde ir y sentir que sobras en todas partes.

Aunque no me miraba, noté la extrañeza con la que acogió mis palabras.

—Tienes una forma muy particular de ver las cosas, —protestó después de unos segundos, en los que debió luchar por entender lo que yo había querido decir—. Te forjas las situaciones a tu gusto y hablas como si en realidad nadie te hubiera querido. En Montsalvatge todos darían algo porque te quedases definitivamente y te aseguro que no es por lástima. Y en el caso de que prefieras independizarte, ya eres mayorcita. Busca una casa preciosa donde vivir, ya que te sobra el dinero, y empieza a ejercer tu profesión, con lo que te sentirás realizada.

—Ya te he dicho que no lo entenderías, —objeté con pocas energías—. Ya sé que a ti no te importaría irte a vivir sola a un piso, pero yo... yo no sabría... no sabría por donde empezar.

La otra me dirigió una rápida mirada de soslayo, antes de fijar de nuevo la vista en la carretera.

—Pero Eurídice, la niñez no es eterna, gracias a Dios. No es natural que pretendas vivir siempre a la sombra de tu mamáíta. ¿No lo entiendes?

Fruncí el ceño mientras reflexionaba.

—Claro que lo entiendo. No me hagas caso, es solo que estoy un poco aturdida. Primero la boda de Luisa y luego... Creía que al regresar a Montsalvatge... Ahora es todo tan distinto...

Sonrió como si mi respuesta le hiciese gracia.

—¿Qué esperabas? ¿Qué el tiempo no hubiese transcurrido desde tu marcha? Aquello no puede volver.

Aunque sabía que era así, no acababa de resignarme. La sensación que experimentaba era que todo lo que había conocido de niña se desmoronaba a mí alrededor sin que ningún asidero emergiese del cataclismo que había asolado lo que anteriormente me infundía seguridad.

Poco después, Leonor aparcaba el automóvil junto al poyete de la terraza. Cargadas con un cerro de cajas de distintos tamaños atravesamos el vestíbulo y tropezamos con tía Elvira que había salido a nuestro encuentro.

—¿Pero cómo venís tan tarde?, —nos regañó—. Sabiendo que tenéis una reunión esta tarde podríais haberos echado un rato después de comer. ¿Te acuerdas de los Serra, Eurídice?, —me preguntó volviéndose hacia mí

—. Marisa es mayor que vosotras, pero supongo que coincidiríais en alguna ocasión.

Distraídamente meneé la cabeza en sentido negativo. Me había olvidado de la reunión a la que habíamos sido invitadas, a la que, desde luego, no me sentía en condiciones de asistir y traté de hacérselo comprender a las dos, pero Leonor se obstinó en rebatir todos y cada uno de mis argumentos y en convencerme de que necesitaba distraerme.

Cansada de discutir, me vestí mecánicamente en mi dormitorio en su compañía. Para no perder tiempo había decidido ella no pasar por la Escollera y arreglarse en mi cuarto, aprovechando que esa tarde habíamos comprado todo lo que necesitaba para asistir a la reunión. En realidad, Leonor no necesitaba nada. Se cambió los pantalones vaqueros que llevaba puestos por otros, que yo hubiera asegurado que eran idénticos, y el jersey por otro verde pálido, a juego con el color de sus ojos. Luego eligió mi vestuario, que era igual que el suyo, solo que mi jersey era azul turquesa y me analizó después retirándose unos pasos.

—Preciosa, estás preciosa.

Ni siquiera me miré al espejo después, porque me tenía todo sin cuidado. Tampoco más tarde logré interesarme por lo que ocurría a mi alrededor. Durante el trayecto de Montsalvatge a la casa a la que nos dirigíamos, que recorriamos en el coche de Raúl, permanecí ajena por completo al ambiente de jolgorio que reinaba en el interior del vehículo y a las bromas de Leonor, que los dos hermanos coreaban con carcajadas. Sentada en el asiento de atrás con Juan, miraba desfilar ante mis ojos el oscuro paisaje sin atender a lo que decían.

—¿Te acuerdas de Marisa Serra, Eurídice?, —me preguntó Juan—. No sé si coincidiste con ella de niños, porque es de la edad de Raúl y de Miguel. Estudió químicas y fue compañera de carrera de él. Ahora trabajan los dos en el mismo laboratorio en Palma. En realidad, Miguel ha conseguido este trabajo gracias a ella. Cuando quedó un puesto vacante de químico en el laboratorio, Marisa le habló a su jefe de Miguel, que entonces estaba trabajando en Madrid, y le llamaron. Como él estaba deseando volver aquí, igual que nosotros, no lo dudó.

Asentí con la cabeza. No conseguí evocar los rostros de los miembros de esa familia, pero sí la casa, colindante con la Escollera, donde se enclavaba la casa, edificada también en lo alto del promontorio.

Recordaba ahora haber visto a Marisa en una fiesta de disfraces que se celebró en el casino del pueblo. Tía Elvira aprovechó para ese acontecimiento unos trajes que guardaba en el desván y que nos arregló, pues aunque entonces no tenía problemas económicos, ya era muy ahorrativa. Marta parecía una bonita aldeana, con sus rubias coletas sobresaliendo del pañolón rojo que cubría su cabeza, y a mí me disfrazó de hada, con una ligera túnica blanca y un cucurucho de papel de plata, del que pendía un velo transparente que me llegaba hasta el borde del vestido. En esa fiesta sí que nos habíamos divertido. Nos atracamos de pasteles y participamos en el concurso de disfraces. A Marisa, que iba vestida de pirata, le dieron el primer premio y a Marta el segundo. A mí no me dieron ninguno, pero me pareció natural. Las dos eran rubias y a Marisa, que ya era una jovencita entonces, el cabello le formaba una aureola rizada alrededor de la cabeza. ¿Se parecería ahora a aquella chica tan bonita?

Intenté reconocerla poco después en aquel salón brillantemente iluminado, que estaba excesivamente concurrido por jóvenes, que en su inmensa mayoría vestían pantalones vaqueros y jerséis. Tampoco llegué a saber quiénes eran los dueños de la casa, entre el gentío que me fueron presentando. Leonor conocía a casi todos los asistentes y charlaba con soltura con unos y con otros, con la inimitable gracia que la caracterizaba. En cambio yo me limitaba a saludarles aturdida, sin retener un solo rostro ni mucho menos un nombre.

En mi desorientación no reparé en el excesivo celo que demostró Raúl, al aproximárseme con un amigo bajito y regordete, con el que me dejó sola, en cuanto Juan consiguió llevarse apresuradamente a Leonor para unirse a un grupo que contaba chistes frente a la chimenea. Incluso tardé en darme cuenta de que el interés que demostraba por mí el amigo de Raúl, que se llamaba Pedro, era exagerado. Me sabía poco agraciada y sin embargo en los últimos tiempos la mayoría de los chicos que había conocido en Segovia parecían sentirse atraídos por mí de una forma bastante absurda. Pero la inclinación que Pedro manifestaba era excesiva. Preguntaba y preguntaba y

aparentemente bebía mis respuestas, aunque apenas si le contestaba con monosílabos.

Sentía la cabeza pesada, aunque solo había bebido un sorbito de sangría. ¿Cuándo llegaría la hora de volver a casa?, me pregunté. Si al menos consiguiera encontrar a Raúl... Tenía que hablar con él para que me dijese cual era el motivo de que me hubiese mentido respecto a la muerte de Marta. Las palabras de don Ezequiel seguían martilleándome obsesivamente en los oídos. Quizás si hablase con él, si me lo explicase, podría mitigar la angustiosa sensación que experimentaba y que me impedía entender lo que sucedía a mi alrededor. ¿Qué me estaría comentando aquel pesado? No parecía dispuesto a separarse de mi lado en toda la tarde e insistía en que le refiriese mi vida en Segovia y en que le contara cosas de Marta que no quería recordar en ese momento.

De pronto distinguí a Miguel entre un abigarrado grupo de muchachos que, en pie, hablaban al mismo tiempo y como estaba harta de aquel pelmazo, me levanté del sofá en el que estaba sentada con él y me dirigí a su encuentro. No me importó en absoluto su fría acogida, ni la extrañeza de la rubia que iba colgada de su brazo, tras la que me escondí para librarme de Pedro y de su aluvión de preguntas. Agazapada tras la chica, me aproximé lo más que pude al oído de Miguel.

—¿Has visto a Raúl?, —le susurré apurada, intentando impedir que la rubia se apartase y dejara de parapetarme, porque la muy boba estaba empeñada en averiguar qué estaba haciendo yo a su espalda y aquel aguafiestas aún seguía buscándome con los ojos entre la gente.

Miguel observaba con las cejas enarcadas mi mimética emulación de los movimientos de la rubia y de improviso su expresión hermética se distendió en una sonrisa irónica.

—Hace un rato que le he perdido la pista.

—Necesito encontrarle, —insistí, asomando a medias la cabeza por encima del hombro de la chica para localizar a mi perseguidor. La rubia, que seguía sin comprender el motivo de mi actitud, consiguió al fin volverse para mirarme de frente con sus claros ojos azules.

Ya venía Pedro hacia nosotros, aunque todavía no me había visto. Me oculté entonces tras la espalda de Miguel que parecía cada vez más

divertido y le tiré del jersey por detrás.

—Quiero encontrar a Raúl, —le repetí como si se me hubiera convertido en una idea fija.

—Está bien, te ayudaré a buscarle, —me dijo condescendentemente. Luego se excusó con la desconcertada muchacha, que seguía mirándome con la boca abierta—. Perdona, Marisa, volveré enseguida.

Tomándome del brazo, me ayudó a sortear a los grupos que charlaban y reían y se apartó conmigo a un rincón junto a la ventana, en el que en un gran tiesto crecía una palmera de interior.

—¿Qué es lo que te pasa?, ¿no te diviertes?

No le había vuelto a ver desde el incidente del cuadro del abuelo y por su expresión intuí que seguía enfadado conmigo, pero creí captar en sus ojos una chispita burlona.

—Quiero irme a casa, —manifesté como si fuera una niña pequeña—. No encuentro a Leonor ni a Raúl ni a ninguno. Quiero irme, —remaché.

Al girar la cabeza y divisar al pelmazo, que, desorientado, me buscaba entre la multitud, me escondí ahora detrás de la palmera.

—No puedo llevarte, Eurídice, acabamos de llegar. Espera un poquito y sal de detrás de ese matojo, ¿quieres?, ¿no puedes portarte por una vez como una persona mayor? —Me miraba con guasa, como si la persecución de mi supuesto admirador le divirtiera extraordinariamente—. Anda, sé buena y aguanta un poco más. Te libraré de Pedro, ya que parece fastidiarte tanto. De momento no nos ha visto.

—No hace falta que te sacrifiques, —repliqué amoscada, advirtiéndole que no tenía ningún interés en cargar conmigo—. Además, tu rubia te está esperando.

—No es mi rubia y no hagas más niñerías, Eurídice, que todos se van a dar cuenta.

Aunque no le hice caso y me agazapé nuevamente tras la palmera, Pedro consiguió al fin localizarme y se acercó a nosotros con gesto de alivio.

—¡Vaya!, ¿dónde te habías metido? —me preguntó, demostrando una satisfacción bastante desproporcionada. Al reconocer a Miguel, le saludó con unas efusivas palmadas en la espalda, a las que el otro correspondió con

otros tantos trallazos. Después de su mutua paliza, incomprensiblemente se miraron muy sonrientes.

—¿Puedes hacerme un favor, Pedro? Atiende a Marisa mientras yo llevo a Eurídice a... —No se le debió ocurrir ningún sitio a donde llevarme y terminó dificultosamente—: a la terraza, para que vea la cala. Anda, ve a buscarla. Está allí en aquel corro, —le indicó señalándoselo.

—Pero es que... —intentó protestar el otro.

Sin dejarle concluir la frase, me cogió de una mano y tirando de mí me condujo hasta el salón contiguo, donde una multitud de parejas brincaban, contorsionándose al compás de una música ensordecedora. Me sentí incapaz de imitarles. Como decía Luisa, yo era “un pato mareado”, que carecía por completo de sentido del ritmo, por lo que me quedé indecisa entre el gentío y frente a él, observando aprensivamente las convulsiones de una morenaza, que se agitaba cerca de mí con verdadero frenesí como si estuviera sufriendo un ataque epiléptico. Por fortuna en ese momento cesó el estruendo que nos estaba atronando los oídos y empezó a sonar una música melódica, que me resultó vagamente conocida.

—¿No vamos a ver la cala?, —le pregunté.

—No, hace mucho frío.

Tampoco se me daba bien bailar “lento”, pero allí, inmóviles y de pie, estábamos llamando la atención. Nada más empezar a movernos enlazados, le solté un par de pisotones que aparentemente no acusó.

—Bueno, ya está, ¿contenta?

Comprendí que se refería a Pedro y no a los pisotones.

Pese a ello, enrojecí.

—Te lo agradezco, —repuse áspera—. Sé que te estoy dando la lata, pero en cuanto ese pelmazo nos pierda de vista, te relevaré de tu desagradable obligación.

Mis palabras parecieron divertirle aún más.

—No es desagradable, aunque sí me siento obligado a ocuparme de ti. Me pregunto si alguna vez llegarás a hacerte mayor.

Fui a contestarle airadamente, pero desistí. En su lugar, levanté los ojos hacia su rostro para observarle en silencio y, al ver su imperturbable expresión, me pregunté como sería él en realidad. Me resultaba curioso

conocerle desde que éramos niños y sin embargo saber tan poco de sus intimidades. ¿Cómo se comportaría, por ejemplo, con la rubia que llevaba colgada del brazo poco antes? ¿La trataría con la condescendencia que me dispensaba a mí o pondría ojos de cordero degollado, como decía Leonor? Habitualmente era un tipo guasón y también le había visto furioso en algunas ocasiones, pero nunca abatido, como a Raúl. A Miguel, sus emociones, si las experimentaba, no le asomaban al rostro. Traté de imaginar la expresión que trasluciría cuando murió su padre, pero no logré imaginármela y tontamente y sin venir a cuento se lo pregunté.

—Dime una cosa, ¿qué cara pones cuando te llevas un disgusto?

Me mordí los labios, fastidiada por haber dejado escapar aquella simpleza. No era eso lo que había querido decir y para colmo se estaba riendo a carcajadas.

—Pues mira, no lo sé, porque no llevo un espejo en el bolsillo, pero supongo que la misma que todo el mundo. ¿Por qué me preguntas esa tontería?

A duras penas logré reprimir un resoplido de exasperación.

—No te lo voy a decir si no dejas de reírte.

—Bueno, ya estoy serio. Desembucha.

Le observé con desconfianza, pero al asegurarme de que lo cumplía, le expliqué vacilante:

—No sé. Me estaba preguntando como serías tú en el fondo.

Me observó con desconfianza, como si no pudiera creer que fuera cierto lo que acababa de decirle.

—¿Es posible? La pequeña y egoísta Eurídice interesada por algo ajeno a ella misma y a sus innumerables problemas. Casi no me lo puedo creer.

—Yo no soy egoísta.

—¿Qué no? —Me miraba con cierta ternura indulgente al murmurar—: No lo pareces, desde luego. Cualquiera que te conozca menos que yo, pensaría al verte que eres una adorable mujercita, dulce y afectuosa, pero en realidad no has dejado de ser una chiquilla inconsciente, totalmente incapaz de darte cuenta de lo que sucede en torno de ti. Jamás has tenido tiempo ni ganas de averiguar si lo que haces puede herir a los que te rodean.

—Estás muy equivocado, —me defendí sorprendida—. Procuro no molestar a los demás. Si estás aludiendo al percance del retrato de mi abuelo...

—No me refería a ese incidente, hablaba en general. Si te interesa puedo darte detalles.

Agité mi oscura melena al menear negativamente la cabeza.

—No me interesa. Tienes una habilidad especial para desviar la conversación cuando versa sobre ti, ¿verdad? Me tiene sin cuidado que pienses que soy estúpida y egoísta. No me extraña, porque eres un engreído. Te das unos aires como si fueras a comerte el mundo, igual que cuando eras un chiquillo, no creas que no me acuerdo. Ni una sola vez te he visto llorar.

—Bueno, quizás porque tú consumías todos los turnos, —apuntó socarronamente.

—No entiendes nada, —rezongué malhumorada—. Estoy intentado conseguir que me hables de ti, pero al parecer no te da la gana.

Le di otro pisotón que no apareció advertir, porque siguió mirándome con expresión beatífica.

—De acuerdo, hablaremos de mí. ¿Quieres que responda a un cuestionario o prefieres un elocuente monólogo? Pero antes, desfrunce el ceño. Te descubriré mis más íntimos secretos si decides sonreír un poquitín, —bromeó—. ¿Qué quieres saber?, ¿cuándo lloré por última vez? Verás. —Tomó aire y recitó de carrerilla—: Fue una mañana de primavera. Yo era un hermoso bebé de grandes ojos azules y...

—No seas pesado, —le interrumpí—. Te tomas a broma todo lo que digo.

—Es que es difícil hablar en serio contigo. —Hizo una pausa y añadió—. También lo es el guardarte rencor. Ya ves, estaba furioso contigo por lo del otro día, pero al oírte ensartar bobada tras bobada, casi he llegado a olvidarlo.

Indignada abrí la boca, pero la volví a cerrar. Luego refunfuñé displicentemente:

—Lamento no estar a tu altura intelectual, que supongo será elevadísima, pero no todos tienen la misma opinión en lo que se refiere a mi conversación.

—¿Estás hablando de Pedro?, —me preguntó sin inmutarse por el nuevo pisotón que recibió.

—Entre otros, —puntualicé con altanería—. A lo mejor te crees que eres el único al que se le cuelgan las rubias del brazo.

—¡Ah!, ¿a ti también se te cuelgan las rubias?

—Los rubios, —precisé indignada—. Y no se me cuelgan, porque no les dejo, ¿qué te has creído?

—Ya lo supongo, —replicó inexpresivamente.

Escudriñé su expresión para averiguar si se estaba riendo de mí, pero en ese momento estaba serio. ¿Qué estaría pensando?

—¿Qué es lo que supones?, —insistí sin poder dominar mi curiosidad.

—Que no les dejarás. A menos no de uno en uno y el ir del brazo de un ejército debe ser algo incómodo, —añadió con guasa. Me observó en silencio unos segundos—. Me gustaría saber... —Empezó a decir, pero no llegó a concluir la frase.

—¿Qué? —Hubiera deseado no preguntárselo y demostrar que me tenía sin cuidado lo que quisiera saber, pero nunca había podido resistirme a los puntos suspensivos.

—Nada, no me ibas a contestar.

—Pero yo quiero saberlo, —repetí obstinada.

—También a mí me gustaría conocer la respuesta.

—Pues pregunta.

—Solo si me prometes contestarme.

Observé su irónico gesto con desconfianza y luego negué con la cabeza.

—No me fío. A saber lo que estarás pensando.

—En cambio, yo sí sé lo que estás pensando tú. Desde que eras una criaja que no levantabas dos palmos del suelo...

—Es que eres muy listo, —le interrumpí con acritud.

—No, es que tú eres bastante transparente.

—Pues Pedro me ha dicho hace un rato que...

—¿Qué es lo que te ha dicho o qué es lo que te ha hecho? Me gustaría también saber por qué les has cogido ese asco. El pobre muchacho ha sido siempre un buenazo.

Que conceptuara así a aquel pelmazo me pareció el colmo.

—Puede que sea un buenazo, pero parece una máquina encuestadora. Incluso me he llegado a preguntar si no sería un periodista, que me hubiera confundido con una estrella de cine.

Miguel se echó a reír.

—¿Y solo porque te ha parecido que te estaba haciendo una encuesta has echado a correr, dejando apabullada a Marisa al imitar con tanta exactitud sus movimientos? ¿O es que el pobre ha tenido la desgraciada ocurrencia de traspasar la distancia mínima que tú soportas?

No llegué a oír su última insinuación, porque me había quedado boquiabierta. ¿La rubia de Miguel era aquella jovencita que tanto admirara antaño? Casi no podía creerlo, y no porque hubiera dejado de ser bonita, sino porque había perdido el encanto tan especial que entonces la caracterizaba.

—¿Tu rubia es Marisa Serra?

—Sí, pero ya te he dicho que no es mi rubia. Y no me has contestado.

—¿A qué?, —le pregunté abstraída.

—No me has aclarado el motivo por el que te has escondido de Pedro. Cuando te he visto venir corriendo con expresión de animal acorralado, he creído que el pobre hombre estaba corriendo el riesgo de recibir dos tortas y por eso he decidido echarle una mano.

—No seas majadero, —protesté—. No debí contártelo. Hablé de más bajo los efectos de la copa de aguardiente que me diste.

—De coñac.

—Bueno, pues de coñac, pero parecía aguardiente. Nunca bebo y por eso me fui de la lengua.

Me quedé meditabunda, mientras girábamos al compás de la música y le daba dos pisotones más. Al ocurrírseme una idea levanté los ojos hacia él.

—¿Sigues interesándote saber el motivo por el que quería librarme de Pedro?

—Sí.

—Te la cambio por la pregunta que has dejado a medio.

—¿Qué me la cambias...? —Por un momento se quedó perplejo, pero luego masculló—: Como si fueran cromos, ¿no? Te cambio el cromo de

Supermán volando sobre los rascacielos de Metrópolis, por el de Batman, cayendo fulminado por un puñetazo, ¿no es eso?

—Has dicho que querías saberlo, —repliqué muy digna.

Con la cabeza ladeada, estudió mi expresión de triunfo, como si se estuviera preguntando qué edad mental tendría yo. Finalmente se echó a reír.

—De acuerdo, te lo cambio, ¿qué es lo que te ha hecho?

—Nada, —manifesté, satisfechísima de que hubiera picado el anzuelo—. No ha traspasado ninguna barrera. Me he largado, porque estaba harta de tanta pregunta.

—¿Y solo porque...? —Se interrumpió, esbozando un gesto de incredulidad—. Pobre hombre. Puede que sea un poco pesado, pero es posible que lo dé su profesión.

—¿El ser pesado?

—El hacer preguntas.

—¿Y qué profesión tiene? ¿Acaso es reportero y me ha confundido con Greta Garbo?, —le pregunté burlonamente.

—No. Trabaja en el mismo hospital que Raúl. Es psiquiatra.

—¿Psiquiatra? —De la sorpresa perdí el compás y le di otro pisotón que soportó con estoicismo.

Ahora lo comprendía todo. Era excesivo el interés que aquel tipo me había dispensado. Sin duda estaba de acuerdo con Raúl para examinarme sin que me diera cuenta, aprovechando que los dos habíamos sido invitados a casa de Marisa. Por esa razón se habían empeñado todos en que asistiese. Miguel no debía de estar enterado del plan y acababa de descubrirme. No me extrañaba demasiado que Raúl hubiera echado mano de esa artimaña, ¿pero y Juan?, ¿y Leonor? Si al menos estos últimos me lo hubieran planteado claramente... Era obvio que todos pensaban que yo estaba irremediablemente chiflada. Los imaginé tramándolo y lo que comentarían mañana.

—Está como una cabra, —diagnosticaría Pedro—. De pronto escapó de mi lado, dejándome con la palabra en la boca y fue a agazaparse detrás de una palmera.

¿Qué le contestaría Raúl? Probablemente, que ya se lo había advertido de antemano. ¿Y Juan?, ¿y Leonor? Cabía en lo posible que esta última no estuviera compinchada con ellos y que me hubiera llevado a Palma a ayudarme a elegir el disfraz de la Nochevieja movida por su natural generoso, pero Juan no. Juan sí lo sabía. Rememoré el momento de nuestra llegada a la casa de Marisa y cómo había colaborado con Raúl para dejarme sola con Pedro, llevándose apresuradamente a Leonor a reunirse con otro grupo. Juan, en quien yo había creído poder confiar. Incluso era posible que tía Elvira hubiera intervenido también.

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas y apoyé la frente en el hombro de Miguel para que no me vieran llorar las parejas que estaban próximas a nosotros, pero debió de interpretarme mal, porque le noté envarado y perdió el compás de la música. Luego se empeñó en ver mi semblante, pero me resistí.

—Quiero irme, —balbuceé con voz temblona, temiendo dar un espectáculo.

—¿Pero por qué? ¿Tampoco te diviertes conmigo? Y yo que creía ser una pareja tan extraordinaria, —bromeó. Ni siquiera me he quejado de tus pisotones, aunque me estás moliendo los pies. Anda, levanta esa cara. ¿Qué hay en el suelo que te interesa tanto?

Como era bastante testarudo, se obstinó en levantar mi barbilla y al ver los lagrimones que rodaban por mis mejillas se quedó consternado.

—¿Pero qué te he...?

Sin terminar la frase, me tomó de la mano y sorteando a las parejas que seguían bailando, me condujo a un solitario saloncito contiguo, que estaba en penumbra, haciéndome sentar junto a él en un sofá. Le había seguido con la cabeza baja, aguantando como pude, pero en cuanto desaparecí de la vista de aquel gentío, empecé a sollozar incontinentemente.

—Pero criatura, ¿qué es lo que te he dicho? No... no lo acabo de entender.

Intenté explicárselo entre hipidos. La infinita amargura que sentía se me desbordaba por los ojos, pero no conseguía traducirla en palabras. Estaba tan cansada, tan dolorida... ¿Cómo decirle que los únicos parientes que

tenía se habían confabulado contra mí, porque creían que estaba completamente loca?

—No... no has sido tú, —articulé dificultosamente—. Es... ha sido él...

—¿Pedro?, ¿pero no me has dicho antes que no te había hecho nada?, —se sorprendió.

Terminó por desistir de que se lo aclarara y en silencio me rodeó con sus brazos, mientras yo lloraba y lloraba. No sé cuanto tiempo estuve empapándole el jersey con mis lagrimones. Resultaba tan consolador poder apoyar la cabeza sobre el hombro de alguien... Otras veces había llorado aferrada a Luisa, que, como él, me dejaba desahogarme sin hacer preguntas y también en aquellas ocasiones me había sentido tan segura como en ese instante, en el que llegué a olvidar el motivo de mi llantina y lloré solamente por el gusto de llorar. Hubiera deseado poder detener el tiempo y permanecer indefinidamente así. Dejar que la vida siguiese transcurriendo para el resto de la gente sin verme obligada a participar, porque me encontraba demasiado sola.

De improviso experimenté una sensación extraña, como si el aire se hubiera enrarecido, impidiéndome respirar y retorné bruscamente a mi presente, apartándome turbada de Miguel, que me miraba con una expresión rara y con tanta fijeza que me asusté. Me removí inquieta en el sofá y luego intenté ponerme en pie.

—Espera, Eurídice.

Su voz me sonó distinta y también él me pareció de pronto un desconocido. Ya no me sentía segura a su lado y lo que experimentaba ahora era un miedo absurdo, que hacía temblar mis rodillas.

—Quiero irme con Leonor, —musité muy bajo—. No, espera.

No sé lo que intuí, pero eché a correr hacia el iluminado salón, tranquilizadamente concurrido, huyendo de él. Alguien me invitó a bailar y acepté inmediatamente, con la mente confusa y las piernas aún temblorosas. Ni siquiera llegué a fijarme en la cara de mi pareja ni en las de los que después le siguieron, pero empecé a reírme de las tonterías que me decían y a fingir una animación que estaba muy lejos de sentir con tal de retenerles a mi lado y de no quedarme sola.

Notaba los ojos de Miguel fijos en mí. Nuevamente se le había colgado Marisa del brazo y ambos formaban parte de un ruidoso grupo que bromeaba a gritos, pero que me seguía con la vista a donde quiera que fuese. No le di oportunidad de acercárseme y cuando Pedro me localizó, le recibí con grandes muestras de satisfacción, decidida a no separarme de él durante el resto de la reunión. Ya no me fastidiaba su interminable rosario de preguntas. Podía preguntarme lo que quisiera con tal de que no se apartase de mí ni un momento.

Poco después se nos reunió Leonor, que parecía estar divirtiéndose de verdad y los tres fuimos a sentarnos a un sofá, cercano a la palmera tras la que anteriormente me había escondido. Tuve que contenerme para no hacer lo mismo otra vez, porque, curiosamente, el grupo de Miguel iba desplazándose al compás de nuestros movimientos, para ir a recalar cerca de nosotros.

—Pedro es psiquiatra, ¿sabes?, —le comuniqué a Leonor, sintiendo una oscura satisfacción ante el sobresalto que el pobre hombre experimentó al sentirse descubierto. Luego me volví hacia él—. ¿Cómo es que no me lo habías dicho antes? Tu profesión debe ser interesantísima, —murmuré, envolviéndole en una mirada admirativa que le dejó desconcertado.

No era tan difícil, después de todo, coquetear como lo hacía Leonor. Todo consistía en abanicar rápidamente las pestañas y sonreír de medio lado y luego del otro medio. Lo ensayaría con aquel psiquiatra. Lo importante era conseguir que no se marchase de mi lado, porque Miguel no me perdía de vista, aunque aparentaba estar pendiente de Marisa.

—Dime, ¿no es espantoso vivir rodeado de locos?, —le pregunté a Pedro, tanteando cuidadosamente los efectos de la sonrisa de medio lado.

Él apreció la sonrisa y se llevó la mano a su inexistente corbata, como si repentinamente le oprimiese.

—Bueno, la palabra que has empleado está un poco pasada de moda. Ya no hablamos de locos, sino de enfermos mentales.

Ensayé ahora el abaniqueo de las pestañas y me sorprendieron sus fulminantes resultados. El pobre, medio ahogado por el cuello de la camisa, tartamudeaba de emoción.

—¿Te interesa de verdad ese tema? Pensaba que... una muchacha tan preciosa como tú... tan bonitas como sois las dos..., —se corrigió, incluyendo a Leonor, que asistía muda a mi sorprendente metamorfosis, mirándome con la boca abierta.

—Me interesa una barbaridad, —le aseguré—. ¿Hay alguna diferencia entre los dos términos?

Pedro carraspeó, embarazado ante tan selecto auditorio y al fin dijo con voz clara.

—Veréis, no existe el individuo completamente normal. Todos tenemos nuestros pequeños complejos, nuestras manías. Os asombraría saber la cantidad de psicópatas que andan sueltos y creo que pocas personas de las que los tratan a diario podrían decir de ellos que están locos.

Abrí desmesuradamente los ojos, fingiendo una inquietud que no sentía.

—¿Y son peligrosos?

Hizo un gesto ambiguo.

—Unos sí y otros no. La mayoría no pasa de tener pequeñas rarezas sin mayor trascendencia. En diversas ocasiones, en las que he sido llamado a un peritaje judicial por intento de suicidio o de asesinato, sus propias familias han manifestado que el individuo en cuestión era una persona corriente.

Leonor se decidió a intervenir también, con expresión consternada.

—¿Quieres decir...? ¿Quieres decir que vivimos rodeados de anormales que cualquier día, sin venir a cuento, pueden descerrajarte un tiro, quedándose tan frescos?

—Tanto como sin venir a cuento, no. —Se interrumpió para mirarnos a las dos—. ¿De verdad no os aburre este tema?

Llegué a superar incluso el grito de protesta de Leonor y volví a sonreírle admirativamente.

—¡Por Dios!, si es interesantísimo. Continúa.

—Bien, el tipo depresivo, por ejemplo, suele tener una marcada tendencia hacia el suicidio. Sus familiares te llaman un día acongojados y no pueden decirte de ese sujeto más que cosas sin importancia. “Sí, era una persona melancólica, no quería ver a nadie ni salir con nadie. ¿Por qué lo ha hecho, doctor?”. En todos esos casos, si hubieran acudido a tiempo al

médico, podrían haber evitado que se suicidara, pero es que ni él mismo ni sus parientes le consideraban loco. ¿Responde esto a tu pregunta?, —trató de averiguar, volviéndose hacia mí.

—Sí, pero nos dejas preocupadísimas, —replicó Leonor en tono ligero. Aún no se había repuesto de la sorpresa de verme hacer mil monadas y seguramente no estaba dispuesta a permitir que Pedro la dejara relegada—. Ya ves, siempre me he considerado una persona normal, un poquillo atolondrada pero normal. Ahora nadie me asegura que cualquier día no me dé por tirarme por una ventana.

—Estoy seguro de que no lo harías. Servía una verdadera lástima. —Repuso él galantemente.

Por un momento temí que aquel hombre se olvidara de mí y se llevara a Leonor a bailar. Por eso di un suspiro de alivio cuando la otra, al ver a Raúl acercarse al grupo en el que se encontraba Miguel, nos dejó para reunírseles. Pedro no pareció sentirlo, al contrario. Aprovechó para continuar con su interminable cuestionario, hasta que pensé que no podría resistirlo ni un segundo más. Resultaba realmente cansado el jueguecito de los pestaños y de las sonrisas y ya estaba harta. Le interrumpí en plena disertación sobre la personalidad de los neuróticos, al advertir que Miguel acababa de soltarse del brazo de Marisa, con la evidente intención de venir a acomodarse en el sofá en el que estaban nosotros sentados.

—¿Has venido solo, Pedro?, —le pregunté, disimulando la inquietud que experimentaba.

—Sí, ¿por qué?

—Me gustaría que me llevases tú a casa. —Subrayé el “tú” con aquella difícil sonrisa de medio lado y él accedió inmediatamente.

—No faltaría más. ¿Pero por qué tanta prisa?

No me entretuve en darle explicaciones y salí con él apresuradamente del salón, olvidando despedirme de los anfitriones. Caí en la cuenta ya en el automóvil, que recorría lentamente la corta distancia que nos separaba de Montsalvatge y me mordí los labios, fastidiada. En contra de la opinión que Miguel se había forjado sobre mí, no me gustaba molestar a nadie y mucho menos comportarme groseramente. Me consolé pensando que seguramente

ni tan siquiera se habrían dado cuenta de mi presencia. Había demasiada gente en la reunión y yo era demasiado insignificante.

A Pedro no debía parecérselo, porque, ya en la puerta de la casa, insistió con verdadera obstinación en que volviéramos a vernos al día siguiente. Claro que no me engañó. Sabía que no era por mis escasos encantos personales por lo que demostraba tanto interés y no estaba dispuesta a seguirles el juego a Juan y a Raúl. En cuanto regresase este último, le obligaría a darme una explicación.

Me despedí de Pedro con un agotador esfuerzo de sonrisas y pestaños y, cuando por fin me encontré en mi cuarto, me desnudé a toda prisa y me dejé caer exhausta en la cama. Pero no quería dormirme. Tenía que hablar antes con Raúl. Los puntiagudos riscos del acantilado volvían una y otra vez a desfilar por mi mente, entremezclados con la extraña mirada de Miguel que tanto me había asustado. Me sentía invadida por el intenso sentimiento de amargura del que casi había llegado a olvidarme durante el transcurso de la reunión para lograr mostrarme alegre y animada. ¿Cómo podría Leonor actuar así espontáneamente?

Notaba los párpados pesados. Me iba a quedar dormida de un momento a otro, pero no quería dejar mi conversación con Raúl para el día siguiente. Estaba segura de que si la posponía me asaltaría de nuevo aquella espantosa pesadilla. De pronto caí en la cuenta de que ese horrible sueño se adueñaba de mi subconsciente siempre que me acostaba profundamente alterada y de que las noches anteriores a todos los sucesos inexplicables que habían acaecido en Montsalvatge había soñado lo mismo.

Me levanté de un salto y apoyé la frente en el cristal del balcón. La noche era oscura y apenas podía distinguir más que sombras, pero la frialdad del cristal me proporcionó cierto alivio. Poco después vi los faros de un coche que se aproximaban a la casa y me pareció reconocer el automóvil de Raúl, en el que los dos hermanos volvían de la reunión.

Me calcé las zapatillas y echándome encima la bata rosa que me comprara Luisa, descendí despacio la escalera. Raúl debía de estar en la biblioteca, porque se oía dentro de la habitación un leve rumor de conversación. Con la mano en el picaporte me detuve al reconocer distintamente la voz de Juan que pronunciaba mi nombre. En ese instante

rememoré la pregunta de Leonor: “¿Tú no escuchas nunca detrás de las puertas?” No, nunca lo había hecho y además no me parecía bien. Me lo repetí varias veces, pero no me moví.

—Entonces... ¿Pedro cree que es la única solución? —La voz de Juan sonaba apagada, como si también él estuviera mortalmente cansado.

—Sí, me lo dijo el otro día en el hospital, cuando le expliqué el síndrome. Yo lo siento tanto como tú, —le oí decir a Raúl.

—Tiene que haber otro medio, —casi gritó su hermano—. Cualquier cosa, menos esa. No vamos a tirarlo ahora todo por la borda.

¿De qué hablarían? Sentía la cabeza tan pesada, que casi no conseguía razonar y la cama me estaba llamando a gritos, pero permanecí quieta con la garganta seca y los miembros agarrotados.

—Me temo que no haya otra solución, Juan. Es la única forma de resolverlo. Tú no entiendes nada de estos temas, pero piensa que Eurídice pasea sola muy a menudo y acude con frecuencia a ese lugar. No quiero ni pensar lo que podría suceder si de pronto lo recordase todo.

La voz de Juan sonó alterada.

—¿Pero tú crees...?

—Desde luego no puedo descartarlo. Por esa razón le he pedido a Pedro el favor de esta noche. Claro que, por charlar tranquilamente con Eurídice durante una reunión ni él ni nadie pueden dar un diagnóstico, pero ya le había puesto en antecedentes.

—¿Y...?

—Está totalmente de acuerdo conmigo. Me lo ha dicho cuando ha regresado a casa de Marisa, después de traerla a ella a casa. Eso, y que es la chica más encantadora que ha conocido.

—En eso estamos todos de acuerdo, —farfulló Juan en tono bajo—. ¿Pero no crees que bastaría con que ella se marchara? Tal vez, si volviera con Luisa podríamos ahorrarnos ese trago.

No le pareció a ella que Raúl necesitase meditar la respuesta, porque replicó instantáneamente:

—No, y en cualquier caso, aún no puede volver a Segovia, porque es demasiado pronto. No sé qué hacer. Hay demasiados lugares peligrosos alrededor de esta casa. Piensa en el acantilado.

Me tapé los oídos con las manos. De toda la conversación, lo único que había entendido era la última frase de Raúl y no quería oír más. Con aquellas palabras martilleándome en las sienes, subí precipitadamente la escalera y cerré la puerta del dormitorio con cerrojo.

“Piensa en el acantilado”. Un simple resbalón... un simple resbalón y Marta habían dejado de existir. ¿Cómo no lo había sospechado antes? Todos pensarían que aquel trágico accidente había vuelto a repetirse, porque yo estaba trastornada. ¿Qué otra interpretación podría darse a las cosas inexplicables que estaban ocurriendo en Montsalvatge desde mi llegada? La frente se me perló de sudor. Sería tan fácil... Un simple resbalón en la cima del acantilado y... ¿Acaso no le había sucedido lo mismo a Marta años atrás? La situación de Montsalvatge era angustiosa y la muerte de mi prima había venido a resolverla. Sería tan sencillo... Bastaría con invitarme a dar un paseo y una vez allí, con un simple empujón...

“Pobre muchacha”, dirían todos. ¿Quién podía figurarse que acabaría de una forma tan terrible? “Claro que estaba chiflada”. Pedro nos había dicho en la reunión que había un cierto tipo de sujetos, los deprimidos, que con frecuencia se quitaban la vida y yo poseía los síntomas que nos había descrito. Los demás pensarían que me había suicidado. Tía Elvira seguramente lloraría al principio, pero luego, cuando los apuros económicos de Montsalvatge hubieran quedado solucionados, volvería a sentirse feliz.

Repentinamente me vinieron a la memoria las palabras con las que Juan se había referido a la actitud de su hermano respecto a la finca, cuando estábamos encaramados a los paredones del faro: “Raúl sería capaz de cualquier cosa por conservar Montsalvatge”, me había dicho pocos días antes. “A cualquier cosa”.

¿Cómo habría podido ser tan estúpida? Había imaginado que pretendía hacer creer a todos que yo estaba loca para encerrarme en un manicomio, pero no que sus verdaderas intenciones fuesen arrojarme por el acantilado, simulando un suicidio, lo que era más sencillo y más rápido. Seguramente lo había planeado todo y una vez que consiguiera sus propósitos se casaría con Leonor y en alguna ocasión hablarían de mí.

“¿Te acuerdas de aquella prima tuya?, ¿aquella muchacha insignificante que pasó con vosotros las Navidades? Qué fin tan horroroso el suyo”.

Y Raúl le contestaría:

“Sí, fue una verdadera lástima. Era aburrida y sin gracia, pero todos la queríamos. La pobre estaban tan sola...”.

Intenté reconstruir el plan que había tramado. Primero me habría enviado la carta, imitando la letra de Marta y luego... Me senté en la cama para concentrarme mejor. ¿Cómo habría podido bajar la ropa de mi prima del desván? Él no estaba en casa aquella tarde... solamente tía Elvira y Juanita, pero eso no importaba, porque podía haberlo preparado de antemano, o quizás Juanita...

Ni siquiera Miguel se extrañaría demasiado al enterarse de mi suicidio. Traté de imaginarme su expresión cuando le dieran la noticia. Se llevaría un disgusto, pero no le duraría mucho tiempo y acabaría casándose con aquella estúpida rubia que se le colgaba del brazo como una lapa. Sin saber por qué, ese desenlace me fastidió, pero no le di más vueltas porque tenía asuntos más importantes que plantearme. No permitiría que Raúl consiguiese sus propósitos. De improviso sentí unos intensos deseos de vivir. Estaría al acecho, mejor aún, me marcharía en cuanto se hiciese de día. ¿Pero a dónde?

No, aún no podía volver con Luisa, no, tenía que esperar. Quizás cuando finalizasen las Navidades... cuando hubieran transcurrido unas semanas... Mientras tanto mantendría los ojos bien abiertos y no me separaría ni un instante de Leonor.

También podía contar con Miguel, aunque prefería no tener que acudir a él en busca de ayuda, porque aún me atemorizaba recordar su extraña mirada. Como si acabara de descubrirme de repente y como si... Tampoco quería pensar en ello.

Comprobé que el cerrojo estaba echado y luego corrí la cómoda, atrancando la puerta con ella. Faltaba el balcón. Era fácil entrar en la habitación por él, valiéndose de las ramas del pino que crecía a sus pies. Afiancé herméticamente las contraventanas, corriendo después las cortinas. Quedaba el cuarto de baño. Sudando de puro nerviosismo, cerré esa puerta y a continuación me metí en la cama. No se me había olvidado ningún detalle. Podía dormir tranquila.

Pese a ello no logré conciliar el sueño hasta muy tarde. Acurrucada bajo las mantas oí un rato después las pisadas de los dos hombres subiendo la escalera. Luego, nada. El silencio más absoluto envolvió Montsalvatge, pero me mantuve despierta hasta bien entrada la madrugada.

OceanofPDF.com

Capítulo 9

Encaramada a una escalera de mano, Leonor adornaba la lámpara del comedor de Montsalvatge con ramas de pino, mientras me comentaba las incidencias de la noche anterior.

Aunque el sol penetraba a raudales a través de los cristales de las dos ventanas, la habitación estaba fría y casi en penumbra. Las desmesuradas dimensiones de la estancia en la que nos encontrábamos, de techo artesonado y altísimo, contribuían a mantener la baja temperatura que las dos estábamos soportando en ese instante, en el que intentábamos darle a la habitación el aire navideño apropiado para celebrar la Nochebuena.

—¿Por qué te largaste anoche tan de repente de la casa de Marisa?, —me preguntó con curiosidad, interrumpiendo su tarea para inclinarse hacia mí, que a sus pies le iba entregando las ramas—. Estuvimos buscándote un buen rato, hasta que Pedro regresó y nos dijo que te había traído a casa. Y por cierto, no dejó de sorprenderme tu comportamiento con él. ¿Te flechó de repente?

Me encogí de hombros sin contestarle, arrebujiéndome en el grueso jersey, verde pálido, que vestía y que me había comprado el día anterior en Palma. Me sentía aterida, pero no solo por el frío reinante en el comedor. Desde que me despertara esa mañana, la conversación que había oído en la biblioteca martilleaba obsesivamente mis sienes, sin que hasta el momento hubiera conseguido calmar la gélida sensación que las palabras de Raúl me habían producido. No le había visto todavía y tía Elvira me había dicho que había ido a buscar el árbol de Navidad con Juan, pero pese a ello me sobresaltaba en cuanto creía oír el más leve rumor en derredor mío.

—¿Te has quedado muda? —Leonor me observaba sorprendida. Sin duda me acababa de comentar algo que no había escuchado.

—¿Decías algo?

—Pues sí. Te he preguntado por el motivo por el que no te has querido poner al teléfono hace un rato, cuando Pedro te ha llamado.

Por lo visto, continuaba con el mismo tema, por lo que volví a encogerme de hombros. Como no sentía el menor deseo de explicárselo, repuse evasivamente:

—Te está quedando muy bonita la lámpara. ¿Pero no crees que aún lo estaría más con algo que le proporcionase una nota de color? En la quebrada, cerca del faro, crece un espino con unas bolitas rojas que haría buen efecto mezclado con el pino, pero tendríamos que ir a cogerlo y la verdad es que no tengo muchas ganas de darme esa caminata.

—Entonces iré yo, —se ofreció Leonor, iniciando el ademán de bajar de las alturas—. Continúa mientras tanto tú con las ramas de pino para no perder tiempo.

No me sentía con ánimos de quedarme allí sola, con el riesgo de que Raúl regresara en cualquier momento, por lo que meneé negativamente la cabeza.

—No, no. Soy una calamidad adornando lámparas. Mi sentido artístico deja mucho que desear.

—¿Pues no eres decoradora?

—Bueno, sí, —admití—. Pero no sé ni cómo llegué a obtener el título, porque era la peor de la clase. Hubiera preferido estudiar cualquier carrera, por ejemplo, Derecho como tú, pero tendría que haberme marchado a otra ciudad y...

—Y no tenías el menor interés en separarte de Luisa, —terminó ella con ironía—. Me pregunto si hay algo que consideres que eres capaz de hacerlo bien. No hay nada, ¿verdad? Te crees inútil e insignificante y me gustaría saber el motivo. Muchas chicas darían algo por parecerse a ti.

Me quedé silenciosa, sin ganas de discutir.

—¿En qué?, —le pregunté al fin, con la mirada perdida en los campos, aún húmedos bajo el sol, que divisaba a través de la ventana.

—Pues, por ejemplo, a muchas les gustaría tener tus ojos. Son como el mar, que no tiene color propio. Generalmente parecen azules, pero en este

momento son tan verdes como tu jersey. No me extraña que al pobre Pedro le hayas dejado fuera de combate.

—¿Porque mis ojos carecen de un color definido?

—Sí y porque toda tú eres preciosa. Anoche dejaste turulatos a unos cuantos, no solo a Pedro. ¿No te diste cuenta?

No recordaba la cara de ninguno y en cualquier caso me tenía sin cuidado. Leonor debió captar mi proceso mental, porque se echó a reír.

—Dejémoslo y tratemos de decidirlo de una vez. ¿Vas tú a por el espino o voy yo?

Antes de responderle, me acerqué a la ventana y desde allí oteé inquieta la inmensidad de terreno que se extendía ante mi vista.

—¿Por qué no vamos las dos?

—Porque andamos cortas de tiempo. Aún tenemos que colgar las bolas del árbol cuando lo traigan tus primos y luego ayudar a preparar la cena. ¿Qué es lo que te pasa hoy? Te encuentro más vaga que de costumbre.

Levanté los ojos hacia su expresivo semblante, dudando en referirle la conversación que había escuchado tras la puerta de la biblioteca, pero comprendí que no me creería. Confiaba demasiado en Raúl y acabaría por pensar que eran manías mías.

—Está bien, —me resigné—. Procuraré no tardar mucho.

Con unas tijeras de podar y un gran cesto de paja salí a la terraza, mirando recelosamente en todas direcciones. La solitaria campiña mostraba sus más luminosos tonalidades en una infinita gama de ocres y de verdes bajo un cielo intensamente azul, que solo yo parecía estar en condiciones de apreciar, pues no se veía un alma por las inmediaciones. Pese a ello me encaminé a paso ligero hacia el faro, por el sendero, aún enfangado por la lluvia que había caído durante la noche, aspirando la brisa marina. Estaba el campo tan limpio, tan recién lavado, y el panorama que se extendía ante mi vista era tan hermoso, que por un momento me pregunté si mis sospechas de la víspera no serían producto de una nueva pesadilla. Montsalvatge era ciertamente un lugar único y en aquel momento me sentí casi feliz al sentir la cálida caricia del sol en mi rostro y la silenciosa quietud de los pinos en torno mío.

Acababa de divisar el faro al final del sendero, cuando oí a lo lejos el sonido de unos pasos que me sobresaltaron, por lo que me oculté tras el tronco de un árbol. Desde mi escondite vi a Miguel, que campo a través se dirigía hacia nuestra casa. No me había visto y no deseaba encontrarme con él. Seguía produciéndome el mismo indefinible temor de la noche anterior, por lo que, de puntillas, eché a correr hacia el faro, confiando en que los pinos del bosquecillo que atravesaba no le permitieran distinguirme. La vieja torre me pareció un excelente refugio y me dirigí apresuradamente hacia ella sin detenerme, hasta que entré jadeante en el recinto interior cerrando el portón tras de mí. Con la espalda apoyada contra la puerta oí distintamente las pisadas de alguien que se aproximaba corriendo y que luego se detuvieron al otro lado del portón. Seguramente se estaría preguntando dónde podría haberme metido, pero debió de desistir, porque oí como sus pasos se alejaban.

Respiré algo más tranquilizada. No sabía en realidad que es lo que temía, pero me repetí obstinadamente que no quería verle. Aunque por distintos motivos, me asustaba la presencia de los tres hombres con los que jugara cuando éramos niños. Si tenía que elegir, de los tres prefería a Juan, porque me parecía el más inofensivo, pero tampoco confiaba ya en él. Tenía gracia que aquella niña pelirroja que tanto se había burlado de mí y que tanta aversión me inspirara en el pasado, fuera en el presente la única persona con la que podía contar.

Rebulléndome entre la maleza que invadía el recinto, aguardé unos minutos. El silencio más completo se cernía en derredor del faro, pero no me decidí a salir. Antes averiguaría si él se había marchado definitivamente. Cautelosamente comencé a subir los gastados peldaños que llevaban a lo alto de los ennegrecidos muros sin techumbre de la torre y asomé a medias la cabeza sobre el paredón para otear los alrededores. No se le veía por las cercanías. Sin duda, al no encontrarme, se había encaminado nuevamente hacia la casa, donde en esos momentos estaría charlando con Leonor. Fui a exhalar u suspiro de alivio cuando una voz a mi espalda me obligó a dar un respingo.

—¿Qué, se estaba bien ahí abajo? —Miguel, sentado a horcadas en lo alto del muro, me miraba con cara de pascuas.

—¿Cómo... como has entrado?, —tartamudeé sobresaltada—. He cerrado la puerta con llave.

Me mordí los labios continuación por haberlo dejado escapar, mientras él se reía a carcajadas.

—Ya lo he notado, —manifestó con toda frescura—. Llevo un buen rato observándote desde estas alturas y te aseguro que valía la pena. Parecías un conejo agazapado en su madriguera.

—¿Cómo has subido aquí arriba?, —le pregunté, aparentando indiferencia, aunque me sentía profundamente humillada.

—Trepando por el muro, como hacíamos de niños, —replicó sin dejar de reír—. Es de lo más sencillo. En cuanto te he visto echar a correr y encerrarte dentro de la torre, he subido hasta aquí a averiguar lo que te ocurría y, por más que he oteado el horizonte, no he visto a ningún peligroso perseguidor de tu encantadora personita. ¿O es que estás jugando al escondite tú sola?

—No seas estúpido, —protesté sintiéndome en ridículo—. He venido a coger espino para adornar la casa para esta noche y corría, porque Leonor me ha dicho que no tardara mucho.

—¡Ah!, pues aquí dentro crece realmente ese espino con gran profusión, —masculó con su mejor cara de inocencia—. Veo espino por todas partes.

Con un indignado resoplido, inicié el movimiento de descender de nuevo la escalera, pero me retuvo por la muñeca.

—Espera un momento, ¿dónde vas con tanta prisa? Anda, siéntate un ratito y hablemos como dos críos chicos, porque es imposible que hablemos como dos personas mayores.

—No quiero hablar contigo, —repliqué nerviosa, tratando de soltarme de su mano—. Ya te he dicho que tengo que ir a coger espino.

—Bueno, ahora lo cogeremos. No tengo absolutamente nada que hacer, —manifestó muy satisfecho—. Y no pongas esa cara de espanto. Ya te he dicho que solo quiero hablar contigo.

Encendió tranquilamente un cigarrillo y luego me miró con guasa.

—Veo que sigues tan arisca como siempre. ¡Y yo que venía a jugar contigo...! —Terminó con gesto de inocencia.

—¿A... jugar conmigo? —No conseguí reaccionar y me quedé con la boca abierta.

—Sí, no sé por qué te extraña tanto. Tú no quieres ser mayor, ¿verdad?, pues yo tampoco. ¿A qué quieres que juguemos? ¿Organizamos una batalla? Podemos apedrearnos con piñas como hacíamos entonces y el que gane se queda con la fortaleza, ¿qué te parece?

—Eres... eres completamente estúpido, —tartamudeé cada vez más irritada—. No soy ninguna niña y hace mil años que no juego a nada.

—Vamos, vamos, —me interrumpió condescendentemente—. Sin ir más lejos, anoche jugábamos a cambiar una pregunta por otra. ¿Ya se te ha olvidado? Pues a mí no y como te debo una pregunta y cumplo siempre lo que ofrezco, pues...

—Ya no me interesa, —casi grité.

—¿De verdad? Pues a mí me sigue interesando la respuesta. Debo ser un poco obstinado de más. Anda, si te sientas en el muro y dejas de mirarme con esa cara de odio, prometo ser formalito.

Obedecí, sintiéndome nuevamente en ridículo. Miguel aparentaba seriedad, pero sus ojos traslucían que se estaba divirtiendo de lo lindo haciéndome rabiar y procuré adoptar una actitud digna. Ya no asomaba a su semblante aquella expresión rara que tanto me había asustado. Al contrario, en ese momento me recordaba más que nunca al muchacho imperturbable y burlón que había sido y que antaño me trataba con aquella especie de aire protector.

—No he sido yo la que ha empezado con las miradas raras, —repliqué impulsivamente. Me arrepentí antes de haber terminado de hablar, porque él había enarcado las cejas y se reía de nuevo.

—Sí, no te rías tanto, —me enfadé—. Puede que a tu rubia le guste, pero a mí me molesta que me miren así.

—¿Así?, ¿cómo?

—Ya sabes cómo, —refunfuñé—. Si quieres que sigamos siendo amigos, tendrás que modificar tu manera de comportarte conmigo. A mí me asusta que... ¿Te enteras?

—De acuerdo, de acuerdo, —dijo levantando una mano como si pidiera una tregua—. ¿Cómo quieres que te mire entonces? ¿Con un ojo guiñado y

la ceja levantada o...?

—No te rías, —me enfurecí—. Has dicho que ibas a ser formal y que no me ibas a tomar el pelo.

—Lo último no lo he dicho, pero en fin, si te empeñas hablaremos con seriedad.

—Bueno, —asentí dignamente.

Miguel adoptó una actitud circunspecta y declamó en tono lúgubre:

—¿Qué te parece la teoría de la relatividad? ¿Qué te parece el principio de que el espacio no es un absoluto fijado *a priori* sino que...? —Se interrumpió al ver mi nuevo gesto de enfado—. ¿Tampoco te gusta ese tema?, ¡chiquilla qué difícil eres! La mayoría de las chicas no son tan complicadas como tú.

—Supongo que tendrás una enorme experiencia, —rezongué con sarcasmo— pero yo te conozco demasiado bien y no me impresionas, como a la lapa de anoche, —terminé puerilmente.

—¿A la lapa?

—Sí, a Marisa. Parecía una lapa y te miraba derretida de emoción.

—¡Vaya!, parece que estés obsesionada con las miradas, te molestan todas, —señaló—. ¿Tu reportero gráfico hablaba contigo con los ojos cerrados? No me dio esa impresión. De pronto te largaste con él a toda velocidad sin tan siquiera despedirte de Marisa. ¿No crees que estuvo un poquito feo? Marisa se quedó bastante sorprendida y tuve que contarle un bonito cuento, para no tener que decirle la verdad.

—¿La verdad? ¿Y cuál es la verdad?, —le pregunté algo inquieta, porque repentinamente había recobrado él la seriedad.

—Te la cambio por el motivo por el que te asustaste tanto, —me ofreció, riéndose de nuevo.

—Ya sabes cual es el motivo, —repuse malhumorada—. Y no quiero volver a hablar de ese asunto.

—Bien, te diré entonces cual es la verdad. Te asustaste y saliste corriendo, porque no eres más que una niña y no entiendes que alguien, por equivocación, pueda mirarte de otra manera. —Me atajó, viendo que iba a interrumpirle—. Te aclararé que todo fue producto de lo oscura que estaba la habitación, pero a esta tranquilizadora luz del día te veo como realmente

eres y te garantizo que no volverá a ocurrir. No eres más que una criaja y no soy un perverso de menores.

Le escuché con la boca abierta, sintiendo que la sorda irritación que experimentaba crecía de punto, aunque no entendía la razón. ¿No era eso lo que había deseado? Quizás obedeciese a que había herido mi incipiente vanidad femenina, recién descubierta la noche anterior, al comprobar que también podía gustar, como Leonor, con solo poner en práctica unas cuantas majaderías, o quizás lo motivara su tono despectivo.

—Pues mira, me alegro, —repliqué iracunda—. Porque no soporto que ningún hombre se me acerque más de la cuenta y tú menos que ninguno.

—Descuida, —me dijo totalmente inexpresivo—. No tengo la menor intención. Aunque dicho sea de paso, no me ha dado la impresión de que te resultara tan repelente, al menos, cuando enganchas una llantina. En dos ocasiones, que yo recuerde, me has empapado el hombro con tus lagrimones y no parecías tener el estómago revuelto.

Abrí mucho los ojos y luego la boca, sintiendo una rabia impotente.

—A lo mejor creíste que... Para que lo sepas, en las dos ocasiones me abracé a ti como si fueras mi madre, exactamente igual que si fueses ella. ¿Qué te has creído?

—Está bien, —replicó sin que variase su expresión, aunque pude leer en sus ojos que lo que acababa de decirle le había molestado de verdad y me alegré—. Procuraré de ahora en adelante mirarte como una hija, ya que, por lo visto, lo que necesitas es un padre. Desde luego, me niego a ser una madre, porque me resulta absolutamente imposible y como en este momento no siento el menor deseo de acunar bebés, me marcho.

Le vi descender del paredón de un ágil salto y luego tomar a largas zancadas el camino de la casa, sin volver ni una sola vez la cabeza. Yo seguí sin moverme de mi observatorio hasta que desapareció de mi vista, experimentando una vaga decepción y una inexplicable soledad. ¿Por qué no podía ser yo como las demás? No era tan tonta como para no saber interpretar lo que significaba la noche anterior la mirada de Miguel y si hubiera reaccionado como cualquier otra chica, en lugar de echar a correr como un conejo asustado, quizás hubiera encontrado la solución de todos mis problemas. Podría marcharme con él de Montsalvatge, con lo cual me

libraría de la amenaza que representaba Raúl para mí, porque intuía que Luisa no llegaría a pedirme que volviera con ella.

Lo seguí meditando mientras cogía el espinoso y después, cuando cargada con la cesta volví a casa. No deseaba una pareja, pero si me veía obligada por las circunstancias, Miguel no me desagradaba. Era fuerte como Luisa y como en Luisa había algo en él de vital y electrizador. Bien pensado, no era ninguna tontería, porque al fin tendría a donde ir y donde descargar el peso de no saber como desenvolverme en un mundo tan hostil. Me gustaba su aire deportivo y sus ojos castaños siempre guasones. Además, como le conocía de toda la vida, no me llevaría con él grandes sorpresas. ¿Pero no me volvería a acometer la sensación de pánico de la noche anterior?

Un escalofrío me recorrió la espalda al recordar su mirada en el solitario saloncito. No había sido la primera vez. Me vi a mi misma en un cine de Segovia ante una mirada parecida, y no solo en aquella ocasión. Rememoré la noche en la que paseaba con un chico por una oscura callejuela, a la salida de la academia, donde ambos asistíamos a clase. La lluvia se abatía sobre el paraguas y deslizándose por sus varillas iba a unirse a los regueros que corrían por el desempedrado pavimento. Una ráfaga de aire helado me azotó el rostro y me arrebató el paraguas de las manos. Me pareció volver oír la risa de aquel muchacho y después... su expresión y aquel miedo absurdo, irrazonable... y la niebla que me envolvía como siempre, mientras corría y corría, huyendo de él y de los ojos que me seguían mirando entre la bruma.

Apreté los párpados con fuerza intentando borrar las imágenes que veía con la mente. No podía recurrir a Miguel como solución. Aquello volvería a repetirse y me sentía incapaz de soportarlo. Claro que... en la reunión de los Serra se había producido todo de una forma diferente, porque no recordaba que la niebla hubiese invadido el saloncito, asfixiándome entre sus jirones. No. Solo había sentido miedo y tal vez si probase de nuevo... si lograra superarlo, entonces...

Más animada regresé a la casa, pero al tropezarme con Raúl en el vestíbulo su presencia cortó en seco el hilo de mis pensamientos. Estaba ayudando a Leonor a adornar con espumillón los cuadros de las paredes y al oírme entrar y volverse sonriente hacia mí, el frío intenso que había

experimentado durante la mañana se agudizó de tal forma, que me quedé como clavada en el umbral, imposibilitada de mover mis congelados miembros. Fue solo un instante. Casi inmediatamente recuperé el uso de mis piernas que, aunque agarrotadas, me permitieron dirigirme hacia la escalera.

Miguel y Juan transportaban en ese momento el árbol de Navidad para llevarlo al saloncito y no captaron mi fugaz expresión de pánico. Raúl, en cambio, enarcó sorprendido las cejas y miró a su espalda buscando la causa, sin hallarla.

—Pero chiquilla, ¿dónde vas con todo ese espino? ¿No pensarás subirlo a tu cuarto, verdad?, —me preguntó aún extrañado.

Sobresaltada, me detuve en el primer peldaño e inconscientemente di media vuelta. Miguel y Juan habían levantado también la vista hacia mí, pero el primero la desvió casi en el acto, y por lo bajo animó al otro a continuar camino hacia el saloncito, cargando con el tiesto. Leonor se me aproximó riéndose.

—Tienes que ayudarnos, Eurídice. Estamos trabajando como unos negros y necesitamos tu colaboración. Eso sí, te dejaremos elegir la tarea que más te guste. ¿Qué quieres hacer? ¿Instalar las luces del árbol con Miguel?, ¿colocar con Juan el Belén sobre la consola del saloncito o adornar con espino todas las lámparas con Raúl y conmigo? Nos haremos a la idea de que es muérdago. ¿Qué prefieres?

Las opciones que me ofrecía me parecieron tan pavorosos que, sin responder, le entregué la cesta, repleta de espino hasta los bordes, e inicié nuevamente el ademán de subir por la escalera, pero Raúl me retuvo por la muñeca.

—¿Pero qué tienes que hacer arriba?, ¿estás bien? Te encuentro un poco paliducha.

Los del árbol habían regresado ya al vestíbulo y todos me observaban atentamente. Raúl y Juan preocupados, Leonor sonriente y Miguel algo irónico.

—No me encuentro mal, —protesté—. Y a mí misma me extrañó que mi voz sonase normal, porque había llegado a pensar que, con la garganta congelada, no sería capaz de emitir ni una sola sílaba.

La risa de Leonor disipó en parte la violencia de la situación, aunque sus siguientes comentarios estropearon el efecto que había conseguido.

—Por cierto, Eurídice. Pedro ha vuelto a llamar y le he dicho que estarías en casa a la hora de la comida. Si quieres, te pones al teléfono y si no, ya le contaré cualquier cuento, porque si algo me sobra es imaginación. De todas formas te recomendaré que en otra ocasión no te emplees tan a fondo, porque no creo que consigas despegarte a ese muchacho ni con agua caliente.

Enrojecí hasta la raíz del pelo, imaginando lo que estarían pensando los dos hermanos, que al oír a Leonor, que lo había comentado en tono intrascendente, se habían vuelto de espaldas a mí. Únicamente Miguel seguía mirándome con ironía, mientras silbaba por lo bajo.

—De acuerdo, —admití vacilante, sintiéndome en el más humillante de los ridículos—. Cuéntale lo que se te ocurra y que, cómo he tenido que marcharme al Polo Norte, lo mejor que puede hacer es no molestarse en llamar más.

Raúl continuaba de espaldas y, aunque no podía ver su expresión, adiviné por sus movimientos que estaba nervioso. Acababa de desparramar por el suelo el espumillón que debía entregarle a Leonor, e intentaba recogerlo con manos torpes.

—¿Y eso a qué viene ahora, Eurídice?, —me preguntó sin levantar la cabeza del suelo—. Anoche me pareció...

—Lo que te pareciera, no me importa, —repliqué en un tono tan brusco, que hasta Leonor enarcó las cejas, extrañada.

Se hizo un silencio pesado. Me había aproximado a la otra muchacha para ayudarla, sintiendo que a su lado era donde estaba más segura, ya que no parecía oportuno que subiera en esos momentos a mi dormitorio. Miguel silbaba, aparentemente distraído en desenrollar los cables de las luces del árbol, secundado por Juan que, inquieto, entorpecía los movimientos del otro, y Raúl que había conseguido al fin recoger el espumillón, permanecía inmóvil, con los relucientes adornos en la mano y tal gesto de desorientación que en otro momento me hubiera reído. Pero no tenía ganas de reír, sino al contrario. El miedo que sentía se entremezclaba en mi interior con la humillación que experimentaba y que en medio de aquel

silencio iba acrecentándose. Afortunadamente la llegada de tía Elvira disipó en parte la tensión reinante. Venía de la cocina y parecía estar dándole vueltas a algo que le preocupaba, porque al verme dio un suspiro de alivio.

—Menos mal que ya has vuelto, hija, Tal vez consigas recordar dónde he puesto yo las bolitas del árbol. Todos los años las guardo en el mismo sitio, pero luego no soy capaz de volverlas a encontrar. Mi cabeza últimamente es un auténtico desastre.

—¿Últimamente, mamá?, —bromeó Juan, mirándola socarronamente—. Yo diría que tu despiste se remonta a tiempos muy pretéritos.

Fingiendo enfadarse, su madre le amenazó con un dedo.

—Deberías tenerme un poco más de respeto, muchacho. En mis tiempos, no les dirigíamos la palabra a las personas mayores más que cuando nos preguntaban algo y además les hablábamos de usted.

—Pues no sé cómo conseguíais entenderos, —bromeó Leonor dedicándole un afectuoso guiño, mientras tomaba el espumillón de las manos de Raúl—. Si hubiera vivido en esa época, me habría muerto de aburrimiento, porque el permanecer todo el día callada, esperando que algún enlutado y respetable señor mayor se dignara darse cuenta de que no era muda, me parece el peor de los suplicios.

—Desde luego lo habrías pasado mal, porque eres una cotorra, —corroboró Raúl—. En cambio hasta es posible que Eurídice se hubiera encontrado a sus anchas.

Se me había aproximado mientras lo decía y me pasó un brazo sobre los hombros, pero al notar como me estremecía bajo su contacto, volvió a enarcar las cejas, extrañado.

—¡Caramba!, ¿qué te pasa esta mañana que estás tan arisca?

Me lo preguntaba mirándome sonriente, pero en el fondo de sus ojos vi algo que no supe interpretar. Para colmo advertí la guasa con la que Miguel me observaba. Debía suponer que tampoco soportaba yo la cercanía de Raúl y nuevamente me puse de todos los colores.

—No me sucede nada, —repliqué hosca.

—¿De veras?, ¿es que no has dormido bien?, Si quieres, puedo darte...

—No quiero nada, —le interrumpí con acritud.

Mi tono áspero, tan diferente al habitual, sorprendió a Leonor que dejó por un instante su tarea del colocar el espumillón sobre el marco de la puerta del saloncito para inclinarse hacia mí desde la silla a la que se había encaramado, y estudiarme con curiosidad. También Juan parecía desconcertado y tía Elvira se había quedado atónita. Miguel se encontraba ahora de espaldas a mí, pero me dio la impresión de que se estaba riendo.

—Lo que me pasa es que estoy nerviosa, —alegué. Y como verdaderamente lo estaba, mi disculpa sonó sincera—. Aún no hemos adornado el árbol y ni siquiera sabemos donde estás las bolitas. Aunque ahora que lo pienso, deben de estar guardadas en el desván. Cuando éramos niños, en cuanto terminaban las Navidades, las subías allí arriba y las metías en una caja —le recordé a tía Elvira.

—Aún es temprano, —manifestó Raúl que se había acercado a Miguel para echarle una mano—. Y en cualquier caso, como hoy comienzan mis vacaciones, que me estaban haciendo muchísima falta, tengo toda la tarde por delante.

—¿De vacaciones? —Me sobresalté, sin que a ninguno de los presentes le pasara desapercibido el momentáneo gesto de espanto que no pude disimular. Era una noticia catastrófica, porque ahora Raúl permanecería todo el tiempo en casa y dispondría de mayores oportunidades para lograr sus propósitos.

Sorprendido de mi reacción, se había vuelto a mirarme como si se estuviera preguntado a qué obedecía mi extraño comportamiento.

—¿Qué pasa?, ¿no te alegras de que tenga una semana de vacaciones?

—Claro que sí, —mentí—. ¿Por qué no había de alegrarme?

—No sé, has puesto una cara como si...

Leonor, que de un salto había descendido de la silla, nos miró alternativamente.

—Me parece que tenéis hoy los nervios de punta, pero si es a causa de esas malditas bolas no os preocupéis que yo las encontraré. Soy un lince buscando objetos perdidos. Ahora mismo subiré al desván y antes de cinco minutos las tendréis aquí. Y tú, Eurídice, acompáñame y no seas vaga.

La obedecí en el acto, deseosa de alejarme de la presencia de Raúl, que seguía contemplándome con extrañeza, y mientras subía los escalones me

recriminé interiormente por no haber sabido disimular mis sentimientos. ¿Habría advertido el miedo que me inspiraba? Debía hacer un esfuerzo para no exteriorizarlo y no ponerle sobre aviso.

—¿Por dónde se sube al desván?, —me preguntó Leonor en cuanto alcanzamos el rellano de la planta superior—. Han transcurrido tantos años desde la última vez que estuve allí, que no me acuerdo.

—Ven, la escalera comienza al fondo del pasillo, en el otro extremo del ala de la casa que no ocupamos.

La precedí por el corredor. A la luz del día y acompañada por ella, el trayecto me pareció completamente distinto al de la noche en que lo recorriera persiguiendo a aquella sombra de la que todavía desconocía su identidad. No obstante, le cedí el paso cuando traspusimos la puerta por la que se accedía a la parte del edificio que permanecía cerrado. En el polvo del pavimento aún se veían marcadas las huellas de pisadas y Leonor me las señaló.

—Esto está asquerosito, —protestó—. Nos vamos a poner perdidas de polvo y aunque en tus vaqueros no se notará mucho, yo llevo los pantalones nuevos, los que me compré contigo en Palma. Miguel dice que no me sientan bien, pero es que el pobrecito no entiende. Está más anticuado que un fósil prehistórico. ¿No te parece?

Me sonrojé al darme cuenta de que la otra pretendía tirarme de la lengua, pero por fortuna caminaba delante de mí y no podía verme la cara.

—No lo sé. Yo creo que es una persona corriente.

—¿Corriente? Eso es precisamente lo que no es. Más bien le calificaría de psicópata furioso. Le oí anoche a Pedro describir los síntomas y me parece que los reúne todos. Claro que todo no es culpa suya...

Dejó la frase en el aire, esperando que hiciera yo algún comentario, pero acabábamos de llegar a la escalera, estrecha y desvencijada, y me limité a indicársela. Leonor comenzó a subir delante de mí, pero casi inmediatamente volvió la cabeza.

—Bueno, ¿no dices nada?

—¿De qué?

—De lo que estoy hablando, de Miguel.

—¿Qué quieres que diga?

—Pues algo. Después de todo, con quien está enfadado es contigo. ¿Qué es lo que le has hecho?

Tragué saliva. Imaginaba donde quería ir la otra a parar, por lo que repuse evasivamente:

—Supongo que me preguntas por lo que pasó la misma tarde en que tú llegaste. Le llamé por teléfono porque estaba asustada. No había nadie en la casa y alguien... alguien me había gastado una broma bastante pesada.

—¿Alguien?, ¿quién?

—No lo sé. Esa persona había vuelto a guardar en el armario de Marta su ropa de cuando era niña. Juanita se empeñó en decir que había sido yo y él la creyó. Pensó que había fingido el susto que me llevé para burlarme de él, ¿comprendes?

Sin moverse del peldaño, Leonor retiró de su frente sus rojizos rizos, como si el despejársela pudiera servirle para aclararle las ideas.

—Ni una palabra. Me parece una tontería mayúscula. ¿Cómo puede pensar nadie que tú has fingido un susto, si te asustas por cualquier memez?

Tragué saliva nuevamente.

—Es que le llamé, porque creí que había sido Marta la que había trasladado la ropa a su cuarto.

—¡Marta! —El asombro de Leonor alcanzó tal magnitud que incluso a mí misma me pareció mi explicación completamente absurda—. ¿Cómo iba Marta a pasearse por la casa con su ropa si ella... bueno, si ella ya no existe?

Vacilé en contárselo, pero decidí que sería mejor no hacerlo, porque no me creería.

—Estaba sola en la casa, —balbuceé—. Al verlos... ¿Qué habrías pensado tú?

—Pues cualquier cosa menos esa. Que a la tonta de Juanita le había entrado el capricho, que tu tía lo había ordenado así... ¡Qué sé yo! —Permaneció pensativa unos instantes y luego me preguntó—. ¿Y por eso se enfadó Miguel?

—Sí, porque tuve un ataque de nervios y él me tranquilizó. Luego al enterarse...

—Ahora comprendo la escena del cuadrito, —murmuró como para sí—. Supuso que era otra bromita similar. Pero dime, ¿fuiste tú o no?

—Claro que no, —protesté—, ¿me crees capaz de hacer algo semejante?

—Entonces... ¿quién...?

Dudé una vez en confiárselo. Parecía tan sincera, tan comprensiva... ¿Pero y si, como los demás, llegaba al convencimiento de que todo era producto de mis nervios sobreexcitados?

—No lo sé, —repuse cansadamente—. No comprendo nada de lo que sucede. Desde que he regresado a Montsalvatge noto algo raro a mi alrededor, algo que flota en el ambiente. Siento como si ese algo se fuera cerrando en torno mío, como si me estuviesen tendiendo una trampa.

—¿Una trampa? —Leonor se echó a reír con ganas—. Son imaginaciones tuyas, Eurídice. Todos te adoran en esta casa. Alguno más de lo que a mí me convendría.

—¿A qué te refieres?, —le pregunté sin comprender.

—No, a nada. Tú siempre has estado en la higuera. Pertenece a ese privilegiado gremio de personas por las que todo el mundo se siente atraído. Es como si ejercieras sobre los que te rodean una especie de fascinación.

—¿De fascinación?, —me sorprendí, diciéndome que la otra debía de ver visiones.

—Sí, hija, sí. Y lo más gracioso es que ni siquiera te das cuenta. —Reanudó el ascenso delante de mí y de espaldas me comentó—: Cuando te preguntaba qué le habías hecho a Miguel, no me refería a lo que me has contado, sino a lo que sucedió en casa de los Serra. Cuando volvimos a la Escollera estaba de un humor de perros.

—¿Y por qué supones que yo...?

Leonor se volvió a medias para pellizcarme la mejilla.

—No me chupo el dedo, ¿sabes?, ¿qué le hiciste?

Azarada, tropecé al levantar el pie para subir otro escalón.

—Me marché sin despedirme de Marisa. Estaba tan cansada, que se me olvidó.

—Ya lo noté, ya, —comentó socarronamente—. Demostraste una prisa enorme por largarte con tu psiquiatra. Lo que me extrañó fue verle regresar

tan pronto, pero en fin, si no me lo quieres contar, no insistiré.

Acababa ella de alcanzar la puerta del desván y me esperó para que le indicara donde estaba la llave de la luz. Cuando la única bombilla que colgaba del techo se iluminó, esparciendo una claridad mortecina sobre los cerros de trastos que estaban amontonados por doquier, dejó escapar una exclamación.

—¡Caramba! ¡Si esto es peor que un almacén de objetos perdidos! Un año necesitaríamos para buscar las bolas del árbol entre tanto chisme.

—No lo creas. Aunque tía Elvira es muy distraída, siempre guarda las cosas en los mismos sitios. Verás.

Aparté de mi camino un polvoriento colchón que, enrollado, se tenía en pie de milagro, y un par de sillas carentes de asiento y rebozadas en telarañas y me dirigí hacia una roñosa estantería de madera que, junto a la pared de nuestra derecha, soportaba en sus estantes un cerro de cajas de cartón de diversos tamaños. Me disponía a comenzar a retirar las que me impedían alcanzar la que me interesaba, cuando un sonido sobre nuestras cabezas me impulsó a levantar la cabeza hacia el techo.

—¿Qué... qué ha sido eso?, —tartamudeé con un hilo de voz.

La otra se había quedado inmóvil, aguzando el oído, pero no parecía preocupada.

—Ha sonado como se hubieran abierto una ventana en el Torreón. Habrá sido el viento, porque Juanita estaba en la cocina cuando hemos subido y tus primos, abajo con tu tía.

—¿El viento?, —me alarmé con los ojos desmesuradamente abiertos—. No sopla ni una ráfaga de aire esta mañana.

—Vamos, no te asustes, —me recomendó en tono ligero—. Por lo que me ha dicho Raúl, el torreón es la parte más antigua de este edificio y tiene un montón de años. Puede que alguno de tus antepasados, que esté aburrido, haya decidido abrir una ventana para tomar el fresco. Podemos echar un vistazo.

Reprimí a duras penas un estremecimiento.

—No, no. Nos están esperando para adornar el árbol.

—Pues que nos esperen. Unos minutos más no les harán daño. —Me miró traviesamente—. ¿O es que tienes miedo?

Por supuesto que lo tenía, pero sin contestarle permanecí quieta, esperando que el sonido que habíamos percibido volviera a repetirse.

—No debes tener miedo, —insistió—. ¿Qué crees que haría yo si nos encontrásemos arriba con un fantasma envuelto en una sábana, arrastrando unas largas cadenas? Pues le saludaría educadamente y luego, si era un fantasma guapo, intentaría ligar con él. Con tal de ligar, soy capaz de coquetear hasta con las apariciones de ultratumba. Pero no te quedes ahí con esa cara de pavor, —se rio—. Ven que la aventura nos espera, —añadió melodramáticamente.

Con paso decidido, se encaminó hacia el fondo del desván y abrió la puertecilla por la que se accedía a la escalera de caracol que llevaba al torreón, que rechinó tenebrosamente sobre sus goznes.

—Estupendo, —aprobo satisfecha la alegre muchacha—. Chirría como debe chirriar. ¿Cómo es que no utilizábamos de niños este antro tan romántico para jugar a los aparecidos?, —me preguntó mientras comenzaba a ascender ágilmente por la escalera de caracol, que olía a humedad, a rancio y a miedo. Sobre todo a miedo.

—Sí jugábamos aquí en alguna ocasión, —le expliqué con voz temblona, siguiéndola—. A Marta le gustaba mucho el panorama que se domina arriba a través de las ventanas y subíamos cuando llovía y no podíamos corretear por el campo. ¿Qué?, ¿se ve algo ya?

—Aún no. Está oscuro como boca de lobo, —la oí decir desde unos peldaños más arriba.

De haber podido elegir, hubiera retrocedido sobre nuestros pasos, siempre que la otra me hubiera acompañado, pero como sabía que sería inútil intentar persuadirla de que regresásemos al desván, continué subiendo tras ella.

¿Qué íbamos a encontrar en el torreón? Ya no mantenía tan viva la esperanza de que fuese Marta la que vagaba por la casa como una sombra, aunque en el fondo de mi ser me resistía admitir que ella se hubiera marchado para siempre. Don Ezequiel me había dicho que cuando la encontraron había quedado irreconocible. ¿No sería posible que no fuera mi prima la chiquilla que había encontrado Raúl? Pero en ese caso, ¿por qué se deslizaba como un fantasma por el edificio sin dejarse ver a la luz del día?

Tanteé cuidadosamente con los pies los últimos peldaños, notando que la oscuridad que nos envolvía iba aclarándose. Leonor me había sacado algo de ventaja y debía estar ya a punto de alcanzar el rellano superior de la escalera, donde se encontraba la puerta del torreón.

—¡Leonor!, —le grité—. Espérame, ¿has...? Una exclamación resonó alarmante sobre mi cabeza. ¡Leonor!, —repetí inquietísima, salvando el último tramo de escalones—. ¿Qué te pasa?, ¿te ha ocurrido algo?

No obtuve respuesta y como una tromba llegué al descansillo. La puerta del torreón estaba entreabierta y terminé de abrirla de un empujón. La muchacha se había detenido a pocos pasos del umbral, de espaldas a mí, y a la luz de día, que penetraba por las cuatro ventanas de aquella estancia circular, contemplaba como hipnotizada algo que tenía delante y que su cuerpo me impedía ver. Bruscamente la aparté de mi camino y, al distinguir lo que la mantenía en suspenso, me llevé ambas manos a la boca para no gritar.

El recinto estaba completamente vacío, si se exceptuaba el caballete que, montado en el centro del mismo, sostenía un lienzo a medio pintar. La paleta, cargada de colores, reposaba en el suelo con los pinceles ordenadamente colocados junto a ella.

Intercambiamos una mirada de incredulidad. Luego Leonor se aproximó al lienzo y lo tocó con un dedo.

—Está fresco, —murmuró, mostrándomelo manchado de pintura. Después se me quedó mirando aturrida.

—Eurídice. ¿Tú no...? Claro que no, qué tonterías digo. Serías incapaz de subir aquí tu sola. Pero entonces, ¿quién ha estado hace poco pintando aquí?

Nos volvimos a la vez a contemplarlo. En el lienzo, su autor había reproducido el paisaje que se divisaba desde las alturas en que nos encontrábamos con bastante exactitud, pero lo que difería era el colorido con el que lo había plasmado. Bajo el cielo, de un azul plumizo, la masa grisácea de los pinos del bosquecillo se agitaba tumultuosamente, impulsada por un huracán devastador, que encrespaba embravecida la oscura superficie del mar con una fuerza inmensa.

—¡Qué vendaval!, —susurró Leonor boquiabierta.

No conseguí que las palabras acudieran a mis labios y me quedé quieta, mirando el cuadro como alucinada, rememorando aquella tarde tan lejana y su voz afirmando enfáticamente: “Hoy pintaré el viento, ya lo verás”.

Lo había cumplido. Quizás desde el más allá, pero lo había cumplido.

—¿Qué te parece?, —inquirió Leonor, dándome un codazo—. Como ya te comenté, entiendo algo de pintura y yo diría que es genial.

—Sí, es genial, —corroboré con un enorme esfuerzo.

Desconcertada, la otra pasó una mano por su frente.

—No sé, creo que hubiese preferido encontrarme al fantasma, porque por un momento he pensado... —Se echó a reír forzadamente—. No te lo vas a creer. ¿Qué supones que se me ha ocurrido cuando al entrar he visto el caballete con el lienzo y la paleta en el suelo? Que había sido la propia Marta la que había estado pintando aquí. No me extraña que vivas tan sobresaltada, porque esta casa excita la imaginación de cualquiera. Le preguntaré a Raúl a qué amigo le ha prestado este torreón como estudio.

La retuve por un brazo, antes de que pudiera dirigirse hacia la escalera.

—No, no le preguntes nada.

Ante su mirada de extrañeza me vi obligada a explicárselo.

—Prefiero que no lo sepa. Él cree... él creería que he sido yo la que ha subido aquí a pintar.

Se echó a reír, esta vez alegremente.

—¿Tú? Hace falta ser idiota para pensar una cosa así. Aunque ahora que recuerdo... —Frunció el ceño, reflexionando—. Su actitud cuando desapareció el cuadro de tu abuelo me chocó bastante. Parecía como si creyese que tú...

Terminé la frase por ella.

—Que estoy completamente chiflada, ¿no es eso? —Fui exaltándome conforme hablaba—. Eso es precisamente lo que trata de conseguir, que todos lleguéis a ese convencimiento. Por esa razón le pidió a Pedro que me examinara ayer durante la reunión de los Serra.

—¿Qué le pidió a Pedro...?

—Sí, por eso no quiero ponerme al teléfono cuando me llama. No necesito un psiquiatra. Lo que necesito es que, sea quien sea el que se

dedica a pintar en esta habitación, a transportar la ropa de Marta y a dormir en su cama, me deje en paz.

Por primera vez Leonor pareció preocuparse.

—Pero no lo entiendo, Eurídice, no lo entiendo. ¿Por qué había de querer alguien amargarte con esas... llamémoslas bromas? —Reapacitó durante unos segundos y al no ocurrírsele ningún posible motivo, terminó por encogerse de hombros. Luego brilló en sus pupilas verdes una chispita de travesura—. Ya sé lo que vamos a hacer. Vamos a devolverle la broma a tu bromista particular.

—¿Qué quieres decir?

—Que vamos a esconder el lienzo y el caballete en el desván sin decirle una palabra a nadie y tal vez así consigamos averiguar quién es el gracioso. Seguramente se sentirá desasosegado y acabará por descubrirse. ¿No te parece un plan magnífico?

—Sí, supongo que sí, —admití sin ninguna convicción.

—Pues venga, ayúdame a bajarlo todo al desván y ten cuidado con el lienzo para no estropear la obra, porque, de lo que no cabe duda, es de que tu bromista fantasma es un artista de primera fila.

Cargadas con los útiles de pintura, regresamos al desván donde los escondimos todo debajo de un polvoriento sofá.

Aquí no los encontrarán en la vida, —manifestó Leonor muy satisfecha—. Y de ahora en adelante, ya sabes. Cuando te suceda cualquier cosa extraña, me llamas y si es posible la esconderemos también aquí sin decirle una palabra a nadie. Lo que nos vamos a divertir.

OceanofPDF.com

Capítulo 10

Ocupadas en los preparativos de la cena se hizo de noche antes de que nos diéramos cuenta. Por fortuna Miguel, sin esperar a Leonor, se había marchado ya cuando regresamos al saloncito con los adornos del árbol, ya que esta iba a comer con nosotros para ayudarnos con los preparativos de la cena. Juan y Raúl se despidieron de nosotras en cuanto nos levantamos de la mesa. Al parecer iban a recoger al otro para acercarse a casa de los Serra, lo que para mí constituyó un enorme alivio. A Leonor, por el contrario, la noticia le produjo una cierta decepción y, aunque procuró disimularlo, la noté apagada durante el resto de la tarde.

—Esos pelmas se pasan la vida en casa de los Serra, —protestó malhumorada—. Entiendo que vaya Miguel, pero no sé por qué tienen tus primos que ir pegados al mío a todas partes.

—¿Es que Miguel y Marisa...? —le pregunté por seguirle la conversación, porque me sentía muy lejos de allí.

—No lo sé, pero supongo que a la larga terminarán juntos. Se conocen desde niños, han sido compañeros de estudios y trabajan en el mismo laboratorio. Además, ella es monísima y muy agradable. ¿No te parece muy agradable?

Noté que intentaba sonsacarme algo, por lo que hice un esfuerzo por entender lo que me decía.

—Si es muy mona, pero no se parece a la que yo recordaba. De jovencita era muy especial y ahora... bueno, es como muchas otras.

Leonor examinó mi semblante con atención y seguramente no se quedó satisfecha con mi respuesta, por lo que se decidió a atacar por otro flanco.

—Bueno, él es muy atractivo, así que es natural que a ella le guste.

—¿De quién estás hablando?, —le pregunté sin mucho interés.

—De Miguel. Estoy hablando de Miguel y de Marisa. ¿Y tú en que estás pensando? No parece que escuches nada de lo que digo.

Hice un gesto evasivo. Me sentía tan mal... Mecánicamente cooperé el resto de la tarde con tía Elvira y con Leonor, con la mente perdida en un sin fin de dolorosos recuerdos. Una y otra vez evocaba a Marta pintando en la caleta, en el torreón tratando de plasmar en el lienzo aquella tormenta y su voz, asegurándome que ese día pintaría el viento. Había cumplido su promesa. Aún después de muerta había regresado al torreón para dejar constancia de que todavía habitaba en Montsalvatge. ¿Cómo no percibirían los demás el eco de sus intangibles pasos sobre el entarimado de las inmensas estancias del edificio?, ¿cómo no advertirían su etérea presencia, vagando por los oscuros corredores de la casona? Comprobé que me encontraba en el saloncito, cuando la voz de Leonor, que se despedía de mí, me hizo volver a la realidad.

—Me marchó a la Escollera a cambiarme de ropa y enseguida volveré con Miguel, con mis padres y con tía Pat. ¿Pero no me oyes? —Me hablaba desde el vestíbulo con la mano sobre el picaporte del portón de entrada—. ¡Eurídice!, ¿en qué estás pensando?

—Perdona, —me disculpé, haciendo un esfuerzo por prestarle atención—. ¿Qué me decías?

—Que vuelvo ahora mismo. Pienso estrenar esta noche el traje negro que compramos en Palma y tú deberías imitarme. Ponte el vestido azul, que te quedaba muy bien y alegra esa cara. No sé por qué, pero hoy pareces un fantasma.

Tenía razón. Era exactamente así como me sentía. Como un ser inmaterial que vagara por aquella casa sin saber a ciencia cierta por qué me encontraba allí y poco después, mientras cepillaba mi melena ante el deslustrado espejo de mi cuarto, pude comprobar que también la expresión de mi rostro respondía a ese sentimiento. Su pulida superficie reflejaba la imagen de una muchacha tan pálida y descolorida que por un momento me asaltó la duda de si no sería yo un espectro. Vagamente acudió a mi memoria una historia de aparecidos que me contaba Paca cuando era niña. La historia de una muchacha que, después de muerta, vagaba por el vacío de la eternidad buscando su existencia corpórea y regresaba al fin a la casa

en la que había vivido para recuperarse a sí misma. No lo lograba, sin embargo, porque su entorno no existía ya y su casa estaba en ruinas.

¿No era ese mi caso? También yo había regresado a Montsalvatge buscándome a mí misma y no había encontrado nada que mantuviera alguna ligazón con el pasado. Tan solo el escenario, pero los personajes eran otros y no guardaban punto de contacto con los de aquella Nochebuena que pasé con Marta, años atrás.

La semana anterior a su celebración había recibido carta de mi padre, anunciándome su llegada y su lectura me había producido una confusa sensación de ansiedad y de temor. Ansiedad por volver a verle y miedo a regresar con él a Segovia y al recibimiento de que sería objeto por parte de su mujer. Por eso, cuando la víspera recibimos un telegrama de él, en el que nos decía que se veía obligado a posponer el viaje, di un suspiro de alivio y se lo mostré a Marta.

—Es de mi padre. Dice que le resulta imposible venir.

—¡Estupendo! —exclamó mi prima, que se peinaba en su cuarto delante del espejo. Al no oírme hacer ningún comentario, se volvió hacia mí, que estaba sentada en su cama—. Bueno, —titubeó, siempre comprensiva—. Puede que te hayas llevado un disgusto. —Esperó nuevamente mi contestación y al fin me preguntó vacilante—: ¿Te lo has llevado?

—No lo sé, —repuse débilmente—. Seguramente estará mal que no lo sienta, ¿verdad?

—Nada de eso, —me tranquilizó—. Siempre estás preocupada por lo que está bien y por lo que está mal. Si no lo siente él, ¿por qué tendrías que sentirlo tú?

Aunque no supe darle un argumento, en el fondo me sentía culpable. Culpable de no sentirlo y de que mi padre no me quisiera. Esto último lo intuía vagamente, entremezclado con la angustia que me producía lo que Paca me decía en Segovia: “Es lo primero que aprendiste a decir, pequeña, pero no debes pensarlo. Tu padre sí te quiere, lo que ocurre es que está siempre en las nubes y como tu madre murió entonces...”

En esas ocasiones me aferraba a mi muñeca y la acunaba cantando bajito, como hice también mientras hablaba con Marta, que intentó animarme.

—Verás lo bien que lo vamos a pasar esta noche. El arbolito está repleto de regalos y yo te he colgado uno que te va a gustar. ¿Quieres que te diga lo que es?

Sopesé en silencio las dos posibilidades y luego le pregunté:

—¿Pero no tiene que ser una sorpresa?

—Bueno, sí, —admitió ella, después de meditarlo—. Pero es que estoy pensando que el pobre animal no debe de encontrarse muy a gusto dentro de la caja. Claro que, le he hecho un agujero a la tapa. ¿Pero y si se asfixia?

—¿Has metido a un animalito en el paquete?

Al verla hacer un ademán afirmativo, la así del brazo, echando a correr hacia el pasillo tirando de ella.

—Vamos a salvarlo, pobrecito. Abriremos el paquete ahora mismo, aunque después me quede sin sorpresa.

El árbol de Navidad, con sus brillantes lucecitas de colores, ocupaba el rincón del saloncito, cercano a la chimenea. Tía Elvira y el abuelo estaban en la biblioteca con los Olavide y con los Borrell que, como todos los años, habían acudido a celebrar la Nochebuena en Montsalvatge, por lo que nos deslizamos hasta esa habitación sin hacer ruido y deshice el paquete con manos temblorosas. Un gatito recién nacido maullaba lastimeramente dentro del envoltorio y al verlo di un gritito de alegría.

—Es precioso, Marta, ¿de dónde lo has sacado?

Mi prima se encogió de hombros.

—De por ahí. Se lo he quitado a la gata de los guardeses. Tenía muchos y ni siquiera se enterará.

Apurada, aparté la mirada del animalito y la clavé en ella.

—Pero eso no está bien y además su madre llorará ahora al no encontrar a su hijito.

—No seas boba. Ya te he dicho que tenía muchos y no se dará cuenta.

—Luego añadió preocupada, mientras trataba de poner en orden su revuelta melena rubia—: Lo malo es que no sé qué dirá tía Elvira, porque puede que decida que no quiere tener más bichos en la casa y que nos obligue a devolverlo. Se lo diremos a los chicos para que nos ayuden a esconderlo. Están arriba, en la sala de estudio, jugando a las canicas.

Con el gatito en brazos seguí a Marta por la escalera y nos dirigimos luego a la habitación que había indicado, donde los tres muchachos se arrastraban por el suelo tras unas bolas de cristal.

—Lo esconderemos en el desván, —decidió Raúl, cuando Marta le expuso sus dudas sobre el caso—. Allí no lo encontrarán, pero tendremos que darnos prisa, porque no tardarán en llamarnos a cenar.

Sigilosamente subimos uno tras otro la desvencijada escalera y, tras abrirnos paso entre los polvorientos chismes apilados allí, colocamos el gatito en un rincón, sobre un montón de ropa, que previamente sacamos de un baúl.

—Todos los días le traeremos leche, —me aseguró Juan—. Y no te preocupes, porque nadie lo encontrará.

—Pero me acompañaréis a subírsela, ¿verdad? —Inquirí, preocupada ante la idea de tener que ascender yo sola hasta allí, por la oscura escalera que crujió bajo nuestros pies de una forma horrible.

—Por supuesto, caguetillas, no sufras tanto, —se burló Raúl, mirándome despectivamente—. Me pregunto si cuando seas mayor continuarás siendo tan asustadiza como ahora, ¿qué opinas, Miguel?

El aludido me estudió pensativamente unos instantes.

—Creo que sí, pero no importa.

No nos explicó lo que pensaba en ese momento y me quedé intrigada, aunque nunca tuve ocasión de preguntárselo. Qué distintos me parecían ahora los tres. Solo Juan se asemejaba al que fuera, pero ya no me fiaba de él, porque, pese a su sonrisa bonachona y al afecto que aparentaba tenerme, se había aliado con su hermano contra mí. Este me inspiraba un miedo cerval y Miguel... Miguel había cambiado de improviso. Ya no mantenía ningún punto de contacto con aquel muchacho con el que jugara.

Cansadamente abandoné mi contemplación ante el espejo y terminé de subirme la cremallera de mi vestido de crepe azul, que se ajustaba a la cintura con una banda de raso del mismo color. Realmente era muy bonito y cualquier otra chica hubiera estado preciosa con él. Me pinté ligeramente para disimular la palidez de mi semblante y volví a contemplarme en el espejo con ojo crítico. No estaba mal. Seguía teniendo cara de huérfana, pero al menos no recordaba a una hospiciiana.

Los zapatos de tacón alto, que Leonor se había empeñado en que me comprara, me obligaron a bajar la escalera agarrada al pasamanos y, al oír en el vestíbulo el rumor de la conversación que provenía del saloncito, me detuve sintiendo una incontenible timidez. Debería haberme apresurado, para anticiparme a los Olavide y a los Borrell y no verme obligada así a entrar sola en la habitación, afrontando todas las miradas.

Procurando no perder el equilibrio sobre mis recién estrenados zapatos, entré en la estancia procurando aparentar desenvoltura, aunque notaba las palmas de las manos húmedas de sudor. Un mar de rostros se volvió hacia mí y estuve a punto de tropezar con la alfombra. No obstante, conseguí llegar a sentarme junto a Juan, hacia el que me había dirigido como si fuese una tabla de salvación y que me recibió con grandes muestras de júbilo.

—Pero chiquilla, qué preciosa estás. Estaba dispuesto a subir a tu cuarto a averiguar por qué tardabas tanto, pero ahora lo entiendo. ¿Cómo se saluda a las ninfas? Puede que Leonor lo sepa.

Giró la cabeza hacia la aludida que estaba sentada en el sofá entre Miguel y Raúl y que vestía un traje negro que le sentaba admirablemente.

—Pues chico, no lo sé, lo siento, —manifestó con un gesto dubitativo atusándose sus rizos rojizos. A continuación tuvo la desgraciada ocurrencia de dirigirse al resto de los presentes para pedirles su opinión—. ¿A que el vestido de Eurídice es precioso? No me digáis que no, porque lo he elegido yo.

—Desde luego que lo es, —corroboró Patricia Olavide que, sentada junto a tía Elvira, cerca de la chimenea, me miraba cariñosamente.

—Siempre has tenido un gusto extraordinario, —opinó Ramón Borrell, que miraba a su hija con adoración mal disimulada.

—Porque me ha salido a mí, —apuntó Nora riéndose—. Es mi calco exacto. Igual de pelirroja, igual de guapa, igual de lista, igual de todo.

Era cierto que Leonor era igual que su madre con veinte años menos, por lo que todos le dieron la razón, menos Raúl que parecía ajeno a lo que se decía y que me miraba con una expresión que no supe interpretar.

También Miguel me miraba con absurda fijeza, pero cuando nuestros ojos se encontraron, los desvió hacia la punta de su cigarrillo y se quedó contemplándolo como si tuviera un interés extraordinario para él.

Me sentí incómoda. Tal vez, si bebiese algo lograra animarme y ponerme a tono con la alegría general. Acepté la copa que Juan me ofreció y al probarla una oleada de calor me inundó entera. Cuando agoté su contenido me noté mejor. Ya podía sostener la mirada de todos aquellos ojos clavados en mí. Porque Raúl seguía sin apartarlos de mi rostro, aunque aparentaba atender a Leonor, que charlaba por los codos. A la segunda copa llegué incluso a olvidar los inquietantes pensamientos que me habían atormentado durante la tarde. Ya no recordaba el torreón, ni el lienzo montado en el caballete y aún sin terminar. Ya no era yo un fantasma, me sentía absolutamente viva y me di cuenta de que, sorprendentemente, todo me hacía gracia.

En el transcurso de la cena no cesé ni un momento de reírme de las tonterías que me contaba Juan, aunque no entendía muy bien lo que me pudiera estar diciendo. Hablaba de unas regatas en las que el velero de Miguel había chocado con la embarcación de Raúl y debía ser muy divertido lo que estaba refiriendo, porque todos le coreaban con carcajadas.

También me reí yo y les conté después anécdotas inventadas de las fiestas a las que había asistido en Segovia, adornándolas con toda clase de detalles imaginarios. Era una suerte que no supieran que solo me habían invitado a dos en mi vida y que el recuerdo que conservaba de ellas era bastante amargo. Había asistido a la primera cuando apenas tenía quince años y era una jovencita larguirucha y sin el menor atractivo. Pasé la velada sentada entre otras dos, que ostentaban una colección de granos muy similar a la mía, sin que ningún muchacho se decidiera a acercársenos.

En la segunda ocurrió algo parecido, aunque para evitarme esa humillación me escondí en la terraza del salón y estuve allí aguantando el frío hasta que se hizo la hora de regresar a casa. Hubiera preferido no asistir a ninguna de las dos, pero Luisa, con su manía de divertirme, se había empeñado.

Afortunadamente ninguno de los presentes conocía mi vida anterior y como gozaba de excelente imaginación, inventé toda clase de diversiones, sin narrarlas enteras, poniendo puntos suspensivos donde hacía falta, igual que Leonor. Eso les proporcionaba mucho mayor interés. ¿Cómo no me habría dado cuenta antes?

Tía Elvira me escuchaba algo perpleja, pero Patricia se reía con ganas de mis ocurrencias, mientras me contemplaba con afecto y, sí, con cierta nostalgia. ¿Rememoraría al oírme las fiestas a las que asistiera de joven?

También Nora se reía con ganas de mis ocurrencias e incluso Ramón se animó a contar algunas anécdotas de su vida de estudiante, coreado por Juan y por Leonor.

Dentro de mi euforia experimentaba la sensación de no poder analizar mis impresiones. ¿Por qué Miguel seguiría tan taciturno? Era el único que no se reía de lo que había relatado yo ni de lo que ahora comentaban los padres de Leonor. Al contrario, su moreno semblante tenía una expresión hosca. Debía de estar enfadado todavía. ¿Pero qué culpa tenía yo de lo que estaba sucediendo? ¿Acaso era responsable de que Marta continuase vagando por la casa, cometiendo mil diabluras, como cuando era niña? Me resultó curioso que esa idea no me atemorizase en ese momento. Sí, era extraño sentirse tan ligera, tan ingrátida.

Tampoco Raúl se reía. Me miraba fijamente con una expresión rara. Seguramente estaría especulando sobre las posibilidades con las que contaba de librarse de mí, pero tampoco me preocupaba en ese instante.

Cuando terminamos de cenar pasamos al saloncito y nos entregamos los regalos. Llegué incluso a superar a Leonor que daba grititos de alegría al desenvolver sus paquetes. Yo también chillé, salté y proferí mil exclamaciones de satisfacción, ante la sonrisa comprensiva de Patricia y de Juan y la perplejidad de los demás.

—¿Qué te pasa esta noche, Eurídice?, —me preguntó Raúl por lo bajo, al entregarme el paquete que contenía el pañuelo de cuello que me había comprado—. ¿No será que has bebido demasiado?

Mientras meneaba negativamente la cabeza, intenté imaginarle subiendo cautelosamente al torreón a montar el caballete y a colocar sobre él el lienzo, para pintar aquella escalofriante tormenta desencadenada sobre Montsalvatge. Pero no podía ser mi primo su autor de, me dije después de meditarlo. Raúl era una nulidad artísticamente hablando, al que únicamente hubiera mejorado yo en un concurso de nulidades de esa naturaleza. Probablemente había sido Marta, que hubiera decidido olvidarse por unos instantes de vagar por las estancias de la casona como una sombra para

cumplir lo que prometiera de niña. Me di cuenta de que en ese momento no me importaba cual pudiera ser la respuesta. Me sentía absurdamente feliz y contesté negativamente a su pregunta traduciendo mi gesto con palabras.

—¡Qué va!, —repliqué con una risita pastosa—. Me estoy divirtiendo como nunca.

A continuación me alejé de él, pues, aún dentro de mi borrachera seguía inspirándome un vago temor y fui a sentarme junto a Miguel. Me hacía gracia que estuviera tan malhumorado, fumando como una chimenea, quizás porque intuía que era yo la causa.

—¿Por qué estás tan enfadado?, —le preguntó aprovechando que los demás seguían desenvolviendo sus paquetes y no nos miraban—. Anda, sonríe un poquitín, —le dijo con el mismo tono mimoso que habría empleado Leonor—. Con ese gesto estás muy feo.

—En cambio tú estás muy guapa, pero absolutamente estúpida, —replicó hiriente.

—¡Vaya por Dios!, —exclamé riéndome, sin inmutarme lo más mínimo por el tono con el que había mascullado sus palabras—. ¿Qué te parece mi vestido? ¿No crees que es muy bonito?

—Sí, ya te he dicho que estás preciosa con él.

—Bueno, bueno, lo dices de una forma que produce exactamente el efecto contrario. Me marchó antes de que me arañes.

Me aproximé nuevamente a los demás, volviéndole despectivamente la espalda y continué haciendo toda suerte de tonterías hasta que Leonor me entregó su regalo. Fue la última de los presentes en entregármelo, cuando todos habían salido de la habitación para dirigirse a la biblioteca.

—Lo compré en Palma el otro día y espero que te guste, —me dijo mientras yo lo desempaquetaba—. Ya eres un poco mayor para esto, pero muchas chicas las usan para adornar su cuarto. ¿Pero qué te pasa?

Observaba aturdida mi semblante descompuesto. Era una muñeca de trapo como la de mis pesadillas, como la que aparecía en la fotografía que Juan me había enseñado en el desván.

Toda mi anterior animación se desvaneció y me quedé inmóvil, sin apartar la vista de la muñeca, que había dejado caer al suelo y que se iba desdibujando ante mis ojos, alejándose entre grisáceos jirones de niebla. Me

vi de pronto corriendo por un sendero, borroso por la bruma. Delante de mí la muñeca se iba deshaciendo en el aire y yo corría, corría. Después aquellos ojos que me miraban y aquel dolor, aquel dolor tan intenso como el que experimentaba en ese momento. Me doblé sobre mí misma, incapaz de resistirlo, y noté los brazos cariñosos de la otra, que me sostenían.

—Quítala de ahí, —musité con voz débil—. Yo... yo no la puedo soportar.

El agraciado semblante de Leonor denotó desilusión y también infinita extrañeza.

—Perdona. Creía que te iba a dar una sorpresa agradable y por lo visto he metido la pata. No sabes cuánto lo siento.

—Tú no tienes la culpa Leonor. No podías saberlo. Es que es una muñeca como esa la que aparece mis pesadillas. No sé por qué la asocio a algo espantoso, a algo que en realidad no sé lo que es.

—No te disculpes, —replicó sin expresión—. No tiene importancia.

Recogió el envoltorio y lo arrojó a la chimenea. Sin decir una palabra lo vimos arder hasta quedar convertido en un pingajo ennegrecido y después Leonor salió de la habitación.

Me quedé sola, hundida en una butaca. Me sentía tan mal que hubiera echado a correr escaleras arriba para refugiarme en mi dormitorio y taparme la cabeza con las sábanas hasta que lograra borrar las imágenes que aún se deslizaban por mi mente. Estuve tentada de hacerlo, pero apareció Juan, antes de que hubiera llegado a conseguir ponerme en pie.

—¿Qué haces aquí? Ven a la biblioteca que están contando unos chistes graciosísimos.

—No tengo ganas de nada, —repuse a media voz.

—Vamos, vamos. Con lo animada que estabas hace un momento. Lo que necesitas es una copa y voy a servírtela ahora mismo.

Pensé que ya había bebido demasiado, pero, pese a ello, la tomé de sus manos.

—¿Por qué brindamos?, —me preguntó con picardía.

—No sé, ¿a ti que te parece?

—Que tú debes brindar por mí y yo por ti.

—De acuerdo, a tu salud.

El cava me cosquilleó la nariz y se deslizó suavemente por mi garganta. Poco después mis aprensiones y mis temores comenzaron nuevamente a desvanecerse y en su compañía me dirigí la biblioteca. Hasta el temible Raúl tenía un aspecto inofensivo ahora, apoyado en la chimenea, riéndose de las bromas de Leonor.

Tomé otra copa. Mi mente empezó a nublarse y confusamente distinguí su mirada, fija en mí, aunque continuaba hablando con ella. También Miguel me miraba, pero con una expresión muy distinta. ¿Pero a mí qué me importaba? Deseaba otra vez saltar y brincar y de nuevo me sentía ligera como una pluma. Interrumpí a Juan, notando la lengua algo torpe y le hice salir conmigo hacia el vestíbulo.

—¿A que no sabes lo que me apetecería hacer?, —le pregunté en un susurro.

Mi primo se inclinó ante mí con una cómica reverencia, con la que perdió el equilibrio y estuvo a punto de caerse.

—A tus órdenes princesa. Soy tu humilde esclavo.

—Es que es una cosa un poco rara.

—¿Muy, muy rara?, —balbuceó él, que también había bebido más de la cuenta.

—Sí... bastante rara, —repuse, sintiendo que me tambaleaba ligeramente al decirlo—. Pero no sé qué les parecerás a ellos, —añadí, indicándole a los cuatro señores mayores que charlaban cerca de la chimenea y que podía ver a través de la puerta de la biblioteca que estaba abierta.

—No te preocupes, no tardarán en marcharse a la cama. Pero dime, ¿qué es?

Le hice un gesto de que se me aproximara y al oído le cuchicheé:

—Quiero echar una carrera contigo por la avenida de los olmos. Estoy segura de que te ganaré.

Achispado como estaba, no se extrañó en absoluto de mi absurda proposición.

—Excelente idea, —aprobo torpemente—. Pero, ¡chist!, que ellos no se enteren. En cuanto se vayan a dormir, ¡a correr! La cancela de hierro de la entrada de la finca será la meta. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Dame otra copa de cava.

—Oye, no te estarás amonando, ¿verdad?

Dejé escapar una carcajada pastosa.

—¡Qué va! Me noto flotar en el aire.

—Yo también, —reconoció—. Pero baja la voz. Me parece... me parece que por fin se marchan. Mantente... tiesa para despedirte. Que no sé... den... cuenta... de que somos dos globos.

Patricia y Nora se me acercaron, seguidas de Ramón.

—Te encuentro muy alegre esta noche, hijita, y lo celebro, —me dijo la madre de Miguel—. Es maravilloso ver como la juventud se divierte, pero nosotros ya no vamos siendo tan jóvenes y nos retiramos. A mí, la cama me está llamado a gritos. Ha sido una velada muy agradable.

Miguel salía también, acompañando a los que se despedían y Juan le llamó:

—Oye, tú volverás, ¿eh?

Al advertir que vacilaba, mi primo insistió:

—Por supuesto que volverás. La noche está empezando.

—Bien, hasta ahora.

Me dirigió al marcharse una mirada helada, pero estaba demasiado bebida para que me afectara.

—Espérame aquí, —le dije a Juan en el vestíbulo, cuando el portón se cerró tras ellos—. No puedo correr con estos tacones y con este traje, así que voy a cambiarme de ropa.

—Vale... pero no tardes.

Subí vacilante la escalera. ¿Por qué se movería de aquel modo? Dando traspiés conseguí llegar hasta mi cuarto, donde me puse los pantalones vaqueros y un jersey blanco que me quedaba demasiado holgado y acentuaba mi aire infantil. ¿Pero qué me importaba a mí aparentar menos años de los que tenía?, ¿qué me importaba nada en realidad? Esa noche me tenía todo sin cuidado y me sentía absurdamente feliz.

Tía Elvira se había acostado ya cuando bajé de nuevo. Leonor y Raúl estaban en la biblioteca, pero Miguel no había regresado todavía, por lo que, sigilosamente, salimos los dos a la terraza, sosteniéndonos

mutuamente. La fresca brisa procedente del mar alborotó mis cabellos y disipó en parte la neblina que confundía mis ideas.

—Oye... ¿echar una carrera a estar horas no será... no será una tontería...? Me parece... me parece que estamos borrachos.

—Como dos cubas, —balbuceó Juan—. Pero no es una tontería. Es... sensacional. Ya sabes, hasta la cancela. El que llegue primero será el vencedor.

—De acuerdo, a la una, a las dos y a las...

Salimos corriendo a la vez, con igual torpeza. Pese a ello, Juan me aventajó unos metros, pero tropezó con la raíz de un olmo que sobresalía sobre el terreno y se cayó de bruces cuan largo era. Yo continué corriendo y corriendo. ¿Dónde estaría la maldita cancela? Debería haberla alcanzado ya. Me detuve jadeante, advirtiendo que me había salido del camino, por lo que intenté distinguir algo a mi alrededor. ¿Dónde estaba? Borrosamente distinguí las sombras de los árboles, agitando sus ramas a impulsos del viento. Se movían exageradamente. No debería haber bebido tanto. Ahora no conseguía orientarme ni tampoco sabía donde estaba Juan. De improviso vi una vacilante silueta en la oscuridad y con un suspiro de alivio me precipité hacia ella.

—Al fin te he encontrado, Juan. ¿Dónde te habías metido?

La áspera corteza del tronco de un árbol me hizo comprender que me había equivocado de objetivo. ¿Dónde estaría entonces Juan? Como si hubiese formulado la pregunta en voz alta, oí a Miguel contestarla.

—En tu casa, con una mona idéntica a la tuya. Es la primera vez que le veo hacer una tontería de esa clase, pero por lo visto es contagioso.

Le escuché sin entenderle, con la mejilla apoyada en aquel improvisado asidero, sin decidirme a abandonarlo. Si al menos el terreno recuperase la quietud que las leyes de la naturaleza le habían atribuido desde tiempos inmemoriales, podría arriesgarme a intentar caminar sobre él.

—¿Qué, tienes intención de pasarte agarrada a ese árbol toda la noche?

El tono de Miguel era burlón, pero no amistoso. Con más rudeza de la necesaria tiró de mi brazo obligándome a desasirme de mi tronco y a reemprender el regreso sobre aquella tierra movediza. Me dejé conducir dando traspiés, sin reconocer el lugar por donde caminábamos y me extrañó

que hubiera sido capaz de encontrarme entre las sombras danzantes que nos rodeaban.

—¿Has salido corriendo tú también detrás... detrás de nosotros?, —le pregunté, pensando que esa debía ser la explicación.

Le oí reír, algo sarcástico.

—No, pero es una suerte que lleves un jersey blanco, porque se te distingue desde lejos.

¿Sería posible que él viese algo en la oscuridad que nos envolvía? Apenas distinguía sus facciones, pese a llevarlo a mi lado. Ni tan siquiera era capaz de razonar con claridad. Una ráfaga de viento helado que barrió el sendero dispersó mi melena en todas direcciones y se llevó también mi euforia. Ya no me sentía flotar en el aire y los problemas que olvidara se abatieron de nuevo sobre mí con un peso tan abrumador, que me detuve de improviso como si hubiese echado raíces en el suelo. A lo lejos las luces de la casa me hicieron desear huir de allí, de Raúl y del recuerdo de Marta. Volví al torreón con la mente y vi de nuevo el cuadro inacabado, plasmando el vendaval que azotaba Montsalvatge. Tenía que marcharme de allí. Tenía que marcharme antes de que...

Como si constituyesen piezas de un complicado *puzzle*, mis ideas comenzaron a ordenarse en mi cerebro y vagamente recordé lo que meditara en el faro esa mañana. ¿Cómo podría conseguirlo?

—¿Te pasa algo ahora? —Miguel insistía en tirar de mi brazo y su voz no traslucía la menor amabilidad.

—¿Sigues enfadado conmigo?, —le pregunté con un mohín, exacta imitación de los de Leonor.

—No estoy enfadado, —repuso brusco, con un nuevo tirón de mi brazo. ¿Quieres moverte de una vez?

—Espera un momento, quiero decirte una cosa.

—Me la dices en tu casa.

—No, tiene que ser ahora mismo.

—Bueno, pero date prisa.

Su gesto era resignado, ahora lo distinguía claramente. El momento no era propicio ni él lo estaba tampoco, pero pensé que quizás más tarde me arrepentiría y no quería arrepentirme.

—Sé que estás enfadado por lo de esta mañana y lo siento. Te dije muchas tonterías que no pensaba.

Sonreí cuidadosamente de medio lado, aunque no pareció advertirlo, porque su semblante continuó completamente inexpresivo.

—¿Cuáles son las que no pensabas?, porque tonterías eran todas.

Empecé a sentirme irritada, pero me prometí a mi misma no demostrarlo. Ahora que la espesa bruma de mi mente iba disipándose y conseguía reconocer los riscos que, próximos a nosotros coronaban el acantilado, sentía también la amenaza que Raúl suponía para mí materializada en sus agudos picos. Tenía que marcharme cuanto antes. Me resultaba inexplicable que pudiera gustarle a Miguel, porque sabía que carecía de todo atractivo. Quizás fuese solo lástima lo que le inspiraba, pero en ese momento me daba igual. Más lástima me daba yo a mí misma.

—No pensaba ninguna, pero me refería a lo que te dije inmediatamente antes de que te largaras del faro. Nunca te he encontrado repelente, sino todo lo contrario.

Pestañeeé rápidamente, recordando el efecto que esa argucia le produjera a Pedro la noche anterior, pero tampoco pareció advertirlo. Frente a mí y con las manos en los bolsillos de la chaqueta de su traje oscuro, su expresión era más bien recelosa.

—¡Ah!, ¿no?, pues has dicho que...

—Sí, pero no era cierto.

—¿Tampoco era verdad que me considerabas una especie de doble de tu mamaíta?, —inquirió áspero.

Qué difícil me lo estaba poniendo. Ya me dolían los ojos de tanto abanicar las pestañas y él seguía sin apreciarlo.

—Eso te lo he dicho para hacerme la interesante, —repuse, bajando los párpados como si estuviese avergonzada. Leonor lo hacía también y daba mucho resultado.

—¿La interesante?, —masculló—. Tienes una forma muy particular de hacerte la interesante. ¿Y qué es lo que te pasa en los ojos?, ¿te ha entrado algo?

—No, ¿por qué?

—Porque no paras de hacer visajes. Si es que te...

—No me pasa nada, —le interrumpí enfadada. Casi inmediatamente corregí mi tono—. Te creía con más experiencia en lo que se refiere a las mujeres. —Añadí con una entonación especial, que no debió captar, porque repuso brusco:

—¿De qué mujeres hablas? Supongo que no será de ti, porque no has pasado de ser una chiquilla sin pizca de conocimiento y, en cuanto a experiencia, de eso sí que no tienes ninguna.

Por un momento, la indignación que me produjo su sarcástica réplica llegó a eclipsar todo lo demás. Tuve que mirar de nuevo los riscos del acantilado y rememorar el torreón con su lienzo inacabado para conseguir dominarme.

—¿Tú crees?

—No me digas. ¿También tus opiniones sobre el sexo masculino eran mentira? Me estás resultando una caja de sorpresas.

—Bueno, lo que te conté del chico con el que fui al cine sí era cierto, pero es que él no era como tú.

Le vi enarcar las cejas, mientras me observaba con atención, como si no acabara de creérselo.

—¿Qué has querido decir exactamente?

—Pues eso. —Notaba la garganta cada vez más seca—. Tú has sido siempre distinto. Nos conocemos desde niños y para mí has sido siempre diferente.

—Ya. Un hermanito mayor, ¿no es eso?

—Desde luego que no, —repuse rápidamente.

—No, ¿entonces qué?

Tragué saliva. ¿Qué sería lo que debería decir ahora? Si me ayudase un poco al menos, porque parecía estar cada vez más hermético.

—Yo... quisiera saber cuál era la pregunta que me ibas a hacer anoche. Estoy dispuesta a contestarla.

—Ya se me ha olvidado.

—Pero tú dices que cumples siempre lo que ofreces, —insistí mimosa.

Encendía un cigarrillo en ese momento y a la luz la llama del mechero vi claramente su expresión y me quedé desconcertada. Se estaba riendo.

—¿A qué estamos jugando esta noche, Eurídice? Y deja de una vez esas sonrisitas y esos pestañeos. Ya no tengo quince años, ¿sabes? ¿Qué es lo que pretendes conseguir?

Con gusto le hubiese estrangulado, pero no podía dejarlo traslucir, porque él levantaba suavemente mi barbilla y tenía que poner mi mejor cara de inocencia.

—No intento conseguir nada. Solo quiero que seamos amigos otra vez.

—¿Y para que seamos amigos vienes con toda la artillería desplegada? No gastes tanta energía conmigo y resérvala para tu corte de admiradores de Segovia. Y ahora vamos a volver a tu casa y le pediremos a Raúl algún potingue que te despeje esa monumental borrachera.

—No estoy borracha, —balbuceé. Mi voz era aún algo pastosa, pero ya podía distinguir claramente el sendero por el que caminábamos y los árboles que lo bordeaban, zarandeados por un viento helado.

—Sí que lo estás. Cuando se te haya pasado por completo, puedes repetirme todo lo que me has dicho, si es que aún lo piensas.

Su tono seguía siendo poco amistoso. Si consiguiera despejar mis ideas y disipar el humo espeso que las confundía, tal vez lograra lo que me había propuesto. Apoyé la espalda contra el tronco de un árbol y cerré los ojos para no ver como el suelo se balanceaba, semejante a la cubierta de un barco que estuviese a punto de irse a pique.

—Quiero explicártelo ahora. Quiero explicarte lo que pasó anoche.

Sin hacerme caso, Miguel había continuado camino adelante, pero al oírme volvió sobre sus pasos y se detuvo frente a mí, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Me parece magnífico, pero antes quiero aclararte lo que me pasó a mí para evitar malas interpretaciones.

Extrañada, abrí de nuevo los ojos.

—¿Malas interpretaciones?

—Sí, tú tuviste la culpa después de todo. Estuviste llorando un ratito, pero enseguida se te pasó y después, cuando me dijiste que desearías pasar así el resto de tu vida...

—¿Qué yo te dije...? —Me quedé estupefacta. Tan estupefacta que mi cabeza se despejó en el acto como si me hubieran arrojado un chorro de

agua fría. Él sonreía despreocupadamente como si aquel asunto no tuviese ninguna transcendencia.

—Lo dijiste, sí. Y como a mí tampoco me disgustaría demasiado...

—¿Qué no te disgustaría?, —le interrumpí—. Es el colmo.

—Bueno, no grites, —me dijo condescendentemente—. Yo no sabía entonces que creías estar abrazada a tu mamáíta y por eso...

—Cállate de una vez, —articulé trabajosamente. No pude decirte eso, al menos no como lo entendiste. Creía... me sentí como cuando era niña y tú eras un chiquillo.

Ya, —murmuró con guasa—. Lo que te gustaría es que yo llevase todavía pantalón corto y ser tú una niña y poder ponerte aquel lazote con el que te sujetabas el pelo y que era más grande que tú, ¿no? Pues lo siento. Tú puedes ponerte el lazote, si quieres, pero yo me he vuelto muy peludo desde entonces y ya no me queda bien el pantalón corto.

Abrí la boca para hablar y volví a cerrarla sin encontrar palabras que expresaran todo lo que quería decir.

—No entiendes nada, —balbuceé con dificultad—. Al regresar a Montsalvatge yo esperaba... no sé, que algo de lo que vivimos durante aquellos años permaneciera. ¿Por qué es todo tan diferente? Al volver he sentido... lo que debe experimentar un soldado que se va a la guerra y al retornar encuentra su casa en ruinas y muerte y desolación a su alrededor, pero claro, tú no lo puedes entender.

Callé pensativa, desviando los ojos hacia lo lejos. El viento agitó las ramas del árbol bajo el que me encontraba y su suave rumor me estremeció. Continuaba abstraída y tuve que hacer un esfuerzo para regresar al presente y entenderle cuando me preguntó:

—¿Cuántos años tienes, Eurídice?

—Veintiuno, —repuse, extrañada de que me preguntase una cosa cuya respuesta debía conocer sobradamente.

—¿Y no te parece que a esa edad eres ya lo suficientemente mayor como para no empeñarte en creer que aún eres una niña?

Sin duda se estaba refiriendo a la forma en que reaccioné en la salita de la casa de Marisa Serra y después, en esa misma reunión, cuando hice lo imposible para que no se me acercara. Me hubiera gustado poder

explicárselo de haber logrado comprenderlo yo previamente, pero no era así. Tampoco conseguía analizar en ese instante las impresiones que experimenté. Solo logré rememorar la sensación de pánico que me acometió al distinguir su expresión en la semioscuridad y encontrarme de pronto en una situación en la que no me había visto nunca anteriormente y que escapaba a mi comprensión. Hice un gesto con las manos con el que quería indicarle que prefería dejar ese tema y murmuré solamente:

—Es que... es que esa noche me pareciste de pronto un desconocido.

—¿Porque no encontraste que guardara ninguna relación con el chiquillo que apedreaba con piñas a tu bando en el faro? ¿Por eso? Han pasado muchos años desde entonces.

—Muchos, —musité apenas, con una añoranza que no pude disimular y que no le pasó desapercibida.

—Aquello no puede volver, —me dijo, como si quisiera convencerme de que era inútil que lo pretendiera.

—No, —admití sin ninguna convicción.

Nos quedamos callados. Solo se oía el cercano sonido del mar y el del viento agitando a nuestro alrededor las ramas de los árboles con un rumor sordo.

—Vámonos a casa, —decidí, abandonando el apoyo del árbol y avanzando vacilante un par de pasos. El sendero se me asemejó a un mar de olas. Los guijarros bailoteaban desacompasadamente ante mis ojos y no lograba saber donde ponía los pies.

Me sostuvo cuando tropecé con un pedrusco y me ayudó a sentarme sobre una de las rocas que orillaban el camino. El ambiente estaba saturado de humedad y una niebla espesa ascendía desde el mar, tratando de ganar los riscos altos del ribazo, pero me encontraba de espaldas y no lo advertí.

—¿Por qué nos hemos sentado aquí? Vámonos a casa.

—Espera un momento. Antes quiero que me expliques...

—Meneé negativamente la cabeza.

—No quiero explicarte nada más. Solo quería que se te pasase el enfado y que...

—¿Y qué? Termina la frase de una vez.

—No me da la gana, —rezongué—. Antes me has dicho una cosa que me ha molestado.

Miguel tomó asiento a mi lado, mordiéndose los labios para no reírse.

—Bueno, tienes razón y te lo diré de otra manera. Eres lo bastante bonita como para que, al abrazarte a mí y decirme que desearías pasar así el resto de tu vida, yo reaccionase como reaccioné. ¿Te gusta más así?

Encendía un nuevo cigarrillo y al ver su expresión displicente a la tenue luz del mechero sentí una rabia sorda contra él.

—Lo dices como si te hubieras visto obligado a hacerme... un... favor, —tartamudeé indignada, poniéndome en pie con dificultad—. No he oído en mi vida nada semejante. Para que te enteres, conozco a más de mil chicos que hubieran dado algo por encontrarse en tu lugar.

—Estoy seguro de ello y puedes incluirme a mí entre esos mil.

Había levantado la cabeza para mirarme y no se reía ahora, pero no conseguí averiguar si estaba hablando en serio.

—Pero tú has dicho..., —empecé aturdida.

—Has sido tú la que has dicho que creías estar abrazada a un niño pequeño.

—No a un niño pequeño. A ti cuando eras un chiquillo, que no es lo mismo.

—Pero es que ya hemos crecido los dos. Eurídice, aunque te empeñes en no darte cuenta.

—Pues eso a mí no me importa, —grité.

—A ti puede que no, pero a mí sí.

Se había puesto en pie a mi lado, de espaldas al mar, y aplastó el cigarrillo con el pie. Fue al volverme torpemente hacia él cuando la vi. Ascendía desde el mar como un inquietante velo grisáceo que iba ganando altura, deshaciéndose en jirones. Se nos estaba aproximando ya y en unos segundos nos alcanzaría para envolvernos y asfixiarnos en las formas caprichosas e imprecisas que se descomponían al compás del viento. La vi por encima del hombro de Miguel y permanecí inmóvil, incapaz de reaccionar, con las pupilas dilatadas por el terror.

—Miguel, ¡la niebla!, ¿no la ves?

Me mantenía muy quieta, mirando horrorizada cómo aquella especie de humo deshilachado avanzaba inexorablemente hacia nosotros, disponiéndose a aprisionarnos entre sus húmedos velos.

—¿No la ves?, —repetí, estremecida por el pánico—. Vámonos, no puedo soportarlo.

—No es nada, Eurídice, cálmate.

Pero no llegué a escucharle. Me había rodeado con sus brazos, pero me debatí entre ellos hasta que conseguí que me soltara y eché a correr. Corrí como una loca hacia la casa, tropezando una y otra vez, huyendo de la bruma que me perseguía como un desdibujado fantasma, que se iba deshaciendo para recomponer sus desgarrones en el aire luchando por apresarme. Sollozando histéricamente intenté entrar en el vestíbulo, pero en el instante en que iba a transponer el umbral, apareció en el quicio Raúl obstaculizándome el paso.

—¿Qué te ocurre, que es lo que te pasa?

Me debatí ahora contra él, gritando, hasta que logré entrar precipitadamente en la casa, seguida de Raúl y de Miguel y arremetí contra Juan y contra Leonor, que intentaban retenerme, chillando convulsivamente.

—¡Cerrad la puerta!, ¡cerradla antes de que...! ¡Quiere alcanzarme!, ¿pero es que no lo veis?

Raúl me sujetó con rudeza por los hombros y luego me dio una bofetada que resonó como un estallido.

—¡Cállate de una vez, Eurídice!

Aturdida me llevé una mano a la mejilla con mis dilatadas clavadas en el rostro de él. Luego di media vuelta y eché a correr escaleras arriba.

OceanofPDF.com

Capítulo 11

Dormí mal esa noche. Una y otra vez me incorporé ansiosamente en la cama, asaltada por la misma persistente pesadilla. Me veía a mí misma corriendo por aquel sendero, mientras la niebla me iba envolviendo lentamente. Subía hasta mi cuello asfixiándome y, aunque intentaba gritar, ningún sonido se escapaba de mi garganta. Después aquellos ojos que me miraban. Eran unos ojos oscuros, profundos, que me observaban desde lejos, acercándose más y más. El viento gemía a mi alrededor, zarandeándome, y quería correr, quería huir de allí, sin conseguir que mis piernas me obedecieran, mientras un dolor agudo me oprimía, me atenazaba.

Me desperté de pronto con la frente perlada de sudor. El sol se filtraba por los resquicios de las cerradas contraventanas del balcón. Tenía la garganta seca y la cabeza pesada. Confusamente recordé los sucesos de la noche anterior. A Miguel en el sendero de regreso a la casa y la niebla, sí sobre todo la niebla, que me había ido acorralando poco a poco, hasta hacerme gritar enloquecida y a emprender después aquella desenfundada carrera, chillando, sollozando. Debía haberme puesto completamente histérica, porque la bofetada de Raúl todavía me escocía. Enrojecí al recordarlo. ¿Qué pensarían ahora todos de mí? Pensarían que estaba completamente chiflada, como Raúl pretendía que creyeran. Y lo malo era que les había dado sobrados motivos para considerarlo así.

Con dificultad me puse en pie. La cabeza me dolía terriblemente y la escasa luz que iluminaba la habitación me hacía daño en los ojos. Alguien se aproximaba a mi dormitorio pues unas pisadas resonaban por el pasillo, cada vez más cercanas. Vacilante, me dirigí a la puerta para echar el cerrojo y luego me apoyé contra la hoja de madera. No quería ver a nadie.

Necesitaba esta sola para reencontrarme a mí misma y entenderme. Me tapé la cara con las manos y permanecí en esa posición unos segundos. Las retiré al oír que llamaban a la puerta con los nudillos y luego reconocí la voz de Leonor.

—Eurídice, ¿puedo entrar?

No contesté a su llamada ni a ninguna de las que se fueron repitiendo a lo largo de la mañana. ¿Qué me importaba mí que ese día fuera Navidad? ¿Qué me importaba que los Olavide nos esperasen en la Escollera para comer? Lo pasé encerrada en mi dormitorio, a ratos durmiendo y otros tumbada boca arriba con la vista clavada en el techo, sin hacer absolutamente nada. Mis habituales temores habían dejado paso a una total indiferencia. Imaginaba que hablarían de mí, lamentándose del estado en el que me encontraba, pero tampoco me importaba. Todo me daba igual.

Fue a la mañana siguiente cuando descubrí aquello. Me había levantado trabajosamente, sintiéndome débil después de un día entero de ayuno y me puse la bata sobre el camisón, para bajar a desayunar.

No estaba la mesa camilla dispuesta con las tazas y la cafetera en el cuarto de estar, por lo que me encaminé hacia el saloncito, esperando encontrar en esa estancia a tía Elvira. Desde el umbral lo vi. No sé qué fue lo que atrajo mi mirada en esa dirección, pero sentí como si un imán me obligara a clavar los ojos en el cuadro que pendía sobre la chimenea. Me llevé las manos a la boca para no gritar. Luego me quedé quieta, como paralizada, contemplando, sin querer creer lo que veía, el vendaval que se desencadenaba en el cuadro. El mismo lienzo que Leonor y yo habíamos encontrado inacabado en el torreón y que habíamos escondido en el desván, debajo de un sofá. ¿Pero cómo era posible? Ahora estaba terminado, aunque sin marco. Alguien lo había colgado del clavo de la pared por el bastidor, con la pintura aún fresca, porque podía percibir el olor a óleo y a aguarrás desde la puerta de la habitación.

Sentí que el corazón empezaba a latirme tumultuosamente. Como idiotizada permanecí agarrada al quicio de la puerta, mirándolo fijamente. Vagamente advertí que la marina que colgaba anteriormente en ese mismo lugar había desaparecido, pero no conseguí recuperar el uso de mis miembros hasta que el rumor de conversación que provenía de la biblioteca

me obligó a reaccionar, apartándome del lugar en el que me hallaba, para dar media vuelta y a subir corriendo a mi dormitorio.

Una vez dentro de mi cuarto, me senté en la cama. Tenía que pensar algo deprisa. Tenía que ocurrírseme algo, porque si Leonor llegaba a ver el cuadro en el saloncito no dudaría en creer que había sido yo la que lo había colgado sobre la chimenea y ella era mi única aliada. Apresuradamente me dirigí hacia el armario, decidida a vestirme, pensando que lo mejor sería que, una vez arreglada, bajara cautelosamente y lo escondiera en cualquier lugar. Sí, eso sería lo mujer. Buscaría la marina que, quienquiera que fuese, había descolgado de la pared y la volvería a colocar sobre la chimenea.

Fue al remover las prendas que pendían de la barra del armario para coger los pantalones vaqueros que me había comprado en Palma, cuando la vi. La marina que había desaparecido estaba en el fondo, tras ellos, oculta detrás de mi ropa. Noté que me tambaleaba y dando traspiés reculé nuevamente hasta la cama, donde me caí sentada. Era inexplicable lo que me estaba sucediendo. ¿Cómo habría podido llegar el cuadro hasta mi cuarto, si no había salido yo de él desde que Raúl me propinara aquel tremendo bofetón?

Desorientada pasé una mano por mi frente y al notarla áspera me miré las yemas de los dedos. ¿Qué era aquello? Me aproximé al balcón para abrir las contraventanas y a la luz del día las examiné sin querer dar crédito a lo que veía. Si. No cabía duda, tenía las manos impregnadas de pintura. El olor de mis dedos a óleo y a aguarrás era inconfundible. ¿Pero cómo habría podido manchármelas mientras dormía?

Me invadió un infinito terror y di un salto estremecida al oír la voz de Leonor, pidiéndome que la dejara entrar. Si ella llegaba a ver mis manos, creería... sí, creería que yo había estado en el torreón acabando el lienzo que ahora estaba en el saloncito. Pero... si yo no había salido de mi dormitorio en veinticuatro horas...

Había sido una estúpida al emborracharme en la Nochebuena. Raúl lo debía tener todo planeado y habría aprovechado el momento en que subió a mi habitación y me hizo tomar un medicamento contra el mareo, para guardar la marina en el armario y dejar caer unas gotas de óleo sobre mis dedos. También podía haberlo hecho después, mientras yo dormía la mona.

A toda prisa me dirigí al cuarto de baño y me froté enérgicamente las manos hasta que desapareció todo vestigio del óleo. También me lavé la cara y el agua fría me aclaró algo la mente. ¿Pero quién habría podido pintar el lienzo? Raúl era una nulidad en ese terreno y el paisaje era la obra de un gran artista, aunque reflejaba una personalidad atormentada. La de alguien que veía el mundo asolado por un huracán que lo aniquilaba todo.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo, al darme cuenta de que así era como lo veía yo. Entonces... Me quedé inmóvil, demasiado sorprendida para realizar el menor movimiento. Tenía que haber sido alguien que me conociera bien, que adivinara incluso y fuera capaz de plasmar en un lienzo las sensaciones que provocaba en mí la hostilidad de un mundo en el que me sentía sola. ¿Quién podía ser esa persona?

Aún seguía dándole vueltas a la pregunta, cuando respingué sobresaltada al oír a Raúl golpear la puerta amenazándome con tirarla abajo si no descorría el cerrojo.

Bruscamente tomé una decisión. Me vestí apresuradamente con los vaqueros y el holgado jersey blanco de la noche anterior y luego abrí cautelosamente el balcón. El campo, cubierto de pinos, se extendía solitario ante mis ojos. Nadie me vería si me descolgaba por la fachada, ayudándome con las ramas del árbol que crecía a mis pies. En innumerables ocasiones me había valido de ese pino para descender al suelo cuando era niña y sabía que era fácil. Ya no era una niña, pero pesaba poco y seguía siendo igual de ágil, por lo que me resultó muy sencillo abandonar mi habitación por ese procedimiento. Poco después corría por el camino que bordeaba el acantilado, volviendo de vez en cuando la cabeza para comprobar si alguien me seguía y no me detuve hasta que, jadeante, llegué a la carretera. Esperé impaciente el autobús que me llevaría a Palma y cuando unos minutos más tarde llegó a la parada y me subí al vehículo sentándome junto a la ventanilla, respiré con más tranquilidad.

Apenas presté atención al paisaje que discurría ante mi vista, ya que mi mente estaba concentrada en un solo pensamiento. Tenía que llegar a Palma y una vez allí buscaría en una guía de teléfonos la dirección del psiquiatra del que me había hablado Leonor. Aún recordaba su nombre. El doctor Olea

podría decirme sin estar influenciado por Raúl, cuál era mi estado mental, porque yo ya no sabía qué pensar.

El autobús me dejó en una soleada plaza, donde unos chiquillos jugaban a perseguirse unos a otros. Les sorteé, dirigiéndome a una cafetería donde pedí el listín de teléfonos y con la dirección escrita en un papelito, volví a salir a la calle, deteniéndome indecisa en una esquina.

Un hombre se me acercó para preguntarme si necesitaba algo. Llevaba una gorra de chófer en la cabeza y me explicó cómo podía encontrar la calle a la que me dirigía. Dándole las gracias eché a correr y no me detuve hasta que encontré el edificio y subí sin aliento hasta el tercer piso.

* * *

Eurídice terminó su relato, notando la garganta seca. Olea la había escuchado con atención, sin interrumpirla, tomaba notas en un cuadernito y al fin levantó los ojos hacia ella.

—Bien. Usted ya no está segura de no haber cometido esos... llamémoslos actos, que le parecen absurdos.

Con sus grandes ojos azules muy abiertos, ella le observó sin pestañear.

—Estaba completamente segura hasta esta mañana, pero ahora ya no sé qué pensar. Cuando he visto el cuadro colgado sobre la chimenea... no sé cómo explicárselo, doctor, pero he creído que me iba a dar algo. Como ya le he comentado, soy muy miedosa y me considero incapaz de subir al torreón yo sola. Tampoco sé pintar, carezco por completo de aptitudes artísticas y sin embargo...

—¿Y sin embargo...? —repitió el psiquiatra en tono interrogante.

—Y sin embargo ese cuadro plasma el paisaje que se divisa desde el torreón de la casa como si el pintor hubiera sido capaz de introducirse dentro de mí y de verlo con mis ojos. Desolado, anegado por la tempestad. ¿Quién puede haber sido el pintor que ha logrado traducir con sus pinceles los sentimientos que experimento? Solo podría Marta y ella ya no está. Ella quería pintar el viento y en ese cuadro lo ha conseguido. ¿Cree que ha podido hacerlo desde el más allá?

Olea no le contestó. Impasible, tabaleaba con un lápiz sobre la mesa.

—Dígame, ese primo suyo, al que atribuye la intención de volverla loca, ¿qué ganaría con ello?

La muchacha hizo un gesto vago.

—Supongo que me heredaría su madre y con ese dinero él podría conservar la finca. Lo supongo, porque no tengo otros parientes. Raúl pretende que me reconozca un psiquiatra amigo suyo, al que seguramente habrá influenciado para que diagnostique que mi estado mental no es normal. Por eso he venido, para que usted me diga qué puedo hacer. Quiero saber si hay alguna posibilidad de que esté trastornada. —Al advertir su sonrisa, le aclaró—: Quiero decir si es posible que alguien realice cosas como las que le he contado, sin darse cuenta.

Esperó ansiosamente su respuesta negativa, pero no se la dio. El médico se limitó a retrepase en su butaca sin perder su aire paternal.

—Vamos a ver, analicemos los hechos. Todos esos actos, que usted ha calificado de absurdos, giran en torno a su prima. Usted la quería muchísimo y ella murió cuando ya había regresado a Segovia con sus padres. Como no sabía que había muerto, no se extrañó al recibir su carta y al llegar a Montsalvatge y enterarse de su fallecimiento fue cuando comenzó todo, ¿no es así?

—Más o menos.

—¿Más o menos?, ¿en qué me he equivocado? —Solamente en el enfoque. Lo dice usted de una manera que parece significar que al enterarme yo de que Marta había muerto, comencé a hacer cosas raras.

Olea se echó a reír.

—Bien, se lo preguntaré de otra forma. ¿Por qué no le escribió a su prima durante los años en que permaneció lejos de Mallorca? Me ha dicho que la quería muchísimo.

—Sí, es la persona que más he querido.

—Entonces, ¿por qué no trató de mantener una relación con ella?

El semblante de Eurídice expresó infinita sorpresa.

—No lo sé, doctor. Últimamente también me lo he preguntado yo. Hubiera sido lo natural, ¿verdad?

—Yo diría que sí. ¿Acaso encontró otra amiga en la que volcara todo su afecto? ¿Su madrastra, por ejemplo?

—No, no he tenido nunca otra amiga, ya le he dicho que soy más bien reservada. En cuanto a Luisa... para mí ha sido lo más parecido a una madre.

—Y al encontrar a Luisa, se olvidó de Marta, ¿no?

—¿Olvidarla?

—¿Se acordaba de Marta?

Eurídice se mantuvo muy quieta, reflexionando.

—Yo... creo que no.

—¿Tampoco se acordaba de Montsalvatge?, ¿de su tía, de sus primos?

Acodado en la mesa, Olea captó la perplejidad que asomaba a las claras pupilas de la muchacha.

—Pues ahora que lo dice, creo que no.

—¿Por qué no?

—No lo sé. Creo... creo que les olvidé. Que Montsalvatge se me borró de la mente.

—Y sin embargo, les recordó en cuanto se enteró de que su madrastra iba a volverse a casar. ¿No es así?

Eurídice tardó en contestarle. Parecía reflexionar intensamente.

—Pues... sí, les recordé, porque Luisa me habló de ellos y porque a continuación Marta me escribió. —Pasó cansadamente una mano por su frente y añadió—: Pensaré que tengo muy mala memoria y no es cierto, aunque, como le he dicho antes, no sé por qué me marché de Montsalvatge ni puedo recordar el momento de mi despedida.

—¿No sería usted misma la que llamara a sus padres para que vinieran a la isla a recogerla?, —insinuó él—. Quizás tuvo algún disgusto con sus familiares...

Después de meditarlo, ella meneó negativamente la cabeza.

—No, no lo creo. Me sentía feliz en Montsalvatge. A Luisa no la conocía apenas y mi padre y ella nunca vinieron a verme. Estaban demasiado ocupados con su trabajo, ¿comprende? Recibí alguna cara de mi padre por Navidad durante esos años, pero nada más. Habían transcurrido ya cuatro desde que me mandaron aquí con mis parientes, por lo que comprenderá que para mí eran casi unos desconocidos.

Olea asintió y tomó unas notas.

—Bien, hemos quedado en que no recuerda por qué se marchó de Mallorca, pero sí los días que antecedieron a su partida.

—Sí, era Navidad y nos divertíamos de lo lindo. Juan y Raúl habían venido a casa a pasar las vacaciones y Marta y yo casi no les reconocimos por lo mayores que estaban. Me acuerdo de todo perfectamente, exceptuando el día en que me marché.

El psiquiatra se acarició pensativamente la barbilla.

—Me ha dicho que a su madre no la conoció y que con su madrastra se llevaba bien.

—Sí, nos apreciamos mutuamente desde el primer momento. Es una mujer muy alegre y cariñosa.

—Cuénteme algo de los años que ha pasado con ella.

Eurídice comenzó a hablar de nuevo, sorprendida de que las palabras fluyeran de sus labios con tanta facilidad. Quizás se debiera a la expresión con que la escuchaba Olea, paciente, comprensivo, como si para él el tiempo que iba transcurriendo no tuviese importancia y su única ocupación fuese permanecer acodado en su mesa, contemplándola. De la época de Segovia pasó sin transición alguna a referirle nuevamente los últimos sucesos acaecidos en Montsalvatge. Su voz denotaba ahora claramente su angustia.

—Todo fue a causa de la niebla. Ya sabe que me aterroriza.

—Respecto a esa cuestión, hemos quedado en que de niña no le inspiraba ningún miedo y que la primera vez que lo experimentó fue al regresar a Segovia. ¿Tal vez relacionado con algo particularmente penoso?

Eurídice parpadeó, manifestando cierta desorientación.

—No, no que yo sepa. Comenzó a aterrorizarme de pronto, porque sí. No he presenciado nunca ningún accidente ni tampoco ninguna catástrofe. Como le he dicho, mi vida ha sido aburrida y monótona. Me he llevado disgustos, como todo el mundo, pero no espectaculares, si es a eso a lo que se refiere.

—¿Está segura?

—Sí, completamente.

Tomó él nuevas notas y luego fijó nuevamente los ojos en su rostro.

—Volvamos al tema de sus pesadillas. Me gustaría que me las refiriese de la forma más detallada posible.

La expresión de Eurídice se alteró visiblemente. Tuvo que hacer un esfuerzo para que su voz no temblara.

—Ya le he contado las que guardan relación con la muñeca. Cuando Leonor me regaló una muy parecida a la que veo en sueños, pensé que el corazón se me detendría dentro del pecho y por un momento creí estar soñando despierta. Esa misma sensación la he experimentado también otras veces. Sí, cuando Juanita dijo que había subido yo al desván y todos pensaron que había sido la que había revuelto los baúles guardados allá arriba para buscar la ropa de Marta y colgarla en el armario de su cuarto, sentí algo parecido. Y también cuando esa chica afirmó que había sido yo la que había escondido el cuadro de mi abuelo. Le parecerá incomprensible, doctor, pero no puedo defenderme cuando alguien me acusa. Me quedo como paralizada.

—¿Como paralizada?

—Sí, siento un terror absurdo, un terror del que no llego a determinar la causa ni a qué va dirigido, aunque... ahora me doy cuenta de que en parte revivo esas pesadillas. Suelo ver una niebla espesa a mi alrededor y algunas imágenes difusas que se desvanecen antes de que pueda darles formas. Es verdaderamente angustioso.

—Lo comprendo.

—¿Y no le parece que es estúpido? Si en esas ocasiones me hubiese explicado, todos me habrían creído. ¿Pero qué se puede pensar de una persona que sale corriendo y se encierra en su cuarto? Me digo a mí misma que mi manera de comportarme carece de lógica, pero no lo puedo evitar, como no puedo evitar aterrorizarme ante la niebla. ¿Opina que lo que le estoy diciendo tiene sentido?

—Desde luego que lo tiene.

—Entonces, ¿ha llegado ya a alguna conclusión?

—Sería un tanto prematuro, ¿no cree?

—Pero es que necesito saberlo, doctor. Necesito que me dé una explicación de lo que me ocurre.

Olea sonrió.

—Se la daré, pero no tan precipitada. Ahora sea buena chica y cuénteme qué es lo que ve en sus pesadillas.

—Es que es todo muy confuso.

Se inclinó él sobre la mesa, animándola a continuar.

—Vamos, cierre los ojos y trate de verlo con la imaginación. Describame todo lo que pase por su mente.

La muchacha obedeció, apoyando la cabeza contra el respaldo. Su semblante empezó a empalidecer conforme iban perfilándose las siluetas borrosas entrevistas en sus sueños.

—Me veo a mí misma en un sendero bordeado de maleza. La niebla difumina las siluetas de los árboles y sé que corro detrás de alguien, aunque no distingo quién es, tratando de alcanzarle. Después... noto un dolor muy agudo en el pecho. También una angustia enorme y deseos de gritar. Luego un terror inmenso, infinito.

Abrió los ojos asustada.

—Es horrible, doctor, es algo espantoso. No quiero pensar en ello.

La voz del médico sonó tranquilizadora.

—Vamos, vamos, cierre de nuevo los ojos y sea una buena chica. Hemos quedado en que corría por un sendero. ¿Puede verse a sí misma? Describame la ropa que lleva.

Aún estremecida por el miedo, Eurídice obedeció.

—Sí, —musitó con voz débil—. Hace frío y llevo un anorak azul heredado de Marta y unos pantalones que se le han quedado pequeños. En la cabeza llevo un lazo muy grande. Yo... soy una niña.

Aterrada, abrió los ojos y empezó a temblar.

—Vamos, vamos, —la tranquilizó el médico con voz persuasiva—. Cierre de nuevo los ojos y apoye la cabeza en el respaldo del sillón. ¿Está mejor?

—Sí, —admitió ella obedeciéndole.

—Dígame ahora cómo es ese sendero.

Tardó ella en volver a tomar la palabra.

—No lo sé, está muy borroso. El mar está muy cerca, porque lo oigo arremeter contra el acantilado. —Se levantó bruscamente de la butaca con

las pupilas dilatadas por el espanto—. ¡Oh, doctor!, es el sendero de Montsalvatge, el que bordea la cima del acantilado.

Olea se había puesto también en pie y sorteando la mesa, le puso paternalmente una mano sobre el hombro.

—Vamos, tranquilícese y tome asiento de nuevo.

—No quiero, doctor, no quiero, —se resistió, temblando como una hoja.

—Eurídice, no sea niña y trate de recordar. Haga un esfuerzo. La zarandeó nuevamente hasta que recuperó el dominio sobre sí misma y se dejó caer cansadamente en la butaca.

—No sé, creo que no hay nada más.

Acurrucada en el sillón, se asemejaba a una criatura que se encontrase al límite de su capacidad de resistencia. Luego se incorporó para clavar en él sus inmensos ojos azules.

—Dígame, ¿qué opina de todo ello?

Olea se encogió evasivamente de hombros.

—Ya le he dicho que no puedo darle un diagnóstico tan prematuro. Si le parece bien, continuaremos mañana. Y no se preocupe que resolveremos su problema. Estoy aquí para ayudarla.

—Pero doctor, no puedo esperar. Me he escapado de casa y no tengo a dónde ir. Necesito que usted me ayude.

—Y lo haré, Eurídice, se lo prometo.

—Entonces, dígame qué es lo que me ocurre. No puedo volver con mi familia sin saberlo. Raúl está allí y tengo miedo. Tampoco puedo regresar a Segovia, porque para Luisa sería un estorbo y yo sola... sola no soy capaz de ir a ninguna parte, compréndalo.

—¿Por qué no? Ya es mayor de edad y no tiene problemas económicos. ¿Por qué no?

Una niña que se hubiera perdido en una ciudad desconocida no tendría una expresión muy diferente a la que traslucía la muchacha que Olea tenía sentada en frente.

—Porque no, —refunfuñó.

—Bien, le repito que sería prematuro hacer un diagnóstico. Puedo decirle, eso sí, que presenta usted una inmadurez afectiva importante, como consecuencia de lo abandonada que se ha sentido en su infancia. No es

extraño, puesto que no ha conocido a su madre y su padre no ha podido ocuparse mucho de usted. Por esa razón se ha refugiado en la imagen de su prima, mitificándola, como una defensa contra un mundo que le parece hostil. Creo también que hay un recuerdo de su niñez especialmente penoso que ha tratado de olvidar sepultándolo en su subconsciente y que aparece en sus pesadillas. Los traumas psíquicos intensos provocan con cierta frecuencia la aparición de una amnesia. Sobre todo en las personas que, como usted, son demasiado sensitivas.

Eurídice le escuchaba atentamente, con los ojos muy abiertos.

—¿Amnesia? Pero yo... yo tengo muy buena memoria.

—No lo dudo. La amnesia se refiere solamente a un pequeño período de su vida. A algo que le ocurrió en ese sendero y que no quiere recordar.

Ella meneó vigorosamente la cabeza.

—Le aseguro que sí quiero. ¿Por qué no habría de querer recordarlo? Le aseguro que no me ha ocurrido nada en ese sendero. Es solamente una pesadilla.

Olea disimuló una sonrisa, como si estuviera acostumbrado a reacciones similares en otros pacientes.

—Eso es lo que quiere creer, pero no es así. Es el mecanismo habitual. Constituye una reacción lógica del subconsciente para borrar un sufrimiento demasiado intenso, la forma de lograr un equilibrio psíquico. ¿Me entiende?

—Sí, pero entonces... las cosas raras que están sucediendo en Montsalvatge... —alegó ella con inquietud creciente.

—Aún no puedo darle una respuesta. Podrían ser consecuencia de su tensión emocional, pero también podría tener usted razón al sospechar de ese primo que obtendría un beneficio económico si le nombraran su tutor al incapacitarla.

—O al heredarme, —apostilló, aunque últimamente se inclinaba más bien a considerar que Raúl prefería internarla, a cometer con ella un acto de violencia.

—Sí, también en ese caso.

Desorientada. Eurídice se retiró la melena de su rostro.

—O sea, que aún no podemos descartar ninguna de las dos posibilidades, ¿no es así?

—Efectivamente.

Se retrepó ella en la butaca con la mirada fija en la punta de sus dedos. Parecía estar recapacitando sobre las consideraciones que le había efectuado el médico y tardó en levantar sus ojos hacia él. Cuando lo hizo, su expresión era tímida.

—Piensa usted entonces que podría haber realizado yo todas esas cosas absurdas sin saberlo, aunque me horrorice la oscuridad y consciente sea incapaz de subir sola al desván. Y no digamos al torreón. Me moriría de miedo. Pero de haber sido yo, tendría que estar rematadamente chiflada.

El médico sonrió, divertido por el énfasis con el que se expresaba.

—Cabe dentro de lo posible que haya sido usted la autora de esos hechos, pero aun así no habría motivo para considerarla loca. Muchas personas, antes que usted han padecido síndromes similares y han quedado completamente curadas.

Se quedó unos instantes pensativa, como si estuviera rememorando todos y cada uno de aquellos incidentes inexplicables.

—Dígame, en el supuesto de que hubiera sido yo la que hubiera cometido esas... esas cosas absurdas y que ese comportamiento fuera consecuencia del trauma que me atribuye, ¿qué tendría que hacer?, ¿cómo podría remediarlo?

El médico sonrió paternalmente.

—Verá. En el caso de que el suceso traumático que está relacionado con esos actos pueda ser reconocido y expresado abiertamente, de modo que llegue a hacerse plenamente consciente y sea elaborados y descargado intrínsecamente, desaparece el estado anormal que ha provocado. Ya le he comentado que las personalidades sensitivas, como la suya, se hallan particularmente en peligro de sufrir conflictos internos bajo la influencia de vivencias desagradables, porque las suelen reprimir con más frecuencia que las demás personas.

Con los ojos muy abiertos, intentó ella seguir la explicación que le estaba dando.

—¿Y qué consecuencias puede producir todo eso?

—La evasión hacia la inconsciencia para conservar la tranquilidad anímica, por medio de autoengaños que no llegan a hacerse plenamente

conscientes.

Se interrumpió al ver la expresión de perplejidad de ella.

—Perdone. Los médicos tenemos la mala costumbre de expresarnos en una jerga incomprensible para el paciente. Creo que no ha entendido ni una palabra. ¿No es así?

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Nada en absoluto.

—De acuerdo. Se lo diré de una forma más sencilla. Bastará con que recuerde lo que le sucedió en ese sendero y le haga frente, por muy penoso que sea para usted. Y tenga presente que, pase lo que pase, puede contar conmigo. Le ayudaré a traerlo a la memoria.

—Pero...

—Y ahora debe regresar a Montsalvatge. Le daré mi número de teléfono por si me necesita. Y no tenga miedo. Si vuelve a sucederle alguno de esos pequeños absurdos, comuníquelo inmediatamente. En cualquier caso, ya sabe que la espero mañana.

Cuando la puerta de la consulta se cerró a su espalda, Eurídice bajó la escalera sintiéndose liberada de un gran peso. Olea no se había sorprendido ante su relato, sino que, por el contrario, se había mostrado comprensivo y la había estimulado con su actitud. Volvería al día siguiente y seguiría al pie de la letra sus instrucciones.

Respiró hondo al salir a la calle y notar la caricia del sol sobre su rostro, pero su euforia se desvaneció en el acto. Un hombre alto, vestido con ropa deportiva, acababa de bajar de un coche aparcado delante del portal y acercándose a ella la tomó rudamente del brazo. Sobresaltada reconoció a Raúl.

Capítulo 12

—¿Qué has venido a hacer aquí?

Eurídice trató de soltarse de su mano, pero él la condujo bruscamente hacia el coche, obligándola a introducirse en su interior, y se sentó luego ante el volante.

—Estoy esperando tu respuesta.

Le miró de soslayo y al ver que los ojos de él estaban clavados en su semblante, desvió inmediatamente los suyos hacia la calle, caldeada por el pálido sol de diciembre.

De nuevo se sentía atenazada por la angustia que experimentara al salir corriendo de Montsalvatge y con la misma inquietante sensación de peligro. Un miedo tan intenso que se quedó inmóvil, incapaz de reaccionar, con la vista fija en los chiquillos que jugaban en la acera a perseguirse unos a otros. También ella había jugado de niña a algo muy parecido con Raúl y en ese instante se dijo que no era posible que el hombre temible que tenía a su lado fuese aquel muchacho, con unos años más. Tenía que tratarse de otra persona.

—¿Qué, no piensas contestarme?

Le costó un esfuerzo ímprobo recuperar el uso de su voz.

—He venido a visitar a un amigo.

—¿Y para visitar a un amigo has tenido que descolgarte por el balcón?, ¿a quién has venido a ver?

Su tono era tan duro que no se atrevió a levantar los ojos hacia él y los posó en su pantalón vaquero, de color azul oscuro, del que sacudió un polvillo imaginario.

—A un amigo. Ya te lo he dicho.

La bondadosa y comprensiva figura del médico acudió a su memoria y le pareció oír sus tranquilizadoras palabras. De sus manifestaciones había deducido antes que cabía dentro de lo posible que se hubiera equivocado en sus conjeturas respecto a Raúl y que todo fuera consecuencia de su tensión emocional, pero en ese momento llegó a la conclusión de que eso era imposible. El tempestuoso paisaje que había encontrado esa mañana colgado en el saloncito, sobre la chimenea, no podía haberlo pintado ella, aunque era inexplicable que alguien lo hubiera encontrado en el lugar donde Leonor y ella lo habían escondido. Era incapaz de subir sola al torreón y no sabía pintar al óleo y mucho menos reproducir aquel vendaval que asolaba arrolladoramente Montsalvatge y que era obra de un genio.

Y tampoco podía haber realizado ella todo lo demás. En ninguna circunstancia se hubiera atrevido a registrar el desván para buscar la ropa de Marta y colgarla en el armario de su cuarto y mucho menos hubiera podido escribirse a sí misma la carta de Marta que había recibido poco antes de que Luisa se casara. En Segovia, cuando llegó la carta, aún no tenía conocimiento de la tragedia que había acaecido años atrás en Montsalvatge, por lo que le pareció natural que su prima le escribiera y que la invitara a regresar a la isla. No, esa carta se la había enviado otra persona. ¿Y quién podía haber sido sino Raúl?

De improviso sintió que una rabia sorda contra él se entremezclaba al miedo que le inspiraba. Raúl tenía la culpa de todo. De que ella estuviera medio desequilibrada, de lo sucedido dos noches antes con Miguel en el sendero del acantilado cuando la niebla había estado a punto de asfixiarla, de que se viera obligada a marcharse de Montsalvatge. Absolutamente de todo. Su irritación la impulsó a reaccionar agresivamente, por lo que levantó desafiante la barbilla.

—No sé por qué tengo que darte explicaciones, —objetó en un tono altanero, muy distinto del suyo habitual—. Soy mayor de edad y tú no eres mi padre ni mi hermano.

Raúl había puesto en marcha el coche y, atento a conducir por las estrechas y retorcidas callejuelas del centro, no la miraba, pero como si el enfado de ella le hubiese producido el efecto de un chorro de agua fría sobre su cabeza, dulcificó inmediatamente su gesto.

—Efectivamente no soy tu padre ni tu hermano, pero me parece que tengo derecho a una explicación. Después de todo...

—Después de todo, estoy en tu casa, ¿no? Tienes razón, pero no te preocupes, porque no pienso darte la lata por más tiempo. Esta misma tarde me marcharé.

La envolvió en una mirada tormentosa.

—No digas tonterías, Eurídice, y tratemos de razonar en lugar de pelearnos. Me has interpretado mal. No he querido decir que porque vivas con nosotros tengas que pedirme permiso para ir a donde quieras. Simplemente es que me intereso por ti. Esta mañana, al no contestar a nuestras llamadas has conseguido asustarme muy seriamente.

Se volvió a mirarle, sorprendida de su repentino cambio de actitud. Parecía pedirle disculpas, incluso paro haberse preocupado por ella, pero su expresión pesarosa le produjo el efecto contrario del que hubiera cabido esperar. La hizo crecerse más todavía.

—¿Has tirado la puerta abajo?, —le preguntó con sorna.

Al oírla, se quedó desconcertado.

—No. He entrado en tu dormitorio por el mismo sitio por el que habías salido tú, por el balcón. Convendrás conmigo en que no es muy sensato que te hayas descolgado por la fachada.

—¿Y por qué no?, —replicó en el mismo tono hiriente—. Me parece una conducta que le cuadra perfectamente a una persona que se encuentra en mi situación.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, —repuso sarcástica—. Después de mi gloriosa actuación de la Nochebuena, no creo que nada de lo que haga pueda sorprenderte ya.

Había enarcado las cejas como si tratara de entender el exacto significado de sus palabras.

—No sé a qué te refieres.

—¡Ah!, ¿no? Imagino lo que comentarías después, con Leonor y con Miguel.

Se dio cuenta de que lo que acababa de decir le había dolido a él y sintió una oscura satisfacción al ver su semblante ensombrecido. Raúl permaneció silencioso. Palma había quedado atrás y el automóvil recorría velozmente la

carretera, atravesando los campos que bajo el sol invernal mostraban sus más alegres tonalidades, exhalando un olor a tierra mojada. Cuando volvió a dirigirse a ella, lo hizo en un tono deliberadamente paciente.

—Habíamos quedado en razonar, Eurídice. Te comportas como una criatura y siempre a la defensiva. ¿Puede saberse qué es lo que te sucede?

Ella se echó a reír sin ganas.

—¿A mí? Si no lo sabes tú, que siempre lo sabes todo...

—¿Es esa la impresión que te doy?

—Más o menos. Es lo único que queda en ti del niño que fuiste, pero como no soy tampoco la niña que era, creo que no tengo que consultarte mis decisiones.

Le pareció a Eurídice que los músculos de la barbilla de él se atirantaban. Debía de estar haciendo un esfuerzo por dominarse.

—Nadie te lo discute, siempre que sean razonables. —Me alegro de que estemos de acuerdo, porque pienso volver todos los días a Palma, tanto si te parece bien como si no.

—Espero que en la próxima ocasión utilices la puerta, —replicó Raúl imitando mi tono sarcástico.

—Descuida que lo haré.

—Y... —Vaciló, antes de hacer la pregunta—, ¿puedes decirme quién es ese amigo por el que te has interesado tan repentinamente o consideras que mi curiosidad atenta contra tus libertades?

Levantó nuevamente la barbilla con altanería.

—Puedes preguntarlo, pero no pienso contestarte.

Un silencio pesado cayó entre los dos. A lo lejos comenzaba a vislumbrarse el mar, con el pueblecito enclavado al pie del promontorio y un poco más a la derecha, el camino que desde la carretera llevaba a la finca. Ante su proximidad, nuevos pensamientos la inquietaron. ¿Qué habría pensado tía Elvira de su escapada matinal?, ¿qué habrían pensado los demás? Tenía que haberles parecido a todos absurda a irrazonable, porque ignoraban sus motivos. Sin duda tía Elvira se habría llevado un buen disgusto. Ella no tenía la culpa de nada de lo que estaba sucediendo y tenía los nervios suficientemente alterados desde la muerte de Marta, como para que le proporcionasen una preocupación más.

—¿Se ha enterado tu madre?, —le preguntó a media voz.

—Sí, me he alarmado al no encontrarte en tu dormitorio y no se me ha ocurrido ningún cuento que contarle.

—¿Y Leonor?

—También. Estaba conmigo cuando hemos subido a llamar a la puerta de tu habitación.

—Entonces, ¿en la Escollera lo saben todos?

Al ver su gesto de asentimiento, Eurídice se rebulló inquieta en su asiento, imaginando sus comentarios. Si el espectáculo que diera en Nochebuena a causa de la niebla no les había bastado para llegar a la conclusión de que ella tenía la cabeza completamente grillada, ahora no albergarían ya ninguna duda. ¿Qué opinaría Miguel? Enrojeció hasta la raíz del cabello al evocar su rostro y la borrachera de aquella noche, No quería recordarlo y el afán de borrarlo de su mente le indujo a formularle una nueva pregunta a Raúl.

—Dime una cosa, ¿cómo has dado conmigo?

Una sonrisa irónica distendió sus angulosas facciones.

—No soy tan tonto como supones. Al ver que no estabas en tu cuarto y que el balcón estaba abierto, he cogido el coche y he salido en tu busca. He llegado a la carretera cuando tú tomabas el autobús y no he tenido más que seguirlo. Como verás, ha sido bastante sencillo.

La seguridad de su tono volvió a irritarla.

—Sencilísimo. Te agradezco el interés que me has demostrado y respetuosamente voy a pedirte que me dejes en paz.

Frenó él bruscamente, deteniendo el coche en lo alto del camino, a pocos metros del borde del acantilado.

—Eurídice, ¿quieres hacerme un favor? Baja del coche y demos un paseo para apaciguar nuestros nervios.

Sobresaltada dirigió ella una recelosa mirada en torno, para terminar clavando los ojos en el abismo, tan próximo a ellos y tan inquietante.

—¿Por qué paras aquí?

—Para hablar contigo con calma. No puedo hacerlo en casa delante de todos y tengo que decirte una cosa.

—Pues no quiero bajar, —se rebeló obstinada, sintiendo un miedo pavoroso al comprobar lo solitario que se encontraba el lugar en que se hallaban. Le resultaría tan fácil arrojarla por el precipicio de un empujón. Después podría fingir que la había encontrado destrozada al pie del acantilado y a nadie le extrañaría. Pensarían que se había escapado de la casa para quitarse la vida. Incluso Leonor lo creería.

—Vámonos de aquí, —le dijo en un susurro, aferrándose con ambas manos al asiento—. Lo que tengas que decirme, me lo dices más tarde o no me lo digas nunca, lo dejo a tu elección.

Él había salido ya del vehículo y después de abrir la portezuela de ella, tiró de su brazo, intentando vencer su resistencia.

—Eurídice, ¿no puedes ser razonable por una vez? Tengo los nervios de punta y sabes que nunca he podido permanecer mucho tiempo quieto. Anda, sé buena chica y baja de ahí.

Aterrorizada al percatarse de que la estaba sacando en volandas, le empujó en cuanto logró poner los pies en el suelo y luego fue a parapetarse tras el automóvil, dispuesta a echar a correr si él iniciaba un solo paso en su dirección.

—Te escucho, —balbuceó, disimulando el miedo que experimentaba.

—Bueno, no es necesario que pongas esa cara de mártir ni que te escondas detrás del coche. Así no me facilitas precisamente la tarea.

Creyó captar un doble sentido en sus palabras y midió visualmente la distancia que la separaba de la casa. El sendero se extendía zigzagueante sobre la cima del acantilado, dando vueltas y revueltas. La alcanzaría él con seguridad antes de llegar a la casa, por mucho que corriera. No, tenía que aparentar que no sospechaba nada y aprovechar cualquier oportunidad.

—De acuerdo, ¿qué querías decirme?, —le preguntó en tono normal, dando la vuelta al vehículo y apoyándose contra la portezuela más alejada del abismo.

—Verás. La otra noche te vi hablar muy animada con Pedro Olmedo. ¿Le recuerdas?

—Por supuesto, —rezongó irónica, imaginando lo que se avecinaba, pero sin descuidar la guardia.

—Es psiquiatra y le he comentado... le he comentado lo alterada que estás últimamente. Soy cirujano y no entiendo demasiado de estas cosas, pero él podría ayudarte.

—¿Cómo?

—No te pongas a la defensiva, Eurídice, —replicó, perdiendo la paciencia—. Opino que te vendría bien hablar con él, porque puede solucionarte tus problemas.

—Y yo te repito que cómo. ¿Tal vez ingresándome en un manicomio?

—¿Por qué dices esa tontería? —El moreno semblante de él se había contraído visiblemente.

—No es una tontería. ¿Crees acaso que no sé lo que estás tramando? ¿Crees que no sé lo que maquinas? Hace mucho tiempo que salí del cascarón. Al principio me costó trabajo entenderlo, pero poco a poco he ido atando cabos.

¿Piensas que no sé lo que le sucedió a Marta? Sí, poco más o menos en este mismo lugar. ¿Acaso supones que no lo sé? Raúl se había ido quedando pálido como la cera conforme ella hablaba y hablaba, cada vez más exaltada.

Gesticulaba nerviosamente y se había aproximado al borde del precipicio para mirar a sus pies, como si todavía esperara encontrar entre los escollos el cuerpo de su prima.

—¿Qué es lo que sabes?, di. —La voz de Raúl había sonado tensa, alarmada.

Sin moverse, Eurídice desvió los ojos de los riscos y los levantó hasta el rostro de él. La miraba alteradísimo y de improviso un estremecimiento la recorrió entera. ¿Dónde había visto antes aquella misma expresión? Sí, eran los mimos ojos, los mismos ojos que la contemplaban entre la niebla, duros, amenazadores, cuando ella intentaba correr paralizada por el miedo. Su descubrimiento le produjo un dolor agudo y por un momento su vista se nubló. Se apartó del coche e intentó alejarse de él. Trató de asirse a algo y sus manos buscaron inútilmente a su espalda algo a lo que agarrarse. Entonces se dio cuenta de que estaba al borde mismo del acantilado y dio un grito.

Capítulo 13

El grito de ella se confundió con el de advertencia que profirió Miguel, que acababa de doblar una de las revueltas del sendero y venía corriendo a su encuentro. Aún se encontraba lejos y, aturdida, sintió como Raúl la apartaba del borde del acantilado, tan trastornado que sus exclamaciones eran absolutamente ininteligibles. Solo algunas palabras sueltas llegaron a oídos de la muchacha.

—¡Inconsciente... loca... podías haberte matado!

La zarandeaba por los hombros, desencajado. Eurídice miró a su espalda y un escalofrío recorrió todo su cuerpo al ver el abismo al que había estado a punto de caer. Allá abajo las olas golpeaban furiosamente contra los escollos, rompiendo su espumeante bravura contra las duras aristas de las rocas. Le acometió algo parecido al vértigo y por unos segundos los afilados riscos cobraron vida, girando como un torbellino ante sus ojos. Tuvo que agarrarse a Raúl para poder sostenerse.

—¿Fue aquí, verdad?

—¿Qué quieres decir?, —le gritó áspero.

—Qué fue aquí donde se cayó Marta, ¿no es cierto? Todavía muy pálido la soltó y encendió un cigarrillo antes de responder.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Don Ezequiel. Me lo encontré en Palma el otro día y me contó como ocurrió.

—¿Qué te contó? —Escudriñaba ansiosamente su semblante. Cuando consiguió dominarse, repitió la pregunta en tono normal—. ¿Qué fue lo que te dijo?

—Que Marta se había despeñado por el acantilado. Él no conocía los detalles.

Raúl pasó una mano por su frente con gesto cansado, como si tratara de borrar de su mente el recuerdo que ella había removido.

—Estaba sola cuando sucedió. Yo la encontré más tarde y Juan me ayudó a llevarla a casa.

—¿Estaba sola?, —insistió Eurídice sin apartar los ojos de él.

Vaciló antes de responder, pero de forma tan imperceptible que ella no lo advirtió.

—Sí, Marta campaba por sus respetos sin decirnos a donde iba. Sabes que era muy independiente.

—¿Y por qué me engañaste, Raúl?, ¿por qué me dijiste que había sido a consecuencia del tifus?

De nuevo aquella mirada extraña en sus ojos la sobrecogió. Algo borroso cruzó por su mente, envuelto en jirones de niebla, pero se desvaneció casi inmediatamente, para no dejarle más que un helado vacío, una inquietante desazón. Él había abierto la boca para decir algo, pero no llegó a emitir una sola palabra. En su lugar levantó la cabeza al oír ya muy cercanos los pasos de Miguel, que venía tan alterado como ellos mismos se encontraban.

—¿Qué demonios os pasa?, —les gritó sin aliento el recién llegado—. Os he visto desde lo alto del camino, discutiendo al borde mismo del precipicio. ¿Sois idiotas, inconscientes o las dos cosas? —Al no recibir contestación, le preguntó a Raúl en distinto tono—: ¿Qué, al fin has dado con ella?, ¿dónde se había metido?

Raúl permaneció silencioso, dejando que la explicación partiera de Eurídice, que, aún desorientada por la ráfaga fugaz que había removido sus recuerdos, permanecía inmóvil, apoyada en la portezuela del coche, y como atontada.

—¿Os habéis quedado los dos mudos de repente?, —insistió el otro en tono más alto del necesario.

Con un esfuerzo logró Eurídice retornar a la realidad. Las imágenes difusas que apenas había entrevisto se habían desvanecido ya y únicamente sentía ahora azoramiento. Desde la Nochebuena había tratado de imaginar cual sería la forma menos violenta de encontrarse de nuevo con Miguel, sin que se le ocurriera ninguna satisfactoria, pero la situación en que se hallaba,

además de violenta le resultaba humillante. No solo pensaría él que era una histérica, que echaba a correr chillando al ver unos jirones de niebla que ascendía desde el mar, sino también, y a causa de su escapada, daría por hecho que estaba mal de la cabeza.

—Quería ir a Palma, eso es todo.

—¿Todo? —Miguel la miraba como si no pudiera dar crédito a lo que oía—. ¿Y para ir a Palma has tenido que descolgarte por la fachada y darnos a todos un susto morrocotudo? ¿Es que no puedes utilizar la puerta como todo el mundo?

Eurídice paseó alternativamente sus ojos por los semblantes de los dos hombres, que la miraban con una expresión muy distinta. Raúl parecía abatido y Miguel totalmente furioso. Se encogió de hombros como una niña que estuviese cansada de ser reprendida.

—Solo quería comprobar si aún era capaz de hacerlo, —mintió algo avergonzada—. Entonces nos descolgábamos muy a menudo desde el balcón, ayudándonos con las ramas del pino que crece al pie del mismo, y nos parecía divertido.

Lo que Miguel fue a decir debía ser tan malsonante, que se tapó la boca con la mano para no dejarlo escapar. Al fin articuló trabajosamente:

—Pero Eurídice, ¿no se te ha ocurrido pensar en los demás? Has pasado el día de Navidad encerrada en tu cuarto, sin dejar entrar a nadie y hoy, de pronto, has desaparecido. ¿Crees que es normal? Ya no somos niños y tú, al menos de cuerpo, tampoco.

—Sí, —reconoció fastidiada—. Pero al parecer no he logrado volverme tan aburrida como vosotros. A veces lo siento.

—¿Qué es lo que sientes?, —trató de averiguar Raúl—. Que no seamos niños.

—En este momento, te aseguro que yo también, —masculló Miguel enfurecido—. Entre los dos te daríamos una buena azotaina, ¿verdad Raúl?

El aludido asintió con pocos bríos.

—¡Bah!, —refunfuñó ella—. Me habéis hecho rabiar mucho, pero nunca me habéis pegado.

—No, pero nunca es tarde para empezar, —replicó Miguel, metiéndose las manos en los bolsillos de su pantalón vaquero, como si la tentación

fuese demasiado fuerte.

—Bueno, no me sermoneéis más, —protestó malhumorada. Supongo que los demás estarán esperándome en casa para reñirme también. ¿Por qué no os adelantáis para decirles que me encuentro perfectamente?

Enviándoles a la casa esperaba librarse de los dos. Raúl seguía inspirándole un miedo cerval, aunque no podía precisar con claridad si él había pretendido arrojarla al precipicio y la oportuna aparición de Miguel, en lo alto del sendero, había frustrado sus propósitos o si, por el contrario, le había salvado voluntariamente la vida al apartarla del mismo borde, cuando se sintió acometida por el vértigo. En cualquier caso, le inquietaba su presencia y deseaba perderle de vista cuanto antes para olvidar la desazonante angustia que sus ojos oscuros habían removido en su interior, al identificarlo con el protagonista de sus pesadillas. Y a Miguel..., a Miguel prefería no verle por el momento.

Los dos intercambiaron una mirada. Eurídice se dijo que era curioso que al cabo de los años mantuvieran el mismo entendimiento que cuando eran niños y no necesitaran hablar para entenderse. Se dio cuenta de que ninguno de los dos deseaba marcharse, pero al fin fue Raúl el que cedió. Subió de nuevo al coche y enfiló la cuesta, desapareciendo por después entre una nube de polvo.

Empezó a sentirse nerviosa. Si de antemano le hubiesen dado a elegir, hubiera optado por cualquier solución, distinta a la de quedarse sola con Miguel. Ahora aludiría a lo que le había dicho aquella noche, segundos antes de que la niebla les alcanzara, y hasta era posible que le hiciese una proposición que no tenía el menor interés en escuchar. Trató de recordar todas las respuestas que había preparado para cuando tal ocasión se presentase, pero acudieron a su mente tan desordenadamente, que llegó a plantearse si no sería mejor echar a correr. No, correr sería demasiado descarado. Bastaría con apretar el paso y no darle oportunidad.

—¿Se te escapa algún tren?, —le preguntó él riéndose. Su enfado parecía haberse disipado de repente, porque caminaba a su lado con expresión de estar divirtiéndose extraordinariamente.

—No, ¿por qué?, —le preguntó muy digna.

—Por nada. Me ha dado la impresión de que te perseguía alguien. De pronto has echado a correr.

—No he echado a correr, —mintió humillada.

—¡Ah!, ¿no?, me había parecido, —dijo displicentemente—. Pero en fin, me alegro de que tengas prisa, porque yo también la tengo.

No había esperado aquello y, sorprendida, levantó los ojos hacia él. La miraba risueño, pero totalmente indiferente, lo que la dejó perpleja.

—Me voy a Palma ahora mismo, —le aclaró—. Pensaba hacerlo a primera hora de esta mañana, pero como la hemos pasado jugando al escondite...

—¿Al escondite?

—Sí, hijita, buscándote como locos por todas partes. Frunció el ceño, disgustada al oírle aludir al mismo tema, por lo que trató de cambiar de conversación.

—¿A qué vas a Palma?

—A sacar un billete de avión, tengo el ordenador estropeado, por lo que no puedo adquirirlo *on line*. Me marcho a la península esta noche.

La sorpresa la dejó sin habla y tardó unos instantes en reaccionar.

—¿Qué te vas?, ¿cómo es que te vas? —Al ver que se reía nuevamente, trató de disimular su decepción—. ¿Te vas antes de que terminen las Navidades?

—Claro, aún estoy de vacaciones y tengo que aprovecharlas.

Se quedó mirándole con la boca abierta, extrañada de su tono, y sobre todo, del desinterés con que la miraba. Esto último no conseguía entenderlo. Hubiera asegurado... ¿Cómo podía haber variado tanto de actitud en tan pocas horas?

—¿Y qué piensas hacer en la península?, —le preguntó, disimulando el malestar que empezaba a acometerla. Se sentía mortificada sin saber por qué.

—Tengo que resolver unos asuntos y quiero ver a unas personas, —murmuró evasivo.

—Ya. —De pronto la sorda irritación que experimentaba adquirió tales proporciones, que con gusto le habría pegado—. Supongo que volverás

antes de que regrese a Segovia, pero, por si no es así, me gustaría decirte una cosa.

—Yo también quiero decirte a ti otra, —replicó él, deteniéndose bajo un olmo altísimo que crecía al borde mismo del camino levantando hacia el cielo sus ramas desnudas.

Supuso que aludiría a lo que ella estaba pensando y aguardó algo inquieta, con la vista fija en los escollos que a sus pies golpeaba incesantemente el mar. Lo importante era no enrojecer y contestarle dignamente con alguna de las frases que tenía preparadas. Con las manos en los bolsillos, Miguel se lo comentó en tono ligero.

—Quiero disculparme por lo de la otra noche, si es que fue mía la culpa. No puedo creer que solo porque vieras la niebla que subía del mar hasta el camino te pusieras como te pusiste. Supongo que interpretaste mal algo de lo que te dije.

Levantó su mirada hacia él y volvió a sorprenderla la indiferencia con la que se expresaba. Hablaba de aquella noche lo mismo podría hablar de un partido de fútbol. Se quedó tan atónita, que él se echó a reír y le pellizcó la mejilla.

—Sentiría que por una tontería como esa, dejásemos de ser tú yo lo que hemos sido durante todos estos años. No recuerdo con exactitud qué tonterías te dije, pero en cualquier caso las retiro. Así que, si te parece, olvidaremos tu borrachera y mis simplezas como ni nunca hubiesen sucedido, ¿de acuerdo?

En ese momento hubiese dado Eurídice diez años de su vida por poseer la desenvoltura de Leonor y saber reaccionar con oportunidad, pero, en su lugar, se le quedó mirando estúpidamente, incapaz de comprenderlo. Él no pareció advertirlo, porque con la mayor tranquilidad echó a andar de nuevo hacia la casa, como si tuviera prisa en dejarla allí cuanto antes.

—Creo que es una decisión muy acertada, —manifestó ella desdeñosamente, cuando consiguió recuperar el uso de la palabra—. Por mi parte te diré que ni siquiera me acordaba ya, de forma que puedes estar tranquilo.

—Eso es estupendo, —repuso él, con una satisfacción que la hirió en lo más profundo—. Espero que si a mi vuelta no estás ya en Montsalvatge,

escribas alguna vez.

Aquello le pareció el colmo. ¿A qué se debía tan brusco cambio? Había esperado y temido al mismo tiempo una actitud tan distinta y se había preparado tan cuidadosamente para la ocasión, que en ese momento se sentía como el guerrero que se prepara para la batalla, pertrechado con todas sus armas y en lugar de una andanada del enemigo es recibido con un homenaje. No era un buen símil, se dijo. No se sentía homenajeada, sino degradada, más aún degradadísima y tan desorientada que no acababa de entender sus palabras. Lo único que tenía claro era que no quería dejar de verle y esa conclusión todavía la comprendía menos.

Habían llegado frente a la terraza del edificio y él se volvió con rapidez para tenderle distraídamente la mano, aunque generalmente se despedía de ella con dos besos en las mejillas.

—Bueno, chiquilla, que te vaya bien. Espero que no transcurran otros nueve años antes de que nos volvamos a ver.

Se la estrechó anonadada. Se marchaba. Se marchaba tan fresco como si no hubiese sucedido nada, como si ella pudiera olvidar lo que le había dicho aquella noche y de improviso decidió que no estaba dispuesta a consentirlo. Todavía faltaban algunas horas para que saliera su avión, quizás aún lograrse retenerle.

—¿Te vas a Palma ahora mismo?, —le preguntó, haciendo un esfuerzo para que su voz no la traicionara.

—Sí, no voy a aguardar a la hora de la comida. Tomaré allí cualquier cosa.

—Es que yo también quería ir, —murmuró ella, mientras su mente trabajaba a toda velocidad.

—¿Otra vez? —Miguel la miraba con guasa—. Qué afición le has cogido a Palma de repente.

No se molestó Eurídice en retirarse la melena que el viento se empeñaba en desparramar sobre su rostro. Así, al menos, él no podía verle la cara, porque sabía que solía darse cuenta cuando mentía.

—Sí, esta mañana he ido a ver a... a un amigo y pensaba hacer lo mismo esta tarde. Me evitarías tomar el autobús. Si no te importa esperar hasta que...

—No puedo esperar. Ya te he dicho que tengo prisa.

—No creo que por aguardar media hora te cierren la taquilla, —replicó con acritud. Es lo que puedo tardar en comer. Además, puedes utilizar aquí, en casa, el ordenador de Raúl o el de Juan para sacar el billete. ¿O es que te espera alguien?

Supuso que la respuesta era afirmativa, aunque él se había limitado a encogerse de hombros. Seguramente se trataría de alguna chica con la que pensaba pasar la tarde. Hasta era posible que esa chica fuese Marisa Serra, a la que in mente calificó instantáneamente de estúpida y retrasada. Esa última posibilidad la irritó tanto, que le volvió la espalda y comenzó a subir los escalones de la terraza, decidida a no mover un dedo más por él. Podía irse al infierno, si ese era su gusto. Con la mano en el picaporte del portón, giró la cabeza hacia él.

—Adiós, que tengas buen viaje y que te diviertas.

—Bueno, bueno, —le dijo condescendentemente—. No te enfades. Podemos hacer un arreglo. Si quieres, comeremos los dos juntos en Palma y luego cada uno se marchará a hacer sus cosas.

No pensó ella en ese momento que quizás tuviera que pasar la tarde vagando por las calles hasta que se hiciera la hora de regresar con él. Lo único que intuía era que no quería despedirse de Miguel, aunque no lograra entender el motivo.

—Entraré para decírselo a tía Elvira.

—Bueno, pero no tardes.

Apresuradamente empujó Eurídice el portón y en el vestíbulo tropezó con Leonor que, al oír su voz se había precipitado a su encuentro y que la envolvió en un afectuoso abrazo.

—¿Estás bien?, —le preguntó, aún inquietísima—. Raúl nos ha dicho a tu tía y a mí que habías ido a Palma a visitar a un amigo. ¿Pero por qué no nos lo habías advertido con anterioridad? Nos hemos llevado un susto espantoso.

Sin soltarla, continuó hablando y hablando, como si necesitara desahogar con palabras la preocupación que Eurídice les había producido, pero esta no consiguió entender ninguno de sus comentarios. Aturdida, luchaba por identificar el olor que se desprendía de la otra. Acostumbraba a

usar esta un perfume fresco, pero en esa ocasión emanaba de ella el efluvio de un producto que conocía bien, pero al que no lograba etiquetar en ese momento. De pronto le pareció que volvía con la otra al torreón y que percibía el olor que allí se respiraba en el ambiente. Se quedó inmóvil, disimulando su sobresalto. Ya sabía, era a aguarrás y al óleo que desprendía el lienzo montado sobre el caballete. Olían de una forma inconfundible, igual que la ropa que vestía Leonor.

Se apartó de ella luchando por esbozar una sonrisa, pese a la angustiosa sensación que experimentaba, conforme una abrumadora sospecha se iba abriendo camino en su cerebro. ¿Habría sido Leonor la autora de la arrolladora tormenta que se abatía sobre Montsalvatge?, ¿del cuadro que habían descubierto las dos en el torreón? El padre de la chica había comentado que esta era una verdadera artista que había abandonado los pinceles, pese a que tenía un futuro prometedor con la pintura. ¿Habría sido ella? En ese caso también habría sido Leonor quien sustituyera con ese cuadro recién acabado la marina que colgaba sobre la chimenea del saloncito y la que hubiera escondido después esta última en el fondo del armario de su cuarto. Pero en ese caso... En ese caso tenía que haberse confabulado con Raúl para tenderle las trampas en las que había ido cayendo. De ese modo, todos, incluso ella misma, llegarían a pensar que estaba mal de la cabeza.

Recordó en ese momento que fue Leonor quien se empeñó en subir al torreón cuando en el desván buscaban las bolitas con las que debían adornar el árbol de Navidad. Sin duda pretendía hacerle creer que el fantasma de Marta vagaba aún por la casona y que todavía subía a aquel recinto circular a dar rienda suelta a su afición favorita, y también fue la muchacha que la indujo a esconder el lienzo debajo de un sofá, asegurándole que solamente las dos conocerían ese escondite.

Y ella que había creído entonces que era su única aliada y que podía contar con su ayuda... Algo muy amargo la oprimió dentro y luego le ascendió hasta los ojos desbordándose por ellos. Cómo la había engañado. Necesitaba tanto apoyarse en alguien...

Con el dorso de la mano se limpió el lagrimón que le resbalaba por la mejilla, girando la cabeza hacia el portón para que Leonor no lo advirtiera,

pero esta interrumpió su inagotable verborrea para mirarla sorprendida.

—¿Qué te pasa?, ¿te ha ocurrido algo en Palma o lloras porque te sientes culpable por el susto que nos has dado?

Parecía preocuparse verdaderamente por ella, pero no estaba dispuesta a dejarse engañar nuevamente ni en consentir que la manipulase.

—¡Bah, no ha sido para tanto!, —continuó esta palmeándole la espalda—. Es que todos te ven como si fueras una niña aún. Todos, incluso yo, —reconoció frunciendo el ceño como si lo estuviera reconsiderando—. Hemos llegado a pensar que te habías escapado de casa y ya eres mayorcita para que mantengamos contigo ese instinto de protección tan exacerbado, ¿verdad?

Se había echado a reír y la contemplaba ahora, que se había soltado de su abrazo, con una expresión que parecía traslucir verdadero cariño. Pensó Eurídice que debía disimular y corresponderle con alguna frase amistosa, pero únicamente logró esbozar una mueca y apartarla suavemente para encaminarse hacia el saloncito a saludar a su tía, que se levantó inmediatamente del sofá para acudir a su encuentro. Mientras se disculpaba con esta por la tontería que había cometido esa mañana al descolgarse por el balcón, sus ojos se dirigieron inmediatamente hacia la chimenea. Ya no colgaba sobre ella el cuadro de la tormenta avasalladora que viera en ese lugar al bajar a desayunar. Nuevamente la insípida y azulada marina de autor desconocido ocupaba ese lugar como si nunca hubiera realizado un viaje de ida y vuelta a su dormitorio. ¿Habría escondido Leonor en este último el lienzo de la tormenta para... para qué? No, probablemente lo habría ocultado nuevamente en el desván y lo utilizaría cuando lo tuviera por conveniente para provocarle una crisis de angustia hasta que toda la familia, incluso tía Elvira, decidieran que convenía internarla.

Tenía que marcharse de Montsalvatge, se dijo aterrada. Tenía que ponerse a salvo de la maquinación que habían urdido. ¿Pero cómo? Solo podía contar ahora con Miguel y este había decidido marcharse a la península, quizás para no volver en mucho tiempo. Tenía que retenerle como fuera.

Poco después, sentada en el coche junto a este, que conducía sin apartar los ojos de la carretera, se preguntaba si su desatinado afán por impedir su

marcha obedecía únicamente al miedo que le inspiraba su familia y llegó a la conclusión de que no era solo por esa razón. No aspiraba con él a nada concreto, pero aunque no temiera el complot que sin duda habían urdido Raúl y Leonor contra ella, hubiera deseado igualmente seguir a su lado, nada más que a eso, sin plantearse otra cosa que tenerle cerca. Quizás, porque formaba parte de aquellos años tan queridos y su presencia le servía para rememorarlos o quizás porque le gustaba su compañía. Intuía vagamente que podría haberlo conseguido antes sin el menor esfuerzo. ¿Por qué se habría portado como una estúpida cuando él le demostraba interés? Permanecía silencioso ahora, con el ceño fruncido y ni siquiera parecía advertir que la llevaba a su lado.

—¿A quién vas a ver?, —le preguntó de improviso él, dirigiéndole una rápida mirada de soslayo.

—A un amigo de Segovia.

—¿A uno de los muchos que te acompañaban en esas fiestas tan divertidas que nos contaste?, —insistió distraídamente como si su respuesta le tuviera sin cuidado.

—Sí, pero respecto a eso y a todo lo demás, tengo que decirte que no era verdad. Estaba achispada, e inventé una sarta de tonterías.

—¿Achispada? Estabas como una cuba.

—No tanto, —protestó—. Y en cualquier caso, habíamos quedado en olvidarlo. ¿No es así? Supongo que...

Estudió indecisa su enérgico perfil. Seguramente a él no le supondría ningún esfuerzo, porque se comportaría con todas las chicas de una forma parecida. Deseaba preguntárselo, pero no acababa de encontrar el medio.

—¿Qué es lo que supones?

—Que las demás chicas son muy distintas.

—¿Que tú?, pues mira, sí. —Tenía los ojos entornados y una media sonrisa como si rememorase alguna situación que hubieran compartido y eso le divirtiera—. Tú eres bastante rarilla, pero pese a ello te conozco muy bien, porque no sabes fingir. A veces lo intentas, pero se te nota mucho.

—En cambio, yo a ti no te entiendo en absoluto. Lo que quieres hoy, mañana se te ha olvidado.

Se mordió los labios, fastidiada consigo misma por haberlo dejado escapar, pero él seguía distraído.

—¿Tú crees? Yo creo que soy obstinado de más. Cuando se me mete una idea en la cabeza, no siempre consigo hacerla salir de mi mollera.

—¿Cómo cuál?, —le preguntó, diciéndose que tal vez lograra dirigir la conversación hacia el terreno que le interesaba.

—Hablo en general. No aludo a nada concreto.

—¿No?, pues tú dijiste la otra noche que...

—¿Pero en qué quedamos?, ¿te acuerdas o no te acuerdas?, —insistió burlón.

—Claro que me acuerdo, —masculló furiosa—. Creo que no he conocido a nadie tan estúpido como tú ni tan absurdo ni tan difícil de entender. Nunca se puede saber lo que estás pensando ni por qué decides las cosas que decides. Me alegro de perderte de vista.

—Vaya, vaya, no te sulfures, —le recomendó tranquilo—. Cualquiera pensaría al oírte que te molesta que me marche.

—¿A mí? Por mí puedes irte al infierno y no volver nunca más.

Plegó firmemente los labios, decidida a no volver a dirigirle la palabra en todo el trayecto. Miguel tampoco parecía sentir el menor interés en conversar y permanecieron en silencio. Él ensimismado y ella debatiéndose en tan contradictorios pensamientos que le costaba seguir el hilo de los mismos.

Solo cuando terminaron el primer plato en una mesa apartada del mismo restaurante en el que comiera días atrás con Leonor, se decidió a hacerle una nueva pregunta.

—¿A qué ciudad de la península vas, Miguel?

—A Madrid.

—¿Y por qué te vas?

La envolvió en una mirada vaga.

—Por muchísimas razones, pero como no creo que entendieras ninguna, será mejor que hablemos de otra cosa.

—Madrid no está muy lejos de Segovia, —murmuró ella como para sí. ¿Te puedo pedir un favor?

—Dime.

—Creo que hoy o mañana regresa Luisa de su viaje. Si puedes pasar por Segovia, quisiera que le pidieras la carta que recibí. Me refiero a la de Marta. La guardé en el cajón de la mesita de noche. Y... y si vas a tardar en volver, me gustaría que la enviaras por correo, porque él quiere verla.

—¿Él?, —se extrañó enarcando las cejas—. ¿A quién estás aludiendo? ¿A ese chico con el que has quedado? ¿Qué le importa a él esa carta?

—Pues le importa... le importa porque sí. ¿No te supone una molestia? Te anotaré la dirección.

La observó mientras la escribía en un papelito, con la cabeza inclinada y su brillante melena enmarcándole el rostro, pero apartó la vista de ella en cuanto levantó su mirada hacia él.

—No se te olvide, ¿eh?, para mí es muy importante. —Lo procuraré.

Seguía abstraído. Le contestaba con monosílabos y durante toda la comida apenas si consiguieron hilar una conversación. ¿En qué estaría pensando? Trató de imaginarle en sus años de estudiante y sin darse cuenta expresó sus pensamientos en voz alta.

—¿Conservas muchos amigos en Madrid, Miguel? Raúl me refirió la otra noche lo mucho que os divertisteis durante la carrera. Me dijo que en una ocasión os gustó a los dos la misma chica, pero no me quiso aclarar cómo terminó el asunto. ¿Qué hicisteis?

—No hicimos nada, —replicó lacónico como si ese tema no le interesara.

—¿Nada? Algo haríais.

Miguel se echó a reír.

—Pues no. Tiene gracia que siempre nos hayan gustado las mismas cosas y, en general, las compartíamos, pero comprenderás que no podíamos compartir a aquella chica. Era compañera de curso de Raúl.

—¿Y qué pasó?, —le preguntó intrigada.

—¿Por qué lo quieres saber?

—Porque sí. Aunque yo sea un poco rara, me gusta saber como reaccionan los demás en casos como ese. Anda, cuéntamelo.

Había colocado mimosamente una mano sobre el brazo de Miguel al insistir y él la cubrió casi inconscientemente con la suya, grande y morena.

Eurídice intentó retirarla, pero él se hizo el distraído. Ahora la miraba sonriente.

—Si te lo cuento, ¿me contestarás la verdad a una pregunta?

—Según cual sea, —replicó recelosa, mientras daba un nuevo tirón.

—Es una pregunta sencilla.

—No, —decidió después de meditarlo.

—Pues entonces no te lo cuento.

—Eres un antipático, —protestó enfadada—. Y devuélveme mi mano.

—¿Para qué la necesitas?

—¿Para qué la necesitas tú?

—Me resulta difícil explicártelo, —le dijo, soltándola, mientras disimulaba las ganas de reír—. Y no te pongas tan nerviosa, porque mi pregunta no tiene nada que ver con una proposición.

—¿Pero es que crees que yo...? —empezó irritada.

—¡Ah!, ¿no?

—Claro que no. ¿Será solo una pregunta?

—Solo una, pero tienes que contestarme la verdad.

—Está bien.

—No, no, tienes que prometérmelo. Yo tampoco me fío de ti.

—De acuerdo, pero si no sé la respuesta...

—La sabes.

—Vale, cuéntame lo de la chica.

Miguel se echó a reír, mascullando algo entre dientes.

—¿Qué decías?, —le preguntó intranquila.

—Nada. —Murmuraba algo sobre el poder que ejerce la curiosidad sobre las mujeres—. Siento decepcionarte, pero la historia no tiene nada de particular. Salí en varias ocasiones con aquella chica y Raúl también. Cuando nos enteramos de que a los dos nos interesaba la misma, decidimos jugar limpio, como siempre, y echar a suertes a cual le correspondería decírselo primero. Le tocó a Raúl, pero no llegó a decirle nada ni yo tampoco.

—¿Y que más pasó?

—Nada más. Ya te he advertido que te iba a decepcionar. De improviso nos dimos cuenta de que era más importante nuestra amistad y que no nos

gustaba tanto como habíamos creído. Eso es todo.

—¡Pues vaya un churro de historia!, —comentó desilusionada—. ¿Y en todas las demás ocasiones habéis actuado así?

—Me has preguntado solo por esa, recuérdalo. Otro día, si quieres, puedo referirte mi vida y milagros, pero ahora me toca preguntar a mí.

—Bueno, —admitió, removiéndose inquieta en su silla que de pronto le pareció incómoda—. Pero conste que si no sé la respuesta y no puedo contestarte, eso no supondrá faltar a mi palabra.

—Desde luego. Como me dijiste en la gruta de la playa hace muchos años, el castigo que recae sobre los que faltan a su palabra es terrible y no creo que quieras arriesgarte a hundirte en el infierno, ¿verdad? —Sin esperar a que le respondiese, se inclinó sobre la mesa, mirándola serio—. Lo que quiero saber tiene relación con lo que sucedió hace dos noches.

—¿Quieres saber el motivo por el que bebí tanto? Eurídice se había vuelto a mirar hacia la calle, procurando disimuladamente que su melena le ocultase la parte de su rostro que él podía ver.

—No, quiero saber si hubieras tenido el mismo ataque de histeria si esa noche no hubieras visto la niebla que subía desde el mar hasta lo alto del acantilado.

Un estremecimiento la recorrió entera al recordar el manto grisáceo y húmedo que se deshacía en amenazadores jirones e hizo un esfuerzo por dominarse.

—Supongo que di y un buen espectáculo y lo siento, pero es que la niebla me aterroriza de tal modo, que me hace perder totalmente el control.

—Eso ya lo sé, —la interrumpió impaciente—. Pero no me has contestado. Y no te vuelvas de espaldas. ¿Qué hay en la calle que te interesa tanto?

Con la cabeza baja, Eurídice empezó a jugar con la servilleta de papel.

—¿Es por eso por lo que te marchas a Madrid?

—No, me iría de todos modos.

Levantó sorprendida sus ojos claros hacia él. Ahora que todo parecía haber vuelto a su cauce, no entendía su respuesta.

—Pero yo creía que...

—Eres más inocente aún de lo que pensaba. Luego te lo contaré, cuando te decidas a contestarme de una vez.

Eurídice carraspeó.

—Estoy segura de habértelo explicado ya, pero al parecer no escuchas lo que digo. Luisa tenía la manía de que yo no era una chica normal y un día, en el que vino a comer a casa el psiquiatra que hoy es su marido, me dejó sola con él para que me hiciera un montón de preguntas rarísimas. Fue poco después de que sucediera aquello del cine que te conté, ¿te acuerdas?

—Perfectamente, —repuso él aparentando seriedad—. Dijiste dos tortas, ¿verdad?

—Si te ríes...

—No me estoy riendo, —mintió con expresión de inocencia—. Continúa.

—Bueno, pues el marido de Luisa se quedó de una pieza cuando le conté lo que me había pasado con aquel chico y me dio un cerro de consejos y otro cerro de explicaciones complicadísimas.

—La mitad de las cuales no entendiste, claro. —Apuntó con sorna—. Pero sigues sin contestarme.

—¿Qué quieres que te conteste? Había niebla y cuando me di cuenta, me puse descompuesta. De todas formas no sé a qué obedece esa manía que te ha entrado por averiguarlo, —musitó con la vista fija en la punta de sus dedos—. Me dijiste un montón de tonterías que seguramente no pensabas.

—A lo mejor es que quiero descargar mi complejo de culpabilidad, —dijo él como para sí mismo.

Eurídice levantó la cabeza para mirarle ingenuamente.

—Si esa es la razón, no te preocupes, porque tuve yo la culpa. Había bebido de más y me dio por tontear contigo de la misma forma en la que lo hace Leonor con todos los que se le ponen a tiro. Y en cuanto a las cosas que me dijiste, pues... casi no las recuerdo con claridad. Ahora lo olvidaremos y, como has dicho antes, será como si nunca hubiera ocurrido.

—Exactamente igual que si nunca hubiera ocurrido, —repitió totalmente inexpresivo.

Seguía acodado en la mesa y ella se preguntó que podría estar pensando. No sabía si su respuesta le había complacido o si le había producido el

efecto contrario.

—¿Dónde quieres que te lleve ahora?, —le preguntó él al salir a la calle. De nuevo tenía él aquel aire indiferente que tanto la había sorprendido.

Como verdaderamente no la esperaba nadie, ni tenía otra cosa que hacer que deambular de un sitio para otro hasta que se hiciera la hora de regresar para que él recogiera su maleta, repuso brusca:

—Es aquí cerca, no hace falta que me acompañes.

Al no oírle hacer el menor comentario, supuso que se despediría allí mismo y le extrañó darse cuenta de que caminaba a su lado, a lo largo de la acera.

—He dicho que no hace falta que me acompañes.

—Bueno, pero no grites. ¿Por qué te has enfadado ahora?

—Porque sí.

—Es una respuesta convincente.

—Es que me sacas de quicio, —articuló trabajosamente, pues su calma y su desinterés la exasperaba hasta el punto de no poder razonar con claridad—. Para ti es todo muy sencillo, ¿verdad? Imagino que te comportarás igual con todas las chicas que conozcas. Y no te rías.

—¿Tampoco me puedo reír? No me dejas hacer nada.

—Lárgate de una vez, —le increpó furiosa.

—¿A dónde?

—A dónde te dé la gana. Estoy harta de que te burles de todo lo que digo. Yo no tengo la culpa de nada, ¿te enteras? Ni de lo que me pasa, ni de llamarme Eurídice ni de nada. Si al menos me hubiese llamado de otra manera, puede que todo hubiese sido distinto, pero bastante tengo yo con ir cargada con ese nombre.

Él escuchaba algo perplejo aquel cúmulo de incoherencias.

—¿Qué tiene que ver tu nombre con todo esto?

—Mucho que ver, pero tú no entiendes nada, como de costumbre. Ya me lo decía Paca cuando era pequeña. Me lo repetía continuamente y ahora... ahora estoy harta de todo.

Sumamente alterada, había levantado el tono de la voz más de lo necesario y algunos transeúntes se habían detenido para mirarla con curiosidad.

—Habla más bajo, chiquilla, que la gente nos está mirando.

—Pues que nos miren. Me tiene sin cuidado.

Miguel terminó por hacerla subir al coche, aparcado unas calles más allá, sentándose luego a su lado.

—¿Qué es lo que te decía Paca?

Eurídice estaba tan fuera de sí, que apenas conseguía expresarse con claridad.

—Pues eso, me decía que por eso mi padre no me quería, porque al nacer yo se había muerto mamá. Por eso mi padre me miraba con tanto odio, porque pensaba que yo la había matado y entonces, me asustaba tanto, que me dejaba caer al suelo y allí me quedaba, encogida como un ovillo, y no me atrevía a levantarme hasta que él se encerraba de nuevo en su despacho. Pero tú, ¿cómo lo vas a entender?

Miguel le pasó un brazo sobre los hombros.

—¿Paca te decía que tu padre no te quería?

—No lo decía tan claro, pero yo lo leía en sus ojos. Era odio lo que traslucían, aunque a veces me hablara afectuosamente y también hay odio en los ojos de él, cuando me mira entre la niebla.

—¿De él?

—Sí, me mira y siento un dolor horrible que me hace desear morirme, como quería morirme cuando era pequeña. Lo veo noche tras noche en esas espantosas pesadillas y a veces hasta despierta. Entonces quisiera correr, pero no sé a donde dirigirme. Sueño que en alguna parte debe haber un lugar donde refugiarme, pero nunca lo acabo de encontrar. Luisa se ha casado y cuando un chico intenta algo, me asusto y veo niebla a mi alrededor. Solo la otra noche, cuando tú me dijiste..., por primera vez no me asusté, pero también entonces la vi y por eso chillé y corrí y cuando subí a mi cuarto me tapé la cara con la almohada, pero seguía envolviéndome, asfixiándome, y creí que llegaría a morirme de verdad.

En silencio la dejó desahogarse, llorando incontinentemente apoyada en su hombro. Al fin le dijo con suavidad:

—Pero Eurídice, esa noche la niebla era real, no la imaginaste.

—Puede que no, pero el resultado fue el mismo. Acabó por acorralarme como siempre y no quiero volver a intentarlo nunca más.

Miguel sonrió como para sí y le preguntó sin mirarla:

—¿Lo intentaste esa noche?

—Sí, —reconoció vacilante—. Tenía que marcharme de Montsalvatge, porque no podía seguir viviendo con Marta. Ella continúa allí y ya no podía soportarlo. Entonces decidí probar.

—Ya, —murmuró él por todo comentario.

Recostada sobre su hombro, Eurídice se atrevió a levantar los ojos para mirarle.

—¿Lo notaste?

—Sí, aunque no adiviné el motivo. Reconozco que me extrañó bastante. —Acarició pensativo su lisa y brillante melena—. ¿Qué querías?, ¿marcharte de Montsalvatge y pensaste que era a mí al que tenías más a mano?

Vaciló nuevamente, pero el tono de él era comprensivo. No parecía estar enfadado en absoluto.

—Sí, —musitó sencillamente—. No podía continuar allí con Marta y con Raúl. Ya sé que ella murió, pero pese a ello la siento dentro de la casa, la noto vagar en la oscuridad y percibo sus pasos por las habitaciones.

—¿Y Raúl?

—Raúl es el que me mira entre la niebla, con ese odio que no puedo soportar. Hace unas horas, cuando nos has visto discutiendo al borde del acantilado, he advertido de pronto que eran sus ojos los que veo en mis pesadillas.

Hizo una pausa. Apoyada en su hombro y notando en su mejilla el áspero roce de la chaqueta de él, se sentía tan segura, tan protegida, que por su gusto hubiera prolongado esos instantes hasta el infinito.

—Te diré una cosa, si me prometes no decírsela a Raúl.

—De acuerdo, dímela.

—Esta mañana he venido a Palma a visitar a un psiquiatra. Opina que algo me ocurrió en ese sendero, aunque lo he olvidado y me resisto a recordarlo. Que la represión de ese trauma puede ser la causa de mis... rarezas, pero no recuerdo qué pudo pasarme en ese lugar por más que lo intento. Solo sé que allí estaba también Raúl y que Marta me escribió una

carta, cuando ya había muerto. Por eso quiero que me la envíes, si es que no piensas volver.

Continuaba silencioso y se apartó de él para estudiar su expresión. Contemplaba la calle como abstraído, pero cuando sus pupilas se encontraron, le sonrió.

—¿Te has creído lo que te he dicho antes? Voy a Madrid por un asunto de trabajo. Me han llamado del laboratorio donde trabajaba antes de venirme a Mallorca para hacerme una proposición, pero tengo que estar de vuelta, como muy tarde, para el año nuevo, porque se me acaban las vacaciones el día dos de enero. Y en cualquier caso, Eurídice, soy bastante más testarudo de lo que supones.

Azarada, desvió ella la vista hacia la punta de sus dedos.

—Te habrá molestado lo que te he dicho. Estaba tan desesperada que por eso...

—Que por eso decidiste pescarme, ¿no? La envolvió en una mirada guasona, no exenta de ternura. —Anda cállate, que lo estás acabando de estropear. Ya ahora olvidaremos tus penas y las mías y aprovecharemos la tarde para divertirnos.

—¿Pero no habías quedado con alguien...?

—Sí, pero la llamaré por el móvil y le diré que me ha surgido un imprevisto. Primero iremos a por mi billete y luego nos dedicaremos a recorrer toda la ciudad como... como dos críos chicos. ¿Te parece bien?

Eurídice no pudo precisar con exactitud al día siguiente lo que hicieron esa tarde. Caminaron, eso sí, por calles desiertas y plazuelas solitarias y, si no lo estaban, ella al menos no reparó en los transeúntes con los que se cruzaron. Se atracaron de ensaimadas y pasearon después bajo los soportales ennegrecidos por el tiempo. Recordaba sobre todo el mar, inmenso y quieto, y la belleza de la ciudad a la pálida luz del atardecer y sus rincones y jardines como un escenario mágico, en el que por primera vez se había sentido absurdamente feliz.

Cuando ya oscurecido regresaron a Montsalvatge, ante el sólido portón aguardó unos segundos, que le parecieron horas, a que él le dijera algo antes de despedirse, pero se limitó a mirarla abstraído, como si aquella tarde

hubiera sido para él una más entre muchas similares. Luego le dijo adiós y se marchó, tranquilo en apariencia, dejándola totalmente desconcertada.

OceanofPDF.com

Capítulo 14

Eurídice pasó cansadamente una mano por su frente.

—Lo siento, doctor, pero no consigo recordarlo, aunque le aseguro que lo he intentado. Ayer cuando discutí con Raúl en ese sendero, acudieron a mi mente algunas imágenes borrosas, como desenfocadas, pero se desvanecieron en una especie de torbellino neblinoso antes de que pudiera precisarlas. Solo sé que él tuvo algo que ver en ese episodio, pero no he logrado determinar que ocurrió ni cual pudo ser su intervención. ¿Opina que debo preguntárselo?

—¿Se refiere a su primo?

—Sí. No sé si intentó arrojarme por el precipicio o si, por el contrario, impidió que me cayera, pero su presencia me aterroriza. He llegado a preguntarme, si no pretenderá quitarme de en medio para que no averigüe lo que sucedió. ¿Lo cree posible?

Olea se acarició pensativamente la barbilla.

—Su primo es médico, ¿verdad? ¿Por qué no le pide que venga a verme? Me facilitaría la tarea mantener una conversación con él.

—Pero doctor, necesito que me diga algo ahora. Ayer, cuando volví a casa y entré en el saloncito a saludar a mi tía, ya no estaba colgado sobre la chimenea el cuadro del que le hablé. El que vimos Leonor y yo en el torreón y plasmaba un vendaval asolando Montsalvatge. Lo ha pintado ella y ha debido esconderlo de nuevo para colgar en ese mismo lugar la marina que encontré dentro de mi armario. Creo que se ha confabulado con Raúl para hacerme creer que estoy mal de la cabeza. Todos deben pensarlo. Incluso mi tía que ni tan siquiera me han recriminado por haberme escapado por el balcón ayer, para venir a verle a usted. Lo ha aceptado con

una naturalidad bastante sospechosa. La que se adopta para tratar con los niños y con los locos.

El médico disimuló una sonrisa.

—Bueno, bueno, no se preocupe. Tenemos mucho tiempo. Ahora me parece conveniente que pasemos a otro tema. Quisiera que me hablase de esa indiferencia que dice sentir por el sexo contrario.

Eurídice enrojeció, removiéndose inquieta en su butaca.

—Si me lo permite, le diré que ese asunto no guarda ninguna relación con el resto de mis problemas.

Por primera vez él perdió su aire de amabilidad y la miró adusto.

—Eso creo que debo decidirlo yo. ¿No le parece?

—Desde luego, pero no quiero entretenerle con tonterías, así que le anticiparé que no responde a lo que usted está pensando.

—¿A lo que estoy pensando? ¿Cómo sabe lo que estoy pensando?, le preguntó Olea recuperando su tono amistoso.

—Lo sé, porque no soy tan ignorante como supone. Luisa se empeñó en que leyera un libro gordísimo de Freud. Puedo asegurarle que mi libido está perfectamente y que no tengo complejo de Edipo ni de castración ni de ninguna de esas barbaridades que describía ese señor. Yo quería mucho a mi padre, pero lo veía como era realmente. Un pobre hombre, amargado por la muerte de mi madre y por sus complejos y manías.

Advirtiéndole que el médico iba a interrumpirla, le atajó.

—Sí, ya sé que la imagen que se haya tenido del padre puede influir después en las relaciones con el otro sexo. También lo leí en ese libro. Eso y otros muchos disparates más.

—¿Disparates?, —repitió divertido, al verla tan enfurruñada.

—Sí, usted pensará, como es su obligación, que Freud era un genio, pero yo opino que era un maniático, obsesionado con una idea fija. No se ría, —protestó amoscada—. ¿Para qué darle tantas vueltas a lo mismo? Él enfocaba todas las cuestiones desde un punto de vista equivocado.

Calló unos instantes, estudiando la expresión de él. Luego continuó excitada.

—Tampoco es cierto lo que está pensando ahora.

Sin poder evitarlo, Olea se echó a reír.

—No pienso nada, se lo aseguro. Simplemente la escucho.

—Sí, está pensando que a mí no me atraen los hombres, porque... porque sentía por Marta algo... Está muy equivocado, —replicó acusadoramente—. Para mí era... tan especial y estaba tan por encima de cualquier bajeza, que nunca hubiera podido mezclarla con una guarrada de este tipo, ¿qué se ha creído usted?

Al reparar en que él no efectuaba ningún comentario, bajó la cabeza, avergonzada de su explosión de ira.

—Perdone, me estoy comportando de una forma incalificable. Es que mi caso no tiene nada que ver con las teorías de Freud, pero ya le he dicho que no me gusta hablar de ello.

—¿Por qué?, —le preguntó Olea con sencillez—. ¿Acaso lo considera pecaminoso?

Ella le observó con sus inmensos ojos muy abiertos, que en ese momento eran de un color azul intenso.

—No, nada de eso. Paca me amenazaba a menudo con el infierno cuando era pequeña, pero no me preocupa demasiado.

—Entonces, ¿por qué no quiere hablar de ese tema?

Se encogió de hombros.

—Me duele. Hay cosas que duelen por dentro y al decirlas duelen más todavía.

—A pesar de ello, no debe guardárselas para usted sola, —repuso el médico con voz persuasiva.

—¿No se reirá?

—Le aseguro que no.

—¿Y no se lo contará a nadie?

—Por supuesto.

—Bueno, verá. —Cruzó las manos como si le costase un tremendo esfuerzo confesárselo—. La culpa de todo la tiene mi estúpido nombre.

—¿Su nombre? —Pese a la costumbre que tenía Olea de oír incongruencias, se quedó estupefacto, aunque intentó disimularlo ocultando su rostro tras un pañuelo que extrajo del bolsillo de su bata, como si estuviera acatarrado.

—Sí, si yo me hubiese llamado Pepita o Juanita, la gente no se hubiera extrañado, pero compéndalo. —Enrojeció hasta las orejas y continuó—: Cuando decía cómo me llamaba, todos... todos pensaban que era mucho nombre para una chica tan insignificante. Por su culpa nadie me ha querido nunca, —añadió pensativa—. Solo Marta y ella se murió. A ella no le importaba que me llamase Eurídice. Ya ve, hasta decía que era un nombre bonito.

—Dice que nadie la ha querido, —repitió Olea como un eco.

—Sí. Paca me repetía continuamente que fue lo primero que aprendí a decir. Paca era la criada, —le aclaró—. Ya estaba en casa cuando yo nací.

—¿Y no la querían por llamarse Eurídice?

La muchacha se encogió de hombros.

—Supongo que sería por eso, porque nunca di motivo para que no me quisieran. Creo que era una niña dócil y cariñosa, pero a mi padre no le importaba. Se pasaba la vida escribiendo aquel maldito libraco y yo estaba siempre sola, acunando a mi muñeca.

Se interrumpió, empalideciendo ostensiblemente.

—Doctor, —musitó con un hilo de voz—. Era la muñeca que ahora veo en mis pesadillas. Era esa.

—Tranquilícese, Eurídice. ¿Qué más recuerda?

Le contemplaba sin verle, con la mirada perdida.

—Me la regaló mi padre por Navidad. ¿Cómo habré podido olvidarlo?
—Se estremeció como si tuviera frío—. De todas formas no me gusta acordarme de ella.

Olea hizo un gesto de asentimiento.

—Continúe. Me decía que a causa de su nombre no la ha querido nadie. ¿No le parece una afirmación un tanto gratuita? Su padre la quería, a su manera, y también su tía Elvira, su madrastra, y ese muchacho, Miguel.

Eurídice sonrió con cierta amargura.

—De pequeña les deba lástima, ¿no lo entiende? Me veían tan poca cosa y encima cargada con ese nombre...

—¿Pero qué tiene su nombre de particular?

—Usted no entiende nada, —gruñó enfadada—. Un nombre así, requiere a una persona más... más... Ya podía usted ayudarme a decirlo, —

terminó furiosa.

—¿Quiere decir más bonita?

—Sí, —admitió la chica, como si se sintiera aliviada de un gran peso—.

Ya me ve usted, así que no creo que necesite que se lo explique.

Una sonrisa distendió las bondadosas facciones del médico.

—¿No se mira nunca al espejo?

—Claro que sí, —repuso desconcertada. ¿Por qué lo pregunta?

—¿Y cómo se ve?, ¿fea, larguirucha y con granos?

—Los granos ya me desaparecieron, —replicó disgustada—, pero tuve muchos, un auténtico montón.

—Ya. Y en las reuniones a las que asistía nadie le hacía caso, ¿no es eso?

—¿Cómo lo sabe?, —le preguntó admirada.

—A lo mejor, porque soy más listo de lo que imagina, —le contestó humorísticamente—. Corríjame si me equivoco. En esas reuniones, usted permanecía sentada y sola toda la tarde y los pocos que se atrevían a acercársele se alejaban espantados al enterarse de cómo se llamaba, ¿verdad?

Eurídice afirmó vigorosamente con la cabeza.

—Trataban de disimularlo, pero a la primera oportunidad salían corriendo.

—Pero de eso hará mucho tiempo, ¿o le sigue sucediendo?

Eurídice reflexionó.

—No lo sé, pero ya no me importa. Hace mucho que dejó de interesarme ese asunto.

—Claro, usted se revistió de una coraza y decidió pagarles en la misma moneda.

—No se ría, doctor, yo no lo encuentro nada divertido.

—Es que tiene gracia, —comentó él como para sí—. Es curioso comprobar hasta qué punto podemos deformar las impresiones del mundo exterior. Usted es una muchacha preciosa, por la que actualmente todos los que la rodean se sienten atraídos. Lo sé a través de lo que me ha contado. Y sigue empeñada en defenderse de un mundo que considera hostil, porque en

su niñez y en su adolescencia no era muy agraciada. Tiene usted complejo de...

—De fea, tiene razón, —admitió interrumpiéndole—. Pero, sobre todo, de nombre. No quiero hacerle perder el tiempo con esas tonterías, ya se lo he dicho. Tengo un saco de complejos con los que podría cargar un camión. Gracias a ese tomo tan gordo que leí, estoy al cabo de la calle.

—¿Y no ha procurado remediarlo? Los complejos desaparecen en cuanto se asumen y son descargados.

—Eso es lo que dicen ustedes, los psiquiatras, —objetó hiriente—. Pero no es así. Desaparecerían si se pudiese modificar la causa que los producen. Porque una chica descargue su complejo de fealdad, no se convierte en bonita. Lo del nombre... podría tener solución, pero es demasiado complicado.

Calló pensativa, rememorando la tarde anterior y la indiferencia con la que Miguel se había despedido de ella.

—De todas formas estoy dispuesta a hacerlo si me asegura que con otro nombre sería yo una chica como las demás.

Olea tabaleaba sobre la mesa con un lápiz. Parecía reflexionar sobre la conveniencia de explicarle el verdadero motivo. Finalmente se inclinó hacia ella sobre la mesa.

—Mire, Eurídice, en mi opinión, la raíz de su problema sexual es mucho más complicado y creo que reside en su desafortunada niñez. Cuando en la vida de un niño falta su madre, suele sufrir el desarrollo de su vida emocional y por ello, más tarde, la vida amorosa.

Ella le escuchaba perpleja.

—¿Quiere decir que el motivo es que no haya conocido a mi verdadera madre?

—No es solo eso. Usted no encontró otro adulto que sustituyera a su madre y, cuando un niño no se sabe querido, se siente inseguro y tiene miedo. Todos los niños tienen miedo, pero entre el normal y el patológico haya una diferencia de grado. Los efectos del que hemos llamado miedo patológico suelen ser la inhibición del desarrollo anímico y el retroceso a grados de desarrollo anterior, lo que llamamos regresión. La regresión se

produce tanto más fácilmente cuanto más joven es el niño. Incluso en ocasiones puede llegar a alterar a inhibir el desarrollo corporal.

—Bueno, sí, de niña era yo muy bajita. Marta me sacaba la cabeza, aunque tenía mi misma edad. Pero después... después he crecido mucho. Ahora mido un metro setenta centímetros y no porque me haya querido nadie. Bueno, quizás Luisa... Y tampoco he sido una niña retrasada. Paca decía que tenía un viejo en la barriga.

Olea sonrió ante la expresión.

—Una cosa no excluye la otra. En esos niños que le he descrito se da con mucha frecuencia una mezcla de puerilidad y precocidad de grado variable y el desarrollo neurótico evoluciona en ellos en íntima relación con el comportamiento del medio ambiente. Los que son inseguros y sensibles tiene una mayor predisposición. A menudo, la frigidez es consecuencia de neurosis infantiles profundas, por una fijación excesiva de la madre.

—Pero doctor, usted se contradice, —alegó sorprendida—. Si no he tenido madre, ¿cómo puede achacarme una fijación materna?

—Se lo explicaré de otra manera, —adujo el médico sonriéndole—. Verá, si un niño se siente inseguro, una manera de aplacar su angustia es aferrarse a otra persona que le infunda esa seguridad que necesita. Si en su temprana edad una persona logra obtener sobre un niño una importancia primordial y partes esenciales de los sentimientos orientados hacia ella han sido reprimidos, el niño queda entonces ligado a esa persona. Esa necesidad de protección se confunde a veces con el amor. ¿Me comprende? En su caso no ha encontrado a otra persona que sustituyese a su madre. Por ello, su inmadurez sexual va unida a una inmadurez de toda índole, que le ha hecho permanecer en un estadio en el que las exigencias heterosexuales son escasamente vigorosas.

Eurídice le había escuchado atentamente, pero al terminar movió negativamente la cabeza.

—Usted no me ha entendido bien, doctor. Puede que ese sea el motivo de que yo no sienta lo que debería sentir, pero es que aún es peor. Me quedo como agarrotada, como paralizada cuando un chico intenta algo y después, al mirar sus ojos, siempre creo ver el odio reflejado en ellos. Y luego...

luego empiezo a percibir niebla a mi alrededor. Entonces me asusto tanto, que desearía echar a correr.

Olea la observó atentamente.

—¿Y eso le ha ocurrido en todas las ocasiones?

Vaciló ella antes de contestarle, mientras sacudía de su pantalón un polvillo imaginario.

—Sí, solo con él no me pasó... al principio. Pero luego vi cómo la niebla avanzaba hacia nosotros. Por eso él se ha marchado, —terminó incoherentemente.

El médico se acodó en la mesa, intentando seguir el hilo de los pensamientos de ella.

—¿Se ha marchado porque vio usted niebla?

Eurídice se encogió de hombros.

—Supongo que le decepcioné. Cambió de actitud al darse cuenta de que no reaccionaba como las demás. —Hizo una pausa y añadió con amargura —: No ha acertado al decirme que algunas personas me han querido. Paca me lo aseguraba, pero los domingos me dejaba en casa y se iba a la calle con un hombre gordo, que era su novio, sin importarle que me quedara sola. A nadie le he importado y a él tampoco. Si yo pudiera sentir como todo el mundo, sé que me querría y yo daría algo porque eso fuese así.

Olea se acarició pensativamente la barbilla sin dejar de contemplarla.

—Describame las impresiones que experimentó esa noche con el mayor detalle posible. ¿Qué sintió en realidad?

Mientras lo meditaba, Eurídice fijó en el comprensivo semblante de él una mirada vaga.

—No lo sé. Había bebido tanto que me costó entender lo que me decía. Creo que trató de insinuar que yo le gustaba, pero no estoy segura de que lo pensara realmente. Había intentado coquetear con él esa noche imitando a Leonor, porque pensé que con él podría marcharme de Montsalvatge. De niña me gustaba su compañía y ahora también, de la misma forma que entonces. Es absurdo, ¿verdad? No soy una niña y él tampoco es ya un chiquillo. Creo que pretendió hacerme entender que los dos nos habíamos hecho mayores, pero entonces fue cuando vi la niebla y cuando eché a correr completamente histérica. Desde entonces cambió en su manera de

comportarse conmigo y no es de extrañar, pero no llegué a saber si en sus ojos había odio, como en los de todos.

—Y esos ojos que ve, ¿de quién son, Eurídice?, ¿son de su primo?

—Sí, —reconoció abstraída—. Traslucen odio y siento deseos de morirme, porque me acusan y en el fondo sé que con razón.

Hablaba como para sí misma, como si se limitase a traducir las imágenes que se deslizaban por su mente, aunque no acabase de comprender su significado.

—¿De qué se siente culpable, Eurídice?

—¿Yo?, —se sorprendió—. No tome al pie de la letra lo que le he dicho. Sé que no lo soy, pero no puedo evitar el sentirlo. Eso también es absurdo, ¿verdad? Nunca le he hecho daño a nadie, al menos conscientemente. Al contrario, intenté hacer lo imposible porque todos me quisieran, pero no lo conseguí. Él me hablaba con cariño a veces, pero yo notaba que no me quería, ni cuando era niña ni cuando volví.

—¿Se refiere a su padre?

—Sí, —dijo sencillamente.

—¿Y son sus ojos los que ve en los de los chicos cuando la miran con cariño? ¿Lo traduce en odio, porque siente que no se lo merece?

Eurídice le miró extrañada.

—¿Por qué no me lo merezco? Ya le he dicho que nunca le he hecho daño a nadie.

—Pero subconscientemente no lo siente así. Los síntomas que me ha descrito corresponden a un profundo sentimiento de culpa.

La muchacha se quedó silenciosa, con el ceño fruncido. Luego musitó:

—Quizás se deba a que mi madre murió al nacer yo, pero no soy tan estúpida como para considerarme culpable por ello. No estaba en mi mano el haberlo evitado. —Hizo una pausa y después levantó ansiosamente sus ojos hacia el médico—. Dígame, ¿cree que puede residir en eso y solo en eso mi problema sexual? Si fuera así, no tendría más que liberarme de ese sentimiento de culpa. ¿No es eso?

Olea hizo un ademán evasivo.

—Esas consecuencias no suelen producirse por un solo motivo, sino con mayor frecuencia por un conjunto de ellos. Aún no sabemos qué es lo que le

sucedió en ese sendero y en ese incidente puede encontrarse también la respuesta. ¿Cuándo recibirá la carta que le pedí que me trajera?

Ella sonrió más animada.

—Espero poder traérsela muy pronto. No sabe cuanto le agradezco lo que está haciendo por mí. Yo necesito ponerme bien.

—Y se pondrá bien, ya lo verá. Ahora volverá a su casa y hará un esfuerzo por recordar. ¿Me lo promete?

En su semblante pudo leer Eurídice tanta comprensión, que se le humedecieron los ojos.

—Se lo prometo, doctor.

OceanofPDF.com

Capítulo 15

Cómodamente retrepado en el sofá de pana oscura, Miguel se dijo que nunca hubiera imaginado así a la elegante muchacha que acababa de tomar asiento frente a él. Ciertamente que Eurídice le había repetido en varias ocasiones que era joven y guapa, pero, sin saber por qué la había imaginado de mediana edad y le había agregado unos cuantos detalles por su cuenta, tales como unos gruesos lentes y un desaliñado moño gris. Luisa contaría cuarenta y pocos años y su cuidada melena, de un rubio ceniza, enmarcaba un rostro sumamente atractivo.

—¿Y dices que Eurídice no se encuentra muy bien últimamente?, —le preguntaba preocupada, en ese momento, mientras encendía un cigarrillo.

Miguel se encogió evasivamente de hombros.

—Tiene los nervios algo alterados.

Se interrumpió, buscando las palabras precisas. Raúl le había encomendado que aprovechara su visita para averiguar la opinión de Luisa sobre su hijastra, en lo que se refería a su comportamiento durante los años que habían vivido juntas. Resultaba difícil explicarle las rarezas que había manifestado Eurídice en Montsalvatge sin alarmarla.

—Me gustaría que me hablastes de ella, —dijo al fin.

Luisa ahuecó su dorada melena, alisándosela con los dedos. Le miraba como si se estuviese preguntando qué clase de relación mantendría con la muchacha.

—¿Vives en Montsalvatge?

—No en una finca muy cercana. Conozco a Eurídice desde que era niña. Entonces era una personita muy seria y muy razonable.

—¿Es que ha dejado de serlo?, —se extrañó ella—. Me cuesta trabajo creerlo. Ha sido siempre una chiquilla excesivamente responsable, siempre

pendiente de lo que estaba bien y de lo que estaba mal. Casi un poquito puritana.

Miguel se echó a reír y, mientras la tranquilizaba a ese respecto, dejó vagar sus ojos por la habitación, tratando de imaginársela en ese ambiente. Ya antes había advertido que la casona era grande y destartalada y, aunque tenía aspecto señorial, resultaba poco acogedora. En el salón en el que Luisa le había recibido, se respiraba un aire sombrío, propiciado por su techo altísimo, el severo mobiliario y los cortinones de terciopelo granate, que oscurecían la luz que penetraba por el balcón. Le pareció un entorno adecuado para los enlutados señores del siglo XIX, cuyos amarillentos retratos, enmarcados en negro, cubrían los espacios disponibles de las paredes que no estaban ocupados por cornucopias, pero no para una chica joven.

Luisa debió captar lo que él estaba pensando, porque sonrió como disculpándose.

—Tengo previsto cambiar un poco la decoración. Heredé esta casa cuando falleció mi primer marido, pero aún no he tenido tiempo. Estoy desbordada de trabajo y de las faenas domésticas se ocupaba Eurídice.

Recordó él el aspecto que tenía cuando era niña y trató de imaginarla en aquella habitación a su regreso, con sus pelos lacios, sujetos con un gran lazo, y sus inmensos ojos asustados.

¿Qué habría sentido al volver allí? Advirtió de pronto que Luisa se lo estaba refiriendo.

—Ya sabes que ha sido siempre tímida y retraída. Aún me parece estarla viendo el día en que la conocí. Fui aquí, en este salón, donde nos reencontramos cuando volvió de Montsalvatge con su padre, porque antes no había hablado con ella más que dos palabras. Parecía un pajarito asustado y nos miraba a su padre y a mí a como a dos extraños. Preguntó por Paca, que era la niñera que había tenido antes de marcharse a Mallorca y le afectó mucho el saber que se había casado dos años antes y se había marchado a vivir a un pueblo de Galicia. Pero ella y yo nos caímos bien enseguida, aunque nuestros caracteres sean muy diferentes. Nadie que conozca a Eurídice puede no tomarle cariño, ¿no crees?

Le observaba nuevamente con curiosidad, como si le interesara conocer su opinión sobre ella.

—Desde luego, —repuso Miguel, con su moreno semblante completamente inexpresivo—. En Mallorca, todos la hemos querido mucho.

—Es tan apocada y parece tan desamparada... —añadió Luisa como para sí misma—. Quizás sea ese el motivo de la atracción que ejerce. —Hizo un gesto ambiguo y continuó—: Nunca nos dio problemas. Era una buena estudiante y además, muy dócil. Después, cuando murió su padre, ha sido para mí una gran ayuda y se ha portado conmigo como... como una hermana pequeña.

Expelió una bocanada de humo de su cigarrillo y añadió:

—No sé qué más puedo decirte. Ha sido siempre una chica normal. Algo melancólica de más, pero normal.

Calló esperando algún comentario por parte de él, que removía parsimoniosamente el azúcar de su taza de café.

—¿Nunca manifestó deseos de volver a Montsalvatge?, —le preguntó sin mirarla—. Eurídice no escribió ni una sola carta desde que se marchó de la isla.

Luisa meneó negativamente la cabeza.

—No, nunca se refirió para nada a los cuatro años que había pasado en Mallorca. Incluso en una ocasión en la que saqué el tema a colación, no me contestó y terminé por no insistir. No es una persona a la que se le puede hacer hablar de lo que no quiere.

—Pero ella se sentía a gusto en Montsalvatge, —manifestó Miguel con extrañeza—. Marta y ella eran inseparables, por lo que lógicamente conservaría recuerdos agradables de su estancia en la isla con sus parientes.

—Marta era aquella primita que murió, ¿verdad? Quizás por esa razón no quisiera aludir a sus vivencias en Mallorca. A su edad, la muerte de un ser querido puede ser un golpe muy duro, según dice mi marido, aunque yo creo que los niños olvidan muy fácilmente.

Hizo una pausa, desviando sus ojos oscuros hacia el balcón y luego añadió:

—Bueno, me has preguntado por el estado de sus nervios y no te he contado alguna de sus pequeñas rarezas. Tenía un miedo espantoso a la

niebla. Lo advertí, poco después de que regresara, una mañana en la que salimos de compras. La ropa que traía de Montsalvatge era horrorosa. Recuerdo un vestido de cuadritos blancos y morados con el que, aunque era de su talla, parecía una hospiciiana. No sé si recordarás que entonces era muy menuda.

Miguel sonrió, rememorando la imagen de la chiquilla que había conocido, con sus trajes oscuros y larguísimos y su enorme lazo en la cabeza.

—¿Lo recuerdas, verdad? Como te iba diciendo, se asustó muchísimo cuando al salir a la calle nos encontramos envueltas entre la niebla. Balbuceaba algo sobre una muñeca, pero no conseguí entender lo que decía. Ella no tenía ninguna muñeca cuando volvió aquí y pensé que a lo mejor era lo que necesitaba. —Se echó a reír nostálgicamente—. Lo único que pretendía yo era ganarme su afecto y le compré una, pero al dársela se puso descompuesta. Lo que decía no tenía mucho sentido. Decía algo así como que un chico horrible la miraba. Supongo... Se detuvo para mirarle, algo confusa.

—Supongo que en Montsalvatge no le gastarías alguna broma pesada, ¿verdad?

Miguel se acarició pensativamente la mejilla, Rememoraba aquella tarde en la que bajaron a la caleta, muchos años atrás, en la que él se arrojó al agua, en pleno invierno, para recuperar la muñeca que empezaba a hundirse en el mar. Pero no, el muchacho horrible debía ser Raúl y la broma a la que aludía Luisa, se la gastarían en el maldito sendero donde les había encontrado peleándose el día anterior. ¿Qué habría podido hacerle Raúl para que perdurasen aún los efectos de su metedura de pata? Porque no consideraba posible que su amigo de toda la vida hubiera pretendido hacerle daño intencionadamente.

—Puedes estar segura de que no, —repuso al fin—. Le tomábamos el pelo, porque era pequeña y se asustaba fácilmente, pero ninguna broma en especial, que yo recuerde.

Luisa se echó a reír, para quitarle importancia a su comentario.

—Perdona, no he querido ser impertinente. Solo que pensé después que podía ser ese el motivo de la falta de interés que demostraba cuando algún

chico pretendía acompañarla.

Miguel permaneció impasible, mirándola en silencio. Como si su indiferencia fuera un acicate para ella, insistió:

—¿No te has dado cuenta de lo extraño que es su comportamiento con el sexo contrario? Aunque quizá con vosotros sea diferente...

Dejó la frase en el aire, esperando que él se lo aclarase y al ver que no parecía muy dispuesto a hacerlo, vaciló.

Realmente no sé si debe contártelo, aunque no tiene demasiada trascendencia. Había un chico en especial, un tal Enrique, que parecía que le molestaba menos que los demás. Ella parecía sentir un cierto interés por él hasta que un día, en el que fueron al cine, tuvo la desgraciada ocurrencia de cogerle una mano. No imaginarias cómo se puso Eurídice y encima no consintió en volver a ponerse al teléfono cuando él la llamaba. ¿No es incomprensible?

Como Miguel continuara imperturbable, Luisa terminó por echarse a reír.

—No es fácil sonsacarte, ¿verdad? Llevo un buen rato intentándolo sin ningún resultado. ¿Te hace gracia?, —le preguntó al ver que se reía.

—Un poco, —reconoció divertido—. ¿Qué es lo que quieres saber?

—Tu opinión sobre ella.

—Pienso que todavía es una niña y que está muy apegada a ti.

A Luisa no pareció llenarle del todo su respuesta, porque aguardó a que él añadiera algún nuevo comentario. Al fin se encogió de hombros.

—Bueno, seguiré lo con lo que te estaba contando. Traté de explicarle que el comportamiento de Enrique era natural y que no tenía importancia, pero desde entonces hizo lo imposible para evitar al pobre chico. Todo esto ha sucedido poco antes de que me casara. Hubiera preferido dejarla bien colocada, ya me entiendes. Por esa razón, cuando la víspera de mi boda pasó él por casa a felicitarme, le di su dirección en Mallorca. Es un muchacho estupendo y la quiere. ¿Sabes si se han visto allí?

Impasible, Miguel hizo un gesto negativo.

—No lo sé. Eurídice es bastante introvertida. Al enterarse de que tenía que venir a la península por motivos de trabajo, me pidió que pasara a

visitarte y te pidiera la carta que recibió de Montsalvatge, la que llegó una semana antes de que te casaras.

—¿Te refieres a la de su tía?, —le preguntó Luisa—. Yo le escribí con anterioridad. Pensé que sería preferible que regresase con sus parientes por algún tiempo, porque podía resultarle doloroso ver ocupado el puesto de su padre, sobre todo al principio. Y eso que... —Se interrumpió para reordenar sus ideas—. Tal vez no me creas, pero Eurídice me ha querido siempre más a mí que a su padre. No es que se llevasen mal, simplemente se ignoraban. Creo que el disgusto que se llevó al enterarse de que me casaba, obedeció al miedo a que nos distanciáramos, más que a otra cosa, pero no opuso ninguna resistencia e insistió en marcharse al día siguiente de mi boda.

Miguel la había escuchado en silencio. Un par de veces intentó meter baza, pero Luisa hablaba con fluidez, sin permitírselo.

—No me refería a la carta de su tía Elvira, sino a la otra.

Ella enarcó las cejas, extrañada.

—¿Qué otra? Eurídice no recibía correspondencia. Esos muchachos de los que te he hablado viven aquí, en Segovia.

—Pero ella recibió casi a la vez una carta de su prima, invitándola también a regresar a Mallorca. No sé quien pudo ser el autor de una broma tan estúpida, pero como no sabía que su prima había fallecido, creyó que era Marta la que le había escrito. Al llegar a Montsalvatge y enterarse de lo sucedido, sufrió una impresión bastante seria. Probablemente sea esa la causa de que tenga ahora los nervios tan alterados.

Luisa Le escuchaba perpleja.

—No entiendo que qué me estás hablando. ¿Qué prima es esa que, según me has dicho, le escribió? Creía que Eurídice no tenía más parientes.

—No. Efectivamente no los tiene, —le explicó él pacientemente. Pero es que ella no sabía que Marta había muerto. ¿Por qué no se lo dijisteis cuando ocurrió?

El atractivo semblante de Luisa denotó el más absoluto asombro.

—¿Nosotros? Perdona, pero sigo sin entenderlo. Marta no pudo escribirle esa carta ni ninguna, porque ya había muerto. Y en cuanto a que Eurídice no estaba enterada... Supongo que no me estarás tomando el pelo.

—¿Dices que Eurídice no recibió esa carta?

—Desde luego que no. Ella no puede haberos dicho esa tontería, ni tampoco que no estaba enterada del trágico fin de su prima, porque Eurídice se hallaba todavía en Montsalvatge cuando Marta falleció. ¿Es que no lo sabías?

OceanofPDF.com

Capítulo 16

Miguel regresó a Mallorca al día siguiente y se dirigió directamente a Montsalvatge. En la casa encontró únicamente a Leonor, que leía un libro en la biblioteca con expresión malhumorada, pero al verle entrar dejó escapar un gritito de alegría y se puso en pie de un salto, echándole los brazos al cuello.

—Pero si es mi querido orangután que por fin se ha decidido a regresar, —exclamó contentísima.

Impaciente, se la quitó de encima y la muchacha esbozó un mohín de disgusto.

—No vuelves muy cariñoso. ¿Te ha ido bien en Madrid? Me recuerdas... Se llevó cómicamente una mano a la frente como si estuviese pensando intensamente. —... sí, me recuerdas a un erizo con todos los pinchos de punta. ¿Puede saberse que te sucede o estás tan enfurecido que prefieres no contestarme? Deberías al menos peinarte un poco, porque con ese mechón que te cae sobre la frente pareces un galán de primeros del siglo pasado.

Se acercó a él con tal intención, pero Miguel volvió a apartarla con brusquedad.

—¿Dónde está Raúl?

—Pues no lo sé, —repuso Leonor, aparentando indiferencia—. ¡Ah!, sí, ahora me acuerdo que ha salido a partir leña hace un rato. Últimamente le ha dado por descuartizar leños con un hacha enorme, que me eriza nada más verla, aunque tiene una eléctrica en el cobertizo. En esta casa está todo el mundo de un humor insufrible. Eurídice y él se pasan la vida peleándose y a mí no me hace nadie el menor caso. Espero que para el fin de año se aplaquen los ánimos, porque, en caso contrario, iremos a un funeral en lugar

de a una juerga. —Y volublemente añadió—: Verás que vestido tan precioso voy a llevar. Daré el golpe con seguridad. El de Eurídice también está casi acabado.

Miguel cortó como pudo su incesante verborrea.

—¿Y ella donde está?

—En Palma, como todos los días. No sé a quien va a ver allí, porque no he conseguido sonsacárselo, pero mucho me temo que ese chico te esté haciendo seriamente la competencia. —No estoy para bromas, Leonor.

—No, si aquí nadie está para bromas y ya no encuentro a quien gastárselas. Hasta el buenazo de Juan se ha contagiado de la irritación general y entre pelea y pelea de Raúl y de Eurídice suele mandarme a hacer gárgaras. Sin ir más lejos, hace un momento me ha llamado alcornoque. ¿Qué te parece?

Esperó inútilmente a que él le preguntara el motivo, pero no debía interesarle lo más mínimo, porque, en su lugar, inquirió:

—¿Raúl y Eurídice se han peleado?

—Sí, él sigue empeñado en llevarla a visitar a su amigo loquero y ella se niega en rotundo. Entonces Raúl se pone furioso y, como no puede sacudirle dos tortas, se dedica a partir leña. Como esto siga así, no sé donde la vamos a guardar. La leñera está repleta y tendremos que empezar a apilarla debajo de las camas.

Miguel ya no la escuchaba. Había salido a largas zancadas al vestíbulo y ya en la terraza saltó el poyete y dio la vuelta al edificio, encaminándose hacia la fachada posterior. Allí los pinos crecían apiñados unos contra otros, entretejiendo sus ramas hasta formar un tupido techo, de un verde tan oscuro que a trechos parecía negro. Soplaban un vientecillo fresco cargado de humedad, que olía a monte y zarandeaba las ramas de los árboles, que goteaban sobre él, como último vestigio de la lluvia de la pasada noche.

Caminó abstraído propinando puntapiés a los guijarros que encontraba a su paso y tan absorto que no consiguió ordenar el cúmulo de preguntas que se agolpaban en su mente. Lo había intentado en el avión que le traía de regreso, sin conseguir otra cosa que un fuerte dolor de cabeza. Quizás cuando hablara con Raúl lograra entender lo que Luisa le había referido, pero pretendía sobre todo que este le aclarara en qué había consistido la

maldita trastada con la que aquel había traumatizado a la chiquilla hasta el extremo de que al cabo de los años ella se resintiera aún de sus efectos.

Encontró al otro en un claro del bosquecillo, descargando su hacha sobre el tronco de un árbol. A su espalda, el pequeño cobertizo donde tanto jugaran de niños, parecía haberse convertido en un ruinoso montón de ladrillos rojizos y piedras ennegrecidas y por un momento experimentó la desagradable sensación de que no era lo único que se estaba desmoronando en Montsalvatge. Raúl dejó su tarea al verle acercarse y aguardó a que se le aproximara, mientras se secaba el sudor de la frente con la manga del jersey.

—¿Qué, cómo te ha ido?, —le preguntó impaciente.

—Bien, —dijo lacónico.

Raúl parecía haber adelgazado desde que él se marchara y su expresión era sombría. Más aún, su aspecto era de total abatimiento.

—¿Has hablado con Luisa?

—Sí, y me ha contado algunas cosas que quisiera comentar contigo. En realidad, son tantas las que necesito que me aclares, que no sé por donde empezar.

El otro tomó asiento sobre el tronco que había estado partiendo con el hacha y esbozó una sonrisa escéptica.

—Eso es nuevo. ¿Qué te ha sucedido en Segovia para que se te haya desencuadrado el archivo que tienes por cabeza? Luisa te ha dicho...

—Lo que me ha dicho lo discutiremos luego, —le interrumpió Miguel, dominando a duras penas su irritación—. Antes tengo que hacerte una pregunta que desde hace unos días me tiene intrigado. Debo ser lo bastante estúpido como creer que tú y yo no teníamos secretos y he comprobado que estaba totalmente equivocado.

—¿A qué te refieres? —Le observaba con inquietud, mientras su amigo, de pie frente a él, encendía un cigarrillo con su calma habitual. Expelió una bocanada de humo y luego clavó sus ojos en su rostro, estudiándole con un detenimiento excesivo.

—Me refiero a Eurídice y voy a intentar preguntártelo todo por orden. Al parecer, además de rarilla, nos está resultando un tanto traumatizada.

¿Qué le hiciste si puede saberse en ese maldito sendero? He imaginado varias posibilidades, pero prefiero que me lo aclares tú.

Raúl mantuvo su mirada unos instantes y luego la desvió hacia la lejanía, hacia los riscos de la costa, salpicados por el agua del mar.

—¿Por qué supones que yo...?

Se echó a reír y le palmeó la espalda con más energía de la necesaria.

—No me contestes con otra pregunta, como si fueras gallego, porque no lo eres. Eurídice ha olvidado un montón de cosas y tiene una memoria que es una calamidad, pero lo que sí ha recordado es que tú estabas en ese sendero, mirándola con cara de odio y desde entonces no soporta que la puedan mirar... de ninguna manera.

—Supongo que aquello ocurrió después de que yo me marchase de Mallorca, porque no tengo noticias de tal suceso. Así que, desembucha muchacho, ¿qué le hiciste?

Raúl inclinó la cabeza para mirar fijamente la punta de sus botas, manchadas de barro, como si hubiesen adquirido de improviso un interés extraordinario para él. Al fin articuló trabajosamente:

—Daría algo porque aquello no hubiese sucedido y porque ella no tuviese que volver a recordarlo, pero Pedro Olmedo asegura que es absolutamente necesario y yo... te aseguro que no sé qué hacer.

Miguel volvió a palmearle la espalda, pero su gesto no era totalmente amistoso.

—¿Quieres decirme de una vez lo que sucedió? Es lo bastante boba como para haberse asustado por cualquier estupidez. ¿Hiciste el fantasma, la ataste a una estaca y bailaste a su alrededor la danza guerrera o la amenazaste con quitarle su birria de muñeca?

Frunció el ceño al advertir que el semblante del otro, que continuaba silencioso, se ensombrecía todavía más.

—¿Qué?, ¿te has quedado mudo de repente? Vamos a ver si consigo adivinarlo. ¿Cuántos años tenías tú por aquel entonces? Dieciocho, más o menos, ¿no? Y ella debería andar por los doce. Ya eras un poco mayorcito para jugar con Eurídice a los indios. ¿A qué jugaste?

—No jugué a nada, —repuso roncamente—. Llevo varios días dudando en contártelo, sobre todo, porque he notado el interés que sientes por ella.

—Eres muy perspicaz, —comentó irónicamente Miguel—. Yo también he notado el tuyo, aunque te has guardado muy bien de decírmelo. Y respecto a eso tengo que advertirte que esta vez va en serio, así que te aconsejo que te espabiles y trates de hacer la guerra por tu cuenta.

Raúl continuó silencioso.

—¿Qué, no piensas hacer la guerra? Luego no digas que no he jugado limpio.

—No es eso, Miguel, —murmuró cansadamente—. Eurídice no me soporta.

—¿No?, pues mira, me alegro, —bromeó—. Tú tienes la culpa después de todo. Si no le hubieses hecho entonces una perrería, ahora sería todo diferente.

Se sentó a su lado en el tronco del árbol, apoyando una mano en su hombro e insistió, haciendo un alarde de paciencia.

—Raúl, ¿quieres decirme de una vez lo que pasó? No puede ser tan terrible. ¿Te pusiste con una rodilla en tierra y ella salió corriendo, dando alaridos? La considero muy capaz.

El otro rehuyó su mirada, moviendo negativamente la cabeza.

Miguel dio de pronto un respingo y frunció el ceño.

—Oye... supongo que tú no... —No terminó la frase al ver la expresión de los ojos de Raúl.

—No, no es lo que estás pensado. Yo llegué después.

—¿Después?, ¿quién fue entonces el que llegó primero?, ¿Juan?

—No, Juan se había marchado aquel día al pueblo y regresó bastante más tarde. Él no llegó a ver nada, pero lo adivinó. —Cruzó nerviosamente las manos y carraspeó antes de hablar—. Solo lo sabemos él y yo y nunca se lo hemos dicho a nadie. Los dos pensamos que era mejor así y hemos hecho lo imposible por olvidarlo.

—¿Vosotros también?, —comentó con sorna Miguel—. Esto parece una cofradía de desmemoriados, aunque la que gana el premio es Eurídice. Por lo que me ha dicho Luisa, ella estaba todavía en Montsalvatge cuando murió Marta y tampoco lo recuerda.

—Es cierto. —A Raúl parecía que le costaba un enorme esfuerzo expresarse—. Estaba aquí, pero ella no lo sabe. No recuerda nada en

absoluto, ¿entiendes? Aquello fue demasiado penoso y lo ha borrado por completo de su memoria.

—¿Quieres decir que padece amnesia?

—Exactamente y de eso se deriva todo lo que está ocurriendo desde su regreso. Sus nervios y... sus excentricidades, por llamarlas de alguna manera.

Miguel le contempló unos instantes, con el ceño aún más fruncido.

—¿Cómo las llamarías tú?

—No soy psiquiatra, pero las denominaría reacciones de tipo hipnótico, que provienen de la represión de ese recuerdo.

—¿Qué traducido al castellano, quiere decir...?

—Supone una evasión de la realidad para protegerse de las vivencias traumáticas desagradables. En ocasiones, se consigue una anulación completa del trauma anímico e incluso es posible vivir de modo ilusorio en esos estados todo tipo de realizaciones de deseos. Al despertar la conciencia normal, no se recuerda en absoluto el comportamiento extraño.

—Pero eso no tiene sentido, —replicó Miguel desconcertado—. Marta murió hace nueve años. Comprendería que ella reaccionase de esa manera entonces, pero no ahora, al cabo del tiempo.

—En el inconsciente no rige el tiempo y una persona puede responder muchos años después a un suceso traumático, como si se acabara de producir, si hay un motivo que desencadena esa reacción.

—Ya, —musitó el otro pensativo—. ¿Y ese motivo cual puede ser? Luisa me ha dicho que Eurídice no recibió la carta de Marta y supongo que es a eso a lo que te estás refiriendo.

El semblante de Raúl no se alteró al oírle.

—No, lo esperaba. Imagino que cuando regresó a Segovia, llegó a olvidarse totalmente de Montsalvatge y de nosotros, porque se reacciona a veces ante esas vivencias traumáticas como si se encasillasen los recuerdos en compartimentos estancos. La carta de mi madre debió removerlos y, para no hacerse a la idea de que Marta ya no estaba aquí, se convenció a sí misma de que le había escrito y de que todo continuaba igual desde su marcha.

—Pero ella sabe que Marta ha muerto.

—Conscientemente, sí. Habrás observado que, aparte de seguir siendo una niña, parece una persona normal, si se exceptúa su fobia a la niebla.

—¿Y esa fobia a qué obedece?

Raúl se encogió de hombros con desaliento.

—El día en que murió Marta había una niebla muy espesa. Apenas se veía algo a un metro de distancia a aquellas horas de la mañana.

—Ya. —Miguel plegó los labios preocupado, hasta formar con ellos una línea recta—. ¿Y esa alteración nerviosa, o como queráis los médicos llamarla, tiene algún tipo de arreglo?

El otro asintió, pero su gesto era aún más sombrío.

—Normalmente, cuando el sujeto recuerda el trauma que ha borrado de su consciente y le hace frente, suelen desaparecer los síntomas reactivos. A veces es necesario un tratamiento... psicoanálisis...

Miguel se acarició pensativamente la barbilla.

—¿No bastaría con referirle lo que ocurrió?

—No. Es necesario que lo reviva y se enfrente conscientemente con ello. La noche que fuimos a la reunión de Marisa, convencí a Pedro Olmedo para que tratase de examinarla con disimulo, porque en cada una de las ocasiones en las que le había sugerido que visitara a un psiquiatra se había negado rotundamente. Ya le había puesto en antecedentes del caso. Esa misma noche, después de traerla a casa, me dijo al regresar a la reunión que es imprescindible que Eurídice se encare con la realidad, aunque yo... aunque yo me siga resistiendo a aceptarlo como solución.

Miguel le observó intrigado.

—¿Por qué? Si tú no le hiciste nada, no comprendo el interés que tienes en ocultárselo. Se llevará un disgusto, desde luego. Si aquello fue tan desagradable como imagino, hasta puede que sufra un ataque de nervios, pero con el tiempo se le pasará y cuando deje de mirarnos a todos con asco, podremos hacer tú y yo la guerra. ¿No te seduce el plan?

Bromeaba como siempre, tratando de quitarle importancia al asunto, pero al mirar lo que traslucían los ojos de Raúl, su fingida despreocupación dejó paso a la inquietud. En ellos podía leerse un inmenso sufrimiento.

—¿Qué fue lo que pasó, Raúl?, ¿por qué...?

El otro le interrumpió con una voz tan ronca, que no parecía la suya.

—Porque creo que Eurídice mató a Marta. Fue ella quien la arrojó por el acantilado.

OceanofPDF.com

Capítulo 17

Si un huracán hubiera arrasado Montsalvatge en ese instante y hubiera arramblado con todo el entorno que les rodeaba, no habría producido en Miguel una conmoción mayor.

Sin embargo, se quedó inmóvil, sin que su moreno semblante trasluciese ninguna emoción, aunque le costó recuperar el uso de su voz.

—¿Cómo has dicho?

—Has oído bien.

—Pero eso es imposible. Ella la adoraba... Además, era una chiquilla. ¿Cómo iba a hacer una barbaridad semejante? La voz de Raúl sonó monótona, sin inflexiones. —Habían discutido esa mañana. Sabes que Marta tenía un carácter muy dominante. Por esa época estaba comenzando su desarrollo y, aunque anteriormente no se enfadaba nunca con Eurídice, cuando vine en Navidad advertí que se estaba convirtiendo en una adolescente y que también descargaba su irritabilidad con ella. Ese día me encontraba en la terraza, cuando las vi salir de la casa a las dos. Marta estaba enfurecida, porque la otra le había estropeado uno de sus dibujos al caerse sentada sobre la silla en la que lo había dejado. La increpaba en todos los tonos imaginables y, en un arranque de furor, le quitó de los brazos la muñeca y le dijo que iba a tirarla al mar.

—¿La muñeca que llevaba siempre auestas Eurídice? —Sí. Recordarás que sentía un desmesurado apego por esa muñeca de trapo que había traído de Segovia. En esa muñeca se proyectaba, volcando en ella el cariño que hubiera deseado recibir de la madre que no había conocido. Cuando Marta se la arrebató, echó a correr tras ella, llorando y pidiéndole que se la devolviera.

Las perdí de vista cuando abandonaron el camino principal, tomando el que lleva al acantilado. Como te he dicho, la niebla era muy espesa y ese lugar, ya de por sí es bastante peligroso. Corrí a toda la velocidad que me permitían las piernas y al bajar la cuesta oí un grito horrible. Aún me parece oírlo a veces por las noches. La niebla no me permitió distinguir nada al principio, pero luego vi surgir de entre ella a Eurídice, que venía hacia mí. Parecía tranquila y hasta creo que tarareaba una canción. Horrorizado, me di cuenta de que llevaba en la mano un mechón de pelo rubio. Le pregunté por Marta, pero me contestó que no sabía dónde estaba. Más tarde, cuando comenzó a llover y se disipó la niebla la encontré destrozada entre los escollos. Aquella muñeca estaba también no muy lejos de ella.

Hizo una pausa como si le costara trabajo continuar.

—Juan me ayudó a llevar a Marta a casa y, aunque no le dije nada, creo que lo adivinó. Verdaderamente la mente humana es incomprensible. Marta era para nosotros como una hermana y lo natural hubiera sido que desde ese momento sintiéramos un inconmensurable rechazo hacia Eurídice. Sin embargo solo me preocupé de protegerla y Juan me secundó. Ella no recordaba nada de lo sucedido y nosotros no lo comentamos con nadie, ni siquiera con mi madre. Para todos había sido un desgraciado accidente. Esa misma tarde llamé por teléfono a mi tío para que viniera a recogerla y la mantuvimos al margen de aquel espantoso barullo, hasta que llegó su padre y se la llevó esa noche. A todo el que nos preguntó por ella, le hicimos creer que se había marchado con anterioridad y mi madre y mi abuelo estaban demasiado trastornados para darse cuenta de nada. Llegué a pensar que nunca podría averiguarse. Imagina lo que sentí al verla regresar al cabo de los años, preguntando por Marta y luego... luego todo lo demás.

Calló, como si el esfuerzo de referírselo hubiera terminado de agotarle y Miguel no hizo el menor comentario. Simplemente le echó el brazo sobre los hombros y ambos permanecieron en silencio.

El aire frío gimió entre los árboles y las hojas secas danzaron a su alrededor. A lo lejos, el mar rugía indiferente bajo un cielo que iba cargándose de nubarrones. ¿Transcurrieron uno segundos o quizás horas enteras?

—¡Por una muñeca!, —articuló al fin Miguel con dificultad—. No lo puedo creer, Raúl. Marta era para Eurídice... No creo que después haya querido a nadie como la quería a ella.

—Tampoco lo creo yo, —musitó el otro—. Es todo tan absurdo...

—También yo te tiré una vez por la escalera del torreón, —rememoró Miguel abstraído.

—Y yo a ti desde lo alto del faro, en aquella ocasión en que jugábamos a luchar y nos enfadamos tanto. No te pasó nada, pero podía haberte pasado. En los dos casos hubiera sido un accidente, porque ninguno de los dos tuvimos intención de hacer daño. Pero dime, Miguel, puesto que según dices eres capaz de razonar siempre y de ver las cosas como son, ¿qué pensarías o qué sentirías si ahora te enterases de que habías matado en tu niñez “por accidente”? ¿qué es lo que sentirías?

El otro no le contestó. Un pliegue apareció en su frente mientras miraba, sin ver, a lo lejos. Evocaba la menuda figurilla de Eurídice, de niña, en la caleta con aquella muñeca en brazos y en el torreón y encaramada al añoso manzano donde se atracaban de fruta. Luego la visualizó en su mente corriendo por el sendero, perdida entre la niebla, con sus lacios cabellos zarandeados por el viento. La vio correr detrás de Marta y alcanzarla al fin junto a los riscos grisáceos y puntiagudos que orillaban el camino y luego forcejeando por la muñeca y a Marta caer al abismo, pero no pudo imaginar a Eurídice arrojándola por el precipicio. Lo intentó una y otra vez con el mismo resultado negativo. Aquellas figuras infantiles se desvanecieron de improviso como si un golpe de viento hubiera cruzado por su mente. Veía ahora su expresión en la noche en la que se había asustado de la niebla y en ese instante entendió lo que sentía. Y se dio cuenta también de que el misterio que parecía emanar de ella no era otra cosa que la amargura de lo olvidado y su lucha contra el recuerdo. Un recuerdo que en cualquier momento podría abrirse paso entre la bruma del pasado y entonces... ahora veía claramente su gesto de horror, de espanto de sí misma.

Encendió un cigarrillo con manos torpes.

—Fue un accidente Raúl. Solamente era una niña y no era responsable. ¿Crees que si lo recuerda, como Pedro Olmedo pretende, volverá a ser una

persona normal? Así es un poquito extraña, pero si lo recuerda, no será ni siquiera una persona.

—Pedro dice que acabará por asumirlo, —repuso el otro cansadamente.

—Pues yo opino lo contrario. Si Eurídice hubiese madurado en estos años... Pero es que sigue siendo una niña. A mí me parece un disparate.

—¿Y qué solución se te ocurre? —El tono de Raúl parecía indicar que a fuerza de meditar sobre ese problema, había llegado a la conclusión de que no existía ninguna.

—¿Y si ella se marchase de aquí?, —sugirió Miguel—. Luisa me dijo que durante todos los años en que han vivido juntas, su comportamiento ha sido absolutamente normal. Tal vez si se marchara, si cambiara de ambiente, todo pudiera volver a su cauce. En Segovia su única rareza era su indiferencia por los chicos y eso, contrastado con lo demás, deja de tener importancia.

Raúl levantó la cabeza y le miró con gesto interrogante.

—¿Estás pensando en que vuelva con Luisa?

—No, —dijo Miguel sencillamente.

El otro le observó unos instantes en silencio.

—¿Y eres tú el que razones siempre con la cabeza? Eso es un desatino y no debes sentirte obligado. Yo también lo he pensado, pero Eurídice no soporta ni que me acerque a ella. Supongo que porque me relaciona con lo que sucedió, aunque ni ella mismo lo sabe. ¿Te soporta a ti?

—Solo hasta cierto punto, —reconoció Miguel en voz baja—. Se empeña en creer que aún somos niños los dos, pero espero que con el tiempo se dé cuenta de que hace mucho tiempo que dejamos de serlo. Tú, que eres médico, sabrás mejor que yo las posibilidades que hay de que esto ocurra. ¿Qué es lo que tendría que hacer yo?

Sin dejar de observarle, Raúl se encogió de hombros.

—No lo sé, porque no sé cual es la causa, pero piénsatelo bien. Si fuera consecuencia de ese trauma, quizás después de que lo recordara pudiera solucionarse con un tratamiento. Me refiero a unas sesiones de psicoanálisis.

—¿Y si no llegara a recordarlo y aquello fue el motivo?

—Entonces, posiblemente no llegaría a ser una persona normal, sexualmente hablando. Utiliza también en este caso tu cabeza cuadriculada, porque me da la impresión de que, por una vez, te has olvidado de hacerlo.

Miguel se echó a reír.

—No lo creas. Como has dicho antes, los sentimientos de los seres humanos son totalmente absurdos. No puedo explicarme lo que he visto en ella. No es más que una criaja, egoísta y boba, pero a lo mejor es por eso. Lo que sí voy a aconsejarte es que lo medites tú también, con la cabeza o sin ella, porque en esta ocasión no estoy dispuesto a echarlo a suertes.

Le palmeó nuevamente la espalda y luego se alejó sin prisas.

OceanofPDF.com

Capítulo 18

Eurídice bajó de un salto del autobús y, abandonando la carretera, tomó el escarpado camino que conducía a Montsalvatge. Ascendió por el sendero lentamente, sintiéndose fatigada. La larga sesión que mantuviera esa mañana con el psiquiatra, le había producido un enorme cansancio y una inexplicable desazón, que aún persistía. Al salir de la consulta había tomado un bocadillo en una cafetería, sabiendo que no llegaría a casa a tiempo para la comida. Venía haciéndolo así desde que comenzara el tratamiento, pese a los enfados de Raúl, que continuaba empeñado en averiguar lo que iba a hacer a diario a Palma, sin obtener otra respuesta que evasivos encogimientos de hombros, pues no tenía intención de decírselo hasta que Miguel le trajese aquella carta que podría aclarar sus dudas.

Mientras caminaba por el empinado sendero, el viento fresco dispersó sus cabellos, trayéndole el aroma del mar, cargado de yodo y de sal y lo aspiró con deleite diciéndose que ningún otro lugar del mundo podría poseer la fragancia que allí se respiraba. Hasta el olor de Montsalvatge era distinto y también lo era el color del cielo, que en ese momento empezaba a cubrirse de negros nubarrones y el del mar, que agitaba tumultuosamente sus aguas verdosas y profundas.

Se detuvo en lo alto del sendero para mirar a sus pies y tratar de recordar. No sabía qué había olvidado, pero intuía que guardaba relación con los agudos riscos del ribazo y con el solitario camino que estaba recorriendo, por él corría en sueños, perdida entre la niebla.

Se acomodó sobre una roca y ocultó el rostro entre las manos, luchando por atraer esas imágenes a su memoria. Permaneció en esa posición, hasta que oyó el sonido de algunos guijarros cercanos que caían al abismo y al levantar la mirada, divisó a Miguel que venía a su encuentro. Vestía un

viejo pantalón de pana y un grueso jersey azul marino y sintió al verle una incontenible timidez, confusamente entremezclada con unos deseos locos de saltar y reír al mismo tiempo, pero se quedó inmóvil, viéndole acercarse.

Él parecía contento de encontrarla de nuevo, pero bajo su aspecto despreocupado Eurídice intuyó algo que la intrigó. ¿Qué era? Sus ojos no tenían el brillo de costumbre ni tampoco su sonrisa era la de siempre.

—¿Cómo te ha ido?, —le preguntó y su voz sonó temblona. Tan temblona como las hojas de los árboles que el viento agitaba a su alrededor.

—Muy bien, —repuso Miguel. Se había sentado a su lado, estirando sus largas piernas y había empezado a tirar chinitas al agua de forma casi inconsciente.

—¿Fuiste a ver a Luisa?, ¿te dio la carta que te pedí?

Él se volvió a mirarla y abrió la boca para decir algo, cerrándola casi enseguida. Encendió un cigarrillo con dedos torpes y al fin dijo en tono ligero:

—Tengo que decirte una cosa que te va a gustar. Más aún te va a entusiasmar.

Le interrumpió bastante inquieta.

—¿Has traído la carta? Vamos, contesta, —insistió, viendo que él desviaba los ojos hacia la punta de su cigarrillo para observarla con una fijeza excesiva.

—No he traído nada, —repuso sin mirarla—. Luisa dice que no la recibiste.

—¿Qué no la recibí?, —repitió con extrañeza en tono interrogante—. ¿Pero cómo puede haberte dicho eso?

Se interrumpió de pronto, intentando recordarlo. ¿Cuándo se encontró por primera vez con el sobre en las manos? Se acordaba de la de tía Elvira con todo detalle, pero la de Marta, ¿cuándo?

Miguel continuaba silencioso, arrojando guijarros al mar y ella siguió con la vista la trayectoria de uno, que saltó sobre los riscos, rebotó entre los escollos del mar y luego cayó al agua. Algo se removió en su interior. Algo que cruzó por su mente con la rapidez de un relámpago y que la obligó a llevarse las manos a la boca para ahogar una exclamación de asombro. Fue entonces, fue la tarde en que regresó a Montsalvatge después de una

ausencia de nueve años, y vio desprenderse en ese mismo sendero otro guijarro de forma muy parecida, cuando por primera vez leyó aquella carta y no la tenía en sus manos. En su imaginación leyó lo que deseaba, lo que necesitaba desesperadamente creer, pero esa carta no había existido nunca.

Se quedó anonadada, aturrida, contemplando la inmensidad verdosa que tenía a sus pies. Intentó decírselo a Miguel, pero las palabras parecían habersele helado en la garganta. Igual que sus lágrimas, que tampoco acudían a sus ojos.

—¿Te ha sorprendido?, —le preguntaba Miguel, perplejo al verla tan inmóvil, tan absolutamente lejana.

La zarandeaba ahora. Al menos le veía hacerlo, porque no llegaba a notar el contacto de sus manos, pero poco a poco comenzó a sentir aquella dura presión sobre sus hombros, hasta que con un grito de dolor volvió bruscamente a la realidad.

—Perdona, ¿te he hecho daño? Lo siento. Te has quedado hipnotizada, mirando al agua como si acabaras de ver un tesoro en el fondo. Dime, ¿has visto un tesoro?

—¿Por qué se reiría?, ¿cómo podía no darse cuenta de la desesperación que experimentaba?

—¿Te has llevado un disgusto por lo de la carta?, —insistía Miguel con total despreocupación—. No le des más importancia de la que tiene, porque a todos nos ha sucedido alguna vez.

—¿Tú también...? —No terminaba de creérselo. Seguramente solo pretendía animarla.

—Claro que yo también. Cuando era un crío, que vivía en la Escollera más aburrido que una ostra, porque aún no conocía a Juan ni a Raúl, las recibía por docenas e incluso jugaba con un tal Quique, que no existió nunca más que en mi imaginación.

Se lo contaba sonriente y Eurídice se sorprendió al advertir que por primera vez le estaba hablando de sí mismo.

—¿De verdad que tú también...?

—Claro que sí. En una ocasión, nos comimos entre los dos una tarta enorme, pero el único que tuvo una vomitona fui yo. Él se quedó tan fresco.

Se reía y su risa le contagió algo de la vitalidad que había perdido.

—Pero eso... eso es de chiflados, —articuló trabajosamente—. Me refiero a mi caso.

Le pellizcó la mejilla, como si aquello no tuviese importancia.

—Todos estamos un poco chiflados y sustituimos con la imaginación lo que no podemos conseguir por otros medios.

Pero prepárate, porque te voy a dar media noticia que te va a entusiasmar. Luego te daré la otra media.

—¿Qué me vas a decir? —Volvía a sentir curiosidad, aunque todavía luchaba por recobrar algo del fogonazo que había provocado en su mente la visión del guijarro al caer sobre los riscos y las imágenes apenas entrevistas que se habían desvanecido como el humo.

—Verás, estuve con Luisa una tarde entera y me dijo que estaba deseando que regresaras, porque tenía la casa desordenada y asquerosita. Además, su marido no ha resultado ser un buen cocinero y están a punto de morir de inanición.

—¿Te dijo eso de verdad?, —le preguntó, riéndose al oírle ensartar tantas majaderías.

—Claro que sí. Y por cierto, tu madre bis es una mujer agradabilísima y muy guapa. Comprendo que no quieras separarte de ella, —añadió maliciosamente.

Sin saber por qué, aquello le molestó y su irritación acabó de disipar la amargura que experimentara anteriormente, para dejar paso a unos celos absurdos.

—¿Te pareció muy guapa?

—Más que guapa. Me pareció una mujer de bandera.

—Ya lo supongo, —comentó sarcástica—. Luisa actúa igual que Leonor y no desaprovecha la oportunidad de tontear con todo el que se le pone por delante. Y si el que se le pone por delante, encima está guapete, ¿para qué más?

—Lo de esta guapete, ¿va por mí?, —inquirió él, con un cómico gesto de embarazo.

Eurídice enrojeció, mordiéndose los labios por haber dejado escapar esa tontería y al advertir que él se reía con ganas, se enfadó.

—No le encuentro la gracia, —protestó amoscada—. Estoy segura de que tu lapa te lo ha dicho más de una vez.

—No sé por qué te empeñas en llamar así la pobre Marisa.

—Pero bueno, ¿te lo ha dicho o no?

—Desde luego que no. Lo que piensa y lo que siente se guarda muy bien de manifestarlo, como en general hacemos todos. Solo tú pareces no haberlo aprendido.

—Descuida, que aprenderé, —replicó desdeñosa—. Y deja de reírte de una vez.

—Está bien, —se resignó, aparentando seriedad. Y ahora vamos a buscar un lugar romántico, que tengo una cosa muy importante que decirte.

Levantó sorprendida sus grandes ojos azules hacia él. Su expresión no era acorde con sus palabras, pues parecía divertido, pero totalmente displicente.

—¿Romántico?

—Sí, ¿no sabes lo que significa esa palabra?

—Claro que lo sé, —farfulló con suspicacia—. Das la impresión de creer que soy completamente boba.

—¿Y no...? Bueno es igual. Buscaremos primero el lugar romántico, que luego tendremos tiempo de discutir sobre tu bobería. ¿Qué lugar te parece adecuado?

Con la boca abierta, Eurídice le contempló estúpidamente sin saber si le estaba tomando el pelo.

—¿No se te ocurre ninguno?, —insistió Miguel cada vez más divertido.

Aunque no entendía su actitud, tenía que darle una contestación y dijo lo primero que se le ocurrió.

—Quiero ir a coger cangrejos.

Al oírla, perdió él parte de su insoportable aplomo y se quedó perplejo.

—¿A coger cangrejos?

—Sí, ¿por qué te extraña tanto?, —refunfuñó ella, pues aunque no comprendía nada, se sentía en ridículo—. Siempre me ha gustado muchísimo eso. Es lo que más me gusta, —terminó tontamente.

Miguel se rascó el cogote, como si no lo acabase de entender.

—Nunca lo hubiera imaginado, pero en fin, si consideras que coger cangrejos es lo más romántico que existe, cogeremos un montón, los cogeremos todos. Lo malo es que el cielo está muy nublado. Si se pone a llover y nos mojamos, seguramente perderé la inspiración, —terminó con guasa mal disimulada.

—No entiendo nada de lo que dices, —protestó enfadada—. ¿De qué estás hablando?

Le estudió atentamente. Los ojos castaños de Miguel brillaban maliciosos y su sonrisa era tan despreocupada que supuso que como siempre estaría bromeando.

—No es manía mía. Es de Leonor, —le explicó él, mientras se peinaba con los dedos su revuelto cabello que se empeñaba en resbalarle sobre la frente.

—¿Y qué tiene que ver Leonor con todo esto?, —le preguntó desorientada.

—Tiene mucho que ver, pero en vista de que además de no entender nada no te pones en situación, nos dejaremos de florituras y de lugares. ¡Ah! Y cierra primero la boca, porque con esa expresión de asombro me vas a hacer perder el hilo.

—¿Qué hilo?

—El del elocuente discurso que pienso pronunciar.

—¿Pero es que vas a pronunciar un discurso?

—Sí, pero ya te he dicho que cierres la boca. ¿Estás preparada?

Eurídice asintió con la cabeza, pero siguió contemplándole estúpidamente con la boca abierta.

—Pues ahí va. —Y por su tono cualquier hubiese supuesto que iba a proponerle jugar una partida de parchís—. He decidido casarme contigo, así que, en cuanto compres todas esas toallas y demás artilugios inútiles que las mujeres os empeñáis en adquirir para tales acontecimientos, buscaremos un cura y...

—¿Qué... que es lo... lo que has dicho?, —le interrumpió ella tartamudeando—. No he conseguido comprender ni una sola palabra. Si te crees muy gracioso, te diré...

—No me creo muy gracioso y luego me dirás todas esas tonterías que estás pensando. ¿Cuánto puedes tardar en comprar esas toallas?

—¿Qué toallas? —Estaba tan desconcertada que los vocablos que él pronunciaba parecían entrar en su cerebro, dar un corto paseo, y volver a salir, sin dejar nada inteligible a su paso.

—¿No sabes lo que son las toallas? —Ahora se reía a carcajadas sin dejar de contemplarla—. Son unos trapos blancos que se cuelgan en el cuarto de baño y que...

—Claro que sé lo que son las toallas, —le interrumpió indignada—. Estoy harta de que me tomes el pelo. Me figuro que estás hablando en broma.

—Nunca he hablado más en serio.

Adivinó que, aunque mantenía su expresión risueña, aquello era cierto y se quedó aún más confundida que antes.

—Es que no lo comprendo, —balbuceó trabajosamente—. ¿Para qué quieres casarte conmigo, si puede saberse?

Miguel reprimió a duras penas una nueva carcajada.

—Lo de “para qué” no es la pregunta más procedente. Creo que sería más correcto preguntar el “por qué”. Pero en fin, como sé que la gramática nunca ha sido tu fuerte, te lo diré de otra manera. ¿Cómo te gustan las declaraciones?, ¿largas, cortas, con una rodilla en tierra y la mano en el corazón o las prefieres...?

—Cállate de una vez, —le atajó furiosa—. No me gustan de ninguna manera. Si te dije aquello en Palma, antes de que te marcharas, fue porque entonces estaba desesperada, pero ya no lo estoy. Él me ha dicho que todo se arreglará en cuanto recuerde lo que sucedió en este mismo lugar y por eso estoy aquí sentada, intentando recordarlo. Ya sé que Marta se fue, que no está ya en Montsalvatge y que Raúl no pretende... no pretende lo que yo suponía, pues al saber que la carta de Marta no ha existido nunca, se han aclarado todas mis dudas. Ya no hace falta que te sacrifiques, —terminó a punto de llorar.

—No es ningún sacrificio, Eurídice, —dijo él en otro tono—. Y tú lo sabes.

—Pero es que yo no quiero casarme contigo, —insistió nerviosa—. Ni contigo ni con nadie, antes de que consiga recordar lo que pasó. Todo lo que ha ocurrido en Montsalvatge lo he hecho yo sin saberlo y eso no es lo mismo que lo de tu amigo Quique. Él asegura que no es irremediable, pero no estoy segura, ni mucho menos, de estar bien de la cabeza.

—¿Bien de la cabeza?, —repitió Miguel como un eco.

—Sí, Olea dice que eso se solucionará cuando lo recuerde todo. ¿Pero qué es lo que tengo que recordar?

Había levantado los ojos hacia él y en ellos pudo leer Miguel tanta angustia, que le costó un verdadero esfuerzo seguir aparentando despreocupación. La observó en silencio unos instantes, mientras lo que le había referido Raúl se deslizaba en imágenes por su mente. Cuando volvió a hablar, adoptó el tono más ligero que fue capaz de emitir.

—Seguramente será alguna estupidez, Eurídice, y yo no puedo esperar a que hagas memoria.

—¿Que no puedes esperar? —Interpretó su comentario equivocadamente y Miguel dio un suspiro de alivio, recriminándose interiormente por haberlo dejado escapar.

—No puedo esperar, porque he decidido marcharme definitivamente a Madrid. Me han ofrecido un puesto magnífico en el mismo laboratorio en el que trabajaba antes de venirme aquí y no tengo intención de desaprovechar esa oportunidad. Quiero que vengas conmigo.

Sorprendida volvió a mirarle con la boca abierta.

—¿Te vas? Pero me dijiste que no deseabas vivir en ningún otro lugar, que, como a todos, te atraía tanto este terruño que solo aquí te sentías realmente feliz.

Miguel abarcó en una sola ojeada la inmensidad del mar, de un verde oscuro, el pedregoso sendero que se perdía a lo lejos como una larga y serpenteante cinta blanca y el grisáceo promontorio sobre el que estaba enclavada su casa. Tardó unos instantes en girar nuevamente la cabeza hacia ella, que únicamente vio su sonrisa escéptica.

—Estaba equivocado, eso es todo.

Eurídice parpadeó incrédulamente.

—Pero tú lo dijiste, ¿de verdad no lo piensas ya?

—De verdad sé que quiero casarme contigo y que quiero marcharme de aquí, —repuso, mirándola extrañamente serio.

Permaneció silenciosa, con la vista perdida en el firmamento que iba cargándose de negros nubarrones, que amenazaban con descargar de un momento a otro.

—No termino de entenderlo, Miguel, —musitó con el ceño fruncido—. Es demasiado repentino.

—¿Repentino? —Él se reía ahora sin ganas—. A mí no me parece nada repentino. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde que llegaste por primera vez a Montsalvatge?

Abrió Eurídice desmesuradamente los ojos.

—Pero no me digas que ya entonces... Yo solo tenía ocho años.

—No, claro que no, —replicó en tono indiferente—. Pero bueno, ¿qué me contestas?

Ella meneó negativamente la cabeza.

—No puede ser, Miguel. Tengo que averiguar antes lo que pasó. Tengo que volver a ser una persona normal y, en cualquier caso...

—¿Qué?

—Ya te dije que me asusta...

—¡Ah!, ¿es por eso? —Aunque él no la miraba, su tono era absolutamente intrascendente—. Haremos esa prueba cualquier día y saldrá bien, ya lo verás. No habrá niebla ni te miraré con odio, puedes estar segura. En cuanto a lo demás, ya te he dicho que no puedo esperar y pienso que no deberías arriesgarte a que, con lo guapísimo que soy, me eche el lazo cualquier otra chica más espabilada que tú, —bromeó.

Aturdida se volvió hacia él. No se había fijado demasiado anteriormente, pero en ese momento se dio cuenta de que verdaderamente era él un tipo muy atractivo.

—¿Pero serías capaz de...?

—A lo mejor, —la interrumpió, recobrando su habitual tono burlón—. Sin duda Luisa te habrá comentado en más de una ocasión lo inconstantes que son los hombres.

—Pero tú has dicho antes que cuando yo era una niña ya te...

Miguel se apresuró a rebatir sus palabras.

—¿Lo he dicho?, pues lo retiro. Parecías un gato recién sacado del agua y yo he tenido siempre buen gusto.

—¿Entonces, serías capaz de olvidarme?, —le preguntó ingenuamente.

En silencio, Miguel recorrió con los ojos su grácil figura, enfundada en unos pantalones vaqueros y en un chaquetón de cuadros sobre el jersey verde pálido y luego su rostro, enmarcado por su lisa y brillante melena oscura, en el que destacaban sus ojos inmensos, del mismo color que el mar. Después dijo con la mayor indiferencia que fue capaz de expresar:

—Seguro que sí.

Su respuesta la dejó anonada y se quedó silenciosa con la mirada fija en la lejanía.

—Eurídice, no seas pesadita y decídate de una vez.

Pero ella meneó la cabeza negativamente y bruscamente se puso en pie.

—Vamos a coger cangrejos.

—¿Ahora?, pero si va a llover...

—Quiero coger cangrejos, —repitió obstinada, dando una patada en el suelo como si no tuviese más de dos años—. Has dicho que podía elegir el sitio que me gustase.

—Pero es que va a llover.

—Pues yo quiero cogerlos. —Estaba tan confusa, tan desorientada, que repetía esa tontería como si se le hubiese convertido en una idea fija.

—Está bien, —se resignó él con impaciencia mal disimulada—. Atraparemos unos cuantos si eso te sirva para despejarte esa cabeza de chorlito que Dios te ha dado.

La muchacha no le escuchaba ya. Había echado a correr por el sendero, buscando inconscientemente dejar también atrás su aturdimiento y mientras descendían hacia la caleta no intercambiaron una sola palabra. Ella iba dándole vueltas a cada una de las frases de Miguel, intentando desentrañar el motivo del súbito interés que manifestaba. ¿Por qué querría que se casaran inmediatamente si le había asegurado que podría olvidarla con solo dejar de verla?

Ya en la playa, saltó de roca en roca, siguiendo a Miguel, hasta que alcanzaron los escollos que se adentraban unos metros en el agua. Las olas

rompían furiosamente contra unos riscos más lejanos y su espuma se mecía al compás de la brisa, salpicándoles entre sus ráfagas.

—Ten cuidado no te vayas a caer, —le recomendó él.

—Descuida, no soy tan patosa como entonces.

Eurídice se puso en cuclillas a su lado, viéndole tantear con un palo los resquicios de las rocas. El viento despeinaba los cabellos de Miguel, dispersándoselos sobre su frente y de improviso le pareció a ella que regresaban al pasado y que él era aún el muchacho con el que jugara de niña. Sintió que volvía atrás, como si aquellos años no hubiesen transcurrido, y bajo aquel cielo tan nublado volvió a notar la caricia del sol sobre su rostro y oyó las alegres risas de Marta y de Totó persiguiéndose en la playa. Hasta logró aspirar el aroma de las piñas con las que luchaban al atardecer en lo alto del faro y revivió las noches serenas de Montsalvatge en los veranos, en lo que ni un rumor turbaba la inmensidad del silencio. Luego giró la cabeza hacia Miguel y le miró soñadora, porque él formaba parte de esos años y era parte también de lo mejor de su vida.

—¿En qué piensas?, —le preguntó, de rodillas a su lado—. Tienes una expresión que cualquiera diría que has viajado con el pensamiento.

Luchando con el viento, Eurídice se retiró el cabello de los ojos.

—Por un momento me has parecido... me ha parecido que éramos niños otra vez. Dime, ¿tú me ves muy distinta a como era entonces?

—No, —dijo lacónico.

—Pues yo a ti, si, hasta hace un momento. He sentido una sensación muy curiosa, como si hubiéramos retrocedido en el tiempo. ¿No crees que sería maravilloso poder hacerlo? A veces he experimentado la impresión de que todos avanzabais y me dejabais atrás, pero hace un instante..., hace un instante he creído notar que te habías quedado atrás conmigo.

Se lo decía sin mirarle, como si hablase consigo misma, con la mirada perdida en los escollos contra los que rompían las olas.

—Seguramente, lo que he sentido responde a que no quiero hacerme mayor, —añadió pensativa—. Él me ha explicado esta mañana que mis rarezas provienen de un sentimiento de culpa y que, cuando recuerde lo que he olvidado, conseguiremos entre los dos que yo pueda reaccionar como las demás chicas. Entonces, tú yo...

Miguel la interrumpió.

—Ya te he dicho que no puedo esperar, Eurídice. Me tiene sin cuidado que tengas sentimientos de culpa y que no reacciones como las demás.

Ella intentó leer en su semblante el verdadero motivo.

—No lo entiendo, —reconoció al fin—. ¿Por qué te has empeñado de pronto en casarte conmigo? No será porque... —Hizo una pausa para estudiarle con detenimiento.

—¿Qué pasa?, —le preguntó burlón...— ¿Tengo cara de vampiro? Puedo asegurarte que no me recuerdas en nada a la novia de Drácula.

—No seas majadero, —replicó ofendida—. Me estaba acordando de algunos comentarios de Luisa.

—Me gustaría saberlos, —comentó impasible, pero sin apartar sus ojos de ella.

—No es lo que estás pensando, —protestó enrojeciendo—. Luisa me ha repetido en más de una ocasión que muchos hombres se casan para solucionar su vida, para tener quien le guise y les planche las camisas y se me ha ocurrido que a lo mejor es por eso por lo que te ha entrado tanta prisa.

Miguel levantó irónicamente una ceja, aguantando las ganas de reír.

—Eres un lince, chiquilla.

—Entonces, ¿es por eso?, —le preguntó ingenuamente.

—Justamente por esa razón. El piso que tengo en Madrid es enorme y a mí no se me da muy bien pasar el aspirador. Siempre me quedo enrollado con el cable. Como mi madre no quiere dejar la Escollera, he pensado que es urgentísimo que te cases conmigo para tener alguien cerca que pueda desenrollarme.

—¿Te estás riendo de mí? —Le miraba con suspicacia, con sus grandes ojos azules muy abiertos.

—Me parece que sí.

—Entonces, ¿cuál es el motivo?

—Te lo diré. —Con un gesto le indicó que aproximase el oído y se inclinó hacia él como si fuese a decirle un secreto muy importante—. ¿Me escuchas?

—Sí, —murmuró ella intrigadísima.

—La verdad es que quiero patinar contigo por el pasillo. —Le susurró Miguel como si le estuviera descubriendo algo trascendental—. Es un pasillo muy largo, de parquet muy brillante, y creo que lo pasaríamos divinamente echando carreras.

Amoscada, apartó su rostro.

—Eres... eres completamente idiota y no sé por qué te aguanto. Con lo grande que te has hecho y continúas igual de estúpido que cuando tenías catorce años. Dime la verdad de una vez.

—¿Estás segura de que la vas a entender?, —le preguntó con un tonillo indulgente que la enfureció todavía más.

—Claro que sí. Te empeñas en considerarme una bobalicona y tengo que recordarte que en el colegio sacaba muy buenas notas.

—Eso me llena de satisfacción, —masculló con guasa—. Estoy seguro de que me voy a llevar un pozo de sabiduría.

—¿Me lo dices o no?

Miguel levantó distraídamente la vista hacia el cielo al notar una gota de agua en la cara.

—Está empezando a llover, Eurídice. O echamos a correr ahora mismo o nos pondremos como dos sopas. Con tanta pregunta no me has dejado atrapar ni un solo cangrejo romántico.

—¿Romántico?

—Has dicho que los cangrejos te parecían románticos.

—Yo no he dicho eso.

—Vámonos, que nos vamos a empapar, —se impacientó él.

Un relámpago rasgó la negrura del firmamento, al tiempo que se abatía sobre ellos una lluvia torrencial. Saltando de piedra en piedra, regresaron hasta la playa, donde echaron a correr en dirección a la escalera, pero Miguel debió cambiar de opinión antes de alcanzar el primer peldaño, porque, tirando de su mano, la ayudó a trepar por el talud del acantilado, hasta que ambos se introdujeron en la cueva en la que jugaban de niños a los fantasmas. Era una oquedad angosta, que olía a húmedo, pero su interior no lo estaba y tomaron asiento en unos pedruscos. El agua caía sobre su rocosa embocadura, formando una cortina que impedía divisar el exterior.

El bronco rugir del viento y del mar les llegaba bastante amortiguado, por lo que Eurídice no necesitó levantar la voz para comentar inquieta:

—Espero que esta tormenta pase pronto, porque en casa saben que ya he regresado de Palma y se preocuparán si tardo. ¿Qué hora es?

—Las seis.

—Pues está muy oscuro. —Su voz temblona dejó traslucir su intranquilidad.

—Pasará pronto, ya lo verás. No te asustes.

—No, si no estoy asustada. Las tormentas me gustan. Sobre todo, me gusta contemplar desde lo alto como se desencadena el viento cuando truena y como zarandea los pinos del bosquecillo, ululando entre ellos y entretejiéndolos.

Eurídice hablaba como para sí y continuó, abstraída:

—Es algo grandioso percibir hasta qué punto puede enfurecerse el mar y oscurecer su color. ¿Te has fijado en que la naturaleza pierde su colorido natural cuando hay tormenta? Se ve el mundo en blanco y negro y esos matices grises son los más difíciles de plasmar.

—¿De plasmar?, ¿en dónde?, —le preguntó Miguel, observándola perplejo—. Cualquiera diría que estás describiendo el panorama que se divisa desde el torreón y que estás pretendiendo pintarlo.

Su comentario provocó un respingo en la muchacha, que clavó en él sus ojos aturridos.

—¿Pintarlo? Yo no he pintado nunca. Era Marta la que pintaba, ¿no te acuerdas? —Se había quedado inmóvil, como alucinada, mirando fijamente la cortina de agua—. ¿Dices que he descrito el paisaje que se ve desde el torreón de Montsalvatge?, —inquirió incrédulamente.

—Sí, pero no tiene nada de extraño. Cuando éramos unos críos subíamos allí a menudo y recuerdo una broma que os gastamos a Marta y a ti una mañana en la que descargó una tormenta colosal. Raúl, Juan y yo nos disfrazamos de fantasmas y... —Se interrumpió al ver la expresión de ella—. ¿Te pasa algo, Eurídice? Te noto muy rara de repente.

Con un esfuerzo intentó ella dominarse, pero no logró controlar el temblor de sus manos. Continuaba viendo el vendaval que barría el bosque, pero a esa imagen, que visualizaba con la mente, se añadía la suya propia

intentando trasladar al lienzo lo que percibían sus sentidos. Sintió como un aldabonazo en su interior al comprenderlo. Había sido ella la que pintara en el torreón aquel paisaje. El lienzo que estaba en el caballete cuando subió con Leonor, el que había aparecido después colgado sobre la chimenea del saloncito. ¿Pero cómo era posible? No sabía pintar y el cuadro era sencillamente genial.

—Miguel, ¿tú... tú me crees capaz, me crees capaz de subir yo sola al torreón?

Se lo preguntaba con tanta ansiedad, que él parpadeó sorprendido.

—Por supuesto que no, ¿pero qué te ocurre ahora?

Se removi6 desasosegada en la roca que le servía de asiento, rememorando a Marta en el torreón aquella lejana mañana en la que le había asegurado que acabaría por conseguir pintar el viento. No había llegado alcanzar la meta que se había propuesto. La muerte se la había llevado antes de que pudiera reproducir en el lienzo el furor de sus ráfagas heladas arrasando Montsalvatge y había tenido que ser ella la que, con los pinceles que su prima ya no podía utilizar, había dado cumplimiento a su deseo.

¿Pero cuándo habría acopiado los arrestos suficientes para subir sola por aquella escalera tan oscura y, para montar allí arriba el caballete? Forzosamente tenía que haber aprovechado las tardes en las que había permanecido en su dormitorio o había creído permanecer en él. Como en sueños, se paseaba por la casa, a veces escondiendo cuadros y en otras ocasiones pintando la tormenta. Y para colmo, al despertar, había atribuido esos actos a Raúl, que había diagnosticado certeramente el estado de su mente. Incluso había llegado a pensar que Leonor se había confabulado con él para perjudicarla, cuando se había comportado siempre como una verdadera amiga.

Sintió unas ganas de llorar inmensas. ¿Cómo podría desear Miguel casarse con ella? Seguramente no intuía nada. Ni por asomo imaginaría que aquella niña sensata y feúcha con la que jugara tiempo atrás, se había convertido con el paso de los años en una demente, que perseguía por los pasillos de la casona a su propia sombra, que caminaba en sueños con la

finalidad de terminar todo lo que Marta había dejado inacabado y que ni siquiera era capaz de recordarlo al regresar a la consciencia.

Un trueno remoto la sobresaltó. Él estaba a su lado, pero lo sintió muy lejos. ¿Cómo explicárselo?, ¿cómo decirle que solo a ratos sabía ella lo que estaba haciendo?

—No puedo casarme contigo, Miguel.

La observó desorientado.

—¿Por qué no?

—Porque no.

—Lo que más me ha gustado siempre de ti es la claridad de tus respuestas, —replicó él hiriente—. ¿Se puede saber que te ha sucedido de repente? De pronto te has quedado como idiotizada y no creo que yo te haya dicho nada.

Con la cabeza baja, Eurídice observaba la punta de sus dedos.

—Márchate a Madrid y déjame en paz. Has dicho que te resultaría muy fácil olvidarme, así que, búscate una chica normal, que pueda ser una esposa para ti y que no se pasee por ahí sin enterarse.

—¿Y desde cuando te paseas tú por ahí?, —le preguntó con brusquedad sin entender a qué podía estarse refiriendo.

—No sé desde cuándo, —reconoció ella, reprimiendo las ganas de llorar.

Miguel la miró unos instantes en silencio y luego se puso en pie, ayudándola a levantarse.

—Vámonos. Ha dejado de llover y me he cansado de oír tanta tontería.

Salió al exterior ignorándola y Eurídice le siguió aún aturdida. Había oscurecido totalmente y aunque apenas distinguían por donde caminaban, Miguel se dirigió en línea recta hacia la escalera. En el primer peldaño se volvió hacia ella.

—Dame la mano, no vayas a resbalarte.

Sintió un curioso estremecimiento al notar su contacto y él debió experimentar algo similar, porque se detuvo en el escalón como si fuera a decirle algo, pero terminó por encogerse de hombros y comenzó a subir sin prisas, tirando de su mano. Poco después alcanzaban el sendero, convertido en un barrizal, y apresuraron el paso en silencio. Los árboles goteaban sobre

sus cabezas mientras lo recorrían y Miguel iba propinando puntapiés a los guijarros, como si le sirviera para descargar su malhumor. Sin haber intercambiado una sola palabra llegaron a la terraza.

—¿Te has enfadado conmigo?, —le preguntó Eurídice a media voz—. Lo siento.

Con las manos en los bolsillos, él contemplaba atentamente un macizo de geranios, mustios y tronchados por la fuerza de la pasada lluvia.

—Miguel, —insistió—. Daría algo por ser de otra forma, pero no lo puedo evitar.

Al fin desvió los ojos hacia ella, para mirarla impasible.

—Ni yo tampoco, eso es lo malo.

—Escúchame un momento, —le interrumpió—. ¿No podrías esperar siquiera unos días? En realidad tengo yo la culpa de no haber resuelto todavía mis problemas, pero es que me horrorizan las medicinas. El doctor Olea se ha ofrecido a ponerme una inyección, que, por lo visto, produce unos efectos similares a los del sueño, bajo los que seguramente podría yo referirle lo que he olvidado. Me ha asegurado que a continuación dormiría un ratito y luego me despertaría sin dificultad. Si esperas unos días, estoy dispuesta a hacer la prueba.

Le extrañó el repentino sobresalto de él y su brusco cambio de expresión.

—Ni se te ocurra siquiera, Eurídice. Prométeme que no lo harás.

—¿Pero por qué? Has dicho que no puedes esperar y yo no quiero que te marches, pero no pudo casarme contigo en estas condiciones. Acabarías hartándote de verme pasear y pasear como alelada, ¿no lo entiendes? Él ha tratado también de hipnotizarme, pero, por lo que me ha dicho, no colaboro. Mañana mismo le pediré que me inyecte ese potingue y solucionaremos esto de una vez por todas.

Miguel parecía estar francamente alarmado.

—No quiero que lo hagas. Tú misma has dicho que las medicinas te dan miedo.

—Pero es una niñería por mi parte. Cuando veía a mi padre tomar tantas... En fin, me asusta pensar que pueda pasarme lo mismo por tomarlas yo.

—¿Y serías capaz de ponerte esa inyección porque...? —empezó con el ceño fruncido—. ¿Por qué serías capaz de hacerlo?

Eurídice vaciló. Después de todo no sabía cual era el verdadero motivo por el que quería casarse con ella.

—Ya te lo he dicho y no comprendo tu actitud. Te empeñas en creer que soy una chiquilla boba, pero en esta ocasión el único que no razona con la cabeza eres tú.

Desazonado, empezó él a pasar a lo largo del primer escalón de la terraza, como si de improviso le fuera imposible permanecer quieto. Cuando se detuvo a mirarla, volvió a extrañarle a ella su expresión. Parecía haber perdido aquel imperturbable aplomo, tan suyo.

—Mira, haremos una cosa. Mañana te acompañaré a visitar a tu psiquiatra, porque a mí también me interesa hablar con él y tú no harás nada antes de que mantengamos esa conversación. ¿De acuerdo? Al salir de la consulta compraremos todas las inutilidades que te apetezcan y después buscaremos un cura.

Eurídice menó negativamente la cabeza y con ella su larga melena.

—No puede ser, ya te lo he explicado. Y además, ¿qué pensarían de nosotros ante una boda tan repentina?

—Conociéndote, no pensarían nada, —replicó burlón—. ¿Te decides o no?

—No, porque...

El sonido del portón al abrirse a su espalda, les impulsó a girar la cabeza en esa dirección. Leonor acababa de aparecer en el umbral, seguida de Raúl.

—¿Interrumpimos una escena tierna?, —bromeó con picardía la muchacha. Se echó a reír al notar el sobresalto de Eurídice—. ¡Caramba!, si venís como dos sopas. ¿Os ha alcanzado la tormenta en medio del campo?

—En la playa, —contestó ella enrojeciendo—. Me he encontrado a Miguel al volver de Palma y hemos bajado a coger cangrejos.

—Pues habéis elegido un día magnífico, —comentó la otra observándoles con curiosidad—. Aunque, claro, cualquier tiempo es bueno para arrullarse, ¿verdad tórtolos?

—Por supuesto, —replicó Miguel en tono ligero, cruzando una rápida mirada con Raúl, que había fruncido el ceño—. Anda, no digas más

sandeces. Te llevaré a casa.

—Iba a acompañarme Raúl, —objetó ella, no muy satisfecha del cambio de planes—. Claro que a lo mejor... —Titubeó no sabiendo como continuar, porque resultaba obvio que el aludido no estaba muy dispuesto a marcharse en su compañía. En ese momento parecía haberse olvidado de su existencia y reconvenía a Eurídice.

—Eres una inconsciente. ¿Cómo se te ha ocurrido bajar a la playa con este tiempo? Sube a cambiarte antes de que cojas una pulmonía.

La siguió con la vista, mientras la chica cruzaba el vestíbulo y ascendía la escalera, y luego se volvió hacia los otros dos.

Mañana nos veremos.

Leonor disimuló su disgusto y al lado de Miguel echó a andar en dirección a su casa.

OceanofPDF.com

Capítulo 19

—¿Qué?, ¿tendremos boda?, —le preguntó Leonor, fingiendo una animación que no sentía.

—Como no sea la tuya..., —contestó él en el mismo tono.

—¿La mía? Ja, ja. La mía la veo en globo. Pero cuéntame, ¿es que te ha dado calabazas? Me ha parecido veros muy amartelados.

—Tú ves visiones, —repuso lacónico.

—¿De veras? Pues hijo, a ver si te espabilas. Y conste, que no me preocupo solo por ti. Si Eurídice se decidiese a enrollarse contigo, a lo mejor se daba cuenta Raúl de que existo. —Se colgó mimosamente de su brazo—. Dime Miguel, ¿cómo me ves tú? ¿No estoy bastante presentable?

—Sí, bastante.

—Gracias, empezaba a perder la confianza en mi misma, porque, aunque en Madrid se me rifan los chicos, aquí nadie me hace el menor caso. ¿Tan deslucida quedo al lado de Eurídice?

—Aquí sigues siendo muy guapa, —repuso él evasivamente—. Ella es... otra cosa. Por si te sirve de consuelo, te diré que ya he pretendido espabilarme sin demasiado resultado.

Leonor dejó escapar un gritito de alegría.

—¡Vaya, ya me parecía a mí! ¿Has seguido mis consejos?, ¿te has puesto de rodillas con una mano en el corazón?

—Más o menos, —contestó con guasa.

—¿Y nada?, —se extrañó la muchacha—. Pues no me lo explico. Me precio de ser una buena psicóloga y hubiera asegurado que la tenías en el bote. Puede que quiera darte marcha. No había catalogado a Eurídice dentro del gremio de esa clase de chicas, aunque ¿quién sabe? A lo mejor, tras su aspecto angelical se esconde una redomada coqueta.

—No, no es eso.

—Entonces, ¿qué es?

Miguel se encogió de hombros.

—Le preocupa el estado de sus nervios. Tiene miedo de que pueda arrepentirme después.

—¿Arrepentirte tú? —Leonor dejó escapar una carcajada—. ¡Pobre orangután mío!, si estás más colado que una gata en un garaje.

Él bajó la cabeza hacia ella para mirarla burlón.

—No encuentro la relación de la gata con el garaje.

—Ni yo tampoco, pero está de moda decir tonterías como esa.

Calló pensativa, escudriñando en la oscuridad el camino que iban recorriendo. El viento que zarandeaba los árboles recién lavados por la pasada lluvia traía olor a monte y a tierra mojada, llevándose las nubes entre las que empezaba a asomar la luna. A su pálido resplandor observó a Miguel con curiosidad.

—No será que ella piensa que está un poco mochales, ¿verdad?

La expresión de él denotó cierta suspicacia.

—¿Por qué lo dices?

—Se me acaba de ocurrir.

Reflexionando con el ceño fruncido mientras doblaban la curva del sendero sobre la caleta, Leonor empezó a comentárselo lentamente, conforme iba ordenando sus ideas.

—El otro día, cuando subí al torreón con ella, me pareció... No era solamente que tuviese miedo a la soledad de ese lugar, era algo más y esta tarde Raúl... Él no se ha dado cuenta, porque yo sonsaco con mucha habilidad, pero empiezo a comprender muchas cosas. —Se interrumpió, para preguntarle traviesamente—: ¿Te lo cuento?

—Tú sabrás.

—Lo del torreón, había prometido a Eurídice no decirlo, pero es, que si no te lo cuento, no vas a entender todo lo demás. Verás, cuando el día de Nochebuena subimos al desván a buscar las bolitas del árbol, oímos un ruido en el torreón y fuimos a echar una ojeada allí arriba. Recordarás que es un recinto circular con cuatro ventanas. Bueno, pues aunque estaba vacío, vimos un caballete con un lienzo a medio pintar. Eurídice se quedó

como alelada, porque era un paisaje cuyo protagonista era el viento. Un auténtico vendaval asolaba el bosque que se extiende hasta el faro. Contemplándolo, casi se percibe el rugido del mar y el restallar del oleaje, porque su autor es indiscutiblemente un genio y ese cuadro produce una impresión indescriptible. Supongo que ella pensó que era obra de Marta, pese a que el colorido era completamente diferente. Marta pintaba en tonos pastel y ese paisaje sorprendentemente traducía en grises las tonalidades reales del panorama que se divisa desde las ventanas. Pensé que alguien había tratado de gastarles a ella una broma o que quizás pretendía asustarla, haciéndole creer que Marta vagaba todavía por la casa.

Miguel la escuchaba con interés, pero al oírla describir el cuadro había fruncido el ceño.

—¿En grises?, ¿representaba el cuadro una tormenta en blanco y negro?

—Sí, yo diría que sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada. Continúa.

—Como te iba diciendo, decidí que sería formidable devolverle la broma al gracioso que había pretendió asustarla y entre las dos escondimos el lienzo, el caballete, la paleta y los pinceles debajo de un sofá del desván y nos pusimos de acuerdo para no decírselo a nadie. Bueno, pues el día siguiente al de Navidad fue cuando lo vi.

—¿Qué es lo que viste?, —le preguntó él con impaciencia.

—No te sulfures, no se trata del retrato de ningún rival, —bromeó Leonor—. Lo vi al llegar esa mañana a la casa. Me abrió Juanita y me dijo que estaban todos durmiendo, menos Elvira. Buscándola, entré en el saloncito y me quedé de piedra.

—¿Por qué? Me gustaría saber por qué te interrumpes cada tres frases. Acaba de contarme tu historieta de una vez, —la apremió Miguel.

—Me quedé de piedra al ver colgado sobre la chimenea ese paisaje, ya totalmente terminado, aunque la pintura aún estaba fresca. Solo Eurídice y yo sabíamos donde estaba escondido, de modo que la conclusión es obvia. Tuvo que ser ella la que lo colgara allí.

Impasible en apariencia, Miguel la observó en silencio.

—¿Y qué hiciste?, —le preguntó al fin—. ¿Fuiste a contárselo a Raúl?

Leonor meneó negativamente la cabeza, agitando sus rojizos rizos.

—No. Esa chica inspira a todos los que la rodean el mismo sentimiento y yo también me sentí obligada a protegerla. Escondí nuevamente el cuadro en el desván y después, cuando Raúl entró en su dormitorio por el balcón y comprobamos que se había marchado, mientras él salía corriendo en su busca, encontré la marina que ha colgado siempre sobre la chimenea dentro del armario de Eurídice. La coloqué en su lugar y no se lo he dicho a nadie.

Miguel se detuvo para mirarla con fijeza.

—¿Crees que ha sido también Eurídice la que ha pintado ese cuadro?

—Si, debió de subir a terminarlo después de que lo escondiésemos el día de Nochebuena. Le he dado muchas vueltas en la cabeza a ese asunto, porque me resisto a imaginármela subiendo sola allá arriba con lo miedosa que es. Si se tratase de Marta sería distinto, porque ella no le tenía miedo a nada, pero Marta murió y no ha podido pintarlo, aunque todos los absurdos que están sucediendo en Montsalvatge parecen indicar lo contrario, ¿no?

—No lo sé. No tengo tanta fantasía como tú.

—Desde luego que no. Has sido siempre un orangután precioso, con la cabeza más cerrada que una hucha.

—Unos calificativos realmente halagadores, —rezongó él con sorna.

Leonor se echó a reír y se puso de puntillas para pellizcarle la mejilla.

—Lo de orangután es por lo grandísimo que eres. Es un apelativo cariñoso.

—Déjate de apelativos y ve al grano.

—De acuerdo, de acuerdo, comprendo que estés impaciente por conocer el final de mis ardorosas elucubraciones. Claro que a lo mejor te parecen una tontería. Dime Miguel, ¿crees en la reencarnación?

La contempló inexpresivamente como si no la entendiera.

—Desde luego que no, ¿a qué viene eso ahora?

—Ya lo suponía, —dijo la muchacha pensativa—. También a mí me parecía una filfa, pero ahora... Eurídice no había pintado al óleo en su vida. Ya sé que eso a fin de cuentas es lo de menos, porque cualquiera puede tener un rapto de inspiración, pero... ¿y lo de subir al torreón ella sola? Es completamente incapaz y sin embargo, ha subido allí a pintar. Actúa inconscientemente como si fuera Marta.

—¿Y piensas que el espíritu de Marta se ha reencarnado en ella? Vamos, no me hagas reír. Eurídice sigue siendo Eurídice. La misma criatura caprichosa y desamparada que era de niña. No ha cambiado lo más mínimo desde entonces.

—No, aparentemente no, —reconoció Leonor dudosa—. Yo también me dije que era una tontería y por eso he intentado sonsacar a Raúl. El pobrecito está tan colado por Eurídice como tú y ha cantado como un canario.

—¿Te lo ha dicho él? —Miguel la miraba ahora con cierta ternura.

—¿Qué estaba colado? Claro que no, pero no tengo un pelo de tonta. La única que no se ha dado cuenta de nada, como siempre, es ella. Ella vive en su mundo particular y continúa sintiéndose como una niña abandonada en medio de un mundo hostil. Verdaderamente tiene gracia. Pocas personas habrán inspirado unos sentimientos tan profundos a los que la rodean, apreciándolos menos. En cierto modo, es casi injusto, —terminó con amargura.

Él le echó un brazo sobre los hombros y continuaron caminando en silencio, como si ese gesto les uniera. Leonor pareció recobrar poco después su anterior animación.

—Bueno, pues ahora es cuando todo lo que te he contado enlaza con lo que he hablado esta tarde con Raúl. Estaba muy taciturno y al principio me contestaba con monosílabos, pero luego, cuando he sacado a Eurídice a colación, ha pronunciado una conferencia completa sobre la neurosis disociativa. En realidad, no ha aludido a ella ni una sola vez. Comentaba el problema en general, pero yo sabía en lo que estaba pensando cuando me describía los síntomas. También la otra tarde...

Se calló de pronto y comenzó a andar más de prisa, como si quisiera llegar a la Escollera cuanto antes. Miguel la miró, extrañado de su mutismo, tan insólito en ella y le sorprendió la expresión de su semblante. Parecía verdaderamente preocupada.

—¿Qué te pasa?, ¿es por lo de Raúl?

—No, —repuso agitando sus rizos.

—Te encuentro muy rara de repente.

—Es que acabo de caer en la cuenta de todo y aún no me he repuesto de la impresión.

Intentó ella sonreír forzosamente y calló de nuevo con la vista fija en el sendero por el que caminaban. A lo lejos se veía ya el promontorio, donde la casa, enclavada en lo más alto, parecía estar volada sobre el mar. Ante su proximidad se detuvo, indicándole a Miguel el tronco de un árbol caído a la orilla del camino.

—Siéntate conmigo un momento. Tengo que decirte algo que no te va a gustar.

Se hubiera resistido él en cualquier otra ocasión. La noche era fría y la corteza del tronco rezumaba humedad, pero la inusitada actitud de Leonor le impulsó a obedecerla sin hacer comentarios.

—Dame un cigarrillo, —le pidió ella cuando se acomodó a su lado. Solo cuando lo hubo encendido, se volvió hacia Miguel, que nunca la había visto con una expresión tan grave—. No te enfades por lo que voy a decirte, Miguel, pero me alegro ahora de que Eurídice te haya dado calabazas.

—¿Por qué lo dices?

—Porque serías un desgraciado con ella. Ahora comprendo a qué aludía Raúl esta tarde.

—Si te refieres a sus excentricidades, desaparecerán en cuanto recuerde... En cuanto recuerde un susto que se llevó de niña.

—Sí, ya lo sé. Raúl se refirió vagamente a ese tema, pero no es ese el problema principal. Te va a doler lo que te voy a decir, pero creo que debo hacerlo. Eurídice no es una persona completamente normal. Tampoco su padre lo era y se lo ha transmitido. No me interrumpas, —le atajó viendo que él iniciaba el gesto—. Tú no sabes nada, pero se lo saqué el otro día a Elvira. El padre de Eurídice murió paralítico. Estuvo varios años en una silla de ruedas y no porque tuviera ninguna lesión orgánica. Somatizaba su complejo de culpabilidad, porque su primera mujer murió en el parto ¿me comprendes?

—Sí, perfectamente. ¿Pero qué tiene que ver con Eurídice lo que me has contado de su padre?

—Por lo que me ha dicho Raúl, la neurosis disociativa puede ser hereditaria. Las pequeñas rarezas de ella ahora tienen cierta gracia. ¿Pero y

después?

—¿Tú y yo no tenemos rarezas?, —masculló Miguel con acritud.

—Todos las tenemos, pero hay una diferencia de grado. No me gusta decirte esto, porque a mí también me cae bien esa chica, pero creo que actuarías con sentido común si te alejaras de ella.

—Te agradezco el consejo, pero no pienso seguirlo, —repuso sarcástico.

Leonor había cubierto con su mano la de él, pero la retiró al ver su gesto.

—No, ya lo sé. Raúl tampoco está dispuesto a poner tierra por medio, aunque aludió como de pasada a la indiferencia sexual de Eurídice. ¿Tampoco te importa eso?

—Claro que me importa, —reconoció abstraído—. Pero Miguel... ¿Es que no te has dado cuenta de que en ese aspecto es todavía una niña? Ni siente ni padece, es absolutamente fría.

Encendió él un cigarrillo sin contestar. Recordaba la reunión en casa de los Serra y cómo salió corriendo asustada del saloncito donde había estado llorando sobre su hombro.

—Bueno, supongo que ese problema se remediará con el tiempo, —murmuró apagadamente.

—No lo sé... aunque comparado con lo demás esa cuestión es la menos grave. Piensa que normalmente tendríais hijos y lo lógico es que quieras para ellos una madre con una cabeza que rija como Dios manda.

—Esos hipotéticos hijos no me preocupan nada en este momento, —repuso hiriente.

—Ahora no, pero debes pensar en el mañana. ¿Crees que tu madre no se habrá alegrado después de lo que pasó? Estuvo a punto de casarse con el padre de Eurídice y lo pasó muy mal cuando él la dejó, pero más tarde conoció a tu padre y fue muy feliz con él. Imagino que ahora considerarás imposible olvidarla, pero el tiempo todo lo cura. Si te marchases y no volvieras a verla más, al cabo de unos años o probablemente antes, encontrarías a otra y recordarías a Eurídice como una anécdota.

Se volvió a mirarle. Fumaba tranquilo y su moreno semblante era completamente inexpresivo.

—Es muy fácil dar consejos, —replicó ensimismado en sus pensamientos—. ¿Lo harías tú?

Leonor titubeó y luego se salió por la tangente.

—Eurídice no será siempre como es ahora, Miguel. Con los años perderá su aire etéreo, engordará y le saldrán arrugas. Mi madre me repite a menudo que lo importante en las relaciones de pareja es la comprensión. Entender al otro y que el otro te entienda. ¿Entiendes tú a Eurídice?

—No me has contestado, —replicó evasivo.

Ella reflexionó intensamente. Abrió la boca para manifestar lo que pensaba y la volvió a cerrar sin decidirse.

—Contéstame de una vez, Leonor. ¿Dejarías tú a Raúl si se encontrase en idénticas circunstancias que Eurídice?

La muchacha escudriñó atentamente el semblante de él que no dejaba traslucir ninguna emoción.

—Mira, Miguel. No sé ni como he llegado a enterarme. He unido un montón de retazos sueltos. Las medias palabras de Raúl, algo que oí a una criada hace años. Estaba en Montsalvatge cuando murió Marta y cuando Elvira empezó a tener problemas económicos la despidió y entró al servicio de tus padres.

—¿Dónde quieres ir a parar?, —inquirió él, alterándose por primera vez. Sus ojos castaños brillaban de tal forma que a muchacha se sintió algo intimidada.

—A lo que sucedió entonces, —articuló con dificultad—. Si supiese que Raúl... Se detuvo sin atreverse a seguir.

—Continúa, —le dijo él con voz tensa.

Leonor asintió con la cabeza y aspiró hondo.

—Si supiese que Raúl había intervenido en lo que le sucedió a Marta, te aseguro que me apartaría de él. Ya sé que vas a decirme que era una niña y que no era responsable, —le atajó—. Pero si una niña es capaz de hacer una cosa así en un ataque de ira, de mayor... de mayor se puede esperar que cometa cualquier disparate, ¿no lo crees?

Miguel no le contestó. Evocaba la imagen de Eurídice corriendo por el sendero esa misma tarde, con su larga melena zarandeada por el viento y,

después, su expresión en los escollos de la caleta cuando, clavando en él sus ojos inmensos, le preguntaba si no le gustaría retroceder en el tiempo.

Bruscamente tiró el cigarrillo que estaba fumando y lo aplastó con el pie contra la tierra húmeda.

Leonor puso cariñosamente una mano sobre las de él.

—No sabes cuánto siento haberte tenido que decir esto, pero era mi obligación. ¿Tú lo sabías, verdad?

—Sí, —admitió sombríamente—. En realidad, todas esas consideraciones también me las he hecho yo. Desde que esta mañana me ha aclarado Raúl ese episodio, he estado dándole vueltas a lo mismo. Solo se te ha olvidado tener en cuenta una pequeña cuestión. ¿Has imaginado lo que sentirá ella cuando recuerde lo que ocurrió? ¿Lo has tenido en cuenta?

Leonor bajó la vista hacia el suelo y miró sin ver la hierba que crecía a sus pies. Por un momento vaciló, pero luego su sentido común se impuso.

—Será muy duro, desde luego, pero no es suficiente motivo.

Él dejó escapar una risita seca.

—Desde luego que no lo es. Es quizás la excusa que me doy a mí mismo cuando trato de entenderme.

La muchacha oprimió la mano que aún tenía entre las suyas.

—Reconoce, Miguel, que te sientes obligado.

—¿Obligado? Algo similar me ha dicho ella esta tarde, pero estáis las dos equivocadas.

Desvió después sus ojos hacia Montsalvatge, hacia su oscuro y pizarroso tejado, que sobresalía ente los pinos zarandeados por el viento. Después encendió un nuevo cigarrillo.

—Hazme caso, Miguel, —insistió ella en voz muy baja—. Algún día me agradecerás el consejo que ahora te estoy dando. Los hombres en el fondo no sois más que críos chicos que nunca termináis de haceros mayores. Créeme, todas las cosas en esta vida hay que razonarlas con la cabeza. Y no me digas ahora, —añadió, atajándole antes que comenzara a rebatir sus argumentos—, que prefieres ser desgraciado con ella, antes que decirle definitivamente adiós. Es una frase muy cursi y está pasada de moda. Contéstame, ¿lo harás?

Él clavó sus ojos castaños en el rostro de Leonor. Su aspecto era ahora completamente tranquilo.

—No, —replicó sencillamente.

OceanofPDF.com

Capítulo 20

Un sol pálido penetraba a través de los corridos visillos, iluminando la sobria austeridad del despacho del médico. Eurídice había terminado de referirle lo sucedido la tarde anterior y ahora permanecía callada, contemplando abstraída sus manos, caídas sobre su regazo.

—Dígame, Doctor, ¿le parecería un disparate que nos casáramos inmediatamente, como él pretende?, —le preguntó con la cabeza baja y su larga melena medio ocultándole el rostro—. Está esperando ahí fuera para hablar con usted y supongo que es su opinión al respecto lo que le quiere consultar.

—Creo que sería preferible que no se precipitasen. También yo considero muy conveniente mantener una conversación con él. Si me hubiera facilitado usted un cambio de impresiones con su familia, habríamos adelantado mucho más.

Eurídice se mordió tímidamente los labios.

—Pero lo que quiero saber es si todos los problemas que tengo desaparecerán en cuanto recuerde lo que he olvidado. Me refiero a la inmadurez sexual que dice usted que tengo.

El médico sonrió al ver su expresión de ansiedad.

—Lo conseguiremos, pero no en un día ni en dos. Concorre en su caso un conjunto de circunstancias desafortunadas. En primer lugar, la imagen de su padre, inestable y el haber sido siempre rechazada por él han hipotecado su capacidad de establecer relaciones normales con las personas del sexo contrario. A eso hay que añadir que no ha tenido madre ni nadie que la sustituyera y que no encontró otro refugio que esa muñeca que ve en sus pesadillas.

—¿En esa muñeca?, —se extrañó ella—. ¿Cómo iba a refugiarme en una muñeca?

El médico sonrió ante su gesto de asombro.

—No es tan absurdo como le parece. Es un mecanismo totalmente normal. El niño, o la niña en su caso, hace de su muñeca un *alter ego*, de manera que ese juguete no constituye solamente un sustituto de sí mismo, sino también un instrumento de deseo. La niña se convierte en sustituto de su madre en la medida en que la muñeca se convierte en sustituto de la niña. Al interpretar a su madre, al proteger a su muñeca, lo que buscaba en realidad era la protección de esa madre que no tuvo, pero es una tendencia inconsciente, por lo que no cayó en la cuenta del motivo por el que sentía tanto apego por ese juguete.

—Ya, —murmuró ella pensativa—. Ahora entiendo por qué era tan importante para mí. Pero aparte de todas esas circunstancias que han concurrido en mi infancia, ¿cree que ha influido también en mí la enfermedad de mi padre?, ¿puedo haberla heredado?

—Cabe dentro de lo posible, —repuso evasivo—. Pero un trauma grave puede producir en el sujeto no predispuesto las mismas consecuencias.

Ella desvió sus grandes ojos claros hacia la ventana. Rememoraba la tormenta que había estallado la tarde anterior, cuando se encontraba en la playa con Miguel y el impacto que había experimentado en la cueva, al darse cuenta de que había sido ella quien reprodujera en el lienzo que había encontrado en el torreón otra muy similar. Se estremeció al imaginarse a sí misma allí arriba, sola, pintando como una autómata el temporal que se desencadenaba a su alrededor, sin tener conciencia de lo que estaba haciendo ni del lugar donde se encontraba.

—Dígame, —musitó—. ¿Qué sentido tienen las cosas que he hecho sin saberlo? Yo... he llegado a pensar... —Bruscamente levantó su mirada para clavarla en el médico, intentando analizar el efecto que le producían sus palabras—. ¿Cree usted en la reencarnación?

Sorprendido, Olea dejó de jugar con el lápiz.

—Claro que no.

—Tampoco yo anteriormente, —reconoció ella—. Pero he llegado a preguntarme, si el espíritu de Marta no se habrá reencarnado en mí. Nunca

había pintado al óleo y conscientemente soy muy miedosa. ¿Por qué me empeño inconscientemente en hacer las mismas cosas que le gustaban a Marta?, ¿es para convencerme a mí misma de que continúa viva?

El médico le sonrió paternalmente.

—Lo que le sucede se denomina identificación introyectiva. Es un fenómeno en el que seguramente habrá reparado en más de una ocasión. Cuando se produce la pérdida de un ser querido, por ejemplo, un padre o una madre, ocurre a veces que alguno de sus hijos pasa a tener alguna o muchas de sus características y llega a conducirse como la persona muerta. Incluso puede llegar a acentuarse extraordinariamente el parecido físico, por lo que la gente supone, sin ningún fundamento, que el espíritu del muerto se ha reencarnado en el vivo.

La muchacha dejó escapar un suspiro de alivio.

—Pero no es así, ¿verdad?

—No. La explicación es mucho más sencilla. Se incorporan o asimilan las cualidades del ser querido por imitación. En su caso esa identificación es solo parcial y afecta únicamente a la esfera de su conducta inconsciente. Esa es la razón de que trasladara de sitio el cuadro de su abuelo. A Marta no le gustaba y ella era lo bastante decidida como para descolgarlo de la pared y esconderlo en su armario, y también lo era para subir sola al torreón a pintar. De todas formas, Eurídice, ¿se ha planteado la posibilidad de seguir pintando consciente? Puede que posea una vena de artista que desconoce. Si ese cuadro que me ha descrito es tan extraordinario...

Le interrumpió confusa.

—Sí, pero es incomprensible que sea obra mía. Yo... soy una calamidad, todo lo hago mal. Si plasmé en el lienzo ese paisaje en el que al contemplarlo parece oírse el rugido del viento, lo hice bajo la influencia de ella.

—Pero ella no lo hubiese pintado así, —objetó Olea—. Por lo que me ha dicho, los cuadros de su prima reflejaban el optimismo de su carácter, que proyectaba en tonalidades luminosas. El suyo, por el contrario...

—El mío es un canto a la desesperación, —reconoció apagadamente—. La desesperación ante un vendaval que se lo lleva todo. Y tiene razón,

Marta no lo habría pintado así. Ella se había propuesto plasmar el viento en sus paisajes, pero no le dio tiempo, por eso he tenido que hacerlo yo.

Respingó sobresaltada, saliendo de su ensimismamiento y clavó en el médico sus ojos húmedos, agrandados por la sorpresa. Él la observaba atentamente.

—¿Recuerda haberlo hecho, Eurídice?

—Sí, no... no sé, —musitó con un hilo de voz—. Creía que lo había soñado... pero...

—Pero no fue un sueño, ¿verdad?

—No lo sé. Ayer en la cueva de la playa, sin darme cuenta, le describí a Miguel lo difícil que es reproducir el espectáculo que se divisa desde el torreón en los días de tormenta y... fue solo durante un segundo, pero pasó por mi mente con la rapidez de un relámpago... Creí verme a mí misma con la paleta y los pinceles en la mano, materializando el viento en el lienzo. Lo que sí puedo decirle es que ese sentimiento lo he experimentado consciente.

—¿Qué sentimiento?

—El de que se lo debía a ella, —musitó confundida—. Era la finalidad que Marta perseguía y... y ya no va a poder alcanzarla... por mi culpa. —Respingó de nuevo como alucinada—. No sé por qué he dicho esa tontería, doctor. Yo no podía haber evitado que ella muriera. Ni siquiera estaba ya en Montsalvatge cuando falleció. No podía haberlo evitado, —repitió como para sí en un susurro.

—Cálmese, —sonó tranquilizadora la voz del médico—. Cierre ahora los ojos y cuénteme todo lo que pase por su mente. Diga todo lo que se le ocurra sin analizarlo, aunque le parezcan disparates.

Ella obedeció y habló y habló durante largo rato. Volvió a referirlo lo sucedido la tarde anterior en la cueva, entremezclándolo con los recuerdos de su infancia. Le contó la batalla que mantuvieron en el faro aquella tarde de verano, cuando Totó quiso encerrarla en la mazmorra. Como jugaba con Marta que la protegía siempre, aunque en una ocasión se había enfadado con ella y la había llamado patosa, porque se había resbalado cayendo sentada sobre la silla donde su prima había olvidado un dibujo del abuelo, al que había retratado sin que se diera cuenta para regalárselo por su cumpleaños. No había tenido intención de estropeárselo, pero no pudo

evitar caerse sobre la lámina. Lo repitió varias veces como si tratara de disculparse.

—Claro que no tuvo intención, —sonó monótona la voz de Olea—. ¿Qué hizo su prima después?

—Me llamó patosa, estúpida y canija y entonces... entonces... —Se puso en pie bruscamente con el semblante demudado.

—Vamos, Eurídice, tranquilícese. ¿Qué sucedió entonces?

—No lo sé, —gritó descompuesta—. ¿Por qué no me deja en paz?

—Sí lo sabe, —afirmó el médico sin alterarse—. Vamos, dígame, ¿qué fue lo que hizo Marta?

—No lo sé. Había niebla y estaba oscuro aunque era de día y yo tenía miedo.

Se cubrió el rostro con las manos como si quisiera defenderse contra las imágenes que visualizaba en la mente y luego comenzó a sollozar convulsivamente. Olea la dejó desahogarse sin hacer el menor movimiento, hasta que fue calmándose y se sonó la nariz con el pañuelo que sacó de su bolso.

—Perdone, doctor.

—No se preocupe, su reacción es normal. ¿Quiere que continuemos?

Ella se secó los ojos con el pañuelo, haciendo un gesto de asentimiento.

—Bien, hemos quedado en que Marta estaba muy enfadada. Ese día había niebla, estaba oscuro y usted tenía miedo. ¿De qué tenía miedo?

Se alteró de nuevo, palideciendo ostensiblemente.

—No lo sé. Ella dijo que iba a tirarla al mar y entonces... no sé nada más, —gritó—. ¿Por qué se empeña en martirizarme? Yo la quería muchísimo. Cuando se fue, me quedé desolada. No sabía qué hacer. Raúl y Juan me acompañaban constantemente hasta que mi padre vino a buscarme, pero la echaba de menos.

—¿Marta se fue?, ¿a dónde?

—No sé a dónde, pero no estaba en Montsalvatge. —Al terminar de decirlo se puso en pie lentamente, manteniendo apretado el pañuelo contra su rostro. Después giró muy despacio la cabeza para clavar sus ojos llorosos en Olea—. Oh, doctor, ¿no es posible! Marta... debió morir cuando yo estaba todavía en la finca. —Su rostro traslucía una angustia infinita—.

Pero... pero no es posible. Lo recordaría. Raúl me dijo... todos me han dicho que me había marchado ya. —Se inclinó sobre la mesa, asiendo nerviosamente las manos de él—. Si yo hubiese estado allí lo recordaría. ¿Verdad que lo recordaría?

Sin responder, le dio él unas afectuosas palmaditas en la espalda.

—No se preocupe, Eurídice, no se preocupe.

—Pero no me está contestando, —le gritó exaltada.

—Le contestaré si se calma. Vamos, siéntese de nuevo.

La muchacha se dejó caer en el borde de la butaca, esperando ansiosamente sus palabras.

—Usted debió ver morir a su prima, Eurídice, y comprendo que lo haya olvidado. Tuvo que ser algo insoportable para usted.

—Verla morir... —repitió como ausente—. En ese caso, también vería Raúl lo que ocurrió, porque él estaba allí. Sus ojos aparecen en mis pesadillas, mirándome... mirándome como si me acusaran de algo. ¿Pero de qué? Yo quería a Marta más que a nadie.

Calló, retrepándose en la butaca más tranquilizada. Cuando levantó de nuevo la vista, su voz sonó normal.

—¿No bastaría con que se lo preguntase a Raúl?

—Nos ayudaría, desde luego, pero es imprescindible que vuelva usted a revivir aquello. Después nos meteremos con ese saco de complejos, que dice haber acumulado.

—¿Y se me quitarán todos, doctor?, —le preguntó con ansiedad—. Yo... necesito ponerme bien. Después de Marta, ha sido a él a quien más he querido. A él tampoco le importa cómo me llamo y cuando mi mira... hasta me hace sentirme guapa, ¿me comprende, verdad?

Olea se echó a reír.

—Claro que la comprendo. Ese es un fenómeno que, aunque sucede todos los días, bien mirado es casi milagroso y me alegro mucho por usted. Ahora sea buena chica y aguarde un ratito en la sala de espera, que procuraré no entretenerle mucho.

La muchacha obedeció y salió del despacho, algo vacilante todavía. En la sala de espera, Miguel, sentado en una butaca que parecía demasiado pequeña para él, se puso en pie al verla aparecer, pero no intercambiaron

una sola palabra. Cuando la puerta del despacho se cerró a su espalda, ella se dejó caer en el mismo sillón que él había ocupado, tan desazonada, que llegó a preguntarse si no debería desistir definitivamente de aquel doloroso rastreo de su pasado. Rememoraba una por una las situaciones revividas poco antes, sintiendo que al evocarlas aumentaba también su angustia. No sabía que era lo que temía, pero ese vago sentimiento de peligro iba acrecentándose conforme iba uniendo aquellos retazos olvidados. Aún estaba a tiempo de volver atrás. A Miguel no le importaba lo que hubiese podido ocurrir, así que, ¿por qué tenía que empeñarse ella en revivirlo?

Media hora después se abrió de nuevo la puerta del despacho, dando paso a los dos hombres. La expresión de sus rostros era sonriente, pero intuyó algo, ¿qué era? La sensación de peligro que experimentaba se acentuó cuando intentó leer algo en las comprensivas pupilas del psiquiatra. Le decía que procurase recibir el año nuevo esa noche con alegría, olvidando todos sus problemas, pero había en sus ojos una preocupación que no existía antes.

Y Miguel... aunque sonreía, sus ojos estaban serios y nuevamente tenía el aire abstraído que tanto le sorprendiera otras veces. Le preguntó el motivo poco después, mientras el coche devoraba kilómetros por la carretera.

—¿Qué es lo que te ha dicho? Te encuentro distinto de repente.

La sonrisa de él le pareció forzada.

—He hablado yo casi todo el rato. Luego él me ha explicado... me ha explicado muchas cosas.

—Sí, ¿pero el qué?

—Por lo visto, no es solo por ese maldito trauma por lo que sigues siendo una criaja, sino por un montón de circunstancias más. Opina que necesitarás un tratamiento de muchos meses.

La muchacha asintió silenciosamente y desvió sus ojos hacia el paisaje que discurría velozmente a través de la ventanilla. Ahora comprendía el motivo de qué pareciera tan ausente. Seguramente no estaba dispuesto a esperar por ella. Se marcharía a Madrid y hasta era posible que no volviera a verle más. Como si hubiese adivinado lo que estaba pensando, le dijo:

—¿Sigues empeñada en recordar lo que pasó? Si es así, aguardaré lo que haga falta. Olea opina también que es la única solución y casi ha llegado a convencerme. En cualquier caso, sabes que mi proposición sigue en pie.

No advirtió el suspiro de alivio de ella, porque no la miraba.

—¿Qué, no dices nada?

Ella hubiera querido decirle tantas cosas, que no se le ocurrió ninguna.

—No tendrás que esperar mucho, —replicó, procurando disimular su alegría—. Esta mañana he avanzado mucho durante la sesión y, en cuanto lleguemos a casa, pienso hablar con Raúl. Él me contará el resto.

Le extrañó un tanto la rápida mirada que Miguel le dirigió, porque no expresaba satisfacción, sino al contrario.

—De acuerdo. Te recogeré después de comer y daremos una vuelta.

No volvieron a intercambiar una sola palabra en todo el camino ni tampoco después, cuando la dejó frente a la pinada, donde Leonor les había dicho que encontrarían a Raúl. Miguel se limitó a seguirla con la vista hasta que la vio reunirse con él y luego, subiendo nuevamente al coche se dirigió hacia su casa.

Eurídice se aproximó a su primo, que estaba partiendo leña, ocupación a la que últimamente dedicaba todos sus ratos de ocio, y se sentó cerca de él en un tronco caído.

—Quisiera hablar contigo un momento, Raúl.

El semblante de él se distendió en una sonrisa y, clavando el hacha en un leño, tomó asiento a su lado.

—¡Vaya, ya era hora! Últimamente no parece que te agrade mucho mi compañía.

Ella hizo un gesto evasivo.

—No es eso. Debería habértelo explicado antes, pero no sé por qué no lo he hecho.

—¿A qué te refieres?, —le preguntó perplejo.

—A mis continuas visitas a Palma. He estado visitando a un psiquiatra.

La contempló en silencio unos instantes y fue a decir algo, pero ella le atajó.

—Sí, ya sé que me habías ofrecido a ese amigo tuyo, pero no me inspiraba confianza. Vengo de su consulta y él me ha dicho que el problema principal reside en un trauma que sufrí de niña y que no recuerdo. Al parecer, vi a Marta caer por el acantilado.

Raúl encendió un cigarrillo sin hacer comentarios, con unos dedos tan torpes que en esa simple operación invirtió cerca de un minuto.

—¿Por qué no me lo dijiste, Raúl?, —insistió ella—. Todo lo que ha sucedido desde mi regreso podríamos habérselo evitado. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Solo quería impedir que te llevaras un disgusto, —repuso inexpresivamente.

—Sí, eso ya lo sé. Como dice Leonor, seguís empeñados en tratarme como si fuera un helado que en cualquier momento se pudiese derretir.

—¿Dice eso? Es un símil bastante acertado. —Sonreía a medias, pero sus ojos brillaban inquietos.

—Puede ser, pero ya no soy una niña, aunque os empeñéis en considerarme como tal. Tengo edad más que suficiente para resolver mis propios problemas y además, tú que eres médico sabes que es la única solución. ¿Qué fue lo que ocurrió en ese sendero?

Él perdió parte de su fingida calma y aspiró nerviosamente una bocanada de humo.

—¿Por qué supones que lo sé yo?

—Porque eso sí he conseguido recordarlo. Sé que tú estabas en ese sendero y que me mirabas entre la niebla de una forma horrible. Me mirabas como si yo... con una cara de odio espantoso.

—Estás equivocada, Eurídice, yo nunca te he odiado, todo lo contrario. —Se interrumpió de pronto y le dirigió una mirada de soslayo—. ¿Miguel y tú...?

—¿Qué quieres decir?, ¿qué tiene que ver Miguel con todo esto?, —le preguntó sin comprender.

—Nada, solo que decidimos jugar limpio. ¿Hay algo entre vosotros? Anoche me pareció...

—Eso no tiene nada que ver con lo que estamos hablando, —insistió tozuda—. No eludas el tema. Te he hecho una pregunta y no me has

contestado.

—Tiene mucho que ver, —dijo él a media voz—, pero tú no parece entenderlo.

Eurídice clavó sus claras pupilas en el ensombrecido rostro de él. ¿De qué estaría hablando ahora? En cualquier caso le tenía sin cuidado.

—¿Qué fue lo que pasó?, —repitió exaltándose—. Necesito saberlo. Tú estabas allí y lo viste. ¿Qué pasó?

Se volvió hacia ella y abrió la boca para hablar, pero volvió a cerrarla sin articular una sola sílaba.

—Llegué después, —contestó al fin con un esfuerzo—. En realidad, no vi nada.

—Pero yo estaba con ella, ¿verdad?

Raúl asintió con la cabeza.

—Pero entonces... —Había desviado los ojos hacia la lejanía, como si intentara ver lo que su mirada no alcanzaba a divisar—. Si yo estaba con ella y tú me mirabas con odio... eso debe querer decir... debe querer decir... —Bruscamente giró la cabeza hacia él—. ¿La empujé? Contéstame.

—No lo sé, cálmate. No eres responsable de nada de lo que sucedió entonces. Eras una niña y fue un accidente.

—Un accidente, —repitió, como si se esforzase desesperadamente en comprender el significado de la palabra. Había desviado nuevamente su mirada hacia la costa y la oyó repetirlo varias veces por lo bajo.

Pasándole un brazo sobre los hombros, Raúl intentó atraerla hacia él, pero su contacto la hizo reaccionar y se desasíó bruscamente, levantando hacia su semblante sus ojos extraviados.

—No, no. Si la empujé, no fue un accidente, fue un asesinato, —articuló trabajosamente—. Yo la maté, ¿verdad?, —gritó fuera de sí.

La estrechaba con dureza hasta hacerle daño.

—No, estás equivocada. Tú la querías muchísimo. ¿Cómo ibas a hacer una cosa así? Eras una niña dócil y cariñosa. Nunca fuiste agresiva ni tenías accesos de cólera. Tú la querías muchísimo, —insistió zarandeándola.

Ella recobró repentinamente la calma. Más que calma, era una absoluta indiferencia. Le apartó suavemente y volvió a sentarse, con las manos

caídas sobre el pantalón y la mirada perdida. Parecía contemplar un montón de leña apilada frente a ella, pero en realidad no la veía.

—Yo la quería muchísimo, —musitó lentamente como para sí. La quería más que a nadie y la maté porque me quitó mi muñeca y pretendía tirarla al mar. Yo necesitaba aquella muñeca... Aún ahora me sorprende a veces a mí misma acunando algo entre mis brazos vacíos. Verdaderamente es lo único que he tenido... Lo único que me ha pertenecido. A ella no le importaba como me llamaba ni que fuese feúcha e insignificante... ella tampoco le importaba y por eso maté a Marta... porque me la quitó.

Descompuesto, él intentaba interrumpirla.

—No digas esas cosas, no las digas.

Se volvió a mirarle con absoluta indiferencia.

—¿Por qué no? Es la verdad. —Pasó cansadamente una mano por su frente—. ¿Qué clase de persona soy yo entonces?, ¿cómo puede calificarse a una niña que mata a otra solo porque le ha quitado su muñeca? Y precisamente al ser que más quería... Solo hay una palabra. Tu amigo Pedro me explicó los síntomas aquella noche y los reúno todos, —musitó como para sí—. Estoy completamente loca.

—Cállate, Eurídice, cállate de una vez, —gritó él alteradísimo—. Tú no tuviste la culpa de nada, tú no querías hacerlo, En un acceso de ira ninguno sabemos de lo que somos capaces. ¿Puede culparse a una madre que mata a alguien por defender a su hijo?

La muchacha fijó en él sus ojos sin expresión.

—No era mi hijo, Raúl. Era solamente una muñeca, nada más que una muñeca.

—¿Y qué? Para ti era tan importante como si lo hubiese sido, porque, como has dicho, no tenías nada más.

—Cierto, —reconoció impasible—. Pero eso no lo justifica. Marta no tenía la culpa de que a mí no me quisiese nadie y, ahora que lo pienso, hacían muy bien en no quererme. —De pronto se echó a reír sin ganas—. Y pensar que anoche le dije a Miguel que le daría una respuesta en cuanto recordara lo que pasó... No deja de tener gracia. ¿Cómo crees que reaccionará cuando se entere?

—Miguel lo sabe, —musitó apagadamente él—. Se lo dije yo.

—Eso no variará las cosas, —murmuró ella con apatía—. Me marcharé esta misma tarde.

—No harás esa estupidez, no saques las cosas de quicio. En esta casa todos te queremos y llegarás a olvidar lo que sucedió. Podríamos marcharnos de aquí y en otro lugar volverías a ser la que eras.

Se volvió hacia él con una indiferencia tan glacial, que le sobrecogió.

—¿Quiénes podríamos marcharnos, tú y yo?

—Sí, si tú quieres.

Se apartó la melena de su rostro y volvió a reír sin ganas.

—Es divertido. Empiezo a comprender las prisas de Miguel y su afán porque nos fuésemos de aquí. Os lo agradezco mucho a los dos. Siempre habéis tratado de protegerme, pero me parece que en esta ocasión os excedéis.

—Estás equivocada. Miguel te quiere y yo también. —Se lo dijo sin mirarla, con la vista fija en la punta de su cigarrillo.

—Pues eso tiene más gracia todavía, —replicó sin preocuparse por si sus palabras podían herirle—. Me gustaría saber qué es lo que me veis. ¿O es que el estar loca y encima ser una asesina, me proporciona un atractivo especial?

Volvió él a zarandearla, intentando inútilmente que recobrara el dominio de sus nervios.

—Cállate de una vez y escúchame. Fue un accidente, ¿entiendes? Marta resbaló y no sé lo que hiciste tú, porque no llegué a verlo. Tienes que recordarlo y no te marcharás hasta que lo consigas. ¿Me prometes que lo intentarás?

Le estaba haciendo daño y exhaló un quejido, intentando librarse de sus manos. Al darse cuenta, él la soltó e insistió en tono normal:

—¿Me lo prometes?

—Está bien, esperaré. Después de todo, no puedo perder más de lo que he perdido ya.

A continuación se encaminó hacia su dormitorio y se encerró por dentro.

Capítulo 21

—Dame esa horquilla, Eurídice, —le decía Leonor, que, en pie detrás de ella, llevaba un buen rato luchando con su melena—. ¿Por qué no has querido venir esta tarde a la peluquería? Imagino que las ninfas llevarían el pelo sujeto en lo alto de la coronilla y que les resbalaría en tirabuzones sobre la espalda. Voy a necesitar las tenacillas para hacerte los tirabuzones, pero afortunadamente lo he previsto y las he traído.

En su dormitorio y sentada delante de la cómoda, Eurídice vio por medio del espejo, que las reflejaba a ambas, como la otra procedía a comenzar a peinarla de la forma que había anunciado.

—No sé que placer encuentras en pasarte la vida encerrada en este cuarto, —comentó Leonor, mientras iba enrollando un mechón de cabello en las tenacillas para rizarlo—. ¿Qué es lo que haces? ¿Lees, duermes o simplemente te tumbas en la cama a elucubrar sobre la inmortalidad del cangrejo?

Se encogió de hombros, eludiendo la respuesta. Después de hablar con Raúl se había encerrado en su dormitorio y había permanecido tendida en el lecho, inmóvil durante horas, absolutamente vacía de todo sentimiento. Se había negado a bajar a comer y a reunirse con Miguel, cuando este esa tarde había pasado a recogerla. No quería ver a nadie y a él menos que a ninguno.

Al anochecer había subido Raúl a intentar convencerla de que asistiese con los demás a la fiesta de disfraces que el casino del pueblo organizaba todos los años para celebrar la entrada del año nuevo. Para ese evento, Patricia Olavide le había confeccionado una bonita túnica blanca, de corte griego, siguiendo las instrucciones de Leonor y se la había terminado esa misma tarde. De todos los argumentos que alegó Raúl, había sido ese el único que la había movido a levantarse de la cama y a resignarse a acudir al

casino. Dijera lo que dijera Miguel sobre su egoísmo y aunque le tuviera todo sin cuidado, era incapaz de hacerle un desaire a una persona que se había tomado tantas molestias por ella. Bastaría con acudir a la fiesta y regresar poco después de tomar las uvas para que Patricia no pudiera sentirse herida.

Ahora, sentada impasible frente al espejo, se dejaba peinar por Leonor, que, ajena por completo a su estado de ánimo, continuaba charlando por los codos.

—Píntate un poquito, Eurídice, que estás muy paliducha. Recuerda que tienes que parecer una ninfa, no un fantasma.

Estuvo a punto de contestarle que como un fantasma era como se sentía realmente, pero esa respuesta hubiera provocado la extrañeza de la otra y un sin fin de aclaraciones por su parte que no sentía el menor deseo de darle. Su apatía había alcanzado tal magnitud, que cualquier movimiento le suponía un esfuerzo. Leonor retrocedió unos pasos para contemplarla en el espejo con ojo crítico.

—Preciosa, estás preciosa. Mírate bien y dime qué ves. La obedeció sin interés. La deslustrada superficie del cristal le devolvió una imagen casi desconocida. No se reconoció sí misma en la muchacha de túnica blanca y cabello recogido en lo alto de su cabeza y adornado con unas flores blancas, que pendía en tirabuzones sobre su espalda. Su mirada traspasó esa imagen, para analizar los sentimientos de la chica que veía reflejada y por un momento se sintió sobrecogida.

—¿Te ocurre algo? —Leonor la observaba perpleja—. ¿No te gusta como te he peinado?

—Claro que sí y te lo agradezco mucho. Tú también estás muy bien, —le dijo con una sonrisa que a duras penas logró esbozar, con la que se le atirantaron dolorosamente los agarrotados músculos de sus mejillas.

Leonor había copiado su traje de uno de los cuadros de la biblioteca, en el que aparecía retratada una dama de aspecto melancólico, con un largo y sedoso vestido azul, de mangas abullonadas y amplísima falda, que se ceñía a su ajustada cintura con una banda de raso del mismo color, anudada a su espalda en un gran lazo. Parecía una damisela del siglo XIX. Estaba muy

bonita con su cobrizo cabello recogido en la nuca con otro lazo, cuyas cintas le caían sobre su melena hasta media espalda.

—La verdad que las dos estamos bastante presentables. Espero que esos pelmas que nos esperan abajo, sepan apreciar nuestro esfuerzo, porque yo hasta llevo corsé y me estoy ahogando. Ellos, en cambio, no se disfrazan nunca. ¡Menuda Cara tienen! Así van tan cómodos y tan abrigados. —Se atusó el ricito que se le deslizaba sobre la oreja y continuó alegremente—: Verás como nos vamos a divertir esta noche. El año pasado el casino estaba animadísimo y lo pasamos en grande.

Eurídice se había aproximado a la ventana, tratando de distinguir el exterior, envuelto en sombras. Los árboles se agitaban bajo las fuertes embestidas del viento, como si se desperezasen y permaneció con la frente apoyada en el cristal, mientras la otra terminaba de arreglarse.

—Debe hacer mucho frío fuera, —susurró como para sí.

Leonor lo corroboró, desde el sillón en el que se había sentado para ponerse los zapatos de tacón altísimo.

—Seguramente. Lo razonable sería que me hubiese puesto una camiseta y un traje de esquimal forrado de piel de oso, en lugar de este traje tan escotado, —comentó riéndose—. Pero las mujeres no somos nada razonables. Cuando vamos de fiesta, solo nos preocupamos de estar guapas, aunque nos pueda costar un buen catarro. Juan me ha dicho que asistirán también al casino esta noche casi todos los amigos. Ya los conociste en casa de los Serra. ¿Pero qué haces ahí?

—Nada. Estoy mirando esos pinos. —Su voz sonaba ausente—. Mueven sus ramas como si tuviesen miedo.

—¿Miedo? Qué tonterías dices, mujer. Es solo el viento.

Eurídice había girado a medias la cabeza y cuando sus miradas se encontraron, Leonor sintió un vago remordimiento al recordar los consejos que le diera a Miguel la tarde anterior. Aunque estuviera trastornada, parecía tan desamparada y resultaba tan ingrátida, tan intangible, con aquella túnica blanca y las flores que llevaba en la cabeza, que por un instante temió que la muchacha fuera solo un espejismo y se volatilizara en el aire. La sensación que experimentó fue tan intensa, que se puso en pie y se le acercó para tocar disimuladamente uno de sus brazos desnudos.

—Pues no, es real, —comentó entre dientes.

—¿Decías algo?

—No, digo sí. ¿Es que no te apetece el baile de esta noche?

—Creo que no.

—¿Por qué?

Eurídice se encogió cansadamente de hombros.

—No soy una chica divertida, nunca lo he sido. Si pudiera... me tumbaría en la cama y dejaría transcurrir las horas mirando al techo.

—¿En Nochevieja?, —se escandalizó Leonor—. Pues hija, vaya un juergazo que te correrías.

Iba a propinarle unas palmaditas afectuosas, cuando el sonido de unos nudillos que llamaban a la puerta la indujo a dar media vuelta y a encaminarse a abrirla sobre sus altísimos tacones, meciendo los sedosos vuelos de su falda. Juan apareció en el umbral, vestido de con un traje oscuro.

—Pero bueno, ¿es que pensáis pasaros aquí la noche? Sois dos plomos... —Se interrumpió al verlas y dejó escapar una exclamación—. Pero qué preciosas estáis. Parecéis dos arcángeles. Lo que voy a presumir esta noche con dos monumentos como vosotras. Anda cogeos de mi brazo y hagamos una bajada triunfal por la escalera como en las películas de amor y reuma —les dijo, guiñándoles un ojo y precediéndolas hacia el pasillo—. Procurad no tropezar con esas faldas tan largas para no estropear la solemnidad del momento.

Del brazo de él salieron al corredor y descendieron hasta el vestíbulo. En el saloncito les esperaban Raúl y Miguel, que, también con trajes oscuros, acompañaban a los padres de Leonor que, con Patricia y Elvira, iban a cenar juntos en un restaurante de Palma. Eurídice procuró dejar pasar delante de ella a Leonor que, al entrar en la habitación donde se encontraban los demás, con absoluta desenvoltura dio una vuelta completa sobre sí misma para que pudieran admirar el vuelo de su vestido.

—¿Qué?, ¿cómo me encontráis? ¿A que parezco una damita del siglo XIX? Incluso llevo media docena de pañuelos de encaje, que voy a ir dejando caer al suelo a lo largo de la noche. Por cierto, ¿tienes alguna hernia de disco en la espalda, Raúl?

Este parpadeó perplejo.

—No, ¿por qué?

—Porque tu obligación es ir recogiénolos, aspirar su perfume y devolvérmelos luego con una reverencia. ¿Por qué no empiezas a ensayar?

Pero él ni siquiera la había escuchado. Preocupado, se había acercado a Eurídice.

—¿Te encuentras bien?

—Claro que si, —mintió, sonriendo forzadamente—. ¿Es que tengo mala cara? Me duele un poco la cabeza, pero enseguida se me pasará.

Su mirada se cruzó con la de Miguel, que la contemplaba en silencio. Su aspecto era apagado, como si adivinase lo que ella estaba sintiendo en ese momento. Quizás hubiese hablado ya con Raúl y este le hubiese puesto al tanto de cuales eran sus intenciones, pero si no había sido así, ya le diría después que olvidara todas sus proposiciones, porque no estaba dispuesta a tomarlas en consideración. Como una autómatas, se despidió de las personas mayores y se encaminó hacia el garaje del brazo de Leonor que, como siempre, era la más animada del grupo.

—Iremos en dos coches, —decidió la muchacha—. Me gusta celebrar el primer día del año bailando hasta el final de la fiesta y no quiero que cualquiera de vosotros se empeñe en irse a dormir de madrugada y me impida tomarme el desayuno con churros cuando amanezca mañana.

No le resultó fácil a Leonor subirse al coche de Raúl con la voluminosa falda de su vestido, pero al fin logró introducirse en su interior tomando asiento a su lado. Los otros tres lo hicieron en el de Miguel, arrancando casi a la vez. Eurídice permaneció en silencio, mirando el oscuro paisaje que apenas si se distinguía a través del cristal de la ventanilla, mientras Juan charlaba animadamente desde el asiento posterior, comentándoles el proyecto de unas viviendas que le habían encargado, sin advertir el mutismo de los otros dos. Acababan de salir de la finca, cuando reparó en que no habían abierto la boca hasta ese momento y comentó decepcionado:

—Me parece que os tiene sin cuidado lo que os estoy contando.

—Por supuesto que me interesa, —le contradijo Miguel, haciendo un esfuerzo por atenderle—. Continúa.

—Es que me da la impresión de que Eurídice se está aburriendo como una ostra y que ni siquiera me ha escuchado.

Al oírse aludir, salió con dificultad de su abstracción.

—Nada de eso. Solo es que... —Escudriñaba recelosamente la oscuridad exterior, en la que al descender la cuesta que llevaba al pueblo había creído atisbar unas ráfagas blanquecinas—... que estoy un poco intranquila, no es nada.

—¿Qué es lo que te pasa?, —le preguntó rápidamente Miguel, sin apartar la vista de la carretera, que ya recorrían.

—No sé... me ha parecido que hay algo de niebla, —susurró angustiada, apoyando la frente en el cristal de la ventanilla para comprobar si el vuelco que había sentido en el estómago obedecía a lo que había creído vislumbrar.

—No la mires, —le aconsejó distraídamente Juan, después de verificar que la apreciación de ella era correcta—. Cierra los ojos y olvídate de la niebla hasta que llegemos al casino. Es de lo más sencillo.

Ello lo intentó, pero aún con los ojos cerrados seguía viendo el humo grisáceo que difuminaba los perfiles de los árboles que orillaban la carretera. Empezó a experimentar un frío intenso y se arrebujó en el abrigo de piel que Leonor le había prestado, cubriéndose luego la cara con las manos. En esa posición no pudo ver el pintoresco pueblecito que se hizo visible al doblar un recodo, hirviente de animación, con sus estrechas y desempedradas callejuelas atestadas de jóvenes que cantaban a gritos, como si se encontrasen en pleno día. Solo percibió su estruendo y el del casino, donde abrió nuevamente los ojos y que le produjo la sensación de un torbellino de luces y de colorido. Las serpentinas volaban por el aire y confusamente distinguió al gentío que se apiñaba en su interior. Los asistentes se perseguían unos a otros lanzándose confeti, entre el estrépito ensordecedor de la música. Un ruido espantoso que a nadie parecía molestar, salvo a ella. Aunque la mesa que habían reservado estaba situada en el extremo opuesto al de la orquesta, tenían que hablar a gritos para lograr entenderse. No era lo más a propósito para lo que pretendía decirle a Miguel, que, sentado a su lado, hablaba con Raúl de algo que ella no llegaba a oír. Leonor desapreció casi enseguida de la mesa, aunque poco

después le pareció verla, bailando entre la multitud que se apelotonaba en la pista.

Eurídice se sentía ajena a aquel horrible bullicio. Ajena y espantosamente triste. Alguien le ofreció una copa de cava y la aceptó, intentando animarse. Necesitaba amortiguar la angustia que la oprimía por dentro, aunque fuese solo por una noche. El alcohol se derramó por sus venas como un chorro caliente y comenzó a distinguir los rostros de los que la rodeaban. Sus siluetas le parecían confusas, pero se reían. Se oyó a sí misma reírse de algo que había dicho un muchacho, que se había sentado poco antes con ellos. Miguel y Raúl debían tener muchos amigos en las casas de las cercanías, porque constantemente se aproximaban a su mesa, saludándoles a gritos. Se dio cuenta entonces de los inútiles esfuerzos de Miguel por mantener un aparte con ella. Le interrumpían continuamente y casi no conseguían entenderse entre aquel griterío. Tenía que decirle aquello y se inclinó hacia su oído, pero antes de que hubiese podido abrir la boca, distinguió a Marisa Serra, que, abandonando a un muchacho con el que bailaba, se les unió.

Un chico que se había sentado a su lado hablaba en voz muy alta, riéndose estrepitosamente. ¿Qué estaría diciendo? Iba vestido de etiqueta y llevaba torcido el lazo de la pajarita, pero no debía saberlo, porque se reía, sí, se reía muchísimo. Seguramente acababan de presentárselo, porque se vio a sí misma dándole la mano. Él se empeñó en darle dos besos. Se inclinaba hacia ella en ese momento, invitándola a bailar y, aunque no tenía el menor deseo de hacerlo, le siguió. Quizás, apretujada en la pista entre aquel bullicio, lograra sentirse menos sola. Notó el rostro de él muy cercano, cuando giraron al compás de la música, y retiró el suyo con disgusto.

—Raúl me ha dicho que te llamas Eurídice, —le susurraba al oído—. Un nombre muy curioso el tuyo.

—No es curioso, es horrible, —se oyó a sí misma contestar. Era verdaderamente horrible. Una carga insoportable para ella, que en todas partes se veía obligada a repetirlo cuando se lo preguntaban. La gente solía mirarla con miseratativamente, diciéndose sin duda que era demasiado nombre para una chica tan birria.

Aquel estúpido muchacho se echó a reír ante su contestación.

—A mí no me parece horrible. Es extraño, como tú. ¿Cómo es que no te he visto anteriormente?

—A lo mejor sí me has visto y no te acuerdas. —Pensaba en otra cosa al decirlo. Su mente estaba muy lejos de allí.

—¿Cómo no había de acordarme? No tienes una cara de las que se olvidan fácilmente. Me recuerdas... me recuerdas a alguien, pero en este momento no caigo. Déjame pensar... Desde luego no me recuerdas a ningún ser real. Pareces... pareces...

Cuantas veces le habían hecho ese mismo comentario. Creía ya sabérselo de memoria.

—¿Un fantasma?, —le insinuó. Y no le extrañó oírle reír de nuevo, negándolo. ¿Qué sabría él después de todo?

Sentía la cabeza pesada. Tal vez si volviera a sentarse... Pero aquel chico no parecía dispuesto a permitirse. Seguía dando vueltas y vueltas.

Poco después cambió de pareja y luego bailó con otro y con otro. Todos comentaban cosas parecidas y se reían de lo mismo, empeñados en divertirse solo porque esa noche se acababa el año. ¿Habría algo más absurdo? Ella no esperaba nada ya del próximo. ¿Por qué les importaría tanto a ellos? Mostraban un entusiasmo irrazonable y como si constituyera una obligación ineludible, susurraban a su oído piropo tras piropo. Claro que no sabían que estaban bailando con una asesina.

¿Dónde estaría Miguel? Tenía que decirle aquello y quizás después se sintiera mejor. Trató de distinguirlo entre la vertiginosa multitud, sin conseguirlo y al fin se oyó a sí misma hacer la pregunta en voz alta. Sorprendida se dio cuenta de que en ese momento estaba bailando con Raúl.

—No sé donde está. Hay demasiada gente en el casino este año. ¿Te encuentras bien, Eurídice?

—Creo que sí, —mintió—. Me convendría tomar una copa de cava.

Raúl la precedió, sorteando mesas, hasta que llegaron a la suya y le ofreció una.

—Estoy un poco aturdida con todo este jaleo.

—Es natural, —dijo él comprensivamente.

—Sí, ¿pero por qué a los demás no les pasa? Todos se están divirtiendo de lo lindo. Mírales como saltan.

Raúl no apartaba los ojos de su rostro.

—¿Qué miras?, —le preguntó molesta.

—A ti, estás preciosa esta noche.

—Gracias, pero no tengo ganas de oír cumplidos.

—No es un cumplido, es la verdad. —Titubeó un instante, pero luego se decidió—. Quiero decirte una cosa, Eurídice, quiero decirte que puedes contar conmigo, pase lo que pase, ¿entiendes? —Vaciló de nuevo antes de continuar—. He estado hablando esta tarde con Miguel y los dos estamos de acuerdo. Sabes que somos muy amigos y en esta ocasión nos lo estamos demostrando. ¿Comprendes a que me estoy refiriendo, verdad?

No, no entendía nada de lo que le estaba diciendo. ¿De qué estaría hablando? Seguía mirando como hipnotizada sus ojos oscuros que le producían una desazón terrible. Aquellos ojos que le recordaban... Algo pasó por su mente con la rapidez de un relámpago, pero se desvaneció sin concretarse, dejando a su paso un dolor agudo, que la obligó a doblarse sobre sí misma.

—¿Qué te sucede?, ¿te has puesto enferma?

—No, es que... al fijarme en cómo me mirabas... he creído ver...

Se aferró a él, notando que sus piernas no la sostenían.

—¿Qué? —Raúl la había rodeado con sus brazos para que pudiera mantenerse en pie y la observaba ansiosamente.

—No lo sé. No consigo recordarlo.

Aún temblorosa, vio a Miguel por encima del hombro de Raúl. Se les aproximaba con una copa en la mano, pero al verles se detuvo en seco. Por su rostro cruzó una expresión de estupefacción, que desapareció casi instantáneamente. Cuando se les reunió su semblante era totalmente inexpresivo.

—Están a punto de dar las doce y vengo a recibir el año con vosotros, —les dijo con una entonación que no dejaba traslucir nada.

La muchacha le miró inquieta, pero él había girado la cabeza hacia otro lado. ¿Qué habría pensado al verles? Vacilante, se desasía de Raúl y se

acercó a la mesa para coger el platito de uvas. Las campanadas comenzaban a sonar.

Cuando se extinguió el eco del último tañido, un griterío ensordecedor hirió sus oídos. La gente se abrazaba, saltando y brincando. También ella se sintió estrujada por todos los presentes y por Leonor, que había reaparecido justo a tiempo. Después levantó su copa con los demás y repitió como una autómatas:

—Por el año nuevo.

Colgada del brazo de Raúl, Leonor arrastraba a este hacia un grupo de chicos que cantaban como locos, dejándoles solos, pues a Juan se lo había llevado un instante antes una rubia disfrazada de pastora.

—¿Quieres bailar, Eurídice? —Miguel se lo preguntaba sin mirarla. Contemplaba fijamente la copa que tenía en la mano.

—Yo... me parece que no. Me gustaría volver a casa.

—¿Tan pronto? —Continuaba observando la copa con sumo interés.

—Bueno, bailaremos la pieza que están tocando y nos iremos a continuación. Estoy cansada.

—Tampoco es necesario que te sacrifiques... —dijo sarcástico.

—No es eso, es que... —Tenía que decirle que sentía miedo, que unos instantes antes, cuando la había encontrado en brazos de Raúl, había vislumbrado algo, algo que no conseguía precisar, pero que aún atenazaba su garganta como si se tratase de una mano de hierro. En su lugar, murmuró:

—¿Tienes un cigarrillo? Me apetece fumar.

Se lo ofreció sin decir una palabra. Su mano temblaba ligeramente al acercarle la llama de su mechero para que lo encendiera.

—Es que estoy desorientada, —le dijo nerviosamente—. Todo este jaleo me ha producido un dolor de cabeza insoportable.

—No hace falta que me des explicaciones, —replicó él con la vista fija en un cuadro de la pared—. Te acompañaré a tu casa inmediatamente.

Ella se detuvo indecisa.

—No quiero aguarle la fiesta.

—No te preocupes, yo tampoco me estoy divirtiendo. Si lo que te pasa es que prefieres que te acompañe Raúl, iré a buscarle ahora mismo, —

terminó con cierta mordacidad.

Levantó una mano ella pretendiendo con ese ademán que le permitiera explicárselo.

—No es lo que imaginas, Miguel, estás equivocado, pero ya que has sacado el tema aprovecharé para decirte que he estado pensando en lo que me has propuesto y no puede ser. No puedo casarme contigo.

Él la miraba ahora fijamente.

—¿Me comprendes, verdad?, —insistió nerviosa.

—No, —masculló hosco—. ¿Es que se te han recrudecido de repente tus problemas? No me ha dado esa impresión hace un momento. Al menos, podrías haberme advertido antes que era Raúl el motivo.

—No entiendes nada, como de costumbre, —protestó, buscando las palabras precisas, sin encontrarlas—. Es por lo otro. No sé cómo podría haceros comprender a los dos que no necesito vuestra compasión.

No era eso lo que había querido decir, pero se le había escapado sin darse cuenta y él no le dio tiempo a que corrigiera su desafortunada manera de expresarse.

—No te esfuerces, Eurídice. Ya te he dicho antes que no tienes que darme ninguna explicación.

Se marchó a buscar el abrigo de ella y cuando regresó poco después la tomó del brazo para alcanzar la salida, sorteando a aquella ruidosa multitud.

El frío viento hirió su rostro cuando salieron a la calle. La noche era oscura, pero la muchacha se esforzó en escudriñar las tinieblas y creyó atisbar algo que agrisaba las sombras. Sí allá a lo lejos había niebla. Una niebla inquietante que en segundos podría alcanzarles. Apretó los párpados, reprimiendo un estremecimiento.

—¿Por qué caminas con los ojos cerrados?, —le oyó decir a Miguel en el tono sarcástico que había adoptado en los últimos minutos.

—¿Yo?, —fingió extrañarse ella, riendo forzadamente. No me había dado cuenta—. Será el viento que sopla muy fuerte. ¿No te parece que hace una noche de perros?

No le contestó. Mantenía abierta la portezuela del coche para que ella pudiera subirse y luego dio la vuelta al vehículo para introducirse por el otro lado, sentándose frente el volante. En su interior, Eurídice se sintió algo

más segura. La carrocería impediría que la niebla pudiese alcanzarla, por lo que se atrevió a abrir nuevamente los ojos y a mirar Miguel, que conducía recorriendo las estrechas callejuelas del pueblo para salir a la carretera. Su semblante tenía un rictus duro. Era necesario que le aclarase...

—Miguel, no es lo que piensas, —empezó con el gesto de una niña que temiese ser castigada injustamente.

—¿Y cómo sabes lo que pienso?, —replicó mordaz—. Jamás te has molestado en averiguarlo.

—Sí que lo sé y estás en un error. Raúl y yo no hacíamos nada. Me he asustado y entonces él...

—Me parece que te asustas con mucha facilidad.

Giró la cabeza hacia él y le pareció que los músculos de su mandíbula se marcaban bajo la piel como si estuviera haciendo un esfuerzo por controlar su irritación. Tenía que explicárselo. A la par que apartaba de su rostro los tirabuzones que se le habían escapado de las horquillas con los que se los había sujetado Leonor en lo alto de la coronilla, musitó:

—Sí, sabes que soy muy miedosa. Lo que trato de hacerte entender es que Raúl no me atrae en absoluto. No es esa la razón por la que no puedo casarme contigo. Es por lo de Marta. Cuando me has dejado en la pinada esta mañana, le he preguntado a Raúl lo que ocurrió y ha terminado por decírmelo, ¿lo entiendes ahora?

Sin mirarla, meneó negativamente la cabeza.

—No. He hablado con él esta tarde. Sé que te ha dicho que ya lo sabía yo ayer, antes de pedirte que te casaras conmigo.

A duras penas consiguió reprimir Eurídice las ganas de llorar. Ahora se daba cuenta de que siempre se habían sentido los dos obligados a protegerla. Como decía Leonor, desde niños la trataban como un helado que en cualquier momento se pudiese derretir y ahora estaban dispuestos a cargar con ella llevándosela lejos de Montsalvatge y del recuerdo de Marta. Solo le pedían que eligiera entre los dos.

—Te agradezco la intención que te ha movido a actuar de esa manera, pero no puedo permitirte. No es suficiente motivo —logró decirle.

—¿Suficiente motivo?, —repitió en tono burlón. Pero más que de ella parecía burlarse de sí mismo—. ¿Qué crees?, ¿qué pretendo casarme

contigo porque me das lástima?

—Tú no me has dicho el por qué, —le interrumpió Eurídice acusadoramente—. Y he pensado...

—Lo supongo, —la atajó con sorna—. Pero siento desilusionarte, no hay ninguna razón oculta. Simplemente que soy lo bastante estúpido como para haberte querido siempre, ¿te enteras? —Casi le gritó—. Desde que llegaste a Montsalvatge y apareciste en el cobertizo aquella tarde, con pinta de gato abandonado, y me desataste para que no me ejecutaran los rostros pálidos. Y después, cuando regresaste y te encontré en la caleta, me pareció que era imposible que fueses real.

—¿Te pareció que...? —empezó ella tartamudeando.

—Sí. Y desgraciadamente me lo sigues pareciendo.

—¿Pero es que no te importa lo que le hice a Marta?, —insistió ella a punto de llorar—. Debes de estar loco para seguir empeñado en casarte conmigo.

—Es posible que lo esté, —replicó sin mirarla.

—Pero yo no puedo consentirlo, —articuló trabajosamente, porque aquellos húmedos velos neblinosos se veían cada vez más próximos y no podía razonar ya.

—Es inútil que trate de explicártelo, Eurídice, porque tú jamás has entendido nada. Pendiente solo de tus problemas, que no digo que no los tengas, nunca te has preocupado de averiguar lo que sentíamos los demás. Puede que yo esté como una cabra y que mi actitud carezca de lógica, pero no me importa en absoluto lo que pasó. Ocurrió hace muchos años y tú eras una niña. Sí, hubiera sido mil veces preferible que las cosas hubieran ocurrido de otra manera, pero ya no tiene remedio y no tengo intención de amargarme el resto de mis días dándole vueltas a aquello.

Se calló de pronto con el caño fruncido, como si reflexionara y con la mano que le dejaba libre el volante trató de encender un cigarrillo.

Eurídice, acurrucada en el asiento, procuraba apartar la vista de la tapia de la finca, que empezaba a verse a lo lejos fantasmalmente desdibujada por la bruma. El coche subía rápidamente la cuesta y temió no poder soportarlo. Llegaban a lo alto del sendero, ya estaban coronando el ascenso. Ahogó un gemido, cubriéndose la cara con las manos.

—¡Eurídice!, ¿qué es lo que te sucede?

Había frenado el coche bruscamente y ella se vio obligada a apartar las manos de su rostro y a aferrarse al asiento para no salir lanzada contra el parabrisas. Luchó desesperadamente por mantener los ojos cerrados, pero no pudo evitarlo. Terminó abriéndolos y vio como la niebla envolvía el automóvil, alcanzando la ventanilla.

—¡Arranca, Miguel! ¡Arranca!

—Cálmate, criatura, no te asustes.

Intentaba retenerla entre sus brazos, pero ella se debatió histéricamente. Bruscamente le empujó y abriendo la portezuela, se abalanzó fuera. Tenía que salir de allí, tenía que escapar y llegar a la casa antes de que la niebla la asfixiara. Solo en la casa estaría a salvo. Echó a correr enloquecida por el sendero, pero tropezó con una piedra y se cayó de bruces.

Oyó a lo lejos una voz que la llamaba, ¿quién era? Un escalofrío la recorrió entera. ¿Quién la llamaba? Sí, era la voz de Raúl, pero ella corría... corría detrás de Marta que le había quitado su muñeca y la había amenazado con tirársela al mar. No podía consentírselo, la muñeca era suya. La había mecido durante las largas tardes en que no sabía qué hacer en su casona de Segovia. Había sido su única compañía en sus días solitarios, no podía permitir que le arrebatase lo único que tenía. La humedad de la niebla empapaba sus mejillas y el viento zarandeaba sus lacios cabellos, difuminando los perfiles del sendero por el que corría. Ya no era estrecho y serpenteante, sino una inmensa alfombra algodonosa por la que avanzaba a tientas, sin saber donde ponía los pies ni lo que tenía delante.

Pero sí, allí estaba Marta, borrosa entre la bruma, sosteniendo en la mano un pingajo blanquecino, que la niebla engulliría en un instante si la soltaba.

—¡No lo hagas!, —sollozó Eurídice—. ¡No la tires, dámela!

Se abalanzó sobre su prima, intentando arrebatársela y... de improviso, el humo acuoso entre el que se debatían cedió bajo los pies de Marta, que se asió desesperadamente a los riscos del ribazo, con el cuerpo colgando sobre el abismo.

—¡Eurídice!!

Corrió hacia ella, atravesando los húmedos velos que la envolvían, guiándose por su voz. El viento dispersaba los rubios cabellos de Marta, desparramándolos en todas direcciones y Eurídice los agarró con ambas manos, luchando por izarla de nuevo hasta el sendero. Tiró con todas sus fuerzas, oyendo como Marta gritaba, gritaba. De improviso se sintió liberada del peso que mantenía agarrotados sus brazos. Marta se había desvanecido entre la niebla que cubría los escollos.

Se enderezó con lentitud, mirándose incrédulamente las manos. Aún sostenía entre sus dedos un mechón de cabello rubio. Un dolor punzante la laceró. Un dolor tan agudo que creyó que un cuchillo la partía en dos. Y después... nada. Un vacío infinito, una soledad inconmensurable. Estaba sola de nuevo, como lo había estado siempre. Atterradoramente sola.

¿Pero quién se le estaba aproximando? La niebla le impedía distinguirla, pero podía oír sus precipitados pasos, corriendo en su dirección. Entre la bruma fueron desvelándose sus ojos. Los ojos de Raúl que la miraban de una forma terrible, mudos acusadores.

Pero ella no sabía que estaban tan cerca del precipicio. Había tratado de salvar a Marta, había intentado izarla con todas sus fuerzas.

Vio luego cómo aquellos ojos se desviaban de su rostro para fijarse en sus manos, en las que aún llevaba el mechón de cabello de ella. Tenía que explicarle... tenía que decirle...

¿Qué era lo que tenía que decirle? No se acordaba ya. Lo que debía hacer era regresar a casa a buscar a Marta, ¿dónde se habría metido?

Se oyó a sí misma gritarlo en voz alta y notó que alguien la levantaba del suelo. ¿Qué le estaba diciendo? La sostenía entre sus brazos, pero, ¿por qué la abrazaba Raúl, si él la odiaba? Oyó como él repetía su nombre y, al levantar la cabeza vio confusamente su rostro. No era Raúl, no... Aquella cara... sí, la conocía... era Miguel, pero un Miguel muy raro. Había crecido mucho... se había hecho mayor de repente...

Bruscamente volvió a la realidad y se aferró a él para no caerse al suelo. Sus dientes castañeteaban de una forma alarmante y un horrible estremecimiento recorrió todo su cuerpo, al tiempo que empezaba a llorar convulsivamente. Miguel la estrechaba en silencio como si captara lo que ella estaba sintiendo y comprendiera que lo único que deseaba era morir...

morir para acabar de una vez. Consiguió levantar hasta él sus ojos nublados por las lágrimas.

—Marta... Marta se ha caído... yo... yo no he podido evitarlo. Es horrible, Miguel. No lo puedo soportar.

—Lo soportarás Eurídice, —le dijo con suavidad—. Yo te ayudaré.

OceanofPDF.com

Epílogo

Cinco meses más tarde, Miguel y Eurídice se despedían en la terraza de Montsalvatge de los invitados que habían asistido a su boda. Luisa abrazó a su hijastra que, pálida y aturdida, trataba de corresponder a las demostraciones de afecto de los concurrentes.

—Espero verte a menudo, Eurídice. Madrid no está lejos de Segovia.

También Leonor la abrazó emocionada.

—Que seas muy feliz. Pórtate bien con mi precioso orangután. El pobrecito se lo merece. Ha sudado tinta china para poder actuar como protagonista en esta boda y aún no sé como lo ha logrado, porque no ha seguido ni uno solo de mis consejos. Le recomendé que te mandase ramos de flores y te mirara con ojos de cordero degollado, pero no me hizo ni caso, aunque, al parecer, le ha dado resultado el procedimiento bestia.

—¿De qué estás hablando?, —le preguntó la novia sin entenderla.

Leonor se dio cuenta de que no había escuchado ni una sola de sus palabras y se encogió de hombros.

—De nada. Es igual.

Algo parecido al remordimiento se removió en su interior al recordar aquella tarde en la que trataba de convencer a Miguel de que se alejara de ella. De todas formas no las tenía todas consigo. Su mirada se cruzó con la de Luisa y pudo leer en sus pupilas una preocupación muy similar a la que sentía ella. La vio aproximarse a Olea, que también había asistido a la ceremonia y, sin pararse a reflexionar, se les acercó con disimulo para escuchar lo que decían. Sabía que no era muy correcto, pero no estaba tan mal como escuchar detrás de las puertas y seguía haciéndolo a menudo.

—Soy la madre de Eurídice, doctor. Quisiera preguntarle algo.

Leonor vio como el bondadoso rostro del médico se distendía en una sonrisa afable.

—¿Cuál es su opinión? ¿Cree que Eurídice está completamente curada? Aunque ha cumplido ya veintidós años, en determinados aspectos sigue siendo una chiquilla. ¿Comprende lo que le quiero decir, verdad? Ayer intenté hablar con ella, porque considero que es mi obligación, pero se mostró muy esquiva.

Olea no contestó inmediatamente. A Leonor le dio la impresión de que medía cuidadosamente sus palabras.

—No se preocupe. Su alteración nerviosa ha desaparecido y no hay razón alguna para que vuelva a repetirse. En cuanto a lo demás... no es posible hacer recorrer a una persona en unos meses el camino que debería haber recorrido a lo largo de toda su vida, pero son jóvenes y él la quiere.

—Él sí, ¿pero y ella?

—Ella también le quiere... a su manera. He mantenido una larga conversación con Miguel y sabe que tendrá que tener paciencia, sobre todo al principio. Yo le aconsejaría a usted... y perdone si le parezco impertinente, que no menudee sus visitas por ahora.

—Pero, doctor, —protestó sorprendida—. Puedo asegurarle que, aunque no sea su madre biológica, siempre he querido para Eurídice lo mejor.

Olea sonrió de nuevo sin perder su aire paternal.

—Ya lo sé, no es culpa suya, pero hágame caso. Su marido podrá explicarle mejor que yo lo importante que es que Eurídice aprenda a vivir sin su ayuda. Hágame caso.

Leonor vio como Luisa se apartaba del psiquiatra para reunirse con su marido, con los ojos algo húmedos. Se acercó entonces a Miguel, que, en medio de aquel barullo parecía tranquilo y bromeaba con todos. La muchacha únicamente le sintió vacilar al despedirse de Raúl. Los dos hombres se abrazaron y se palmearon la espalda sin intercambiar una sola palabra, pero se dio cuenta de que se entendían perfectamente sin necesidad de hacerlo.

Advirtió también cómo Raúl le seguía con los ojos cuando el otro subió al coche con Eurídice y en su mirada leyó tantas cosas que un nudo se le formó en la garganta. Se dijo que ella debería alegrarse de que todo hubiera

salido así, pero en ese momento experimentó únicamente una inmensa congoja por Raúl.

El automóvil arrancó enfilando el serpenteante que camino que, bordeando la cima del acantilado, llevaba a la carretera. Sin apartar la mirada del paisaje que iba discurriendo, Eurídice vio deslizarse ante sus ojos el mar, impetuoso y azulado, entrevisto entre los riscos grisáceos que orillaban el sendero y que ya no la atemorizaban y aquel sin fin de tonalidades verdes con las que la primavera iba cubriendo las antes desnudas ramas de los árboles y bajó el cristal de la ventanilla para aspirar su fragancia por última vez.

—¿Volveremos?, ¿verdad, Miguel?

Él desvió un instante los ojos del camino, para clavarlos en el añorante semblante de ella.

—Es posible que... algún día.

Montsalvatge había quedado atrás y Eurídice se volvió para contemplar su musgosa tapia blanca, el pizarroso tejado de la casa que sobresalía entre los pinos y el faro, que se veía a los lejos, y no pudo evitar que los ojos se le llenasen de lágrimas. De pronto le asaltó una duda.

—Oye Miguel...

Él detuvo el coche en la cuneta.

—¿Qué?

—Yo... no estoy segura.

Miguel enarcó las cejas con cómica extrañeza.

—¿Qué pasa?, ¿nos acabamos de casar y ya no estás segura?

Meneó ella negativamente la cabeza y su lisa y brillante melena osciló a su compás.

—No, no es eso. El doctor Olea dice que nunca volveré a hacer cosas absurdas, que aquello no volverá a repetirse, pero... ¿Y si comenzara de nuevo a hacer extravagancias?, ¿y si empezara a recibir cartas imaginarias?

—Las rompería todas.

Estudió atentamente su semblante. Se reía con una despreocupación que ella no compartía.

—Miguel, ¿no te arrepentirás?

—Me temo que no, —replicó burlón.

—¿Y si no llegase a ser nunca yo como las demás chicas?

—Nos arriesgaremos.

—¿Y si...?

—Eres una preguntona, Eurídice.

Le cogió la cabeza con ambas manos y la besó en la punta de la nariz.

Después arrancó de nuevo.

OceanofPDF.com



Nació en Murcia y estudió Derecho en la Universidad Complutense de Madrid, habiendo ejercido la profesión de abogado desde el año 1976. Actualmente vive en Madrid.

Ha publicado: *La casona del pantano* (2013), *El acantilado de las gaviotas* (2013), *Entre la niebla* (2013), *Secreto profesional* (2014) y *Al son de los tambores* (2014), entre otros.

OceanofPDF.com